

SAFO DE LESBOS



Peter Green

Digitalizado por lapanocha.com

PETER GREEN Nacido en Londres en 1924, recibió su formación en Charterhouse y en el Trinity College de Cambridge. Trabajó durante algunos años como escritor independiente, traductor, crítico literario y editor. Entre 1963 y 1971 vivió en Grecia junto con su familia, y posteriormente se trasladó a Austin, en Estados Unidos. Es un reconocido especialista en historia y literatura clásicas, materias sobre las que impartió clases en la Universidad de Texas.

La vida de Safo transcurrió durante uno de los períodos más apasionantes de la historia de Grecia. Una época de cambios fundamentales, de agitación política y social, que Safo rememora en esta extraordinaria novela rebosante de fuerza, colorido y sensualidad. Safo no es solamente la gran poetisa de la antigüedad clásica, ensalzadora del amor homosexual y de la libertad creadora, sino, ante todo, una mujer única por su valentía y espontaneidad, y sin duda una de las más interesantes del mundo antiguo.

Anteanoche regresé una vez más a la cueva. Esperé en vano. El cielo aparecía duro, claro, estrellado y, sin embargo, dejaba entrever las primeras señales del invierno que se avecinaba. Conocía los indicios: ¿y qué isleño no los conoce? Había reinado una calma sofocante al mediodía, con nubarrones acumulándose sobre los estrechos, al este de Mitilene como mons-

truosos quimeras oscuras preñadas de tormentas, agazapadas como leones al aparearse, a lo largo de las montañas de jonia. Me paseé por el jardín, cerca del tocón de la higuera -¡recuerdos, recuerdos!- y los miré. Un relámpago restalló en el cielo, como si mi dolor de cabeza hubiera crecido hasta abarcar todo el universo. Podía sentir los músculos vibrando dentro de mi y alrededor de mi párpado izquierdo: siempre el izquierdo, el lado de mal agüero, el lóbulo oscuro del cerebro.

Tenía la garganta áspera, seca: y aun así no podía beber. Cada sentido de mi cuerpo, cada arruga de mi piel parecía vulnerable al nervio interno. La naturaleza entera era un espejo de mi pasión y mi desesperación: esas nubes obscenas me hablaban del invierno. Me estremecía y sudaba como si tuviera fiebre, como si la leve túnica de hilo que llevaba -demasiado ligera para finales de otoño- me quemara la piel. Era ridículo y humillante, y lo peor de todo es que no podía reírme de mí misma. No hay nada que más me asuste. Durante toda mi vida, una parte de mí se mantiene al margen, entretenida con mis propias pasiones e inconsistencias, a punto para pinchar la pretenciosa burbuja de mi propia compasión. Pero ya no. Ahora soy pretenciosa y compasiva conmigo misma: lo sé; no hay ayuda posible.

11

L

La tarde trajo unas tormentosas ráfagas de viento del nordeste, colándose por calles y callejuelas con un ruido como el de una vela que se rasga. Podía oír, sobre la ciudad, el suave rugido del bosque, y pensé en otros tiempos cuando subíamos a la sierra, bajo un cielo azul de otoño, a recoger castañas y piñas caídas en el suelo.

(Tan quieta estaba sobre la alfombra de agujas, la luz penetrando oblicuamente entre los altos troncos, que un broche dorado atrapado de pronto y centelleando parecía el rubor de las mejillas de una niña, y lo salvaje del pelo alborotado.) El viento me azotaba con motas de polvo duras y granulares, se clavaban en mi cara y en mis labios; con el poívo llegaron algunas gotas de lluvia casualmente calientes, pesadas, siniestras. Pero a la caída de la tarde todo estaba despejado y el viento había amainado. Llamé a Praxinoa, me puse un chal ligero y juntas bajamos hasta el promontorio. Los faroles llameaban allá abajo, en el muelle: los negros barcos anclados se balanceaban y los pescadores se llamaban tinos a otros a través de filas de barriles. Podía oler la brea, las algas y el leve efluvio del pescado. Praxinoa me lanzó una mirada, preocupada, los ojos medio escondidos bajo el pliegue de su capucha. Pero no dijo nada.

El sol se derretía en un tinte carmesí que se extendía sobre el agua oscura como aceite coloreado. En un cielo con un ligero tono limón, el lucero de la tarde, la estrella de Afrodita, brillaba con claridad. Parecía funesta, cargada de maldiciones; y sin embargo, ¿no la había tomado yo como la representación máxima de la pasión satisfecha, la casa donde se juntaban bestia, niña y amante, años atrás? Afrodita, Afrodita, toda una vida me ha llevado hallar qué yace detrás de esa sonrisa inmóvil y enigmática. Y ahora que lo sé, es demasiado tarde: la trampa me ha atrapado. Al recordarlas, mis propias palabras se burlan de mi desamparo:

Unos dicen que una hueste de caballería o de guardias,

Otros que un a jiota, es la más bella visión
En la oscura tierra; pero yo declaro que es
Lo que más amas.

12

Me volví de espaldas al promontorio, al puerto y a las luces de Mitilene que titilaban allá a lo lejos. Aún caminábamos en silencio hacia la casa. Había un olor a tomillo y a paja en el aire y cuando miré los destellos del agua oscura pude ver, allí donde las nubes se habían agazapado, un fulgor, un resplandor bajo las estrellas deslumbrantes. Tiré de la manga de Praxinoa y nos quedamos allí en esa calma hasta que la luna apareció cabalgando por encima de las montañas y se colgó en el firmamento con claridad, llena y pálida y plateada, punteando los estrechos con su fuego frío e incoloro. Miré hacia arriba a la negra montaña que se elevaba tierra adentro por encima de nosotras, viendo en el ojo de mi mente ese sendero familiar serpenteante entre las rocas, respirando el olor a pino y a romero, y el cercano y oscuro olor a cabra de la cueva. Con un estremecimiento, continué andando, y Praxinoa detrás de mí, hacia la larga superficie pedregosa cerca del pinar. Las lechuzas cazaban ya, tan temprano: se oía ese leve grito ululante, sobrenatural, y el breve chillido de algún animal atrapado. -¡Fantasmas, lémures, brujas, alejaos de esta casa!-. (Murmuré la fórmula tres veces, el gesto ahuyentador con el índice y el pulgar, el romero y el ajo. Mis amigosjónicos han intentado con esmero quitarme mis supersticiones isleñas sobre las lechuzas. Nunca han tenido demasiado éxito.) Caliente, caliente. A lo largo del lomo de la colina, más allá de los manzanares y las primeras alquerías, las luces crecían sobre la ciudad.

Praxinoa llevaba la llave grande, gastada por el uso, y me adelantó, una sombra negra, tenue, para abrir la puerta del jardín. Los goznes chirriaron con estridencia: la puerta misma se estaba deteriorando, sus goznes de hierro oxidados hacían juego con las malas hierbas que se arracimaban junto a la pared. Entramos dentro y bajamos por la senda rebaladiza hasta la fuente. Aquí me volví a parar de nuevo un momento, a escuchar la suave risa sofocada del agua, a observar el dibujo a cuadros blancos y negros como mármol a la luz de la luna: todo familiar como mi propio cuerpo y sin embargo ahora extraño, ajeno, perturbado y perturbador.
Como mi propio cuerpo.

13

L

De la casa oscura llegaba un centelleo de luz, las notas de una canción con un marcado acento isleño. Reconocí una canción de cuna: la nueva chica morena de las cocinas, con sus ojos tiznados, inquisidores y el hijo de dos años sin padre.

-Una fugitiva, señora Safo -dijo Praxinoa, con desaprobación-. Una indecente. Deberían devolverla a su propietario y marcarla.

A veces, después de casi cuarenta años de intimidad, Praxinoa todavía logra sorprenderme. Pero ¿acaso la conozco~ ¿Qué pensamientos inimaginables puede concebir una mujer que pertenece, en cuerpo y alma, a otra, que es a un mismo

tiempo su sirvienta, su protectora, su guardiana y su esclava? Yno obstante, no puedo imaginar un mundo en el que Praxinoa no tenga un lugar. También esto me asusta. ¿Qué queda más allá de los hitos familiares? ¿Sobre qué océano absoluto debo empezar a navegar mientras el otoño cede paso al invierno? Tarde, demasiado tarde.

Mientras nos acercábamos a la casa, oí al viejo Apolo agitate y gruñir, arrastrando su cadena. Era un mastín cretense, ahora de diez años, la bestia más fea que imaginarse pueda, con quijadas punteadas de gris y una expresión legañosa, agria, que nunca cambia, ni en sus momentos de afecto babeante y excesivo. Fue Cidro, en una de sus ocasiones más inspiradas, quien tuvo la idea de darle un nombre tan grotescamente impropio y de instalar como portero y guardián a un escita casi enano que guarda con él una semejanza desconcertante. Era, debo confesarlo, un tanto chocante ver las reacciones de los visitantes al ver juntos a Apolo y Escífax por vez primera. Pero ahora la broma se había agriado y me sorprendí odiando al perro y al esclavo con igual saña por su lealtad estúpida, paciente y sumisa.

Escífax se levantó con torpeza de su cuchitril cuando Praxinoa y yo nos acercamos: la grau puerta de la casa estaba todavía abierta y las lámparas estaban listas para nosotras, con las mechas acabadas de cortar. Se retiró a un lado, como un cangrejo negro, con esos extraños ojos escitas azul pálido que parecían tan incongruentes en la cara arrugada, curtida y sin dientes. Estaba esperando, lo sabía, una palabra, una broma,

14

una palmada en el hombro: detrás suyo Apolo se desperezaba con igual expectación. «Verdaderamente -pensé, en un arranque de irritación-, no sólo se parecen el uno al otro: en realidad se les puede tratar igual.»

Con un leve asentimiento, cogí la lámpara que me tendía y fui directamente al vestíbulo. Pasé por delante del pequeño altar de Afrodita -las velas titilando en sus palmatorias, la sonrisa en la cara ennegrecida de la diosa, fría como la espuma, y también (observé) con la misma crueldad del mar reflejada en ella- sin pararme, sin pensar, protegiendo mi mente con barricadas contra el silencio y los recuerdos. Subí por la escalera donde la pequeña estatua de Timas se erguía desamparada en su hornacina y donde los tapices que Gongila había traído de Colofón colgaban todavía. Proseguí mi camino a lo largo del pasillo que conducía a las dos grandes habitaciones del fondo, mi santuario particular para el clamor ruidoso e imperativo del corazón.

En el estudio, todo estaba en silencio. Me detuve un nR)mento en el umbral; habían arrancado una contraventana y la luz de la luna arrojaba un haz de rayos fríos, enrejados, sobre las estanterías con rollos de pergamino, las paredes blancas, las bagatelas esparcidas sobre mi escritorio: un cristal brillante de cuarzo recogido en el río cerca de Pirra, el caparazón de un erizo de mar, un frasco de perfume lídio, un par de huesos de los nudillos, cuatro o cinco tablillas de cera, un nuevo rollo de papiro (sin tocar durante más de un mes), un anillo de ónice. Llevé la lámpara dentro y me senté. La primera cosa que me llamó la atención fue un rollo lacrado colocado con cuidado donde forzosamente tendría que encontrarlo. Por un instante mi corazón se sobresaltó, quedándose sin aliento, y un estremecimiento volvió a recorrerme, ola tras ola, hasta que acerqué la lámpara y vi el sello y reconocí el emblema de un mercader que me desagradaba en grado sumo y quien -hasta

ayer, como quien dice- siempre había estado dispuesto a proporcionarme artículos importados a crédito: el pie de lámpara de alabastro de Egipto, que sólo descubriría su diseño cuando la luz brillaba a su través; el bolso de seda floreada, los

15

¿pendientes sirios, los cojines a rayas; el par de sillas taraceadas con estampados de ciervos corriendo (ahora estaba sentada en una de ellas); los triclinios con aspecto de marfil, las alfombras asiáticas, las cremas y perfumes y lociones. Sí, sabía demasiado bien lo que contenía esa carta.

Hubo un discreto golpecito en la puerta: era Praxinoa que apareció con una joven esclava nerviosa detrás de ella. (¿Era Talía? ¿Erina?) Les dije que encendieran las lámparas en mi habitación y calentaran el agua para el baño. Les dije que no comería. Praxinoa sacudió la cabeza con tristeza. Me dijo que había un delicioso guiso de codorniz aguardándome. De pronto me sentí débil, pequeña e infantil.

-No, no -dije, y Praxinoa notó el tono de histeria en mi voz y se llevó rápidamente a la chica.

Las oí hablar quedamente en la habitación de al lado y luego, más lejos, un tintineo de metal, el sonido del agua al caer, el crepitar de la leña que ardía debajo de la gran taza de cobre en la casa de baños. Praxinoa volvió a salir y oí e lleve y familiar sonsonete de sus pasos alejándose por el corredor hacia las escaleras. La chica, todavía en la casa de baños, empezó a silbar con timidez una inolvidable y simple melodía extraída de los recuerdos de mi más temprana infancia: la había oído por primera vez en Ereso, cantada por mujeres que trabajaban en el telar. Suspiré, me levanté y avancé hacia el dormitorio como una sonámbula.

A ambos lados de mi tocador, como centinelas, estaban los grandes candelabros de siete brazos, con una vela encendida clara y estable en cada brazo, la luz destellando sobre volutas doradas y hierro forjado. No eran el regalo que hubiera pedido, y el donante -aunque muerto hacía ya largo tiempo- todavía tenía el poder de hacerme sentir incómoda retrospectivamente con el persistente recuerdo de su masculinidad cruel, medio hostil e intransigente. Cuando Antiménidas regresó de la campaña de Judea con el rey de Babilonia, los candelabros habían sido un gesto de reconciliación, pero también un reto. «De cierta sinagoga saqueada», había dicho con ligereza, desviando sus ojos negros de mi y fijándolos en las estrellas de cinco puntas disimuladas en la unión del pie con los brazos. Supuestamente, una maldición pesaba sobre ellos: algo referido al derramamiento de sangre de sacerdotes. Pero eso eran habladerías infundadas de soldados rasos y mujeres viejas del mercado. Era difícil decir, de acuerdo con su tono de voz, qué categoría despreciaba más.

Pero tenían cierta magia que los recorría del pie a los brazos como fuego dioscúreo: Antiménidas lo sabía, al igual que yo. También sabía que por orgullo y codicia (eran objetos bellos y únicos) nunca me desprendería de ellos. Le recuerdo andando de un lado a otro en la columnata sur, las botas herradas resonando sobre las losas; una figura alta, poderosa, desgarrada, con su pelo grisáceo corto y la cicatriz blanca y arrugada de una espada, a lo largo de la mejilla, un soldado fanfarrón

que, con frecuencia y sin aviso previo (como toda su familia), caía en una fase de irritación biliosa que la cogía a una desprevvenida tras el cinismo descarado o las vociferaciones políticas que la habían precedido. Me gustaba más que cualquiera de sus dos hermanos: lo cual, supongo, no era decir demasiado. Pero una cosa me dijo, esa mañana primaveral hace ya casi un cuarto de siglo, que se ha quedado en mi mente desde entonces.

-Las raíces de la gente se encuentran en sitios extraños, Safo -dijo. Su voz tenía un deje desabrido, nervioso, como si tratara conscientemente de dominar sus cadencias naturales-. Seis años como mercenario enseñan mucho. Libros. -Dejó de hablar, titubeando para hallar las palabras, dejando la frase inacabada, colgando irónicamente en el aire-. Tú y mi querido hermano poeta me podéis contar todas las viejas historias sobre nuestra ascendencia pelasga. Pero yo he visto... -Se paró de nuevo, con los puños cerrados y el ceño fruncido-. He servido con cretenses, ya lo sabes. Cretenses de las colinas.

Asentí. Lo sabía todo sobre Antiménidas y su particular obsesión por Creta: al oírle, cualquiera hubiera pensado que cada familia noble en Lesbos descendía del rey Minos en persona. Había atado los cabos de una extraña leyenda, de boca de soldados y mercaderes y juglares errantes, de mendigos de

16 17

los muelles, de cualquier viajero mediterráneo que hablara por el precio de un trago. Nos habló de grandes palacios como laberintos, construidos en los viejos tiempos, de barcos negros y extrañas diosas, de fuego y rapiña y una terrible ola gigantesca rugiendo tierra adentro sobre puertos y ciudades y los nobles orgullosos, ricos, elegantes como pavos reales, que habitaban en ellas. Algunos -no muchos- escaparon, navegando hacia el norte, lejos de tan vasta convulsión, trayendo sus conocimientos, sus artes y su acomodada forma de vida a la costa de Jonia y las islas.

Poca gente creía a Antiménidas, sobre todo porque raramente hablaba de estas cosas, a no ser que hubiera bebido mucho vino. Pero a veces todavía me lo pregunto. Es cierto (y ésta es una cosa que los visitantes extranjeros nos hacen notar con frecuencia) que nuestra libertad, elegancia e individualismo se pueden comparar perfectamente con las condiciones de cualquier sitio de Grecia, especialmente en lo que se refiere a las mujeres. Cuando oí a Antiménidas hablar de esas magníficas damas cretenses de la corte -quizá legendarias, pero enérgicas y confiadas que eran iguales a los hombres y, en cierto modo, más que una pareja para ellos, no tuve dificultad alguna para imaginar tales seres. ~Cómo hubiera podido tenerla, cuando la libertad de la que yo disfrutaba era tan parecida a la suya~ Exclamé:

-Salve, hermano cretense.

Antiménidas pareció no haberme oído; estaba paseando por un camino imaginado por él y lo encontraba inesperadamente tortuoso. Al fin, dijo:

-Cuando estábamos luchando en Judea, no les gustó a mis cretenses. No se podía concretar mucho por qué. Tan sólo una sensación en el ambiente. Pero finalmente lo descubrí.

Volvió a detenerse, frunció el entrecejo, se frotó la nariz, y con tinuó:

-Tenían una tradición según la cual estos hombres de Judea eran su familia, pues habían navegado hasta Creta hacía va varias generaciones. Interesante, ¿no crees? -Sus ojos negros se encontraron con los míos y sostuvieron la mirada-. Un hilo

r

sutil, quizá. Pero también lo era el hilo que Ariadna fue dejando en el laberinto; y eso le condujo a un toro. O a un rey. O quizá a ambos. No me atrevería a discutir contigo tales cuestiones, querida.

Era un día soleado: pero me pareció que mis manos y mis pies estaban de pronto helados.

Así pues, anoche me senté entre los candelabros y miré fijamente mi imagen oscura, enrojecida por las llamas, en el gran espejo de bronce. La noche me era propicia: escondía las vetas grises de mis rizos negros, fuertes, gruesos; alisaba las líneas de la nariz a la boca, la tenue membrana de arrugas risueñas alrededor de mis ojos. «¿Qué sangre inimaginable corría por mis venas, qué historia había ocurrido para crear este yo, este uno mismo encadenado al tiempo?» La túnica me abrasaba la carne como si fuera de Deyanira. Una piel demasiado morena, unas facciones irregulares en una cara afilada, un cuerpo pequeño con huesos de pajarillo. Sonreí amargamente. «¿Cómo podía este yo de dos brazos de largo tocar jamás los cielos?» La pregunta -y las respuestas que había buscado- resonaron con burla en mi mente.

Levanté las manos hasta mis mejillas, como si estuviera protegiéndome a mí misma en contra ¿de qué? ¿De autoconocimiento? ¿De tiempo? ¿Desesperación? Los anillos de mis manos brillaban a la luz de las velas, cada uno un recuerdo tangible, labrado de pasiones pasadas: las doradas serpientes entrelazadas, el gran zafiro frío, el doble sello con el lapislázuli incrustado, el oscuro escabarajo egipcio. De mi cuello pendía el collar de granadas doradas, una reliquia de familia tan antigua que nadie conocía va su historia. ~Cuántas Perséphones, me preguntaba, lo habían llevado antes que yo hasta el frío abismo?

Aflojé el ceñidor de mi túnica y la dejé caer a mis pies mientras me mantenía erguida entre los candelabros, desnuda y calenturienta «Cambiado -susurró la voz-, todo cambiado». «No -grité silenciosamente-, no: soy lo que era», y mis manos se precipitaron, tocaron mis senos, buscando pruebas reconfortantes, sabiéndolos altos y firmes como siempre lo ha-

L

bían sido, viendo los pezones oscuros bien proporcionados en el espejo. Mis manos se movían como si fueran dueñas de sí mismas, como si fueran las manos de alguna otra persona, a lo largo de mis caderas todavía esbeltas y de mi vientre firme, suave, ligeramente curvado. El fuego me devoraba las entrañas, era cal viva. «Esta noche. Tiene que ser esta noche», pense.

Recordé, acalorada por la vergüenza, las palabras que había garabateado en un pedazo de papiro hacía una semana. «Ven ahora. Deprisa. Deprisa.» Había comprado amuletos de amor como cualquier chica del pueblo, me había humillado ante esa vieja bruja -oh si, lo sabía, ella sabía demasiado bien quién era yo- y me mandaba sucias mujeres para obtener restos de uñas y mechones de pelo, completamente abierta ahora a todo tipo de sugerencias en mi deseo extremo; un escán-

dalo para oscurecer la fama de mi hermano. «Torcecuello, torcecuello, conduce a ese hombre a mi casa.» El pájaro crucificado vacilando en su rueda a la lumbrera del fuego, los hechizos, las hierbas quemadas y los pequeños sacrificios obscenos, no hay nada que yo no haya probado, ningún engaño vergonzoso al que yo no haya accedido. Pero si la diosa ha traicionado mi devoción y mi confianza, ¿hacia qué otro sitio debo volverme? Es fría y caprichosa como la espuma de la que nació y su eterna y renovada virginidad, la burla más cruel de todas.

Era una noche de luna llena. Sentí cómo mil púas se clavaban en mi piel: sabía, sin necesidad de mirar, que la esclava -Talia, si, me acordaba: ¿cómo podía haberme olvidado?- había vuelto sigilosamente de la casa de baños, a través de la arcada con cortinas, y estaba de pie en la sombra, observándome. Quizá esta sea la respuesta, pensé: combatir el fuego con el fuego. Me senté de nuevo y la llamé dulcemente:

-Talia.

Recuperó el aliento, asustada.

-Sí, mi señora -murmuro.

Anora estaba detrás de mí: oí el frufú de sus faldas y el ruido de sus sandalias deslizándose con suavidad por el suelo. En el espejo de bronce vislumbré una cara joven, nerviosa, unos ojos como dos grandes manchas interrogantes, el pelo trenza-

do en una gruesa espiral. No tenía ni idea de qué hacer con sus manos: tan pronto las apretaba frenética y agónicamente, como las dejaba colgar, torpes e inertes, a ambos lados de su cuerpo. Cogí el tarro de lanolina y empecé a quitarme el maquillaje.

¿El baño está listo? -pregunté.

-Sí, mi señora. -El mismo susurro ahogado y entrecortado. ¿Qué sentía ella? ¿Timidez? ¿Miedo? ¿Turbación?

le traigo su albornoz, mi señora~

Hice una pausa, me desperecé insinuante y como un gato bostecé: podía sentir el estremecimiento que la recorría mientras me movía, como una ola que envuelve un campo de cebada verde, como la brisa de primavera que hace susurrar las hojas y oscurece un mar en calma con sombras fugitivas.

¿Deseo? Seguro que no. Ysin embargo...

-Gracias -respondí y me volví para ver cómo se deslizaba a lo largo de la habitación iluminada con velas, dirigiéndose con pasos elegantes y menudos hacia el gran armario de la esquina, al lado de mi cama. Era más delgada de lo que había creído: había una fragilidad conmovedora en sus movimientos. Tuvo que ponerse de puntillas para coger el batín a rayas color azafrán y verde y el recuerdo se agitó en mí con desasosiego mientras la miraba. «Atis -pensé-, claro.» No obstante me di cuenta sin sorpresa y sin siquiera una emoción violenta. La recordé cuando era una colegiala desmañada, los ojos llenos de lágrimas como estrellas, diciéndome adiós desde el muelle de Mitilene; Atis no era una crisálida, sino la pequeña y brillante mariposa que estalló en mis sentidos cuando volví tras mis cinco años de exilio en Sicilia. Incluso la espiral del cabello..., y allí me detuve, al recordar la miniatura que colgaba en la alcoba de mi estudio, al ver la patética imitación que Talía había logrado.

Regresó con el albornoz, sonriendo tímidamente, con sus grandes ojos castaños ansiosos y cautivadores al mismo tiempo. Me volví hacia el espejo y la dejé esperando mientras, lenta y meticulosamente, me quitaba los últimos restos de maquillaje de la cara. Entonces, nuestros ojos se encontraron en el espejo y asentí, reclinándome, mientras deslizó el albornoz sobre mis brazos y me envolvió en él. Sus manos --qué bien conocía

L

los síntomas!- dudaban a cada contacto físico, en una agonía de incertidumbre. Sonrei interiormente y luego pensé, desconcertada: «No sólo la diosa es cruel. Tantos años devota suya, ¿y puedo esperar haber escapado a su naturaleza?».

Anduve hasta la casa de baños, sabiendo que Talía me seguía. El agua se evaporaba, fragante con resma de pino. Me tumbé dentro y dejé que el calor actuara en mí, mirando a Talía mientras estaba allí de pie, acariciando inconscientemente con los dedos los pliegues de su gruesa túnica de lino. Le sonrei, sintiendo solamente el calor bendito del agua, consciente de mi poder.

-Ahora puedes lavarme -dije.

Vino al lado del baño de mármol lentamente, muy lentamente, y vi cómo se tensaban sus músculos para esconder el temblor de sus manos. Me lavó la espalda y durante todo el tiempo su respiración se aceleró y se hizo ostensiblemente audible. No sentí nada, nada, nada. Luego me volví a estirar y esperé, sonriente, quieta. Cuando me tocó los senos, los temblores la fueron recorriendo más y más rápido hasta que casi no lo pudo resistir y retiró bruscamente la mano como si de pronto el agua estuviera hirviendo.

«Todavía no. Espera. Sé cruel.»

Me envolvió en una toalla pesada y caliente y volvimos de nuevo al dormitorio. Me senté en el borde de mi cama, todavía con la toalla, mientras ella me quitaba los alfileres y me peinaba.

-Ahora los polvos -dije, y casi ronroneé cuando me empolvó los hombros y los pies con el talco perfumado que Yadmon me había dado en Samos.

«Tiempo suficiente», pensé, y cogí su mano con la mía, espolvoreé un poco de talco en mis pechos y guié sus dedos para que lo repartieran. Ahora estaba sollozando en silencio, las lágrimas brotaban de sus grandes ojos y deslicé mi otra mano dentro de su túnica, acariciando sus senos turgentes y jóvenes hasta que se pusieron firmes bajo mi tacto y sus labios se acercaron hacia mí ciegamente y probé la sal de sus lágrimas. Todavía nada. Nada. No se puede combatir el fuego con cenizas apagadas. De pronto, sentí crecer una repugnancia intensa dentro de mí y mi aburrimiento, repugnancia hacia mí misma, hacia ella, hacia toda aquella absurda situación. La arrojé lejos de mí violentamente: estaba en el suelo, con ojos desorbitados, heridos, mirándome fijamente, aterrorizada por este súbito cambio de humor. Me envolví de nuevo en el batin y me di cuenta, con sorpresa por mi parte, de que estaba temblando.

-Vete -dije-. Fuera de mi vista.

«No lo entiendo», pense.

«Pensaste, pensaste, ¿qué derecho tienes tú a pensarr»

La yesca seca de mi frustración se inflamó con furia repentina. Tiene que haber sido una visión cómica: dos mujeres menudas, inmovilizadas por la rabia y el miedo, dejándose llevar rápidamente hacia la violencia física.

-La quiero, mi señora. -Fue un susurro breve, suplicante, casi inaudible.

-;Fuera! -chillé, con el último resto de dignidad arran-

cado y pensé: «¿Cómo osa esta infeliz comportarse como un ser humano, chantajear mis sentidos y mis emociones con sus trucos baratos?». Mis dedos se curvaron en un reflejo atávico, se convirtieron en garras de largas uñas; y la chica se escapó. Qí el golpeo frenético de sus pies al bajar las escaleras, un portazo en las habitaciones de los sirvientes.

Bueno, me dije inexorablemente, Praxinoa debería saber va qué hacer en esta situación. Respiré profundamente, deseando que la rabia de mi cuerpo se apaciguara. Poquito a poco, la sangre empezó a correr más lentamente por mis venas, el violento martilleo de mi corazón se acalló en un latido silencioso, regular. Me acerqué a la ventana y abrí los postigos. Fría y pura, la luz de la luna se deslizaba sobre la montaña: en algún lugar una lechuza ululaba y desde una taberna del puerto llegaba el sonido distante de una canción, el rasgueo plañidero de una lira.

La luna alta iba; pero, ¿dónde estaba Endimión? Mi carne estaba inquieta de deseo y humillación. Esta es la última vez. Esta vez tiene que venir. «Afrodita, diosa cruel, yo te lo imploro, hazle venir ahora, deprisa. Ahora, antes de que sea demasiado tarde.»

22 23

Un perro ladró. Esparcidos a lo largo del estrecho podía ver seis pálidos puntos de luz, donde los pescadores nocturnos estaban esperando que aparecieran los bancos de peces.

Lentamente, como una sonámbula, me puse un grueso manto de lana y mi capa negra de viaje. Lentamente me recogí el pelo en una trenza de pasadores, con una sola ramita de romero. Pero no me puse perfume y dejé mi cara limpia de cosméticos. El día que me besó por primera vez, dijo, riendo:

-¿Por qué te pintas como una vieja ramera? -Se me fue la mano más deprisa de lo que me hubiera imaginado; me sujetó ambas muñecas, las aprisionó con dedos fuertes, callosos y me mantuvo a un brazo de distancia, como una niña o una muñeca-. Quitate esa maldita porquería -dijo finalmente y me soltó. El viento soplaba a través de sus grandes rizos castaños-. Las putas lo necesitan. Tú no.

Y con lágrimas de rabia y de gratitud clavadas en mis ojos, hice como me dijo.

Salí al pasillo, bajé las escaleras, crucé el patio. No había rastro de Praxinoa: probablemente estaría consolando a la desgraciada Talia. Anduve de puntillas en silencio a través del vestíbulo; Escilax daba cabezadas en su cuchitril, aunque yo sabía muy bien que estaba despierto: en tales ocasiones, jugábamos a una elaborada charada convencional para preservar el decoro doméstico. Apolo se retorció y respiró ruidosamente, acurrucado a los pies del hombre viejo, cazando liebres ya muertas por las colinas de sus sueños. Me deslicé por la puerta principal, cuidándome de dejarla abierta, y volví a caminar pasados la fuente y el altar hasta la verja del jardín. Una vez fuera, sin embargo, me alejé de la ciudad y me dirigí a las montañas por el camino de mulas.

La luna brillaba sobre mi al moverme y mi sombra bailaba, pálida y ligera, sobre las piedras plateadas. Cuando me detenía un momento podía oír los minúsculos sonidos de las pequeñas criaturas nocturnas entre la maleza y, lejos a mi derecha, el repiqueteo fresco y claro del agua sobre la roca. Mis pasos, al hacer crujir el esquisto suelto, sonaban como fuertes ruidos de ultratumba. Pero ahora el sendero había sido tragado por el bosque de pinos y aquí andaba silenciosa como un fantasma, sobre una gruesa alfombra de pinaza, con tan sólo un rayo de luna ocasional para iluminarme el camino.

La cueva está a mitad de camino de la cresta, muy cerca de un pequeño manantial. De hecho, no es ninguna cueva, sino una concavidad formada por tres rocas gigantes, hundidas a la vez sobre la pendiente empinada de la montaña, como si hubiera ocurrido un terremoto. Deben de haberla usado otros aparte de nosotros: el suelo de la concavidad está cubierto por una gruesa capa de hierba seca. El manantial brota del interior de las rocas para ir a parar a un cuenco de piedra desgastado, brillante por el musgo verde, y se derrama en un arroyuelo estrecho y pedregoso. Hay al lado un pequeño altar, consagrado a las ninfas, un nicho encalado con una lámpara y algunas figurillas de barro rotas y, a veces, un ramo de flores marchitas.

Cuando llegué, todo estaba en silencio y la cueva vacía, como ya sabía de antemano. Pero todavía era demasiado pronto. La lámpara del altar vacilaba; cogí lajarra de aceite de la repisa donde la había escondido y llené la lámpara. Había que despabilar la mecha: eso me llevó un poco más de tiempo. Luego recé a las ninfas, que son deidades bondadosas y siempre han estado cerca de mí en el campo: pero mis palabras parecían resonar en un gran vacío, como si los dioses tutelares de este lugar se hubieran ido, estuvieran durmiendo o fueran indiferentes a mi presencia. Así que hundí la cara en el cuenco de piedra, preparada para resistir el sobresalto del agua helada, y sentí mi piel tensarse y brillar con su contacto astringente. Bebí un poco y recordé, al hacerlo, que no había comido en todo el día. Ysin embargo no sentía apetito: de hecho, en ese momento no hubiera podido tragar ningún tipo de comida.

Después de haber bebido, volví, me senté a la entrada de la cueva, envuelta en mi manto, y esperé.

Aquí los pinos estaban más dispersos y tenía una clara visión de la luna y de las estrellas en el cielo. Tiene que venir ahora, pensaba yo: tiene que hacerlo, tiene que hacerlo. A cada crujido de una rama, a cada leve susurro en la oscuridad, me erguía, tensa por la expectación. Ahora ya hacia ocho días,

24 25

nada. Ni siquiera una carta o un mensaje. Ninguna explicación, ninguna disculpa. La gente se encoge de hombros y responde con evasivas a mis inquisiciones. Puedo ver el desprecio compasivo en sus ojos.

El tiempo pasaba; la luna se movía inexorablemente en el cielo y las Pléyades la seguían. Pasada la medianoche todavía velaba sola.

Cuando los primeros albores aparecieron en el este del cielo, bajé rápidamente por el camino, entumecida, sin permitirme pensar, una cáscara muerta. Una cocinera que estaba al lado del pozo de detrás del patio se quedó mirándome cuando entré y vi su gesto ahuyentador con el índice y el pulgar para protegerse del mal de ojo. Como alambres finos y calientes de dolor se retorcían bajo mis pestañas y detrás de las sienes: la piel parecía haberse tensado alrededor de una calavera hirviendo y gránulos ardientes me raspaban a través de cada nervio.

Me estiré en la cama como si fuera un tronco, mientras tanto la luz burlona bailaba a través de los postigos y los gallos empezaban a cantar anunciando el nuevo día, luminoso, otoñal, lleno de falsas promesas. Déjame dormir, rogaba yo, déjame dormir o déjame morir. Entonces me acordé del pequeño frasco de cristal iridiscente que Alceo me había traído de Egipto y que (por razones que son simples conjeturas) había escondido en el fondo de un cajón de cosméticos y que tuve olvidado durante veinticinco años. Ahora recordaba sus pala-

bras, su malicia, la mirada dura y afeminada de sus ojos grises cuando dijo:

-Para ti, querida mía, este nepente: el regalo bendito del olvido. Una paradoja, ¿no crees? Ahora, quizá. Todos tus sentidos están abiertos al sol: te giras hacia la luz como el capullo de una flor. Pero más adelante, más adelante lo entenderás. No me estarás agradecida por mi detalle para contigo, creo yo. Los dioses te han otorgado algunos dones únicos, Safo, pero la gratitud no es uno de ellos.

-¿Nepente? -repetí, demasiado aturdida por sus palabras fluidas y mordaces para estar enfadada como debiera. (Entonces, tampoco era yo tan joven ni tan absurda: era, me acuerdo, antes de cumplir mis veinticinco años.)

-Sí, eso es. La verdadera receta de Homero. Deberías sentirte halagada, querida: este pequeño frasco me costó más de lo que te puedas imaginar.

-Entonces, debes de haber tenido algún buen motivo personal para dármelo -comenté malévola. La tacañería de Alceo era célebre.

-Quizá sea así -asintió él, con un brillo de diversión en su mirada-. Tendrás que ejercitar tu admirable ingenio para determinar los motivos que hay detrás de mi generosidad. Si me permites decirlo, funciona extremadamente bien. Me lo vendió un sacerdote horripilante en Menfis y habría profanado una tumba egipcia antes que atreverme a pedirle pruebas de su efectividad. Pero la probé el otro día con el joven Lico con resultados espectaculares.

Cogí el frasco de cristal incómoda, turbada, en contra de mi voluntad, sólo por la referencia hecha a Lico, una criatura de ojos negros, de pelo oscuro y brillante tan largo como el de una chica y que no debía de tener más de catorce años cuando Alceo lo recogió al volver de Egipto. Ultimamente también había estado animando a la pequeña bestia, por pura maldad, a lanzar miradas incitantes a Lárico, mi hermano menor.

-Todavía no te he dicho la dosis -dijo Alceo, mirándome con atención-. Ello, como te darás cuenta, es bastante importante. Tres gotas añadidas a un poco de vino te permitirán descansar durante toda la noche. Cinco gotas te harán perder el conocimiento durante doce horas. Diez gotas -hizo un gesto expresivo- es una dosis letal. No necesitarías repetirlo nunca, querida. Así que antes de tomarlo, asegúrate de tener la moneda preparada para el barquero.

Ahora, años después, jugando con el frasco de cristal en mis manos una y otra vez, resentida por su frío simbolismo, la curiosa malicia que había impulsado el regalo y, sin embargo, incapaz de negar mi necesidad de olvido. Cogí lajarrita de vino que Praxinoa había depositado en mi mesilla de noche (¿cuándo empezó eso? ¿hacia cuatro años? ~cinco?), vertí un poco en

26 27

una copa y lo mezclé con agua. Entonces destapé el frasco y lo oí: su olor era dulzón, soporífero. Conté las gotas cuidadosamente: una, dos, tres. Una pausa imperceptible. Cuatro. Cinco.

¿Por qué no? Ahora. Deprisa. Sin dolor.

No. A él le produciría demasiada satisfacción. Demostrar que tenía razón después de un cuarto de siglo, ¡qué exquisito placer! No. Con un gesto decidido, volví a poner el tapón. Entonces, antes de que pudiera cambiar de opinión, avancé dando un par de pasos rápidos hacia la ventana y tiré el frasco. Oí el sonido leve, quebradizo, final, cuando se hizo añicos sobre las losas. ¡Allá va eso! Cogí la copa, consciente ahora de mi total agotamiento, de la agonía seca y ardiente en

mis huesos y en mis nervios. Dormir. Tengo que dormir. Pero otro pensamiento se apoderó de mi y salí rápidamente fuera, por el pasillo hacia la habitación oscura y silenciosa de mi hija Cleis. No había pensado en ella en todo el día de ayer, ni desde varios días antes: ahora ha pasado una semana desde que se fue a vivir con Megara, a la casa gris, cuadrada, de la ciudadela y siento como si algún extraño, un invitado accidental, se hubiera ido, sin dejar atrás rastro alguno de su presencia. Como me ha rechazado, en defensa propia, tengo que borrarla de mi conciencia.

Ah, Cleis, mi querida Cleis, no siempre fue así. Eras como una flor dorada y nos queríamos la una a la otra, Cleis. No habían tenido lugar el odio ni la violencia ni las palabras horribles, implacables, inolvidables. Culpabilidad, envidia, amargura: ¿es esto toda la cosecha de nuestra dulce primavera juntas?

Todo estaba en su sitio: la colcha con el dibujo a cuadros verdes, amarillos y negros, el sapo tallado en obsidiana con joyas por ojos, el retrato que pintaste de Atis antes de mi enfermedad (no, tengo que ser sincera, eso siempre hizo que me sintiera incómoda: ¿qué podías haber estado pensando, incluso entonces?), las alfombrillas esparcidas y los libros enrollados sin cuidado.

Pero entonces presté más atención y vi -¿por qué sólo ahora?- que, después de todo, te habías llevado algunas cosas contigo, pertenencias personales, privadas: tus huevos de pájaro; la bufanda púrpura que te había dado Hipias (eso no, todavía no lo puedo afrontar; dame tiempo: ¿acaso hay que admitir siempre la propia culpa?), algunas pequeñas baratijas sin ningún valor en particular, tu copia personal de la Odisea con muchas anotaciones, con tus propios dibujos en el margen -¿te acuerdas cómo me divertí tu Polifemo? Tan irresistiblemente parecido a Pitaco después de su tercera botella. No podía estar segura de qué más. La habitación estaba allí, aparentemente igual, y los pequeños remordimientos de la ausencia empezarían pronto a importunar mi mente y otra pieza que faltaba volvería a su sitio.

Era pleno día cuando volví a mi habitación. Me senté de nuevo en el extremo de la cama y cogí la copa con el vino drogado. Esta vez tomé un sorbo y me di cuenta mientras lo hacía de que realmente estaba muy asustada. No sabía nada de la naturaleza de esta droga salvo lo que había oído a Alceo y no sería la primera vez que me habría gastado una broifia pesada y desconcertante. Pero alguna cosa me conducía obstinadamente a seguir: sea lo que fuere, no iba a dejar que ese hombre me intimidara.

Tomé otro sorbo.

El único efecto que noté fue un ligero entumecimiento en la lengua. El gusto (que el vino no podía disfrazar) era intrigante: pesado, dulce y no obstante con un sabor de fondo seco, rancio, que me recordó una era en la época de la trilla.

Cuando me estaba animando para tragar el resto, oí una vaga conmoción abajo: el viejo Escilax protestaba, un torrente de palabras ininteligibles de Praxinoa y una tercera voz -aguda, nerviosa, irritable- que reconocí inmediatamente como la de mi hermano Caraxo. Después de breves instantes, oí unos pasos en la escalera: mis fuerzas de defensa habían sido claramente derrotadas. Entró sin ni siquiera molestarse en llamar, olisqueó el aire, frunció sus labios con repugnancia y abrió los postigos de par en par. Nos miramos el uno al otro por un momento sin decirnos nada.

Aunque durante años he evitado admitirlo, siempre he

sentido una total antipatía instintiva por Caraxo. Es irónico que

28 29

el único acto de su vida que (por muy enloquecedor que fuera en su momento) al menos me convenció de que era realmente un ser humano, por una serie de malentendidos, hubiera acabado de romper el vínculo que existía entre nosotros.

Ahora lo miraba fijamente, observaba la pequeña y poco saludable barriga que llevaba delante como una insignia oriental de poder, el cuerpo rechoncho en forma de barril, apoyado en un par de piernas cortas y ligeramente arqueadas, sus dedos gruesos con anillos caros y vulgares. Aunque era otoño, la caminata hasta la cima de la colina lo había hecho sudar: se enjugó la frente y gruñó. Su pequeña discusión con Escilax tampoco debía de haber mejorado las cosas. Verdaderamente es un cerdo, pensaba yo, con un aborrecimiento impasible. Un cerdo blanco, gordo, peludo, hozando en busca de trufas y con muy mal carácter cuando se le molesta. Entonces se me ocurrió que, en ese momento, mi propia apariencia debía dejar mucho que desear e, inesperadamente, me eché a reír. Quizá estuviera un poco histérica, O quizá esa droga egipcia tuviera algunas propiedades imprevistas.

Sus cejas se arquearon y miró la copa de vino medio llena. Por una vez en la vida parecía estar pasándose bien en mi compañía: parecía hacerle la boca agua a causa de un gusto anticipado. Se sentó, arrugando la nariz, saboreando su innegable posición de ventaja. Bueno, pensaba, dos pueden jugar a ese juego. Me recosté de nuevo sobre los cojines, sorbí mi vino drogado y esperé.

Tras haber hecho constar su opinión sobre mis hábitos para con la bebida, Caraxo procedió a escudriñar, primero mi cara (con evidente asco) y luego la cama y el ropero, como si esperara hallar un amante escondido allí o, en todo caso, alguna prueba irrefutable de mi libertinaje excesivo. Esto, tengo que admitirlo, fue bastante efectivo. Pero luego lo arruinó todo diciendo:

-Esta habitación huele como una casa de putas.

Mi hermano es capaz de soltar la perogrullada más apropiada para cada ocasión. Sonreí (pobre tontorrón, era como quitarle caramelos a un niño) y dije:

-Mi querido Caraxo, los viajes amplían la experiencia.

Se sonrojó y se frotó la nariz con la palma de la mano: una señal segura de peligro. Un letargo cálido, encantador, se iba apoderando de mi cuerpo: tenía todo el tiempo del mundo.

Ahora escúchame. No tengo intención de discutir sobre lo que ocurrió en Egipto. Eso es asunto mio -me espetó Caraxo.

-Era un asunto de familia.

-Y esto también.

Me estremecí y bebí un poco más de vino.

-Tu posición -dijo mi hermano- es extremadamente vulnerable. Hubiera preferido evitar hablar con tanta claridad, pero no me dejas otra alternativa.

-Qué mentiroso eres, Caraxo. Viniste aquí con una sola idea en la mente: humillarme.

-Veo que no hay manera de razonar contigo. Muy bien; te citaré algunos hechos. Uno: tu reciente comportamiento ha ofendido a toda la gente responsable de esta ciudad, incluidos tus amigos. Has deshonrado la clase a la que perteneces. Has provocado un gran escándalo en nuestra sociedad. Esto no son me u den cias.

Hizo una pausa, aparentemente esperando un comentario.

-Continúa -dije-. Prefiero el discurso entero, no por entregas.

-También está la cuestión de tu posición financiera.

-Ah. Ya hemos llegado.

-,Tengo o no tengo razón cuando digo que no tienes más bienes que esta casa? -Su voz y su comportamiento cambiaban completamente cuando hablaba de dinero; eran más rápidos, más sagaces, más autoritarios-. Todo el capital que te dejó tu marido te lo has gastado, pero es difícil saber en qué. Ya no obtienes beneficio alguno de tus... alumnas... de tus invitadas. -La lengua se le encalló de una forma desagradable al pronunciar esa última palabra-. Estás viviendo básicamente a crédito. Creo que te podría decir cuánto debes en la ciudad y a quién.

Naturalmente -respondí-. Los comerciantes no tienen secretos entre ellos.

30 31

Se estremeció: podía permitirse no sentirse ofendido si le apetecía.

-Te estás olvidando de mi patrimonio. Todavía tengo una parte de los bienes familiares -dije.

-Eso -observó Caraxo con frialdad-, es discutible. Estoy de acuerdo en que, según el testamento de nuestro padre, nosotros cuatro recibimos partes iguales. Pero Lurigio murió siendo menor de edad, así que su parte fue a parar legalmente al descendiente masculino de más edad.

-Al de más edad -puntalicé-. No hay distinción de sexo.

-Recordarás que en el juicio se decidió lo contrario.

-También recuerdo quiénes eran los jueces.

-Eres libre, si quieres, de reabrir el caso. Será un proceso largo y costoso, pero... -repuso Caraxo y extendió las manos expresivamente.

-Está mi propia parte -dije. Sabía lo que vendría a continuación.

-En cierto modo, sí. Pero de nuevo tengo que recordarte dos cosas. Una cláusula en el testamento de nuestro padre pone tu parte específicamente bajo mi administración a partir del día de mi mayoría de edad.

-También me garantiza una renta proporcional de los viñedos y olivares.

-Justamente. -Caraxo se frotó las manos-. Pero como decidiste hipotecarme tu parte cuando te faltó dinero en efectivo, esa provisión ya no es aplicable.

Me lanzó una mirada inquisitiva, medio triunfante, medio aprensiva, como si esperara un estallido de furia, quizá una agresión física: pero la droga ya había tomado posesión de mí y (en cualquier caso) yo ya había descargado la mayor parte de mi mal genio con la pobre Talía. Como no hice comentario alguno, Caraxo prosiguió:

-Te hallas en una posición desafortunada, hermana.

Suspiré con hastío.

-Muy bien -contesté-. ¿Cuáles son tus condiciones?

-Puedes quedarte con esta casa -Caraxo juntó las puntas de los dedos y escudriñó el suelo-. No, no empieces a protestar; si cada mercader a quien debes dinero se fuera apropiando de estos bienes, y podrían hacerlo perfectamente, la casa estaría completamente vendida.

-Ya veo -dije; y, de hecho, la imagen era demasiado clara.

-Además, cancelaré la hipoteca de tu parte de los bienes y te pagaré una renta acordada sobre los beneficios de todas las ventas.

-¿Estás seguro de que puedes permitirte? -pregunté con voz desabrida. Debo admitir que la manera sin precedentes y extremadamente inhabitual con que había derrochado el dinero con Dorica en Egipto había ocasionado peligrosas incursiones en el capital familiar.

-Oh, sí -susurró con suavidad-. Ahora me lo puedo permitir.

Un ramalazo de admiración involuntario se apoderó de mí. No todo hombre puede recuperarse de su propia extravagancia con mano tan firme como mi hermano (una vendimia excepcional le ayudó, pero fueron sus conocimientos los que colocaron las exportaciones); no todo mercader viaja por el Egeo con sus propios cargamentos, hasta Egipto, en busca de buenos mercados, especialmente si tiene casi cincuenta años. Pero el dinero siempre ha surtido un efecto extraordinario sobre Caraxo, desde que tengo uso de razón.

-Ahora -dije- deberías decirme tus condiciones.

-Muy simples, querida. -Pero parecía molesto cuando lo dije. Se levantó, miró a través de la ventana y, dándome la espalda, añadió:- Sólo hay una condición: tienes que dejar a este tipo, a este barquero o lo que sea. Tienes que darme tu palabra de que no lo veras mas.

No contesté nada: no había nada que decir.

-Piensa -reflexionó Caraxo-. Tendrás una casa y una renta adecuadas. El escándalo pronto se acallará si no haces nada para promoverlo. Me parece un arreglo muy generoso. Tendrás mucho tiempo para escribir. Quizá duela un poco al principio; lo sé, ~quién mejor que yo? Pero todavía tienes a Cleis, querida. El amor de una hija es más verdadero, más profundo y duradero que una vaga pasión por un pescador cualquiera.

32 33

Lo observé y me di cuenta de que lo decía en serio, de que estaba orgulloso por haber encontrado una solución tan razonable para un molesto problema de familia. Así era como funcionaba su cerebro. Y, no obstante, la malicia estaba allí, irreconocible: «vaga pasión», se acordara o no, era la frase que yo había empleado para describir su propia relación con Dorica. ¿Y cuánto sabía de la brecha abierta entre Cleis y yo?

-Lo siento -respondí y, de un modo un tanto curioso, lo sentía: toda esta situación estaba demasiado lejos de ser comprendida-. Pero no te lo puedo prometer. Es chantaje, Caraxo. Además... -me detuve, incapaz de justificarme o de explicarme mejor, ¿cómo podía hablar a mi hermano de dignidad, de respeto, palabras que para él eran monedas sobadas, con los cantos desgastados de tanto manoseo?

En el silencio que siguió, pude oír su respiración entrecortada, con el ligero silbido catarral que nunca parecía abandonarle, fuera verano o invierno.

-Entonces, también yo lo siento -dijo por fin-. Esperaba poder darte un margen de libertad. Pero sea cual fuere tu decisión, el final será el mismo.

Algo parecido a una fría gota de terror recorrió mi cuerpo, eclipsando momentáneamente el soporífero efecto de la droga.

-No, no, no, no -susurré, como una niña que ha dejado caer un juguete frágil, bonito y que intenta volver al momento anterior, devolver las cosas a su antigua situación.

-Tu joven amigo ha sido, ¿cómo decirlo?, algo indiscreto en sus favores. Así que tuve una pequeña y amigable charla con él. Demostró ser más razonable de lo que esperaba -prosiguió Caraxo.

-Lo sobornaste -dije sordamente.

-Ni mucho menos. Le conté que uno o dos ciudadanos bien relacionados estaban considerando alegar cargos de adulto en su contra y, lo que voy a añadir para tu propio beneficio, es bastante cierto. También le conté que si dejaba el país voluntariamente, el asunto no iría más lejos.

Por culpa de la conmoción (aunque lo había sabido en mi corazón, seguro que lo había sabido) o a causa del aumento del efecto de la droga, noté una parálisis física total que se extendía por mi cuerpo. Cada músculo parecía rígido, inerte: era como si Caraxo se hubiera convertido en una obscena Medusa masculina, «gorgonizándome» en una frágil roca gris.

-Ya veo -dije, pero mis labios apenas se movieron.

-El joven se enroló hace dos días como marinero de cubierta en un carguero. -Caraxo sonrió complacido-. Tengo cierta influencia sobre las autoridades del puerto. Todo fue acordado de la manera más discreta.

La última esperanza.

-Este barco -susurré- ha...

-¿Zarpado? Claro. -Podría haber añadido: ¿Estaría yo aquí de lo contrario?

En mis labios se formaron dos palabras, como burbujas lentas.

-¿Dónde? -musité-. ¿Cuándo?

Caraxo me miró y, por primera vez, creí ver una expresión de piedad auténtica en su cara.

-Ayer, al alba. La larga ruta hasta Sicilia.

Luego era uno de sus propios barcos. Vino para Sicilia, cereales de vuelta a casa. Navegando hacia el sur del Peloponeso, por Creta y Citerea, para evitar el pago de tasas en el istmo, con una tripulación mal pagada y el riesgo constante de salvajes tormentas por el mar jónico.

Como si leyera mi mente, Caraxo dijo:

-No todos mis barcos naufragan, ¿sabes?: dame crédito para un poco de sentido comercial. Además, ese joven en particular es más probable que muera con un cuchillo clavado en la espalda.

-Ahora vete. Por favor, vete -respondí.

Vaciló, apoyándose alternativamente en cada pie.

-Tienes que darte cuenta de que todo era inútil -dijo por fin.

-Oh, sí. Bastante inútil. Ya lo sabía. -Mis pestañas empezaron a hundirse.

-Te has conmovido. Claro. Pero pronto te recuperarás.

-Así lo espero.

34 35

-Deberías volver a escribir. Eso mantendría tu mente ocupada.

«Quizá lo haga -pensé-. Quizá lo haga. Pero no como tú supones. Esta vez es distinto. Esta vez tengo que juntar las piezas hechas añicos de mi vida y verlas como un todo. Tengo que purgar mi sufrimiento con palabras, expulsar el dolor visiblemente, cauterizar para curar. No puedo hacer nada más.»

Intenté sonreír.

-Gracias, hermano -dije.

-Todo irá bien. Ya verás. Hoy me ocuparé de todos los detalles legales. No tienes que preocuparte de nada.

Cerré los ojos y me desplomé en un vórtice totalmente negro, en tina garganta profunda sumida en la oscuridad. Pero antes de que pudiera abrir la boca para chillar, o pudiera respirar, estaba dormida. Nunca oí cómo Caraxo se alejaba.

Me equivoqué al desconfiar de la droga egipcia que Alceo me había dado. Dormí, como él había dicho, doce horas. Ya había oscurecido cuando me desperté. Me desperecé hasta que mis huesos crujieron. Hacia meses que no me sentía tan optimista. Entonces, la niebla se despejó y lo recordé, pero el dolor había perdido su crudeza: era como si durante el sueño producido por la droga, una piel protectora hubiera recubierto mis nervios.

Se había ido, irrevocablemente, y yo continuaba allí.

Terminada, acabada, rota.

Tenía cuarenta y nueve años -de hecho, muy cerca de los cincuenta- y ahora la diosa, ella eternamente joven, eternamente virginal cada primavera, me había tendido su última y más despiadada trampa.

Pero mi cuerpo se negaba a aceptar las palabras o su significado: inexplicablemente, esa sensación de euforia, de completo bienestar físico persistía x' se extendía. ¿Alceo también había previsto esto?

Cogí una lámpara, fui hasta mi biblioteca y abrí el arca que hay al lado de la ventana que mira al sur. Aquí, desordenada en una confusión impresionante, está la historia fragmentaria de mi vida: montones de cartas, invitaciones, pruebas de amor, borradores de poemas a medio acabar, viejas facturas, diarios (nunca tuve la paciencia de escribir uno durante más de uno o dos meses seguidos), las trivialidades que cada mujer acumula, inconscientemente, y que suponen una sorpresa recurrente al encontrarlas cada vez que hace limpieza o se muda de casa. Me detuve y hojeé esta rancia confusión de papeles, que olían a madera de alcanfor, el perfume disipado y lleno de polvo de viejos documentos, viejas emociones; todo un pasado muerto. Bueno, pensaba irónicamente, aquí hay material suficiente para resucitar a los muertos. Y mientras las palabras pasaban en tropel por mi mente, mis dedos se cerraron sobre ese medallón de plata viejo y estropeado. Lo levanté y lo abrí, sabiendo lo que iba a encontrar: un lazo azul y un rizo brillante de pelo castaño rojizo oscuro a través de una cascada inesperada de lágrimas. «Una vez te amé, Atis, hace mucho tiempo, cuando mi propia infancia era todavía todo flores»; aquella torpeza desgarradora, los brazos y piernas delgados como los de un potro, los grandes ojos grises y las pecas ridículas por todas partes. «Atis, Atis, mi verdadero amor primaveral, ¿en qué nos hemos convertido?»

Cerré el arca; las bisagras chirriaron y un fino polvo se desprendió al girar la pesada llave dentro de la cerradura. Mañana, pensaba, mañana empezaré a encontrar una respuesta. Volví a mi habitación sintiéndome curiosamente en paz. Cuando llegué, la cena me aguardaba sobre la mesilla de noche y mi mejor camisón, con las pequeñas rosas bordadas alrededor del cuello, estaba dispuesto sobre la cama. Sólo entonces me di cuenta de que todavía llevaba el batín con el que me había quedado dormida.

En las sombras, más allá de la lámpara, una figura delgada, tímida, se mantenía en pie, con los brazos cruzados, esperando.

-Talia -dije y al oír mi voz, avanzó hacia la luz, sin alienato, impaciente-. Talia. -Y entonces se arrojó a mis brazos, llorando y temblando, con su cabello suave y de olor dulce contra mi mejilla, mientras yo la acariciaba y la tranquilizaba como si fuera un animalillo asustado. Pregunté-: ¿Te ha enviado

36 37

r

Praxinoa? -y ella asintió, incapaz de hablar, todavía temblan-

do violentamente. «Una niña pequeña y torpe.» La abracé más fuerte y noté cómo la dureza de mi propio pecho se rompía, cedía, fluía libremente en un cálido río de lágrimas, la inercia se aceleraba, los recuerdos se acumulaban en mi mente, ¡¡ el pasado de un río en primavera, iluminado por un sol no deseado. Mañana empezaría la búsqueda. Pero esta noche, por lo menos, tenía un breve y dulce respiro.

Es difícil liberarme del presente; más difícil de lo que había imaginado. ¿De qué soy consciente, en este momento, sentada en mi biblioteca con los recuerdos del pasado esparcidos sobre la mesa delante de mí, con la pluma entre los dedos, entregada a mi viaje de descubrimiento personal? El canto de un gallo llega del valle, abajo. La nota fina y distante de una trompeta. El cambio de guardia de la mañana en las murallas de Mitilene. El sabor de la manzana que comí en el desayuno, el diseño del pequeño cuchillo para la fruta, plateado, que utilicé para pelarla. La sonrisa de Talia, el contacto con sus dedos -todavía ligero, pero ya firme y confiado- mientras me peinaba y me trenzaba el pelo. El olor de humo de la madera de los fogones y del pan recién salido del horno y de la tierra húmeda tras la tormenta breve, violenta, que azotó los postigos de mi habitación durante la madrugada. El roce, el exquisito roce del lino y de la seda, limpios y plegados, con mi piel. La visión de la luz del sol salpicando las higueras bajo la terraza.

El grato placer y la agonía de los sentidos. Para ello no hay tiempo ni secuencia de eventos a recordar: tan sólo una serie de imágenes vivas, capturadas del fluir del tiempo, retenidas y atesoradas. Ando por la galería de mi pasado, me detengo delante de tal o cual pintura, sonrío o suspiro, y sigo andando. Cuando intento recordar mi más tierna infancia, de lo que siempre soy más consciente es del sol: luz por todas partes, motas de polvo revoloteando, el lagarto iridiscente sobre la pared entre los sarmientos nudosos de los viñedos, sombras, un mero énfasis de esplendor universal.

38 39

Estoy otra vez en Ereso, andando entre un mar de cebada verde, alta, susurrante, bajo un cielo de un azul tan intenso que parece que todo otro color se haya agotado. O estoy sentada en lo alto de una pared de piedra blanca, en una de esas calles empinadas y azotadas por el viento bajo la ciudadela: al mirar hacia abajo, veo un montón de tejados rojos; los buqties mercantes, con sus velas marrones remendadas, anclados; el mar, color de vino blanco o tinto, arrastrándose alrededor del abrazo del puerto. O estoy de pie junto a mi nodriza en una de las grandes panaderías, donde se hace el famoso pan blanco de cebada de Ereso. Has' un olor a polvo, harina y barcia; de fuera viene un crujido y una molienda, una canción melódica, nasal y monótona mientras los esclavos musculosos cubiertos de polvo blanco empujan los molinos de mano; grandes gatos se me acercan sigilosamente, ronronean, se frotan contra mi espalda y mis piernas. Entonces, la puerta del horno se abre de par en par, sacan los panes en una pala de madera, como una aventadora, y todos los otros olores se disipan por la riqueza terrestre y crujiente del pan caliente. Mis dientes muerden una corteza, veo el vaho elevándose del pan recién cortado.

Ahora estoy en el jardín tapiado de nuestra casa, un poco apartada de Ereso, por el camino de la costa. Hay un pino alto al lado de la fuente, donde cantan las cigarras, y en el huerto,

más lejos, las manzanas maduran poco a poco. El arroyo de la montaña, que discurre a lo largo de ésta, ha quedado reducido a un simple hilillo sobre las piedras blancas. Pero las riberas están sombreadas por el tamarisco con el ojo de mi mente veo un rebaño de cabras concentradas en un pequeño círculo oscuro. Pasado el arroyo, en nuestro viñedo, el aire es tibio: mi vista viaja por las montañas, arracimadas de pinos, misteriosas, el camino blanco y polvoriento que vuela hacia el inimaginable mundo del más allá.

Aquí, en el jardín, reina el silencio: el viento agita ligeramente los cipreses, las abejas están atareadas y la fuente gotea, rítmicamente, plop, plop, plop, en su pila de mármol con vetas verdes. Cuando miro hacia arriba, contemplo un milano, con las alas extendidas, volando en círculos, oteando. Tras la pared, como ruidos de un sueño, se oye el reclamo de una perdiz en el campo de trigo, el ladrido del perro de un pastor, el cencerreo de las cabras, el rebuzno súbito, agonizante, serrado, de un burro. Estoy estirada sobre la pinaza de olor dulce, viendo cómo las hormigas, de un negro brillante, van y vienen, cada una con su ramita, su semilla, su minúscula carga social. Entonces, la voz de mi madre atraviesa esta campana de cristal de quietud, las piezas tiemblan y yo soy tina niña pequeña, asustada, que salta y se sacude las agujas de pino de su vestido, preparada para afrontar el mundo de sus leyes arbitrarias y sus órdenes impredecibles.

Me ha llevado gran parte de mi vida entender lo mucho que mi madre y yo nos detestábamos mutuamente. Para ella, creo yo, la antipatía empezó con mi concepción más que con mi nacimiento. Era una aristócrata ardiente y pobre, con el prurito de organizar a la gente. Se casó con mi padre en un arranque de idealismo político que a duras penas duró hasta después de la luna de miel: sus ideas al respecto eran prácticas, directas y (como veo ahora) según la manera de pensar de mi padre, lamentablemente brutales. Mi padre era un gran lector y orador, cuyo primer objetivo en la vida era la evolución, con medios pacíficos y legítimos, hacia una aristocracia benévola, una idea que, quizá, parecía un poco menos impracticable entonces de lo que lo es ahora. Mi madre, pienso, añoraba secretamente los viejos tiempos cuando Mitilene era gobernada por el clan de los pentilidas, con sangre joven rondando por las calles, golpeando a la oposición hasta silenciarla allí donde levantaba su cabeza vulgar. Y no porque tuviera tiempo para los propios pentilidas, a pesar de su impresionante genealogía: por ambas partes, mi madre era decididamente difícil de complacer.

En cualquier caso, debió de tomárselo muy mal cuando Melancro dio el golpe de Estado en Mitilene -secundado por los mercaderes y los hombres de negocios, a los que desagradaba la actitud de la clase alta con respecto al comercio- y ella estaba a muchas millas de distancia de Fresno y, además, embarazada de ocho meses. Me han contado que las peleas y las escenas fueron verdaderamente memorables. Mi madre pasó una

40 41

buena parte de su vida bajo la impresión de que podía conseguir que el mundo hiciera lo que ella quería a base de amenazas o halagos. Pero por lo menos esta vez la naturaleza probó ser la horma de su zapato. Maldijo a mi padre por su inactividad (aunque no podía esperar que se fuera y depusiera a Melancro con una mano atada a la espalda); maldijo al sirviente cuando le trajo las facturas del mes (ella era, entre otras cosas, extraordinariamente tacaña, por lo menos tanto por principio como por necesidad); rompió una vasija de agua en la cabeza

del cocinero tras una tonta discusión sobre la pimienta; e insistió en recoger aceitunas -para enseñar a los esclavos lo lentos que eran, decía ella- el día antes de su parto. El resultado, claro está, fue un parto extremadamente difícil, que duró más de lo que debiera y que incluso doblegó la voluntad de hierro de mi madre.

Conseguí juntar algunas de estas piezas, años más tarde, a través de Praxinoa, que había conocido a la comadrona, quien le había contado toda la historia antes de morir. No necesitaba que me contaran mucho. Sólo que, por fin, mi madre dio de lado a su atítocontrol y gritó, gritó y gritó como si no fuera a parar nunca. Solamente por ello nunca ha podido perdonarme. Que nací una niña y no un niño, pequeña y débil, magullada a causa de la atormentada lucha de mi madre con su propio cuerpo: todo esto debió de palidecer como cosa insignificante al lado de la vergüenza de su derrota ante el dolor. Y no obstante, también sentía una culpabilidad indefinible, de ese carácter íntimo, que corroe las entrañas y que nunca se expresa abiertamente: culpabilidad de que yo fuera tan pequeña, tan morena (como si ella lo hubiera deseado en su barriga); culpabilidad de su propio odio y resentimiento; culpabilidad de que me hubiera tenido, y así probar que era humana, falible, sujeta a la fragilidad común de su sexo. Mi amor eterno y fiel tuvo que ser para ella desorbitadamente enloquecedor.

La mañana de hoy amaneció siniestra, con largas masas de nubes escarlata y grises en el horizonte. Mientras estaba escribiendo, el viento empezó a soplar de nuevo y la lluvia caía a ráfagas plateadas sobre el huerto. Un mar embravecido, crestas blancas sobre las rocas. >Dónde estará ahora? Habrán pasado Andros y Eubea: eso seguro. Al mirar fuera, el cielo encapotado~ cargado de nubes negras, con la amenaza de una tormenta otoñal, mi mente se vuelve hacia el severo reto que pronto tendrá que afrontar: el largo trayecto al sur del cabo Malea, atravesar esas aguas abandonadas, traicioneras, engañosamente quietas, sembradas de escollos, donde en unos instantes pueden surgir vendavales mortíferos, incluso en el día más claro y en calma. Poseidón, gran Señor de las Aguas, apiádate de él: concédele una travesía tranquila y un aterraje seguro y todo lo que su corazón desea.

Obstinada pero comprensiblemente, sigo imaginándome a mi padre como un hombre muy alto. De hecho, parece ser que tenía una estatura media y que era ligeramente musculoso. Llevaba su grueso y bonito cabello más largo de lo que marcaba la moda, incluso en esos días, y pasaba por algo así como un presumido. Cuando intento retratarlo, me acuerdo sobre todo de tres cosas: la claridad brillante de sus ojos grises, la longitud y delicadeza de sus dedos (sorprendentemente blancos en un hombre tan quemado por el sol) y el dulce aroma de su barba que se me pegaba cuando me besaba, un perfume de violetas y algo más, algo que no podía identificar.

Siempre fue muy amable conmigo: incluso a esa edad podía notar la diferencia de caracteres entre él y mi madre. Raramente alzaba la voz y nunca, que yo sepa, perdió la paciencia, incluso durante las invectivas acaloradas de mi madre, cuando se volvía más tranquilo, más razonable, más paciente, tanto más cuanto más durara la escena. Una vez pensé que era un rasgo admirable: ahora no estoy tan segura. El retrato suyo que está colgado delante de mi mientras estoy escribiendo muestra un joven guapo, con los ojos de un soñador: pero hay algo esqui-

vo e irresoluto en la boca y no puedo, tengo que admitirlo, mirar la pintura durante mucho tiempo sin experimentar una cierta incomodidad. Hay en mi, como al fin he llegado a comprender, más de mi madre de lo que jamás supuse. Ahora veo

42 43

vagamente lo que había detrás de esos enfados, de esas rabietas y esos ataques agresivos violentos. Por primera vez en mi vida, su recuerdo me produce compasión más que odio o resentimiento.

Si Pitaco todavía estuviera vivo, podría contarme muchas cosas de aquellos días. Si quisiera. O si decidiera que la verdad era más divertida que sus medias verdades a base de aforismos y perogrulladas, propias del Néstor homérico. La verdad está en el fondo de un pozo. Yel pozo existe, la imagen aparece desvelada en mi mente, ese pozo hondo y ancho con el brocal de piedra y la tapa de madera, cubierta de moho, bajo el gran plátano que hay detrás de las cocinas. Cerca de allí está el gallinero y dos de nuestros perros andarán por alguna parte, quizá en el muladar, peleándose por las sobras. Una tarde de mediados de verano, con los rayos de sol penetrando en esas profundidades verdes y misteriosas, un disco de luz vacilante, reflejado debajo de mí, con la silueta de mi cabeza y mis hombros en la superficie.

Me acuerdo que entonces al mirar hacia abajo, perdida en mi sueño verde, otra cabeza apareció al lado de la mía, y por un instante me quedé congelada, mis dos mundos en colisión. Lentamente, me puse erguida, parpadeando. Otra niña estaba allí de pie: una niña de siete años desgarbada y zancuda, con pecas y el pelo corto, como un chico. Sus manos estaban sucias y llenas de rasguños y su vestido tenía un remiendo muy mal cosido.

-Hola -dijo-. No me has oído, ~verdad?

Sacudí la cabeza.

-Te hubiera podido dar un empujón, ¿sabes? -Sonaba muy pragmática-. Soy una exploradora tracia. Papá dice que nunca se debe confiar en los exploradores tracios, te apuñalarán por la espalda por la paga de una semana. ¿Cómo te llamas?

Se lo dije. Tenía los ojos extraños, de un color avellana, que no acababan de hacer juego: uno brillaba con reflejos verdes según la luz, el otro podía pasar por marrón.

-Soy Andrómeda. -Alargó su mano mugrienta y estrechó la mía con firmeza-. ¿Cuántos años tienes?

-Cinco. Casi seis.

-Yo tengo siete. -Retiró su mano. Yo no estaba muy segura de lo que se suponía que tenía que hacer con ella, y se rasó sus cortos rizos negros con vigor-. ¿A qué te gusta jugar?

Esta pregunta me cogió por sorpresa. La verdad era que generalmente jugaba sola: Caraxo, con tres años, era demasiado pequeño para jugar, Eurigio sólo tenía un año, y mi madre no animaba a los padres vecinos a dejar a sus retoños sueltos por nuestro jardín. La idea de aventurarme fuera por mí misma simplemente no se me había ocurrido nunca.

-No lo sé -contesté sin convicción-. Sencillamente juego.

-No es muy divertido estar al lado de un pozo -prosiguió Andrómeda-. ¿Puf, cómo huele! ¿Murió alguien, allá abajo?

Cuando quedó claro que esta pregunta quedaría sin responder, cogió una piedra y se la tiró, con gran fuerza y puntería, a nuestro gallo grande, que estaba tomando el sol en el corral. Dio un cacareo ultrajado y desapareció. Yo estaba impresionada, a pesar mío.

-¿Quién te enseñó a hacer eso? -pregunté.

-Papá, claro.

-;Oh! -Me di cuenta de que esto era algo que yo no aprendería de mi padre.

-Vamos -dijo Andrómeda, tirando de mi brazo- salgamos fuera.

- ~Fuera ~Dónde?

-Al mar, claro.

-Pero... -estaba a punto de añadir que no se me permitía salir, pero decidí que podría parecer un tanto estúpido-. Ellos pueden vernos.

Ellos.

-Oh no, no lo harán. Papá está muy ocupado hablando con tu madre y tu padre dentro de casa. Podemos escabullirnos por la parte de atrás.

-De acuerdo -dije débilmente, y así lo hicimos. Chapatamos, escalamos rocas y tiramos piedras a un trozo de madera a la deriva que Andrómeda dijo que era un barco enemigo. Lo tocaba casi cada vez.

-Desearía ser un chico -afirmó.

44 45

-¿Por qué?

-Es más divertido. Además, las chicas no pueden luchar.

-¿Quieres luchar? -pregunté. Estábamos tumbadas una al lado de la otra en la arena, a la sombra de una roca, ambas temporalmente exhaustas: verdaderamente hacia mucho calor.

-Si -respondió, y su ojo visible brilló con tonalidad verde, como si alguien hubiera puesto una pizca de sal en las llamas-. Claro que quiero luchar. Jú no~

-No. No quiero.

-Oh, bueno -concedió Andrómeda magnánimamente-, sólo tienes cinco años. -Pero estaba decepcionada.

-¿De todas formas, qué tipo de lucha? -pregunté.

-Aquí. En la isla. Vamos a matar al otro bando de Mitilene. No debes decirselo ni a un alma. Es un secreto absoluto.

-¿Cómo lo sabes tú?

-Se lo oí a papá un día. -Andrómeda rió-. Me había escondido en un armario.

Esto me dejó realmente sin habla.

-Hubo un momento en que tuve que estornudar y claro, papá me oyó. Estaba muy enfadado, no te lo puedes ni imaginar. Me dio una buena paliza delante de todos aquellos hombres. Entonces me hizo jurar que nunca se lo diría a nadie.

-Pero...

-Oh, contigo es distinto. Tú no cuentas. Es decir, tu padre también está en el secreto.

Por un momento pareció que el mundo se detuviera. El cielo blanco, sin color, colgaba sobre mi, enorme, amenazador. El miedo me mareó. Cuando intenté ponerme de pie, todo daba vueltas a mi alrededor. Tragué saliva, me tambaleé, alargué una mano para sujetarme. Andrómeda me miró fijamente.

-¿Te encuentras bien? -preguntó. Asentí. ¿Cómo podía explicárselo? La idea de que mi padre pudiera estar involucrado en algún tipo de violencia, ni siquiera matar a gente, era impensable. Y menos donde hubiera que matar, no, no, no.

-Será mejor que volvamos -dije-. Nos echarán de menos.

46

-Muy bien. -De pronto, su voz se tomó aburrida, indiferente.

Pero cuando nos deslizamos sigilosamente por la puer-

ta del jardín, mi madre y mi padre estaban allí, rondando de acá para allá bajo el gran pino al lado de la fuente, y con ellos había otro hombre, un gigante corpulento, de espaldas anchas, barbudo, la risa rugidora que resonaba por todo el jardín.

-Ese es papá -susurró Andrómeda. Nos miramos la una a la otra. Me sentí aterrorizada.

-¿Crees que nos habrán echado de menos~ -musité.

-Seguro -respondió Andrómeda alegremente.

.. Oh no~

Y en ese momento nos vieron. El hombre extraño pareció hacerse cargo de la situación enseguida, con todas sus implicaciones. Nos miró a nosotras, luego a mis padres y nos volvió a mirar. Entonces se nos acercó y recogió rápidamente a Andrómeda con un abrazo de oso y una sonora palmada en el trasero. Ella chilló de dolor y de placer y se encaramó a sus hombros.

-Así que os habéis hecho amigas, ya veo -comento.

Desde cerca, era enorme, con pelo grueso y negro en sus piernas y brazos y una nariz ancha y chata como la de un boxeador. Estaba sudando mucho y olía a vino.

Mi madre se acercó, enfadada. Pero todo lo que dijo fue:

-La niña es un problema. Puedes verlo por ti mismo.

El hombre ignoró este comentario por completo. Dijo:

-Cleis, ¿te importaría ser tan amable de presentarme a esta encantadora jovencita?

-¿Quién?, pero ¿qué dices? oh, ¡eres imposible! -protestó mi madre; pero su voz tenía un timbre cálido, bromista, que nunca hasta entonces había oído. Con su complexión fuerte y sus formas bien esculpidas fue siempre una mujer impresionante: ahora, de pronto, también parecía hermosa.

-Esta es mi hija Safo -dijo.

El gigante alargó una mano grande y estrechó la mía con suavidad.

47

-Espero poder conocerte mejor -observó y parpadeó-. Si te pareces a tu madre, contigo tendré que andarme con cuidado.

Años más tarde recordaría esa frase con un cierto sabor irónico. Desde la posición elevada sobre los hombros de su padre, Andrómeda me dedicó una sonrisa conspiradora.

-No sé en qué estaría pensando la niñera, dejándolas solas.

-Manifestó mi madre, cori un destello de su carácter habitual.

-Cleis, encarno -opinó el gigante-, no debes malgastar este espléndido temperamento tuvo con miserables esclavas. Guarda un poco para aquellos que te aprecian.

Tenía un leve acento al pronunciar las erres, un acabado duro que me burlaba y se me escapaba. Incluso a los cinco años, tenía una incoherente sensación de que su acento extranjero, su cuerpo peludo, la impresión general de vigor toscosudoroso, se juntaban para constituir lo que mi padre, apacible de maneras, describía como ~no exactamente un caballero». Esta era su más positiva expresión de censura.

--Cómo te llamas~ -le espeiié, olvidando las formas. Andrómeda debía de haberme influido más (le lo que me imaginaba. El gigante sonrió.

-Me llamo -contestó, como si hablara a un igual- Pitaco. Bastante extravagante, ¿no crees? En Tracia saben más que en esta isla.

-Pero eso -puntualizó mi padre secamente-, pronto esta-

rá remediado. -Había estado allí al lado de pie, vigilante y silencioso, durante todo este pequeño coloquio, con sus ojos puestos sobre cada tino de nosotros alternativamente. Los tres intercambiaron miradas rápidas.

-Bueno -sugirió Pitaco-, deberíamos irnos. Tenemos un largo camino por delante.

-Pero yo pensé que os quedaríais a pasar la noche -se quejó mi madre: casi se podía ver cómo palidecía su color y su brillo-. Oh, Pitaco, acabas de llegar, y con el calor del día tu caballo estará agotado; piensa en la niña.

-Andrómeda -dijo Pitaco- es un castigo constante: a veces me obliga a cometer excesos. -Miró hacia arriba-. Bueno, preciosa: ~puedes afrontar otro largo viaje hoy~

Ella asintió. El brillo de tonalidad verdosa apareció en su mirada; había en ella una cualidad secreta, adulta, que yo encontraba extremadamente desconcertante.

-Entonces esto es todo -concluyó Pitaco-. Lo siento, Cleis -le cogió ambas manos mientras hablaba-, lo siento de verdad. Pero en cualquier caso, es preferible, ¿sabes? Hasta... -y dejó la frase en el aire, sin acabar.

-¿Hasta qué? -pregunté, inocente y curiosa.

-Hasta... el año que viene -respondió, y sonrió-. El año que viene vendremos todos y podrás jugar con Andrómeda tanto como quieras. También podrías enseñarle a leer; tu madre me ha estado contando que eres un prodigio.

Me ruboricé por la contrariedad y la turbación.

-De acuerdo -accedí torpemente.

-En cualquier caso -prosiguió Pitaco-, puedes venir a Mitilene cuando quieras. Je gustaria eso~

-¿Quieres decir para vivir~ -Me volví hacia mi padre y éste asintió-. Si todo va bien -contestó.

-Pero no quiero vivir en Mitilene -exclamé consternada-. Quiero quedarme aquí.

Todos rieron, y Andrómeda rió con más fuerza. Entonces caminamos hacia los establos y un mozo sacó el semental negro y de redondas ancas de Pitaco, con la mancha blanca en la nariz. Se subió a la silla ágilmente, de un salto, y sus manos asían las riendas como si fueran una extensión de sí mismo, y él, parte del caballo. El sol resplandecía sobre sus espaldas, sobre el tejado del establo, filtrado a través de las hojas del plátano, y, por un momento, adquirió la apariencia de un centauro. Nunca había visto un centauro, pero sabía que tenían que ser así.

Sentó a Andrómeda en el suyo, estrechó la mano a mi madre -un poco más formalmente de lo que yo esperaba- y luego se volvió hacia mí.

-Adiós, Safo -dijo-. Seremos buenos amigos, tú, yo y Andrómeda.

Era Quirón, el sabio Quirón.

-Adiós, Quirón -susurré sin aliento.

48 49

Hizo una pausa y me miró de tina manera que nunca he olvidado.

-Acepto el cumplido y el augurio. Gracias, querida -respondió.

Me hablaba como a un igual. Rectierdo haber pensado, sorprendida: «Pero si yo debería estar asustada de este hombre. Va a matar a gente. Quiere obligar a papá a matar a gente. Por qué no me asusta?». Yno obstante, todo lo que podía sentir era el completo y reconfortante calor de su presencia.

Al mirar atrás, desde mi madurez, y recordar la extraor-

dinaria carrera emprendida, creo que una gran parte del éxito conseguido es atribuible a esa sensación casi física de fuerza y seguridad que su presencia irradiaba. La gente quería confiar en él; no podían evitarlo. Además, cuando tuvo lugar nuestro primer encuentro, todavía me faltaban un par de años para llegar a los treinta y aún no había desarrollado esos exagerados hábitos de habla y comportamiento que sus enemigos se afanaban en criticar cuando querían ridiculizarle.

-Adiós, Escamandrónimo -dirigiéndose con gravedad a mi padre-. Hasta nuestro próximo encuentro.

Y esto también fue extrañamente formal, porque casi nadie, excepto en ocasiones oficiales o al ser presentados por primera vez, llamaba a mi padre por cualquier otro nombre que no fuera Escamón, la abreviación aceptada y tradicional de su nombre, un verdadero trabalenguas. Entonces Pitaco se fue, con un retumbar de cascos y una mano levantada, galopando hacia el este, a la puesta del sol, hacia las gargantas cubiertas de tomillo donde las rocas se erigen como morados Titanes enfadados, a lo largo del camino de montaña que desciende cauteloso, rondado por las águilas, hacia las aguas tranquilas del golfo interior. Andrómeda y yo nos dijimos adiós con la mano hasta que nos perdimos de vista.

Es extraño que, de todos los pequeños incidentes y complejidades acumulados que llenaron mi infancia, me acuerde tan claramente de esta escena. Puede ser que le haya dado nuevos colores con el paso del tiempo, como un artista retoca discretamente un mural agrietado y descolorido. Pero no lo creo. Incluso entonces ya tenía, quizá con más intensidad que en años venideros, esa cegadora visión en la que cada hoja, ramita, gríjarro, gota de rocío, brizna de hierba, el juego de la luz del sol sobre el agua, el pelo erizado de un gato al ser acariciado, la música fina, delicada, oída en verano en la ladera -una alondra o la flauta de un pastor-, el milagro deslumbrante y confuso de una flor en primavera, todo se impresionaba en mis sentidos con una intensidad tal que a menudo el conocimiento se convertía en ansiedad en vez de en alegría y tenía que cerrar los ojos y parar mis oídos al asalto interminable, radiante y clamoroso del mundo que bullía a mi alrededor.

Una piedra blanqueada y lavada por el río, un pájaro cantando posado sobre una espaciada superficie de almendros en flor, el olor a humo de la madera en otoño, los vientos preñados de tormenta como grandes bestias aladas sobre las montañas, cada tino tiene algo de divino. Recuerdo a Tales en cierta ocasión diciendo que la mente del mundo es Dios, que todas las cosas tienen un alma interior, que los espíritus están por todas partes. Creo que sabía esto antes de tener las palabras para poder expresarlo. La naturaleza se mueve hacia las epifanías: detrás del diseño de un panal o de una flor helada, la revelación espera.

Cuando Pitaco partió, el humor de mi madre volvió a cambiar. Etie cálida y afectuosa con mi padre durante el resto del día, acariciándole (una cosa que ordinariamente no hacía nunca en público) y relajándose en una intimidad compartida que encontré tan extraña que me pareció de mal agüero. Al recordarlo, es fácil -quizá demasiado fácil- hallar una explicación a su comportamiento. Pitaco solamente había podido venir para sondear a mi padre como un posible partidario contra Melancro en Mitilene; y mi padre había estado de acuerdo, o le habían persuadido para que lo estuviera, que a fin de cuentas venía a

ser lo mismo.

Como la única manera posible de derrocar a Melancro era a través de un ataque armado cuidadosamente planeado,

50 51

ahora mi padre aparecía, ante los ojos de mi madre, como un hombre de decisiones premeditadas, un conspirador en ciernes. Quizá esto sea excesivamente cínico por mi parte: pero es un hecho que, un mes más tarde, mi madre se quedó embarazada por cuarta vez, habiendo anunciado previamente -con su usual tono tajante- que tenía mejores cosas que hacer durante el resto de su vida que tener más hijos inútiles.

Esta mañana, como por milagro, ha vuelto el verano, con cielos despejados y tan sólo un leve atisbo de nubes sobre el Egeo. No podía soportar quedarme dentro de casa y me fui andando sola al promontorio; con este humor, ni siquiera quería a Praxinoa conmigo. La vida es tan insoportablemente corta, que flotamos un momento en su resplandor como un sopfo o como las burbujas de un riachuelo de montaña. El sol calentaba las piedras grises encontradas al lado de mi camino; había un olor a tomillo en el aire, y en la ladera de la colina distante, las ovejas se movían satisfechas, haciendo tintinear sus esquilas. Quería grabar cada detalle en mi memoria: el volante blanco de espuma alrededor de las rocas debajo de mi; la mirada asustada e interrogante de una liebre que se iba distinguiendo al acercarme yo y que se escabulló en el pinar; la vela marrón, hinchada, de un buque mercante, navegando en dirección suroeste hacia Qtíos; los garbanzos dorados a lo largo del puerto. Por primera vez en más de un mes, sentí la pequeña e intensa excitación de un nuevo poema en formación.

Pero no podía romper mi estado de ánimo escribiendo el poema, que demostró ser tan sólo un tenue fantasma de la experiencia que había esperado apresar. Ahora estoy sentada a la luz de la lámpara, escondida, reservada, alimentándome de recuerdos, los postigos cerrados detrás mio. Ando sigilosamente a través de las grandes lagunas verdes de la mente y, más abajo, los peces se mueven, girando lentamente hacia la superficie. A medida que van subiendo, siento miedo. Siempre he vivido tan intensamente el presente, que ahora mis ayeres vuelven para atormentarme, con sus efímeras angustias y placeres ilusorios. No puedo llamar al pasado porqté nunca ha muerto: vive conmigo, callado, acechando discretamente tras mí sombra, aguardando su momento. Que, por fin, ha llegado.

Cuando volví de mi paseo, había un paquete sellado y grabado esperándome sobre mi escritorio. Por las gotas de cera y la marca profunda del sello, supe que tenía que ser de Caraxo. Lo abrí. Contenía la escritura de mi propiedad con la hipoteca cancelada, un legajo de recibos de los varios mercaderes y tenderos con los que tenía alguna deuda y una pequeña bolsa de lino -también sellada- hábilmente llena con cincuenta esmateras de plata acabadas de acuñar. Le acompañaba tina breve nota en el envoltorio que leí: «Espero que lo que he adjuntado como acordamos sea de tu agrado. C.». Nada más. Ojeé los recibos: no se había dejado ni una sola deuda. Mi práctico, eficiente, intolerable hermano. Qué locura de verano, me pregunto, le llevó, de pronto, a él, de entre todas las personas posibles, a ese exótico puerto egipcio? ¿Fue el mismo viento que yo conocía tan bien, el viento de un cielo despejado, ardiente, ardiente?, ~fue lo mismo para él? ~Pudo sentir él lo que siento yo- Esa cara de sapo, ese cuerpo gordo y blanco. La risa de Afrodita.

El mensajero llegó tina mañana ventosa a principios de primavera, las flores de almendro marchitas esparcidas bajo los cascos de su caballo; mi padre se levantó y se alejó, con la cara seria, silencioso, la espada y la armadura bien colocadas en un caballo de carga; se marchó casi antes de poder decir adiós. El silencio descendió sobre la casa, su ausencia se palpaba en todas partes. Caraxo y Furigio jugaban sin hacer ruido; incluso mi madre, entonces en avanzado estado de gravidez, parecía, de algún modo, menos vital. Era casi como si estuviera asustada. La casa meditaba tristemente, esperando, desesperada por tener noticias.

Pasaron cuatro días antes de que finalmente supiéramos algo de Mitilene. Melancro había sido derrocado, el Consejo de Nobles estaba restaurado, la libertad y la justicia reinaban de nuevo, contó el mensajero a mi madre, diciendo las frases atropelladamente como si las hubiera aprendido de memoria

52 53

su expresión nerviosa y evasiva, totalmente reñida con sus palabras. El mismísimo Melancro estaba muerto. Su delegado, Mírsilo, junto con un par de docenas de sus seguidores más influyentes, había sido deportado al continente. Pitaco, por elección unánime, era ahora un miembro del Consejo.

Llegados a este punto se detuvo: la expresión de mi madre, en ciertas circunstancias, era capaz de dejar helado a un avezado orador profesional justo antes de su gran perorata. Yo estaba de pie, cerca de ella, en el patio, pegada a su falda con un miedo súbito, y noté cómo se fortalecía conscientemente al preguntar:

-Y mi marido?

El mensajero parpadeó y se aclaró la garganta. Tenía una barba de chivo y una nariz excesivamente prominente.

-Su marido, mi señora, se comportó con el heroísmo más notable. Fue su mano la que mató al tirano. Desgraciadamente...

-¿Si? -preguntó mi madre. El monosílabo cayó en el silencio como una piedra.

-Desgraciadamente, antes de que pudiera ser socorrido, fue derribado. Murió como un héroe, mi señora.

-Si -repetió mi madre, con la misma voz átona y monótona.

-¿Hay algo que pueda...?

-No. Espera. Silo hay. Puedes llevar un mensaje a Pitaco, hijo de Hírras. Dile que cuando sus obligaciones en el Consejo se lo permitan, le agradecería una relación escrita sobre cómo halló la muerte mi marido.

Los ojos de los dos se encontraron.

-Muy bien, mi señora. -Carraspeó de nuevo y añadió:- El cuerpo será escoltado a Ereso con todos los honores militares para las exequias fúnebres.

-Tan pronto como la situación de la ciudad lo permita. ¿Correcto?

-Si, mi señora.

Mi madre soltó un largo suspiro.

-Ve a las cocinas -ordenó-. Te darán comida y se encargarán de tu caballo.

Entonces, cogió mi mano y fue para dentro, sin mirar atrás. Ni entonces, ni en el funeral, ni nunca (que yo sepa) mostró abiertamente signo alguno de dolor.

Años más tarde, durante nuestro exilio en Pirra, le pregunté a Antiménidas cómo había muerto mi padre exactamente. Me

miró pensativo, sus ojos negros buscando los míos. Dijo, sopeando las palabras:

-Tu padre quería morir.

-¿Cómo puedes decir eso? ~Cómo te atreves a decir eso?

Se encogió de hombros, su cara larga, marcada, surcada de arrugas prematuras, llena de compasión y de hastío.

-Melancro tenía que morir. No había otra solución. Corta la cabeza de tina tiranía y el cuerpo se seca. -Permaneció en silencio durante unos instantes, observando las llamas del gran friego de leños: el invierno de Pirra puede ser mortalmente frío y ese año la nieve se había acumulado en el suelo-. Pero Melancro estaba bien protegido. No podíamos arriesgarnos a una batalla campal, no éramos suficientes. Un hombre tenía que hacerlo, decidimos...

-Mi padre.

-Sí, tu padre. -Antiménidas me lanzó una mirada penetrante-. Crees que todo estaba planeado de antemano, ¿no? Que Pitaco lo había elegido a él, mucho antes.

-Quienquiera que lo hiciera tenía la muerte asegurada. No tenía ninguna posibilidad. Ninguna -comenté.

-Así es.

Hubo otro silencio.

-Pitaco me contó que mi padre se había ofrecido voluntario -observé.

-No sólo se ofreció voluntario, sino que insistió. Nunca en toda mi vida he visto a un hombre tan inclinado hacia una autodestrucción gloriosa.

-¿Qué quieres decir?

-Mira -dijo y sonrió amargamente-, había por lo menos dos buenas razones por las cuales tu padre estaba muy ansioso por morir. Una de ellas no era ningún secreto: había

54 55

administrado su patrimonio tan mal que estaba virtualmente arruinado.

-Sí. Pero...

-Curiosa la manera como tu madre dejó que las cosas llegaran a ese extremo, ¿no? Nadie podía acusarla a ella de ser poco práctica.

-No.

-El papel de viuda de héroe político le sienta bastante bien, ¿no crees? Y claro, está la pensión del Estado.

Respondí, con verdadera amargura:

-Sin embargo, tuvimos que vender la casa de Ereso.

-¡Ah!, así que es eso lo que te molestaba. Cada uno tiene su propio egoísmo, si husmeas un poco. Pero verdaderamente, querida, la vida en Mitilene te ha transformado: tendrías que estar agradecida. Piensa en qué sosa mariposa provincial te podrías haber convertido en el quinto infierno.

Dio una patada al fuego con la bota enorme de su pie derecho; un leño encendido cayó de lado y una lluvia de chispas saltó del morillo. Fuera, en la cocina, mi madre estaba reprendiendo a nuestra nueva y joven esclava como si fuera un caballo displicente. (Normalmente, esto volvía locas a las fregonas, pero en el caso presente funcionó bastante bien: compramos a la pobrecilla barata porque era medio imbécil y tenía básicamente el mismo nivel de inteligencia que un caballo.) Antiménidas y yo intercambiamos las miradas.

-Mi padre era un hombre valiente y lo quería más de lo que te puedas llegar a imaginar -contesté.

-Oh, Safo, eres bastante obtusa cuando quieres. Lo siento por tu padre. Lo siento de veras. Era un idealista decente,

inofensivo y civilizado: todo lo que pedía era que le dejaran en paz para poder solucionar las cosas. Pero tu madre estaba convencida de que tenía que ser un héroe victorioso o muerto; me imagino que se veía a sí misma en el papel de Andrónaca con Héctor: hay una fuerte vena romántica bajo ese duro caparazón. No parezcas tan sorprendida; habrías estado igual de mal si hubiera vivido.

-Ya lo creo. Estabais dispuestos a tratarle como a Zeus y a Apolo, los dos en uno, un dios dorado en el Olimpo: ¿cómo puede vivir un hombre bajo tales esperanzas? Tu padre se mató, digámoslo sin ambages, para ser lo que su familia quería.

-Creo que esta conversación ha ido demasiado lejos, Antiménidas.

Se levantó y se envolvió la piel de carnero alrededor de los hombros: la gorra de piel, las polainas, el cinturón claveteado para la espada le daban un aspecto un tanto salvaje y extraño.

-Nunca llevo la contraria a una dama; mucho menos a una dama poeta. -Hizo una mueca-. Si ha parado de nevar, cortaré un arbolillo para tener apetito a la hora de cenar. Si es que hay cena. A estas horas, mi hermano ya debe de haberse bebido lo que queda de vino, habrá dejado que se apague el fuego, y no habrá escrito más de tres versos de un poema exquisitamente oscuro sobre las miserias del exilio.

Reí a pesar mío.

-Ah -añadió Antiménidas, con la mano en la puerta-, esto va me gusta más. Esta curiosa ilusión que tienes de ser una criatura delicada y sensible, demasiado refinada para la confusión y violencia de la vida ordinaria. Eres más fuerte que cualquiera de nosotros, de veras, Safo: no te has planteado ni una sola vez que no puedas, a largo plazo, conseguir exactamente lo que quieres. Eres una arpía rapaz y compadezco al hombre que sea lo bastante tonto como para casarse contigo.

Y sin más se fue, entre remolinos de nieve y ráfagas de aire frío. Me acurruqué más cerca del fuego, las manos apretadas alrededor de mis rodillas, contemplando cómo se formaban y desaparecían los dibujos de las brasas rojas a la ceniza gris de los leños calcinados.

Pero para mí esa primera conmoción de una pérdida dolorosa fue un final al mismo tiempo que un principio. Algo mtirió en mí, una niebla lenta, opalina, descendió y se espesó sobre los lugares más recónditos de mi mente. Cuando mi madre me dijo que tendríamos que vender nuestra casa y trasladarnos a

56 57

Mitilene y vivir con tío Eurigio y tía Helena, acepté la noticia como habría aceptado cualquier otra brutal convulsión del orden establecido: ahora nada era seguro, nada era sólido, los cimientos se podían agrietar en cualquier momento, el mundo era una linterna de papel, peligrosamente iluminada.

La belleza lenta, sensual, de aquella espantosa primavera se burlaba de mí día y noche: el ruiseñor derramando los límpidos arpegios de su pasión en los pinos, las anémonas y los junquillos tardíos sobre la ladera de la colina, el rico perfume de la aulaga en flor, amarilla como huevos revueltos, por la garganta donde el río primaveral bajaba hacia el mar. Me incliné sobre el pozo y solamente vi el vacío: agua quieta, oscura, malas hierbas junto al brocal. El promontorio al atardecer agazapado con sus zarpas en el agua, era como un león de las montañas, las mandíbulas ensangrentadas tras la matanza. Tenía una parte de mí físicamente entumecida, incapaz de sentir o

de responder.

Así pues, una mañana clara, con pequeñas nubes blancas sobre Quíos alejándose hacia el sur, nos embarcamos en un buque mercante costero y dejamos Ereso detrás de nosotros para siempre. La mar estaba picada: la nave se balanceaba peligrosamente; el aparejo crujía, el viento tormentoso contra la gran vela hecha jirones. Me incliné sobre un lado cuando nos dirigíamos al este siguiendo la costa, y miré hacia atrás, más allá de nuestra estela, hacia la alta ciudadela blanca, los tejados rojos derribados, los campos de cebada de primavera, el camino por- voriento serpenteando entre haciendas de grandes árboles, todo familiar como mi propio cuerpo, el único mapa que jamás había aprendido. Mis ojos brillaron mientras miraba y había un sabor salado en mis labios: aunque nunca supe si era por las lágrimas o por la espuma en el aire, o por ambas.

III

Supongo que siento unos vínculos más fuertes por Mitilene que por cualquier otro lugar que haya conocido; más fuertes, ciertamente, y más apasionantes que los recuerdos del mundo atemporal que guardo de mi destierro siciliano, más fuertes incluso que la especial nostalgia que Ereso todavía despierta en mi cuando pienso en mi más temprana infancia. Al fin y al cabo, es en Mitilene donde ha transcurrido la mayor parte de mi vida: primero en la gran casa gris y cuadrada de la ciudadela (una vez, propiedad de mi tío, ahora ocupada por mi hermano Caraxo, aunque su derecho de tenencia parece algo dudoso); y luego aquí, fuera de la ciudad, en la vieja granja reformada y confortable, que Cércilas me compró como regalo de boda, desde donde se están escribiendo estas líneas.

Conozco el talante y las distintas coyunturas de la ciudad, a sus antiguas familias terratenientes, arrogantes, encantadoras, excéntricas, borrachas o simplemente aburridas; a sus ambiciosos mercaderes de clase media; a sus mujeres vulgares y rapaces, presumidas como pavos reales. Conozco sus escándalos, sus festivales, sus momentos de regocijo espléndido e irresponsable; sus otoños elegiacos, y sus primaveras líricas, cuando los capullos y las chicas florecen con la misma belleza delicada, pasajera, sobrecogedora. La envuelve un ambiente de excitación que nunca he sentido en ningún otro sitio: una encuentra aquí los aspectos positivos de las relaciones propias, cada día trae consigo la promesa de inmensos descubrimientos. Todo es claro, vívido, de vivos colores. Las palabras estallan como vainas que esparcen sus semillas. El invierno trae optimismo y com-

58

59

prensión, el verano tiembla con deseos de anticipación. La memoria se agita en un torbellino de luz solar.

Al escribir estas palabras, veo lo poco que me han cambiado los años. Cuando me paro, pluma en mano, y miro fuera hacia el litoral azul de Jonia, soy de nuevo una niña de catorce años: muy nerviosa y a la defensiva (lo que para mí significa agresiva) porque acabo de ser presentada a un joven con una reputación francamente dudosa. He oído hablar de él durante varios años, pero esta es la primera vez que se nos ha permitido conocerlos. La habitación está llena: es una de las reuniones sociales de mi madre, con un discreto trasfondo político.

El joven es, creo yo, un problema. Es obvio que ha bebido un poco más de la cuenta, aunque no lo suficiente como para convertirle en un peligro público. Tiene los ojos grises, fríos, divertidos, que dan la impresión de poder leerme la mente. También es espantosamente peludo, barbudo hasta en los pómulos, con las cerdas del dorso de las manos erizadas como la piel de un marrano. Ya se ha labrado una impresionante reputación como poeta (que es la razón principal por la que estoy ansiosa por conocerle), y se ha hecho notorio por otras ocupaciones menos respetables, que mi madre cree que soy demasiado joven para saber. (No lo soy, aunque ignoro felizmente sus implicaciones.)

No obstante, circula una historia sobre él que todo el mundo sabe y que produce una interesante variedad de reacciones según la edad, sexo, clase y creencias morales del individuo. Durante la campaña de Tróade, hace ya dos o tres años, el joven -su nombre es Alceo y proviene de una antigua y muy respetada familia aristocrática- desertó en combate. No satisfecho con eso, escribió una estrofa alcaica a un amigo en Mitilene a propósito de su deshonesto comportamiento, contándole cómo había tirado el escudo y los atenienses lo habían colgado en su templo como trofeo, pero, afortunadamente, él todavía estaba sano y salvo. Cuando volvió a casa, no parecía demasiado avergonzado del episodio.

Tiene una voz clara y metálica, arrastra las palabras, sin que la bebida la altere. Me mira de arriba abajo de un modo sutilmente censurable, como si me desnudara sin deseo.

-Tú madre -oigo las entonaciones con tanta claridad, casi como si estuviera a mi lado en la habitación mientras escribo-, tu madre me ha estado informando muy detalladamente de tu precoz~ raro e inimitable talento poético.

-Oh, lo siento. -Noto cómo me queman las mejillas, sé lo que significa, odio a mi madre, me odio a mi misma por odiarla, odio a este joven inflexible y molesto por encontrarse en una posición desde la cual puede tratarme con condescendencia.

-Por favor, no te disculpes. Fue bastante fascinante. Me sonrojo y tartamudeo.

-Hace tiempo que que-quería conocerte. -Estúpido tío~~~cos-. ;Oh, vete! Por favor. Me haces sentir muy desgraciada.

-Bueno -dice, sonriente-, qué agradable sentirse solicitado. Aunque sea sólo por el valor del escándalo.

Sorprendiéndome a mi misma, le espeto:

-No te gusto, ¿verdad?

Lo medita con la cabeza ladeada.

-No. No demasiado.

Por qué?

De nuevo duda.

-Quizá nuestros temperamentos sean demasiado parecidos. Sospecho que me está tomando el pelo y en seguida me muevo dispuesta para el ataque.

„Huiste de verdad?

-Estaba esperando que me lo preguntaras. Si, claro que si.

Yor qué?

-Muy sencillo: me habrían matado con toda seguridad si no lo hubiera hecho.

Te asusta que te puedan matar?

-Claro. Como a todos los hombres. No debes confundir valor con falta de imaginación.

-Pero no todo hombre huye.

Suspira cansado.

-Sólo tenemos una vida para gastar o malgastar. No tenía

intención alguna de derrochar la mía en una guerra ridícula por un inútil pedazo de tierra en Tróade.

60 61

-Entonces, ¿por qué crees tú que vale la pena Itíchar?
Hace una mueca: creo detectar un ligero tono de turbación cuando responde:

-Mejor que leas mis poemas. Te mandaré una copia. Me temo que los encuentres muy distintos a los tuyos.

-¿Cómo puedes estar tan seguro?

-Porque -los ojos grises brillan con malicia benévola- tu madre fue lo suficientemente amable como para mostrarme algunos.

-¿Qué? ~Oh, no!

-Querida niña, no tienes que estar tan avergonzada de tu mejor don; ese es un lujo que no puedes permitirte.

-¿Mi mejor don? -repito estúpidamente, sin comprender todavía lo que quiere decir.

-Cielos, dame paciencia. Tí poesía. Tienes un don extraordinario, mo te habías dado cuenta?

-Por favor, no lo dirás en serio...

-Pues claro que sí. Lo que me sorprende es la manera en que un don tan puro como el tuyo puede brotar de un suelo tan inapropiado. Tu mente es una horrible, una verdadera mezcla de estupidez, testarudez, autosatisfacción, credulidad y pura ignorancia. Las nobles perogrulladas te aprovechan. Estás tan preocupada por tus propias emociones que no puedes empezar a entender a los demás; y ya que estamos en eso, tampoco parece que te entiendas a ti misma.

-En cualquier caso, la gente no me interesa. -Nadie jamás me ha hablado así en toda mi vida. No sé si sentirme halagada o insultada: en consecuencia, simplemente no sé qué decir. Pero sus palabras finales tocan un nervio al descubierto.

-Así lo he podido observar. Pero cuando escribes sobre ríos, o manzanos, o la luna, estás realmente escribiendo sobre ti misma, ¿no? Ves el verano como la suma de tus propios sueños.

Intrigada a pesar mío, le pregunto:

-¿Y cómo consideras, cómo ves tú eso?

-Polvorientos. Sedientos. Chirridos interminables de cigarras. Alcauciles florecientes. Mujeres cachondas y hombres exhaustos.

Ahora veo mi oportunidad:

-Te has dejado a Sirio. Hesfodo habla de esa estrella.

Sonríe alegremente: una piensa que casi le agrada que lo

-Veo que no has descuidado tu educación literaria -observa-. Stípongo que esto ya es algo.

-Por lo menos, mis poemas son míos, no de otra gente. (Insufrible presunción adolescente.)

-Todavía no has leído los míos.

-Pero apuesto a que encontraré uno como ese.

-Claro.

Es realmente imposible estar enfadada con él durante demasiado rato.

Ves el verano como la stíma de tus propios sueños. Era cierto, claro; y casi cuarenta años más tarde todavía lo sigue siendo. Nuestra habilidad para cambiar, para imponer nuevos modelos en nuestras vidas por voluntad y elección no es tan grande como

suponemos. Las Parcas nos controlan desde el nacimiento, decimos, sin creerlo realmente; colgamos del hilo de nuestro destino. No obstante, estas frases tópicas contienen una verdad incuestionable, no buscada. Durante media vida o más se nos permite disfrutar de una libertad ilusoria: entonces es el turno del tirón del hilo y nos sacudimos como marionetas, obedientes, estúpidas.

Así es para mí. El deseo permanece más constante que el objeto de deseo. Soy, todavía, lo que era, ineludiblemente encadenada a la roca de mis pasiones y mis creencias. En aquella niña, aquella chica, estaba contenido todo mi futuro, guardado como la flor dentro de la semilla. También Alceo está atrapado en la misma red de la necesidad y cuando hoy le veo, me apiado de él: él también estaba condenado. Se ha convertido en lo que siempre ha sido. Quizá los arúspices, examinando las entrañas para hallar alguna señal del futuro, estén expresando una verdad más incuestionable de lo que suponemos.

Cualquier alusión a arúspices, presagios, predicciones, astrología o magia me recuerda invariablemente a tío Eurigio, que pillen.

62 63

era, pienso, la persona más supersticiosa que jamás haya conocido. Compartimos con él la casa de la ciudadela durante seis años (murió cuando yo tenía doce) y mis recuerdos de entonces están llenos de amuletos, hierbas malolientes, incienso y curiosas oraciones, verdaderos galimatías en lenguas extranjeras.

También había siempre algún profeta, nuevo y soso, rondando por la casa, un egipcio, un persa o un sirio: uno de ellos se fue rápidamente con los candelabros de plata, otro después de intentar violar a tía Helena (aunque como única prueba sólo teníamos su palabra), mientras que un tercero se volvió verdaderamente loco durante la cena, rodando por el suelo echando espumarajos por la boca, para gran deleite de nosotros, los niños, que por entonces estábamos ya endurecidos frente a tales extravagantes demostraciones de fervor religioso y apreciábamos un buen ataque cuando veíamos uno.

Un paseo con tío Eurigio era algo así como un suplicio. Antes de que pudiera salir de casa, tenía que lavarse, con mucho chapoteo ritual, con agua especialmente traída de una fuente sagrada a dos millas de las murallas de la ciudad. También llevaba una hoja de laurel en la boca: como era un hablador excitable y farfullero, la perdía con frecuencia, lo que significaba que teníamos que ir directos a casa de nuevo. Lo mismo ocurría, las más de las veces, si nos encontrábamos un gato; pero como la ciudad estaba plagada de gatos, ocasionalmente mi tío transigía tirando tres piedras que atravesaban la calle, por encima de su hombro izquierdo. Una o dos veces le dio a un transeúnte: si era un extraño, podía haber problemas, pero la mayoría de los residentes locales conocían sus costumbres y se agachaban. Si no había gatos a la vista, miraba fijamente al cielo (era extremadamente miope) para ver qué presagios podía deducir de los pájaros que pasaban. Como la casa estaba convenientemente orientada hacia el este, casi nunca salía durante las migraciones de invierno.

A menudo me he preguntado, al recordar el pasado, qué pasó por la cabeza de tía Helena cuando aceptó casarse con él. Era un hombre decente, amable y afable, bien relacionado y razonablemente acomodado, sin ningún vicio aparente a excep-

ción de su instintivo exceso de piedad: pero, en cualquier caso, no era el marido que una hubiera esperado que tía Helena eligiera. Como Antiménidas me dijo una vez, era como un águila apareándose con un búho. Para tía Helena, el símil es peculiarmente apto: esos grandes ojos color topacio, esa nariz aguilena, esa cabeza orgullosa, serena, todo recordaba a algún pájaro real o de rapiña. Era alta y de tez oscura, los pechos erguidos, con movimientos rápidos, raramente en reposo: una sensación de energía latente impregnaba sus gestos más casuales, su cabello echaba chispas y crujía cuando le pasaban un peine. Fingía unas apariencias castas y austeras (raya en medio, moño, sencillos vestidos de lino) que resultaba un contraste picante con su personalidad sensual.

Tía Helena tenía veintinueve años cuando yo la conocí. Tras once años de matrimonio había tenido cuatro hijos y aún conseguía mantener una figura de bailarina, elegante, ágil. Tío Eurigio era considerablemente mayor que su esposa. He llegado a la conclusión de que debía de tener cuarenta y tres años cuando dejamos Ereso; pero para una niña, parecía inmensamente anciano, un hombre alto, delgado, arrugado, con cabello ralo y siempre encorvado. Ambos estaban en el muelle de Mitilene para conocernos y nunca olvidaré la expresión de verdadero horror que surgió en la cara de mi tío cuando vio que mi madre estaba embarazada de ocho meses. Escupió rápidamente en el pliegue de su túnica e hizo un gesto con el pulgar y el índice que (lo sabía por mi nodriza) iba destinado a alejar el mal.

Tía Helena me cogió en brazos y me besó. Olía maravillosamente: fogosa, vivaracha, con un ligero aroma de alguna esencia que no pude reconocer entonces, pero que más tarde supe que era verbena. Había una irreflexión inesperada en sus ademanes. Froté mi mejilla contra la suya, de pronto en paz, y noté su respuesta instintiva, rápida. Luego estaba otra vez de pie, con el gentío a mi alrededor (tenderos, vendedores de grano, mozos con cajones de ciruelas e higos secos, marineros, secretarios de mercaderes, inevitable bullicio que se forma cuando atraca un barco), intentando orientarme en este extraño y nuevo mundo.

64 65

Olor a brea y a pescado. El gran muelle de piedra de Mitilene y las verdes montañas detrás. Un canal con puentes de madera gastados, casas altas, los mástiles y las vergas de innumerables barcos. Por todas partes prisa, bullicio, el olor a comida recién hecha. Amarras enrolladas sobre los guijarros, el traqueteo de los carros que se alejan, hileras de jarras de vino y ánforas de aceite, cada una con su pesado sello de plomo. El estruendo y los graznidos frenéticos de los pollos enjaulados, vacas sin ordeñar mugiendo en sus corrales. Todo más grande, más ruidoso, más intenso que el mundo que había dejado atrás.

La larga familiaridad no ha deslucido esta primera, breve, viva impresión: si ahora cierro los ojos, veo, no el nuevo puerto moderno con sus astilleros y sus grúas, los edificios deslumbrantes con fachadas de mármol, sino el viejo puerto de cuarenta años atrás: con suficiente movimiento, pero chiquito, de estar por casa, pobre. Un mundo distinto. He vivido durante una revolución en más de un sentido, y Alceo -ahora un sombrero de copa gris a la deriva, conspirando en tabernas, manoseando a chicos desdeñosos mientras bebe

vino- no es su única víctima. Quizá tía Helena, de nuevo, a sus setenta y tantos años, magníficamente bien conservada, comprendió la verdad mejor que cualquiera de nosotros; aunque hubo otras palabras más crueles para describir lo que hizo, lo que fue.

El tiempo desmenuza nuestra cáscara, raya y corroe la superficie exterior, pero el ser interior permanece intacto. Veo esa escena en el muelle: el tiempo se detiene para mí, las figuras quedan fijas, inmóviles, como las moscas en ámbar vendidas de casa en casa por buhoneros tracios. Ahora mi madre está muerta y tía Helena es una solitaria vehemente y sólo su nombre es burla constante de satirizadores; y las manías supersticiosas de tío Eurigio son sólo recordadas como una leyenda familiar que se diluye con rapidez. Ahora estoy sentada en mi escritorio, mientras la luz de la tarde se desvanece; atormentada por los recuerdos, soy un ojo que todo lo examina, atrapado y retenido por la delicada circunvolución de las venas de mi mano libre, y luego por el brillo dorado, que late lentamente del gran anillo en forma de serpiente, que no cambiará, ni se empañará, ni se corromperá. Ni ahora ni nunca.

Cuando mi madre murió, me dejó, entre otras cosas, una caja fuerte de hierro cerrada con llave que contenía sus papeles personales. A veces me he preguntado si destruyó algunos de los más interesantes o los más reveladores antes de su muerte: en general- me inclino a pensar que no. Tal reticencia póstuma hubiera sido muy inapropiada a su carácter. Por ejemplo, existen abundantes indicios (particularmente en su diario) de que mi madre estuvo, durante un tiempo, apasionadamente enamorada de Pitaco; pero no hay nada que sugiera que alguna vez le revelara esta pasión, ni que hablara de convertirse en su amante. Conociendo su romanticismo particular tan bien como conozco su franqueza, considero mucho más probable que ella, de hecho, guardara un amor inconfesado antes que destruir toda evidencia de una aventura ilícita cuando ya hubiese terminado.

No; el detalle fue, en cierto momento, admitir nuestro fracaso para entendernos mientras vivimos las dos y, a la vez, un intento patético de remediar los problemas de la única manera que ella sabía. Había algo tan profundo e instintivo en la antipatía que yo provocaba en mi madre que efectivamente imposibilitó cualquier tipo de relación normal. Cualquier simple intento de comunicación quedaba distorsionado, si no destruido, por la violencia emotiva que producía el mero contacto entre nosotras.

Creo que mi madre sabía por qué; pienso que sabía, también, que gran parte de su resentimiento era debido al parecido fundamental entre nuestros caracteres. Uno de los descubrimientos más curiosos que hice al examinar esa caja fuerte fue un legajo de poemas que ella había escrito. Eran poemas muy malos, o demasiado sentimentales o llenos de enérgicos tópicos políticos; pero revelaban una parte de ella que nunca hubiera sospechado. ¿Cómo tiene que haberme odiado, envidiado y haber (de alguna extraña manera) vivido a través de mí!

66

67

Alceo dijo en cierta ocasión que la ira es la última pasión

que muere en el hombre, y es cierto por lo que a él se refiere. Quizá, después de tantos años, el fuerte nudo de odio no admitido que sentía por mi madre haya sido deshecho finalmente. Sabiendo eso, puedo ver cómo gran parte de su propia amargura se debía a los reproches, por (así lo creía ella) haber tenido una hija que no sólo era pequeña, de piel oscura y poco atractiva, sino también porque, de algún modo, estaba físicamente malformada (aunque no lo estoy, a no ser que los huesos menudos y delicados se cuenten como una deformidad). Qué singular y secreto sentimiento de culpabilidad representaba esa convicción suya?

Es extraño comparar las impresiones de mi madre de esos primeros días en Mitilene con mis propios recuerdos infantiles:

Instalada por fin, aunque no sé por cuánto tiempo podré soportar esta casa de locos. Helena es insoportable, una mezcla de todos los peores vicios causados por la endogamia: egoísta, arrogante, condescendiente, y, si es cierto la mitad de lo que una ha oído, con la moral de una ramera del puerto. Cómo ella y Dracón pueden ser hermanos es algo que no logro entender. Tendré que mantener una seria charla con él acerca de su hermana. La manera como se malgasta el dinero en esta casa es simplemente escandalosa. Todo el aspecto doméstico necesita una revisión completa. Me pondré a ello tan pronto como pueda.

Los frutos de su investigación fueron recogidos en un apunte ligeramente posterior:

Fui a las cocinas esta mañana para arreglar las cosas. Encontré al cocinero haciendo algo bastante bestial a uno de sus lavaplatos, a plena luz del día, como si fueran animales de granja. Casi me desmayo. Reprendí a Helena con tanta calma y tan razonablemente como pude. Me escuchó sin interrumpirme, con esa expresión suya de suficiencia que logra enfurecerme, y luego comentó: «Mi querida niña, mientras la cena sea servida a tiempo, ¿por qué debería importarte lo que les ocurre a los esclavos jóvenes debajo de las escaleras?». Cuando insistí, contestó de la manera más desagradable posible: «Esta es mi casa y la dirijo a mi modo. Si no te gusta lo que ves en la cocina, mantente alejada de ella». Indudablemente, se propone utilizar mis problemas financieros para imponer su propia voluntad, insensible a lo que es una conducta razonable o lógica.

Un intento para atraer a tío Eurigio a su bando tampoco tuvo éxito:

He hecho uno o dos intentos para empezar una discusión privada con E., pero le encuentro bastante insensible. Todas estas tonterías supersticiosas deben de haber podrido su cerebro.

Leer estas palabras evoca en mi mente la imagen, durante largo tiempo olvidada, de mi madre y mi tío de pie en la terraza un atardecer de verano: por entonces yo no tenía más de siete años. Mis primas Mégara y Telesipa y yo compartíamos una habitación en lo alto de la casa. Oímos un ruido abajo, abrimos los postigos un poquito y miramos. El pobre tío Eurigio estaba

literalmente acorralado, su esbelta espalda contra la balaustrada, precisamente donde estaba el florero de adorno. Mi madre estaba delante de él, siseando palabras sibilantes como una oca enfadada. Aunque no se podía entender ni una palabra, enseguida reconocí su «estilo confidencial». Tío Furigio, mucho más alto que mi madre, podía contemplar las musarañas por encima de su cabeza, lo que hacía con el más displicente aplomo, asintiendo a intervalos cada vez que ella se detenía para recuperar el aliento.

Observamos, cautivadas. Finalmente, tío Eurigio sonrió, se excusó, la acarició, apartó a mi madre como si fuera un cachorro inoportuno, y desapareció dentro de la casa.

68 69

Entonces mi madre dio rienda suelta a uno de los raros ataques de su fogoso temperamento, que eran francamente impresionantes. Cogió el florero de adorno con ambas manos (una hazaña remarcable para una mujer: realmente debía de ser muy pesado) y lo arrojó al patio enlosado que había abajo, donde se desintegró ocasionando un destrozo considerable. Miró a su alrededor para ver si alguien había visto esta actuación, se sacudió las manos y rápidamente -pero no demasiado rápidamente- volvió a sus propias habitaciones. Presumiblemente, esto es lo que quería decir cuando encontraba a tío Furigio «bastante insensible». El problema del florero roto nunca se solucionó, pero me inclino a pensar que a uno de los chicos de las cocinas se le azotó por ello, sin que hubiera más que una sospecha. Qué chico de las cocinas fue y cómo nació esa sospecha, no lo puedo recordar exactamente: pero mi madre nunca tuvo aversión a matar dos pájaros de una pedrada.

Recordando y viendo estos sucesos con una cierta perspectiva quizá siento cierta simpatía por todos los adultos de esta época de mi infancia. Tía Helena y mi madre eran enemigas por naturaleza; en las mejores circunstancias se hubieran detestado una a otra, y compartir una casa era una forma de tortura mutua para ellas. La única cualidad común a las dos era una voluntad autocrática pura; y como nunca querían la misma cosa, siempre existía una especie de pelotera entre ellas. ¡Pobre mamá!, la única forma de conseguir sacarnos, a ella y a nosotras, de esa casa hubiera sido vender las tierras que nos quedaban en Ereso; pero esto, comprensiblemente, era un último paso drástico que no se atrevía a dar.

La situación tampoco era muy agradable para tío Eurigio o para tía Helena (aunque esta última tenía, por lo menos, una buena posición desde donde atacar cuando había un choque frontal). Eran gente bastante acomodada y su casa en la ciudad, bastante grande; pero tuvo que suponer una gran carga para ellos -de ningún modo únicamente una carga financiera- acoger a la viuda del hermano de tío Eurigio, y a sus tres hijos (poco después cuatro) aparte de su propia familia. Para un hombre que veía el parto con un terror y un

70

aborrecimiento tan supersticiosos, tío Eurigio se mostraba sorprendentemente parcial con el acto que ponía todo este proceso en marcha. Mi madre, en uno de sus apartes más mordaces -aparentemente sólo para sus oídos, pero lo suficientemente fuerte para que los niños lo oyeran y lo pudieran contar-, aseguró que solamente lo hacía para impedir que Helena

hiciera travesuras.

Cuando pienso en mi infancia en Ereso, lo primero que veo es un paisaje luminoso, reluciente, inmóvil y me olvido por completo de sus estados de ánimo más violentos. Hay figuras que se mueven por este paisaje, pero son secundarias si las comparamos con las montañas y el mar, el perfume de las flores en primavera, la luz del sol sobre el agua quieta. Con el traslado a Mitilene hay un cambio en esta imagen: lentamente las figuras se mueven hacia el primer plano hasta que lo dominan todo. Mi intensidad de visión no disminuyó en esos años, y todavía permanezco, ahora como entonces, agudamente sensible al mundo natural que me rodea. Pero la luz única y brillante de la infancia estaba apagándose, poco a poco, y un día tendría que despertarme para darme cuenta de lo que había perdido.

Estoy aquí sentada en una bella mañana de otoño e intento imaginarme la casa como era entonces -las pesadas alfombras lidias en los pasillos, las estrambóticas baratijas que tío Eurigio había acumulado de sus viajes al extranjero; el exótico olor que impregnaba cada habitación, una mezcla de fragancia, incienso y especias picantes; el viejo algarrobo en el patio, el pozo donde, a cualquier hora del día, había un par de arrieros holgazaneando, rascándose y echando los dados antes del siguiente trago; el bullicio y el estruendo de la calle al otro lado de nuestro alto muro, los gritos de los vendedores ambulantes y los aguadores, el olor por la mañana temprano del pan recién hecho. Pero cuando intento evocar esta escena, no puedo visualizar la casa sin sus ocupantes tan presentes en mi memoria: tío Eurigio y tía Helena, mi madre, el viejo mayordomo (quien quizá, como mi madre afirmaba, bebía en exceso, pero quien nos enseñó a cortar muñecos con navajas y a hacer jaulas para sal-

71

j

tamontes), un grupo de niñeras, jardineros, mozos, cocineros y cocineras muy queridos, y, por encima de todo, mis cuatro primos: Mégara, seria, adoradora; Hermeas, tan fatalmente dócil, tan ansioso por ser amado a cualquier precio; la impertinente Telesipa, con su largo cabello rubio siempre recogido con un lazo negro; y Agenor, el mavoí; emocionalmente tímido, como son tan a menudo los primogénitos, pero siempre inventando juegos para nosotros, solucionando nuestros problemas con una justicia personal brutal, de Radamanto, adulto antes de tiempo.

Es un fenómeno extraño, pero siempre he sentido mayor afinidad con mis primos que con mis propios hermanos -pero esto, al reconsiderarlo, simplemente quiere decir que mi antipatía por Caraxo se remonta a hace mucho. Eurigio fue un niño enfermo que murió cuando yo tenía nueve años, durante ese famoso y crudo invierno que los ancianos todavía recuerdan con pavor (los ríos y los canales se congelaron, e incluso se formó hielo varios estadios mar adentro, una cosa nunca vista), así que no puedo haber desarrollado ningún sentimiento especial al respecto, ni de un modo, ni de otro; mientras que mi hermano menor Lárico, hermoso Lárico a quien quiero tanto, nació aquí en Mitilene, tras la muerte de mi padre, y siempre

le he considerado algo así como un primo por adopción.

Pero el suceso más inesperado, que tuvo lugar antes de cumplirse un año de nuestra llegada, fue el establecimiento de nuestra escuela privada. Hoy, la idea es algo corriente y muchas familias en la ciudad la han adoptado. Entonces, era una cosa bastante inaudita: quizá sólo dos mentes tan potentes (y tan potentemente antagónicas) como la de mi madre y la de tía Helena podían -por desavenencia intelectual- haber logrado que se produjera. Una cosa en la que estaban de acuerdo (y se dieron cuenta de ello de bastante mala gana) era la educación de las niñas. Diferían diametralmente sobre qué se tenía que enseñar a las niñas, y cómo se tenía que llevar a cabo el proceso; pero ambas sostenían que el sistema existente, por el cual los niños aprendían en la escuela pero las niñas eran educadas en casa, era, fundamentalmente, injusto.

Es un tributo a nuestra sociedad el que no pueda pensar en ningún otro sitio en Grecia, ni entonces ni ahora, en el que alguna mujer pudiera haber pensado como mi madre y mi tía Helena y que hubiera tenido la libertad para poner en práctica sus ideas siquiera. No en Atenas, ciertamente, aunque a los ~tenienses les encanta contarnos lo ilustrados que son; ni en Lidia, pese a su riqueza y su cultura, donde las chicas de buena familia (lo sé demasiado bien) están destinadas a ganarse su dote como prostitutas del templo, y nadie -y mucho menos sus futuros esposos- las menosprecia por ello. Quizá la libertad de las mujeres en Lesbos haya sido comprada a un precio que todavía no podemos estimar totalmente. Pero el poder de elección, la libertad, está allí. Se puede abusar de la libertad; lo cual no es un argumento en contra de ella.

Mi madre, claro, estaba decidida a tratar este asunto como una cuestión de principios: se veía presentando una instancia al Consejo, quizá incluso dirigiéndose a la Asamblea, y consiguiendo una escuela municipal para niñas establecida por la ley. A tía Helena le costó largo tiempo -y un gran dominio de sí misma- persuadirla de que lo importante en este caso no era adoptar una actitud pública con respecto a las convicciones propias sino asegurarse de que a varias niñas allí presentes se les enseñara efectivamente algo. Así que finalmente (con la más que gustosa aprobación de tío Eurigio: creo que pensaba que esto sería una manera de evitar que sus alborotadoras mujeres se entendieran a gritos) se acordó que las dos deberían dar clases en casa. Mis primos y yo formaríamos un núcleo de alumnos y los demás ya irían viniendo.

Sondearon a varias señoras en la ciudad: ¿confiarían sus hijas a tía Helena y a mi madre (bajo su más estricta supervisión, naturalmente) a cambio de los beneficios de una educación liberal? La respuesta, como podía esperarse, fue muy fría; aunque si se debió simplemente a un conservadurismo arraigado (como pensaba tía Helena), o a la reputación de tía Helena (mi madre apoyaba esta teoría con gran entusiasmo) es difícil de dilucidar después del tiempo transcurrido. Quizá un poco de ambos.

72 73

En cualquier caso, al final solamente otros cuatro niños se sumaron a nuestra clase familiar. Mi madre convenció a Pitaco para que dejara venir a Andrómeda (creo que la consideraba un estorbo en casa y que necesitó poca persuasión). Pitaco, por

su parte, discutió el asunto con Faniás, uno de sus amigos más íntimos, que tenía una niña de cinco años llamada Mnasidica. (Tardé un tiempo en averiguar cuál era su nombre completo; quedaba invariablemente abreviado como Mica.) Tía Helena habló con su hermano Dracón, quien para empezar rechazó con desdén la idea completa; pero su hija Gorgo era la mejor amiga de Andrómeda y ella habló con su madre, tía Jante. La actitud dejante para con Gorgo fue confusa, ahora me doy cuenta: pudo muy bien haber tenido sus propios motivos para querer a la niña fuera de casa. Pero al final persuadió a Dracón (como hacia casi siempre), así que Gorgo, junto con su hermana menor Irana, se unió también al grupo.

Digo «gnípo» deliberadamente. Me pregunto si tía Helena o mi madre hubieran actuado de modo distinto, quizá incluso hubieran abandonado el proyecto entero, de haber sabido cómo todas nuestras vidas se entretejerían tan inextricablemente, de tan extrañas maneras, años después. No sé por qué, pero no lo creo: estas consideraciones nunca afectaron a mi madre, mientras que para tía Helena representaban una importante faceta de la vida, más bienvenida que evitada.

Andrómeda y yo estamos en el algarrobo. Es una cálida tarde de primavera. Por entre las ramas vemos el puerto centelleando debajo de nosotras, los barcos anclados, un solitario mendigo con una sola pierna cojeando malhumoradamente por el muelle. Hemos trepado hacia arriba -Andrómeda delante, como siempre- con muchos rasguños en las rodillas y las palmas de las manos, y ahora estamos sentadas a horcajadas sobre una gran rama horizontal, invisible desde la casa. Mi corazón está latiendo violentamente. Escalar árboles no me gusta demasiado, odio las alturas de todas formas, y mi vestido está sucio. Tengo una herida en una de mis rodillas. Pero adoro a Andrómeda.

Está aquí sentada, sus piernas morenas colgando, el brío verdoso en su ojo derecho, su pelo negro corto y descuidado y su mueca de pilluela. Parece más bien un chico que una chica.

-Veamos cómo trepas hasta la copa del árbol. -Hay un cierto tono malicioso en su voz: sabe perfectamente bien lo mucho que me asustan las alturas.

-Tú lo harías mejor -digo, aterrorizada.

-Ya no me gustarás más.

-Por favor, Andrómeda...

-Gorgo lo haría por mí.

-Odio a Gorgo. Es tonta. -Nariz chata, pecosa, cabello castaño rojizo áspero, manos rojas.

-Estás celosa, estás celosa. -Andrómeda tiene ahora diez años, casi once: la rodea algo perturbador que no puedo comprender. Pero claro, yo sólo tengo nueve y parezco menor.

-No seas tonta, Drom.

-¿Quién dijo que podías llamarme así?

-Gorgo.

-Ella es mi mejor amiga.

Siento las lágrimas al borde de los ojos.

-¿Lo es? ¿De verdad?

La sonrisa torcida y adulta de Andrómeda ilumina de pronto su cara.

-¿Sabes guardar un secreto?

-Claro.

-Realmente tú me gustas más.

-¿Ah, sí? ¿De verdad?

Se inclina hacia delante sobre la rama con torpeza. Sus labios rozan mi mejilla, su cabello es como alambre incandescente. Dice:

-Querida Safo. Eres una tonta. No sé por qué me gustas. Esto me deja sin habla.

-Puedes llamarme Drom si quieres. Pero únicamente cuando estemos solas.

Asiento, extasiada. De pronto, ambas nos sentimos un poco turbadas.

74

75

El mendigo, cojo, con una sola pierna está todavía allí de pie, entre los barriles y las redes puestas a secar, como si esperara a alguien. Se apoya sobre su muleta y, a su lado, su sombra se vuelve negra.

Me despierto de pronto en mitad de la noche, por un relámpago cegador, los ecos del último trueno suenan aún en mis oídos. La lámpara se ha apagado. A través de la habitación, puedo ver a Telesipa, hecha un ovillo bajo su manta escarlata, felizmente inconsciente. Nunca la despierta nada. La oscuridad desciende y con ella, el terror. El trueno estalla sobre mi cabeza.

-¿Meg?

-Mmm.

-¿Estás dormida?

-No.

-¿Estás asustada?

-Sí. -Esto lo dice con una voz muy fina.

--Puedo venir contigo?

-Claro...

Me deslizo por la habitación hasta su cama y me acomodo dentro. Ella me rodea con sus brazos. Mégara, con once años, es casi tan alta como una mujer. Su larga cabellera negra está sin trenzar, y hundo mi cara en ella. Mis pies apenas llegan a la altura de sus rodillas, aunque sólo soy unos meses más joven.

-Meg..., estás temblando. Estás verdaderamente asustada.

No dice nada, sólo me abraza con más fuerza. Finalmente, me pregunta:

-Safo, ¿te gusta mucho Andrómeda?

La pregunta me coge desprevenida.

-Sí..., sí, me gusta.

-¿Cuánto? -Hay una intensidad dolorosa en su voz.

-No lo sé. Mucho.

Una pausa.

-¿Te ha besado alguna vez?

-¿Por qué quieres saberlo?

Otro relámpago. Durante un instante, veo la cara de Meg: tensa, herida, ansiosa.

76

L

-Esto quiere decir que lo ha hecho.

Ambas esperamos el trueno con tensión.

-¿Te gusto? -pregunta Meg, con esa voz extraña y fina.

-Claro que sí.

-. Del mismo modo?

-Yo..., ¿qué quieres decir?

Pero lo sé, aunque no puedo expresar todavía la diferencia con palabras. Intento hablar, pero las palabras se niegan a salir. De pronto, algo caliente y mojado gotea sobre mi mejilla. Meg está llorando en silencio, todo su cuerpo está rígido.

-Meg, lo siento...

Sacude la cabeza.

-No importa.

-Sí que importa.

-Me estoy comportando como una tonta. Yuna egoísta.

Me siento curiosamente imparcial, como si todo lo que estuviera ocurriendo no tuviera nada que ver conmigo.

-Estás bien, Meg. Es sólo el trueno.

Un leve sollozo.

-Sí, eso es.

-Te encontrarás mejor por la mañana.

-Así lo espero. -Retira el brazo con que me abrazaba, y se gira hacia un lado, dándome la espalda-. Ahora duérmete. Por favor.

-De acuerdo.

Pero estoy despierta durante otra hora, pensando, reflexionando. Ahora la tormenta se aleja, y una pálida luz gris empieza a filtrarse por entre los postigos. Meg gime y murmura. Hasta que me deslizo de nuevo dentro de mi propia cama el sueño no logra vencerme.

Mi madre está leyendo a Homero con nosotras. Como de costumbre, se ha decantado por la Ilíada. Todas nosotras preferiríamos mucho más seguir las aventuras de Ulises, entre los lestrigones, en la cueva de Polifemo, matando a los pretendientes. Pero esto, piensa mi madre, es una historia que carece de seriedad moral.

77

--El mejor augurio es luchar por tu patria» -declama. Bostezamos y meneamos el trasero. No es un sentimiento al que la mayoría de las niñas respondan con entusiasmo. Solamente Andrómeda parece remotamente interesada. Mi madre da un pequeño discurso sobre Troya. Allí hay luchas de nuevo. Los traidores atenienses están intentando robar nuestros puestos estratégicos. Pero nuestros valientes soldados...

Me distraigo. Gorgo está rascándose la nariz y mirando dos palomas del patio a través de la ventana. Su hermana menor Irana -también de cabello castaño rojizo- está sentada con el ceño fruncido: creo que nunca la he visto sonreír. Telesipa parece radiante y atenta, pero conozco esa expresión helada: está, en realidad, dormida. Mégara, su pelo pulcramente trenzado, intenta no mirarme. Un rayo de sol ilumina la cara de Andrómeda. Mi corazón se contrae: estoy perdida en un brillo dorado.

De pronto, me doy cuenta de que mi madre me ha hecho una pregunta: ¿cómo empezó la guerra de Troya? Quiero presumir, hacer una gracia, complacer a Drom.

-Tía Helena -respondo, con una risita necia.

Mi impertinencia me vale un azote: uno de los que más me han dolido. Me imagino los motivos de mi madre; le encantaría estar de acuerdo conmigo, me imagino, pero cree que los

adultos tienen que hacer un frente común y estar unidos. Podría haber soportado el azote con alegría: lo que me produce una agonía insostenible es la expresión de enfado, de desprecio, de Andrómeda. No me hablará durante varios días.

Iv

Al mirar hacia atrás, veo -con demasiada claridad- qué desafortunada fue mi metedura de pata en clase. No podía saber entonces un hecho primordial que sólo se descubrió años después: quiero decir, las relaciones de tía Helena con Pitaco. Parece que había sido su amante con intermitencias, al menos durante un año antes de que nos mudáramos a Mitilene. Mi madre no tardó nada en descubrir esta correspondencia altamente escandalosa. Como muchas mujeres de carácter (especialmente aquellas con una vena oculta de sentimentalismo) tenía tendencia a imaginar parejas copulando detrás de cada puerta, y por lo menos en un caso, sus sospechas estuvieron justificadas. Su conocimiento de la situación no mejoró el humor de nadie y mucho menos el suyo propio.

Tía Helena, por su parte, no hubiera estado a la altura de su perspicacia habitual si hubiera fracasado en diagnosticar la callada pasión de mi madre por Pitaco. También Andrómeda tenía obviamente una vaga idea de lo que sucedía, e interpretó mi gracia como una alusión directa a las ocupaciones extramaritales de su padre: lo adoraba con una vehemencia falta de sentido crítico y se ofendía por la más pequeña insinuación, real o imaginaria, contra su persona. Uno de los primeros poemas irónicamente patrióticos de Alceo, escrito al estallar la guerra en Tróade, contenía varias referencias de doble filo a tía Helena y a Tetis, lo que daba a entender que él estaba enterado de todo esto y de muchas cosas más.

Si el asunto se hubiera quedado en una simple disputa privada, no hubiera causado ningún daño. Pero mi madre no

78

79

era de ese tipo de personas que dejan de lado una situación; ni, citando su propio orgullo se veía envuelto en una de ellas, hacía una clara distinción entre moralidad pública y privada. Lo que hizo fue sumamente desaprensivo y nunca he comprendido cómo pudo acomodar sus acciones a sus declarados principios, aunque aquí demostró, en esta ocasión, un tipo de razonamiento falaz que avergonzaría a un experto hombre de estado.

Hablando con franqueza, si ella no podía tener a Pitaco, estaba decidida a que tía Helena tampoco lo tuviera; y como tío Furigio se mostró delicadamente indiferente a sus confidencias, decidió -aparentemente sin el más mínimo escrúpulo- salirse con la suya mediante lo que supongo que debe llamarse ineditos políticos. Su mayor caballo de batalla fue Dracón, el hermano de Helena y -lo que era más importante para los propósitos de mi madre- un miembro del Consejo. Ella le llenó tanto la cabeza sobre el conflicto de Tróade con Atenas que lo que había empezado como una pacífica disputa diplomática sobre concesiones comerciales pronto estalló, con muchos discursos demagógicos y patrióticos, en una guerra a gran escala.

¿Podemos nosotros, gritaba Dracón, bien instruido por los ardientes tópicos de mi madre, permitir que los atenienses profanen la tumba de Aquiles? ¿Podemos nosotros -esto se añadió casi como una idea adicional- permitirles que nos roben el comercio delante de nuestras propias narices? El Consejo decidió que no podían; y votaron en consecuencia. Después de esto, simplemente quedaba el problema de elegir un comandante en jefe. Cuando Dracón propuso a Pitaco, el resultado fue el que se suponía: él era, claramente y con diferencia, el hombre más capacitado para la empresa. Mi madre sintió un gran placer al contarle a tía Helena (con lo que ahora veo que era un aire de inocencia bien calculado) que su amante -aunque no lo dijo exactamente así- sería enviado al extranjero en el servicio activo.

Donde (como sabían ambas) existía una gran probabilidad de que muriera.

80

La crueldad de mi madre -para con ella misma tanto como para con los demás- fue, y lo sigue siendo, algo bastante excepcional de acuerdo con mi experiencia.

Lo curioso fue la reacción de tía Helena. Si mi madre esperaba provocar una escena -reproches~ lloriqueos, ira irremediable~ quizá incluso histeria- quedó decepcionada. Tía Helena sonrió vagamente y comentó que bueno, que una campaña ocasional en el extranjero era algo estimulante para los hombres activos y ambiciosos: la política en la ciudad tendía a entumecer a uno al cabo de algún tiempo. Desde entonces trató a mi madre con una delicada y considerada cortesía que hubiera asustado mortalmente a cualquiera; pero mi madre se lo tomó muy plácidamente y se la oyó comentar que tía Helena, con el tiempo, podría convertirse en una persona bastante razonable. Sólo había que ser firme con ella.

Pero a Pitaco, tal y como resultó después, no le mataron: tenía un talento natural e instintivo de supervivencia. Lo que le protegía, lo veo ahora, era su indiferencia hacia los principios aristocráticos. No era exactamente un caballero (como sus enemigos nunca se cansaban de recordarle) y disfrutaba en grado sumo explotando los escrúpulos de los nobles. Su moralidad era tan flexible como su ingenio, y su carrera política, examinada con detenimiento, tiene un aspecto totalmente turbio.

Sin embargo él fue, no puedo creer otra cosa, un hombre esencialmente bueno. Los cambios que llevó a cabo, su conducta personal una vez hubo alcanzado el poder supremo, el juicio y la tolerancia que mostraba al tratar con oponentes de cualquier clase, todo viene a parar a la misma conclusión. El creía saber que era lo mejor para su patria; y pudo tener razón. Si tenía ambiciones personales, no eran del tipo ordinario que la mayoría de tiranos revelaba. El quería poder simplemente como un instrumento efectivo para practicar reformas; cuando las reformas se convirtieron en una tradición establecida, su interés en mantenerse en el poder se evaporó.

Ahora estoy triste por haber pasado tantos años de mi vida como enemiga política suya. No tan sólo porque, en cori-

secuencia, fui desterrada dos veces, sino también porque mi

lealtad me privó, durante largos períodos, de un amigo prudente, generoso y paciente que no podía permitirme el lujo de perder. Pero en aquella época, Pitaco estaba todavía en el umbral de su carrera. Mi madre, al conseguir su nombramiento como comandante en jefe, lo había aferrado a los primeros peldaños de la escalera política, cosa que no fue, me imagino, su intención principal.

Pitaco embarcó con sus tropas a finales de marzo una mañana luminosa, con fuerte viento, y todo el mundo acudió en tropel al muelle para verlos zarpar. Él estaba de pie en la popa del buque insignia e hizo un pequeño discurso, sin palabras altisonantes ni frases heroicas, prometiendo conducir la campaña como mejor supiera. Creo que la mayor parte de la gente se quedó tñ poco decepcionada: querían una despedida conmovedora. Pero decididamente parecía una figura magnífica, con su casco y sus espinilleras relucientes, el gran penacho de crin al viento como el de Héctor, y su pesado manto escarlata suelto. Quizá, incluso para una niña de once años adoradora de un héroe, no era tan alto ni tan semejante a un dios como me lo había parecido en aquella ahora distante tarde de verano en Fresno: la cintura debajo de su coselete empezaba a redondearse y en su barba se podían ver las primeras muestras de unas prematuras canas, pues tenía tan sólo treinta y cinco años.

Se hicieron las libaciones y el sacerdote elevó stís plegarias para auspiciar una buena navegación; entonces Pitaco despojó de su vaina a la espada de amplia hoja y la mantuvo en alto, sonaron las trompetas y soltaron las amarras. El silencio cayó sobre la multitud, roto tan sólo por órdenes descompensadas de buque a buque al tiempo que las nuevas velas blancas, cada una con su delfin negro como emblema, eran izadas y desplegadas, y la flota, en fila, salía lentamente del puerto. Entonces, como respondiendo a una señal, empezó el griterío y les despedimos hasta perderlos de vista por el canal azul, acompañados de gaviotas, por donde irían sus barcos hacia el norte a Adramitio y Tróade. Mi madre gritó tan fuerte como el que más. Todas las ocasiones patrióticas la emocionaban hasta ponerla al borde de las lágrimas.

Los despachos de Pitaco ocasionaban más de un cabeceo en el Consejo. Eran breves, objetivos e iban directamente al grano. Un general que cuenta nada más, y nada menos, que la pura verdad, especialmente cuando le perjudica, puede resultar ligeramente desconcertante. Tras la desastrosa batalla en la que Alceo (junto con muchos otros jóvenes) tiró su escudo y huyó, Pitaco dio cuenta de ello como sigue: «Hoy hemos sufrido una derrota vergonzosa en las afueras de Sigeo. Las comparativamente pocas pérdidas pueden atribuirse al hecho de que nuestras tropas, al estar menos cargadas, corrieron más rápido que el enemigo. La derrota se debió, a partes aproximadamente iguales, a una dirección incompetente y a una disciplina desganaada. El valor por sí solo no gana batallas. Una instrucción eficaz es más deseable que bellos discursos. Entre tanto nosotros -mis hombres y yo- aprendemos, a un alto coste, en la batalla. Por favor, enviad doscientos escudos nuevos y cincuenta áridos de trigo en el próximo barco de suministros».

Como para irritar a mi madre -¿con qué perspicacia, me pregunto, se había formado él la idea de la relación de ésta con tía Helena? y ¿qué le había dicho Dracón?- Pitaco no le escribió ni una sola vez durante todo aquel verano. Peor aún, recaíó el descuido mandándome tina nota -con gran sorpresa por

mi parte- en cada barco de envíos. Mi madre insistió en leer la primera de ellas y soltó un bufido cuando vio la firma.

Quirón! -exclamó-. ;Quirón, ya lo creo! -Se frotó la nariz con la mano e hizo un ruido vago de disgusto-. Tonterías sentimentales. -Atravesó la habitación, con un crujir de faldas y su cuerpo entero vibrando por la energía contenida. La luz del sol centelleaba sobre su brillante cabello negro mientras miraba por la ventana abierta. Vi su puño cerrado descansando sobre el alféizar, cada nudillo tan blanco, tan duro y tan pulido como el mármol. Había olvidado, era obvio, el pequeño episodio en nuestro patio en Ereso, si es que, claro está, alguna vez se dio cuenta.

82 83

Entonces se volvió, con un ademán brusco, forzado, y fue como si nunca la hubiera visto antes. Todo su rostro estaba transformado por el odio; un espasmo muscular incontrolable pareció apoderarse de sus rasgos y re torcerlos, como arcilla blanda, hasta convertirlos en un terrible rictus de amargura. Empezó a hablar incoherentemente sobre el acto de amor; una cascada de palabras brotó de sus labios, un torrente nauseabundo de odio mal reprimido. Intenté no escuchar, detener mis sentidos frente a esas fantasías físicas, rojas, duras, hirientes.

Lo que había sido natural se convirtió en inmundo, la hasta entonces inocente, miraba ahora impudicamente como un sátiro. Dolor, sufrimiento, humillación, asco, el gallo pavoneándose en su estercolero, el triunfo del macho bárbaro, en celo. Ya no había dulzura, ni ternura, ni amistad desinteresada, ni siquiera afecto. Solamente el violador, la extraña cosa invasora, terror, dolor, sangre, destrucción: un acto obsceno, agresivo, hiriente que conducía, con el tiempo, a una enorme fealdad física, a un dolor más allá de lo soportable, a una enfermedad con riesgo de muerte.

Por fin, se paro.

-Aprenderás -afirmó, con una voz más calmada-. Aprenderás. Me aseguraré de que aprendas. -Y se fue, con ese modo de andar tan suyo, orgulloso, desgarbado, agresivo, que no hacia concesiones, que no se rendía ante nadie, que nunca transigía.

Miré la breve nota que estaba aún en el alféizar de la ventana.

Troya es un sitio agradable para merendar en el campo, creo yo. Con armadura, es muy caliente. Cuando Aquiles persiguió a Héctor dando tres vueltas alrededor de las murallas, debió de hacerlo en invierno. O quizá los héroes eran inmunes al calor. ¿Crees que un héroe sudó en alguna ocasión? Hay una mariquita subiendo por mi brazo y acabo de darme cuenta por primera vez -después de tenerlo cerca durante cuatro meses- de que mi ordenanza tiene un defecto en un ojo. Quirón.

Esto me dejó perpleja, temblaba todavía a causa del impacto de la invectiva de mi madre, intentaba investigar qué conexión podía existir entre ambas cosas. Inútil. Nada tenía ya sentido. El cielo despejado parecía de pronto cubierto, como si hubieran corrido un ligero velo gris por delante.

Las cartas continuaban llegando a intervalos irregulares. Nunca se me ocurrió que tenía que responderlas y tampoco creo que Pitaco esperara que lo hiciera. LTna empe-

zaba así:

He intentado entrenar a mis hombres para maniobras de campo. Estoy llegando rápidamente a la conclusión de que el único hombre sensible de la Ilíada fue Tersites. [...] Las lagartijas son las criaturas más prácticas del mundo animal. Cuando las persiguen o las atrapan, tiran su cola y les crece otra. Me gustaría ver a los seres humanos adquirir esta facultad. Podría resultar divertido.

Con el mismo barco que su célebre despacho dirigido al Consejo llegó éste:

Un día de fiesta impuesto es muy agradable: nos tumbamos al sol y nos alegramos de estar vivos. Que es, al fin y al cabo, la meta de la existencia.

Un poco más tarde recibí el siguiente comunicado criptico:

He estado observando a los pescadores de por aquí. Mientras hacemos maniobras o luchamos, aun están ocupados con sus redes. ¿Quién, me pregunto, muestra mayor sentido común? Y sin embargo, nadie escribió una epopeya sobre un pescador. El hombre guía su vida por las estrellas fijas: conoce su deber, las palabras y las acciones prescritas que se le requieren, a él y a otros. Pero por qué no puedo yo cambiar la espada por la red? Mi voluntad es libre. Soy el sabio Quirón. Tú misma lo dijiste.

84 85

Un par de semanas más tarde nos llegaron noticias extraordinarias desde Tróade: Pitaco había desafiado al general ateniense Frinón a un singular combate y le había vencido. Toda la ciudad era un hervidero, llena de rumores. Cuando el barco de despachos atracó, se había reunido una excitada multitud para recibirlo. Afortunadamente para nosotras, el correo -un agradable joven llamado Arqueánax, que se había distinguido en las primeras etapas de la campaña- daba la casualidad de que era primo segundo de tía Helena. Después de haber cumplido con sus obligaciones oficiales, vino a vernos: era un chico tímido, rubio, todavía cojeaba a causa de una herida en los músculos de un muslo y andaba con un bastón.

Tía Helena lo mimó en exceso, obligándole a estirarse sobre un confortable canapé, recostándole entre cojines. El parecía disfrutar con ello. Cuando hubo bebido algo de vino, mi madre (cuya impaciencia debía de estar ya a punto de partirse en dos) le espetó:

-Y bien, ¿qué pasó?

Arqueánax sonrió.

-No fue más que una broma -comentó-, ese tipo de cosas que solamente el grandullón puede idear.

Tía Helena preguntó:

-- Es cierto que el grandullón, como tú le llamas, mató al comandante ateniense en un combate a campo abierto y sin ayuda?

-Bueno, ciertamente le mató -respondió Arqueánax después de pensarlo-. Sí, y sin ayuda de nadie. -Se frotó inconscientemente con una sola mano los músculos de su pierna heri-

da-. ¿Sabe que tuvimos esta derrota? Luego Pitaco hizo que los veteranos nos instruyeran en maniobras de campo. Pero no parecía estar concentrado en ello, no sé por qué. Solía dar largos paseos él solo a lo largo de la playa; le gustaba mirar a los pescadores con sus redes. Un día trajo al campo una red. Me lo encontré y le pregunté para qué rayos la quería. Sonrió y pestañeó de esa manera que tiene él, y contestó: «Sólo un pequeño truco tracio, hijo: puede que nos ahorre a todos muchos problemas». Siempre estaba haciendo broma sobre el hecho de que su padre fuera tracio ¿sabe?

86

J

-Si -dijo tía Helena quedamente-, lo sé.

Mi madre le lanzó una mirada rápida y furiosa.

-En cualquier caso, lo siguiente que oímos fue que había enviado este desafío al comandante ateniense: un solo combate, ambos ejércitos presentes, el tradicional duelo entre generales. Si Pitaco ganaba, nos quedábamos con Sigeo. Si perdía, tendríamos que renunciar a nuestras posesiones actuales en Tróade: la tumba de Aquiles y todo lo demás.

NIi madre le cortó tajante:

-4Tenía autoridad del Consejo para proponer una ofer-

-Supongo que sí. -A pesar de su juventud, Arqueánax podía ser muy diplomático de vez en cuando-. Pero debe recordar, señora Cleis, que yo soy sólo un correo: entrego despachos, no los leo.

Todo este rato yo había estado en un rincón de la habitación, cerca del hogar, inclinada sobre un bordado, manteniéndome muy quieta y callada con la esperanza de que nadie notara mi presencia. Pero no pude hacer nada para evitar reírme a carcajadas de este último comentario: hacía mucho tiempo que no oía a nadie humillar a mi madre tan hábilmente y con una facilidad tan evidente. Del bello perfil aguileño de tía Helena (que normalmente no era muy revelador) supuse que ella también estaba satisfecha con la actuación de su primo.

Su propia pregunta fue bastante distinta:

-El general ateniense tiene que haber estado muy seguro de sí mismo para aceptar un reto así -observó reflexivamente.

-Oh, era muy fuerte. De hecho ganó la Corona Olímpica como púgil de estilo libre a los dieciocho años, un verdadero antiaieniense, vamos, pero ahí estaba. -Arqueánax se dedicó a lajarra de vino-. Tampoco era uno de esos ex atletas deprimidos que van a menos. LNo de los castigos de campo que solía aplicar en Tróade era obligar a los soldados delincuentes a boxear con él antes del desayuno. Por lo general preferían el látigo. También era un espadachín de primera clase.

-Algo que ciertamente Pitaco no es. -El tono de mi madre fue mordaz en extremo.

87

L

ta así~

-No es malo -respondió Arqueánax lealmente-, pero no es ningún atleta, es la pura verdad. No me importa confesar que todos pensábamos que Frinón se lo iba a comer, incluso siendo diez años mayor. ¿Pero qué podíamos hacer? El era el general. Además... -sonrió enseñando los dientes- creo que todos sabíamos que el grandullón tenía algo escondido bajo la manga. Sencillamente no es de los que desperdician la vida en una muestra de heroísmo inútil.

Mi madre frunció el ceño pero no dijo nada.

-Así que llegó la mañana y los dos ejércitos se instalaron a cien pasos uno de otro y los heraldos iban de acá para allá con trompetas y proclamas (ustedes ya lo saben) y entonces llegó Frinón con su armadura, andando a zancadas, una visión también verdaderamente impresionante, más de seis pies de alto y fortachón. Llevaba puesto uno de esos cascos corintios con piezas para las mejillas y una protección nasal, y estuvo allí erguido, danzando ya sobre un pie, ya sobre el otro y cortando el aire con su espada. Pitaco le echó una ojeada, sonrió y continuó puliendo su escudo. Realmente estaba consiguiendo un brillo espléndido. Entonces se puso en pie, muy despacio, y se colocó el casco, comprobó su espada en la vaina y se aseguró de que su escudo estuviera fijado cómodamente en su brazo izquierdo. Parecía más preocupado por su escudo que por cualquier otra cosa.

»Los heraldos ya se estaban poniendo un poco nerviosos, pero finalmente Pitaco echó a andar hacia ellos enfadado y todos le aclamamos cuando avanzaba. También contaron algunos chistes bastante obscenos. Entonces ambos contendientes, después de parlamentar un rato, se encararon, y vimos que Frinón tenía el sol detrás de su hombro, brillando directamente hacia su oponente. Recuerden que era por la mañana bastante temprano. Pitaco había bajado su escudo y simplemente estaba allí de pie, esperando, como un oso.

»Entonces los heraldos se apartaron y sonó la trompeta y sucedieron muchas cosas en poco tiempo. Frinón desenvainó su espada y se abalanzó hacia adelante: Pitaco le esquivó, dirigió el escudo tan pulido a la cara de Frinón, revoloteó la red de pescador por detrás de aquél y tuvo al pobre bobo ligado como a un verraco en su trampa antes de que pudiera apartar los ojos del reflejo del sol. Cuanto más luchaba y bramaba Frinón, más enredado quedaba; y entonces llamó a Pitaco hijo de puta, cosa estúpida por su parte, puesto que podía ser muy cierto, como ya saben, pero Pitaco desenvainó su espada y le atravesó con tanta fuerza que la empuñadura le rompió el esternón. Y eso fue todo.

Hubo un silencio en la habitación durante un momento.

Finalmente mi madre comentó:

-Por eso los atenienses se negaron a aceptar esta victoria.

-Su voz evidenciaba que ella misma se habría negado a aceptarla.

Arqueánax rió.

-Claro que sí; les habían puesto en un ridículo espantoso.

-Esto no es exactamente lo que quería decir.

-Lo siento; no lo entiendo.

-Hay normas de conducta en tales ocasiones que generalmente las aceptan todos.

-¿Ah sí? -dijo Arqueánax-. No lo sabía. Me parece a mí que el objetivo principal al luchar contra alguien es inutilizar

a tu oponente e impedir que te hiera. Si da la casualidad de que es más estúpido y rígido que tú, eso es culpa del otro.

Arqueánax estaba un poco ruborizado; obviamente el vino había empezado a surtir efecto.

Mi madre observo:

-Creo saber de dónde sacaste esas ideas, jovencito, y no son las que yo esperaba oír a una persona de buena familia declarar en público. Tenemos ciertos principios y no podemos permitirnos abandonarlos. Sería una traición a todo aquello que representamos.

Cuando mi madre se enfadaba mucho, también tendía a ser pomposa, como si su mente se viera sometida a una presión tal que solamente pudiera expresarse con perogrulladas.

-Si la he ofendido, señora Cleis -dijo Arqueánax, poniéndose en pie-, le presento mis más sinceras disculpas.

-No puedes irte todavía, primo -dijo tía Helena amablemente-, no hemos oído el final de la historia y tú no has comido.

88 89

-Oh, mucho me temo que la historia tiene una conclusión muy sosa. Después de uno o dos días de altercados, ambas partes acordaron un armisticio, pendiente de arbitraje.

-Así que la guerra se ha terminado -constató tía Helena.

-Eso parece -respondió Arqueánax y sonó con desenvoltura-. Si tenemos suerte, estaremos todos en casa a tiempo para la vendimia.

¿Y quién tiene que arbitrar? -preguntó mi madre.

-Se le propuso al rey Periandro de Corinto y está de acuerdo.

-Ese hombre tiene tanto derecho a llamarse rey como mi barrendero. Es un vulgar tirano.

-Sucedió a su padre -notó tía Helena-. Supone un problema delicado, ¿no es cierto? ¿Cuántas generaciones se necesitan para legitimar una dinastía? ¿Cuál es la fórmula exacta para producir sangre real?

Arqueánax tosió, se balanceó y dijo:

-Si me excusan, llego tarde a otra cita.

Tía Helena alargó su mano para que Arqueánax se la besara.

-Ha sido muy agradable verte, primo. ¿Cuándo zarpas?

-Me temo que mañana.

-¡Ah! Asegúrate de saludar de mi parte a tu... comandante. -Frunció sus labios momentáneamente-. Y mis felicitaciones.

Arqueánax cogió su bastón y se marchó cojeando tras el esclavo. Las dos mujeres le vieron partir. Tuvo que ser una salida singularmente incómoda.

Cuando se hubo marchado, mi madre, todavía furiosa, saltó:

-Periandro, claro.

-Podría ser peor.

-Ese hombre es horrible, un mercader...

-Por si lo has olvidado, esto es en gran parte una disputa comercial..., a pesar de la tumba de Aquiles.

-El dinero no lo es todo -contestó mi madre.

-Claro que no, cuando lo tienes.

Las dos mujeres se miraron una a otra.

-Además -añadió mi madre, recuperándose-, no puedes esperar Justicia de una persona sin ningún tipo de moralidad

ni de principios.

--Cómo? -exclamó tía Helena.

-Sabes perfectamente lo que quiero decir -dijo mi madre y su voz tenía de nuevo esa desagradable vehemencia siseante-. El y su madre...

--Estabas en la cama con ellos? -preguntó tía Helena desdenosamente-. ¿Por qué será que la gente está dispuesta a creer cualquier chisme siempre que esté relacionado con sexo?

-Quizá tengan una buena razón.

-Quizá. No me importa mucho Periandro; pero mi principal objeción hacia él, ya que hablamos de principios morales, es su temperamento díscolo. Un hombre que es capaz de pegar a su esposa hasta causarle un parto prematuro (un parto prematuro que posteriormente la conduce a la muerte) y todo debido a una estúpida historia que le había contado una concubina, no puede considerarse un hombre de carácter. No obstante, veo que esta no es tu primera objeción.

Di un grito sofocado. Tía Helena se giró y me vio. Era extraordinario lo rápido que podía cambiar su humor. Sonrió con verdadero afecto y dijo:

-;Oh, querida, qué aburridas deben haber sido para ti todas estas tonterías! ¿Podrías bajar a la cocina y decirles que ya estamos listas para la cena?

Asentí, incapaz de pronunciar palabra, agradecida de poder escapar. Mi madre no dijo nada. Nunca volvió a referirse a este episodio y no hizo ninguna objeción a que tía Helena me diera órdenes (algo que normalmente habría provocado una disputa de primera clase). Empecé a preguntarme si sabía algo de ella, si había estado viviendo toda mi vida con una extraña peligrosa, inescrutable, preparada para atacarme cuando yo fuera más vulnerable, inspirando mi confianza solamente para traicionarla.

La última carta que me envió Pitaco desde Tróade antes de su regreso a casa era un poco más larga que las demás. Escribía así:

90 91

Hemos tenido la oportunidad de observar un tirano de cerca. Esto es instructivo, pero un poco intimidante cuando da la casualidad de que él te está juzgando. Sin embargo, nuestro espécimen en particular tenía un doloroso forúnculo en la nariz, lo que indicaba que no era inmune a los males del resto de los mortales. También era un pesado, me temo, como la mayoría de los hombres de negocios que creen que deberían hablar de arte para demostrar lo abiertos que son.

Probablemente habrás oído historias sobre ese ogro que se llama Periandro, pero a este respecto nos decepcionó a todos. No comía niños antes del desayuno (de hecho, tiene unas digestiones bastante pesadas para un tirano) y obviamente estaba ansioso por no ofender a ninguna de las partes de la disputa. Como sus consejeros comerciales se pasaron prácticamente todo el tiempo negociando provechosos acuerdos con nosotros y con los atenienses, con bastante imparcialidad, comprendo sus razones. Entre nosotros, los admiro mucho. Así que el

año que viene veremos muchos más mercaderes corintios atracando en Mitilene. Esto nos hará mticho más bien que jugar a soldados, que resulta un juego caro y no tan divertido como pretende la gente.

En todo caso, el veredicto de Periandro, cuando se decidió, fue una especie de broma, aunque poca gente aparte del propio Periandro lo apreció. Se reunieron ambos ejércitos, como una manada de escolares traviesos ante su director, para oírle pronunciar la sentencia, cosa que hizo desde un pequeño pabellón bastante vulgar traído especialmente para la ocasión y dispuesto a medio camino entre nosotros y los atenienses. Alargó el acto tanto como pudo, con mucho preámbulo introductorio y toques de trompetas: no me extraña, porque su decisión, cuando finalmente llegó a ella, fue que ambas partes deberían conservar lo que poseían en aquel momento. Habiéndose liberado de la carga de esta perogrullada «radamantina~», él y su comedimiento se retiraron. Fue una sabia precaución el dejarnos para que ultimáramos los detalles nosotros mismos.

Ninguna de las partes ha salido muy favorecida, aunque sería injusto acusar a Periandro de haber sido parcial en su juicio. Atenas ha conseguido un puesto estratégico caro, del que, teniendo en cuenta que cada uno tira por su lado, pocas ventajas puede esperarse. Nosotros, por otra parte, tendremos que establecer una guarnición permanente para asegurarnos de que los atenienses siguen detrás de la nueva línea fronteriza. El principal beneficiario, claro está, es el propio Periandro: se ha asegurado algunos acuerdos comerciales muy rentables y ha dejado dos rivales problemáticos vigilándose uno a otro en lugar de competir con él por los mercados de jonia. El arbitraje es obviamente un negocio provechoso. Creo que algún día me dedicaré a ello. Quiron.

A continuación había garabateado una posdata característica suya:

Esta es la última de estas cartas. Espero que no las hayas encontrado demasiado aburridas o incomprensibles. Una chica de doce años, lo sé, tiene cosas más importantes en las que pensar. Trátalas como lecciones, si quieres: al fin y al cabo, todas las lecciones son pesadas, e incluso Quirón no puede esperar evitar lo insulso a veces. Pero recuerda, querida, que hay muchas cosas en la vida que Homero (por la razón que fuera) encontró apropiado ignorar. Cuanto antes te des cuenta de ello -me imagino que por ahora no quieres- más feliz serás a la larga. Algunas personas pasan por la vida sin admitirlo nunca, lo que no es, por lo general, una buena receta para la felicidad. En cualquier caso, me ha gustado escribirte: es agradable tener por lo menos a alguien en quien poder confiar que nunca malinterpretará los motivos de uno.

Así que el ejército zarpó rumbo al hogar, mientras el calor del verano se iba templando ante el otoño; y Pitaco fue ada-

mado por las calles (con una apariencia tímida, me acuerdo) y luego se celebró un magnífico banquete en su honor en el Ayuntamiento~ en el que se emborrachó espléndidamente. Al día siguiente, el Consejo (cuyos miembros no habían olvidado sus ásperos despachos) le nombró Presidente de la Junta de Comercio, un trabajo que la mayor parte de la gente menospreciaba y que, por tanto, recaía, las más de las veces, sobre nulidades impopulares.

Pitaco no pareció molesto en modo alguno por el desaire que esto suponía; incluso, en su estilo impulsivo, llegó a declarar que no había otro cargo que hubiera preferido ocupar. Al principio~ esta afirmación causó no pocas conversaciones maliciosas y desdeñosas a su costa. Pero muy pronto, caminando con energía verdaderamente hercúlea hacia los establos de Augias de las finanzas públicas, la broma cesó: se hizo evidente -incluso para el crítico más hostil- que Pitaco había hablado muy en serio.

No recuerdo ninguna época de mi vida en la que no estuviera familiarizada con la idea de la muerte. Incluso de niña, en Fresno, los gritos de las lamentaciones, las antorchas funerarias humeantes, las caras arrugadas o, peor todavía, arañadas por el dolor, formaron un elemento familiar en mi mundo limitado. Un buey hinchado yacía muerto en una zanja, milanos y buitres agitándose a su alrededor; el hedor penetrante y dulzón de la corrupción revolvió mi estómago, pero no sentí miedo, y mucho menos sorpresa, quizá porque yo misma estaba tan intensamente viva. No podía concebir la muerte como algo que tuviera alguna relevancia para mí personalmente: andaba entre los mortales con un dios inmortal, inmune y curioso.

Quizá por ello la muerte de aquellas personas cercanas a mí -incluso la de mi propio padre- siempre me afectó menos profundamente de lo que yo esperaba. A los nueve años, los niños, dicen, son inconsolables: cada pérdida es una especie de muerte. No fue así para mí. Durante nuestro tercer invierno en Mitilene, mi pequeño hermano Furigio, que siempre había sido un niño enfermizo, cogió una tos pertinaz, que le

pasó al pecho y, sin quejarse siquiera, en menos de un mes murió. Acababa de cumplir los cinco años; de hecho, celebramos su cumpleaños en la cabecera de su cama. Mi madre y yo fuimos elogiadas por la valerosa manera con que soportamos nuestra pérdida; la verdad es que no sentí casi nada (cosa que me dejó perpleja) y estoy convencida de que a mi madre le sucedió otro tanto.

Esto no quiere decir que sea, o fuera entonces, insensible al sufrimiento. Pero no puedo, excepto de la manera más superficial~ sentir una pérdida donde no he conocido amor. Un enemigo llamaría a esto otra prueba de mi egocentrismo absorbente: yo lo considero simple honestidad. No puedes lamentar la ausencia de lo que nunca conociste; lo máximo que puedes sentir es un pesar generalizado por lo pasajero de la vida humana. Quizá debería haber amado a mi hermano, pero la verdad es que apenas le conocía. Cuando presenté mis últimos respetos a ese pequeño ataúd abierto, la cara de cera que besé hubiera podido ser una máscara. La muerte de un niño es siempre intrínsecamente conmovedora y hasta ahí sentí pena: pérdida personal, no hubo ninguna.

Curiosamente, me trastornó más (por un cúmulo de razones que ahora veo) la muerte repentina de tío Eurigio, ocu-

rrida dos o tres meses después de que Pitaco regresara de Tróade. Raramente pensaba en él; ninguno de nosotros lo hacía. Era un fantasma alto, que arrastraba los pies, en la periferia de nuestras vidas, remoto y abstraído, un tema para chistes fáciles, no obstante -de algún modo- era también un poco aterrador. Cualquiera que manoseara tan continuamente los asuntos divinos tenía que adquirir una pátina de los mismos misterios sagrados. Siempre podía sentir cuando se acercaba tío Eurigio, por muy silenciosas que fueran sus pisadas, siempre notaba un ligero escozor en el cuero cabelludo. A veces intentaba imaginarme el mundo como él lo veía: un sitio oscuro, amenazador, peligroso, lleno de trampas invisibles y poderes destructivos tanto mas horrendos cuanto más arbitrarios.

No obstante, para el observador accidental, su muerte, al igual que su vida, debió de parecer un asunto vagamente cómi-

94 95

co. Últimamente le había dado por las hierbas mágicas: la casa estaba llena de raíces de aspecto repugnante (y a menudo de olor repugnante) que nadie podía tocar, y había siempre dos o tres mujerucas infames rondando por la puerta de atrás, murmurando, cosa que alarmaba a los chicos de las cocinas, que eran casi tan supersticiosos como el propio tío Eurigio. Una de estas desagradables brujas le persuadió para que realizara una expedición a las colinas a media noche cuando hubiera luna llena -había una raíz especial que sólo podía ser extraída cuando se verificaban varias condiciones poco probables-, pero fue lo suficientemente poco reflexivo como para escoger la época más lluviosa de otoño. Tío Eurigio se quedó calado hasta los huesos, no consiguió encontrar su raíz y murió de congestión pulmonar cinco días más tarde.

Para completo asombro mio, me hallé llorando a lágrima viva en su funeral. Quizá me sintiera triste por tía Helena; quizá supiera, instintivamente, el discreto amortiguador que él había hecho entre ella y mi madre; quizá estuviera en esa edad difícil en la que las lágrimas saltan con facilidad y a menudo sin ninguna razón aparente. Entonces, sorprendí a mi madre observándome de una manera muy extraña, su cara era una mezcla de repugnancia y especulación libidinosa. Esto me obligó a recomponerme a una velocidad extraordinaria; pero no antes de que mi primo Agenor, que siempre aparentó ser mucho mayor y más protector de lo que sus años podían ofrecer -creo que por entonces tenía catorce-, pusiera un brazo reconfortante alrededor de mis hombros, y me ofreciera un pañuelo limpio, y creara un cálido rincón en la desolación que se abatía como un invierno sobre mi corazón.

Estábamos de pie, formando un grupo incómodo, alrededor del féretro, los altos cirios vacilando detrás de nosotros, sin saber qué decirnos. Tío Dracón estaba allí, tan parecido, pero incluso más alto que tía Helena, con una tendencia a mirar por debajo de la nariz como una garza real clueca. Tía jante, rolliza, pero de natural dulce, estaba a su lado, con la pequeña Irana, e Ión, moreno, de once años, al que nunca hasta entonces había conocido, y Gorgo. Gorgo tenía ahora trece años, su pelo rojo lúctroso y brillante como el de su madre, su cara sutilmente transformada en el último año, de una cara boba de nariz chata a una cara suave, una cara delicada, animada de una secreta viveza. Pensaba en ella y en Drom, y un frío intenso

se apoderó de mi interior: yo era pequeña, morena, corriente. Sin chispa de entusiasmo, lejos, por tanto, de su extraordinario brillo. Cerré los ojos con tristeza. Nada podrá volver a ser lo mismo, pensé. Y entonces una voz en mi cabeza, inesperadamente, dijo:

-¿Pero quieres que lo vuelva a ser?

-Sí -susurré-. Sí.

-De veras?

-Sí. Creo que sí.

--De veras~

-No lo sé. Tengo miedo...

--De la muerte?

-No. Nunca.

--De la vida, entonces?

-Quizá.

--De ti misma~

-Siempre.

-¿Por qué?

-No lo sé...

-¿Quieres quedarte como estás?

-Sí, sí, por favor, sí...

-¿Para siempre?

-Sí.

Volví a abrir los ojos y vi a tía Helena mirándome fijamente con ojos penetrantes. Por un momento sentí, con un pinchazo de terror irracional, que la voz secreta de mi cabeza era la suya, que ella era una parte de mí, que me poseía. Luego todo pasó, pero sus ojos todavía seguían mirándome: me pareció que me volvía ingrátida, que giraba en el brillo de las llamas de las velas, un centro quieto, luminoso, mientras las palabras, a las que nadie había invitado, corrían por mi cabeza.

El pavor de la primavera. La belleza hiere. La luz hiere. La luz después de la oscuridad. Saliendo a trompicones de la

96

97

cueva como Perséfone, hacia capullos reventones y espigas verdes en los surcos y una marea de deseo en la sangre. Un rostro extraño mirando desde el espejo, un cuerpo convertido de pronto en un desconocido. El usurpador, el extranjero. Al que y no te puedes oponer.

Un rostro. Tú misma.

Quizá el resultado más inesperado de la muerte de tío Eurigio fue el cambio que se produjo en tía Helena: un cambio que, directa, o indirectamente, afectó a cada miembro de la casa. Es difícil para mí, al haber estado tan íntimamente implicada en esto, explicar cómo, y por qué, sucedió. Mi madre, con su habitual energía racional, declaró que tía Helena estaba sufriendo un pasajero fervor religioso; y añadió con brusquedad que por lo menos había escogido un objeto apropiado para su devoción. Como la mayoría de las afirmaciones de mi madre, ésta contenía la verdad suficiente como para enmascarar su obstinación y superficialidad básica: le dejaba a una con la intran-

quila sospecha de que podía, al fin y al cabo, tener razón.

Al principio, tía Helena permaneció muy callada y reservada; parecía casi como si su personalidad se hubiera esfumado y ella se hubiera quedado en una simple cáscara animada. Pasaba mucho tiempo sola en su habitación. Raramente hablaba y, cuando lo hacía, era para resolver alguna cuestión necesaria relativa al funcionamiento de la casa. Sus ojos tenían una mirada dirigida a su interior, como si estuviera buscándose a sí misma: ¿por qué y para qué? Su hermano vino de visita un par de veces para ver si necesitaba algo y fue echado educadamente: curioso ver reducida esa magnífica garza real con tan poco esfuerzo. Los esclavos antes habían dirigido la casa más o menos y continuaron haciéndolo ahora, ignorando los enérgicos intentos de mi madre para reorganizarlos.

Mi madre estaba furiosa, pero no tenía autoridad: invirtió toda su considerable energía en nuestras lecciones, lo que muy

98

1.~

pronto nos condujo a todas a un estado de histeria; a todas, salvo a Andrómeda, que desconcertaba a mi madre al tratarla como si fuera el hazmerreír de todos, y a la gentil Mica, ahora con diez años, con el deseo de agradar, con su gran entendimiento, y que permanecía bastante tranquila cuando le chillaban.

Habíamos entrado en pleno invierno: la nieve albeaba el algarrobo, la oscuridad llegaba a primera hora de la tarde, los barcos estaban amarrados al puerto, y nosotras nos levantábamos, tarde y soñolientas, al amor de las brasas del brasero encendido la noche anterior. Leíamos a Homero y aprendíamos a tejer; y practicábamos una hora al día con la lira, bajo la dirección de un maestro de música lidio, pequeño y surcado de arrugas, que recorría todas las casas señoriales, y al que evidentemente le gustaba enseñar a niñas.

Agenor, Caraxo, Hermeas y ahora también Láríco (que acababa de cumplir siete años) iban a la escuela cada día, acompañados por el viejo Sosias, hijo de tina esclava de la casa de la familia de tía Helena, que había venido con ella a raíz de su matrimonio. Un viejo chiste era que Sosias aprendería a leer algún día. Estaba presente en todas las clases, con un ojo sobre sus protegidos y con el otro mirando pensativo la pizarra. Llevaba haciendo esto desde que tío Dracón era niño, sin ver menguar su entusiasmo, el alfabeto todavía era un misterio tan grande para él como el primer día.

Mi prima Meg y yo manteníamos una relación íntima pero difícil, interrumpida a intervalos irregulares por violentas tormentas emocionales que ninguna de las dos acababa de entender. Una y otra éramos unos años mayores que Telesipa, que se volvía medio loca de aburrimiento si la dejaban divertirse con sus propias cosas, y que invertía mucho tiempo e ingenuidad en hacer todo lo que estaba a su alcance para torturarnos. La casa estaba llena de diversiones de niñas, bofetadas, lágrimas y recriminaciones despectivas. A veces mi madre intervenía, muy arbitraria, e intentaba restaurar el orden, e, invariablemente, empeoraba las cosas. Sólo tía Helena, perdida en

su propio mundo de fantasías, parecía ajena a todas las tensiones domésticas y, de hecho, como si no existieran.

Un atardecer, a caballo entre el invierno y la primavera, apareció Pitaco, de improviso, pisando fuerte en el enlosado con una ráfaga de viento frío a sus espaldas, envuelto en su pesado abrigo tracio. Las colinas parecían cubiertas de una espuma de tempranas flores de almendro -y de manzano-, moteada con colores irisados por el viento, tan bellos y fugaces que casi no podía soportar mirarlos. Mi madre, aficionada de siempre a las excursiones, había salido después de la comida, arrastrando a Meg y a Telesipa con ella. Había tenido conmigo una acalorada discusión porque me negué terminantemente a acompañarla.

Alegué que tenía dolor de cabeza, lo cual era cierto. -Claro que lo tienes -observó mi madre-, si no vas más que alicaída por casa todo el día.

-Por favor, mamá. Me encuentro realmente mal.

¿Cómo explicarle que lo que encontraba insoportable era la idea de pasearme con ella entre los almendros, apoderándose de mi visión privada, convirtiéndola en sus propias expresiones prosaicas? Había pocas puertas que resistieran el empuje de mi madre, pocas habitaciones, por muy íntimas que fueran, que ella no explorara y achicara. Tenía un instinto que casi rozaba la genialidad, para desbaratar los sueños reduciéndolos a polvo; no obstante, si alguien hubiera sugerido esto seriamente en su presencia, se hubiera sentido herida más allá de lo soportable por considerarlo una malicia infundada. No era una hipócrita, lo que empeoraba las cosas: la mayoría de las veces tenía una fe conmovedora en sus propias opiniones.

Así que me obstiné y me enfadé, y mi madre se puso histérica y comenzó a echarme vituperios, pero ninguna de las dos cedió un ápice. Al final, dio un portazo al salir de casa con mis dos primas, dejándome en un estado de agotamiento tembloroso. Mi cabeza latía, mi estómago estaba revuelto, tenía un sabor agrio y metálico en la parte posterior de la boca. Me estiré en un triclinio y cerré los ojos. La casa estaba muy silenciosa. Los chicos no volverían de la escuela hasta dentro de dos horas; los esclavos estaban todos dormitando en sus cuartos en el ala izquierda de la casa, y tía Helena se había encerrado arri-

100 101

ba. Destellos de colores chillones -pensamientos violeta con las puntas doradas, venas escarlata desiguales, rayos de luz verdosa- bailaban bajo mis párpados. Me sentía como si fuera a vomitar en cualquier momento.

Fue entonces cuando apareció Pitaco: di un salto de sorpresa al verle entrar.

-No -respondió, leyéndome el pensamiento-, no he molestado al portero. -Hizo girar una llave alrededor de un dedo y continuó:- El portillo del jardín es mucho menos público que la puerta principal, ¿no estás de acuerdo?

Asentí, sin atreverme a hablar. Su cara se había ruborizado intensamente y había una curiosa precisión artificial en su voz: me hizo pensar, sin ningún motivo aparente, en un hombre decidiendo su camino en un pantano, de montecillo a montecillo. Había engordado mucho desde la última vez que lo vi; aunque se paseaba tan bien como siempre sobre aquellas piernas, gruesas y ligeramente arqueadas, tenía los signos infundibles de una barriga incipiente, mientras que su pelo y

su barba se estaban volviendo grises rápidamente.

--Esíá tu tía arriba? -preguntó.

-Si.

Iba a añadir algo más, pero cambió de parecer. Se mantuvo allí de pie, mirándome fijamente de un modo que me hizo sentir completamente incómoda, con la llave del jardín balanceándose todavía en uno de sus dedos. Entonces se giró y subió las escaleras con pisadas fuertes: oí sus pasos decididos hasta la habitación de tía Helena, y el ruido de la puerta al abrirse y cerrarse de nuevo, y un intercambio de voces débil, agudo, sordo. Reinó el silencio durante unos instantes. Noté el martilleo de mi corazón y cuando me toqué la frente, estaba húmeda de un sudor frío. Me quedé de pie al lado del triclinio, esperando.

Entonces, de pronto, las voces estallaron de nuevo, con un inequívoco tono de enfado; la puerta se cerró de golpe y Pitaco bajó las escaleras, refunfuñando para sus adentros. Se detuvo cuando me vio, y se quedó allí, con aspecto muy ofendido y enojado. Un mechón de pelo le caía por la frente y una viva señal roja surcaba una de sus mejillas. Me sonrió con bastante timidez. Por primera vez me di cuenta de que sus pies no le sostenían.

-Bien -dijo y avanzó un par de pasos hacia mí. Mi garganta estaba seca, estaba paralizada-. Tu tía es una mujer muy terca, querida Safo. -Frunció el ceño y sacudió la cabeza-. No lo entiendo. Poco amable. -Su pronunciación confusa era ahora inconfundible; lo que hubiera ocurrido arriba había agotado claramente sus últimas reservas de autocontrol.

No abrí la boca, siempre pendiente de sus ojos ardientes que me observaban.

-Tú eres amable, ¿verdad? -dijo, y dio otro paso. Nunca le había oído ese tono de voz tan particular. Ahora estaba lo suficientemente cerca de mí para que pudiera notar el olor de vino en su aliento. Entonces, con una especie de sollozo, alargó sus manos grandes, morenas, llenas de cicatrices y las puso sobre mis pechos.

Un estremecimiento frío, un estremecimiento horrible, mezcla de repugnancia y excitación, me recorrió el cuerpo. No me podía mover ni hablar: me había convertido en una cosa, en un objeto. Por un instante, sólo un instante, el tiempo se detuvo. Entonces esas manos exploradoras se alejaron de mis pechos, me agarraron con fuerza, me levantaron del suelo y me echaron al triclinio como a una muñeca de trapo. Su cara me recorría, ahora sin ningún rastro de ternura, enorme, barbuda, inimaginablemente aterradora, las pupilas dilatadas, el peso de su cuerpo oprimiéndome.

“ Ai! -exclamó, era un de animal y

gruñido acosado,

estampó sus labios gruesos y húmedos en mi boca. Abrí la boca, asqueada por su olor, por el calor, por la horrible baba de su saliva, y al hacerlo, su lengua se abrió paso dentro de mi boca, como un monstruo invasor en forma de pólipo, mientras que su mano avanzaba a tientas por mis muslos. Nunca podré olvidar ese instante, nunca podré hallar palabras para describir el grado de repulsa que me produjo.

Debí de morderle instintivamente, sin darme cuenta de lo que hacía. Le oí dar un grito, y luego lo vi de pie, enjugándose la sangre de la boca con el dorso de la mano, ahora bas-

tante sobrio, con una terrible expresión en el rostro. Mi estómago se contrajo como estrujado por un puño gigantesco: me volví hacia un lado y vomité en el suelo, con espasmos largos, angustiosos. Cuando por un levanté la vista, con los ojos arrasados en lágrimas como estrellas, se había ido. Oí el golpecito seco de la puerta del jardín. Después me volví a hundir en el triclinio, pálida, temblando, agotada, fría como la muerte.

Lo único que vi era la cara de mi madre, torcida la boca en ese rictus de aborrecimiento, como el de un loco; lo único que podía oír era el espantoso torrente siseante de sus palabras, el odio y el dolor, el horror y la pesadilla. Aprenderás, había dicho ella, y ahora había aprendido, mis ilusiones y mi confianza se habían roto como finos fragmentos de loza sobre la superficie granítica de la realidad.

Llegada a este punto, me dormí: y todavía no me había despertado cuando mi madre y mis primas volvieron de su paseo. Con gran alborozo me pusieron en la cama y me dieron una infusión de hierbas: mi madre siempre disfrutaba cuando había una crisis. Durante los días siguientes -estimulada, quizá, por mi docilidad inesperada- se la oyó felicitándose, a intervalos frecuentes, de haber tenido el buen juicio de no dejarme salir de casa aquella tarde.

-La niña mostraba claros síntomas de algo -decía ella-. Después de todo, es mi hija. Si yo no la conozco, ¿quién la va a conocer?

Es fácil -demasiado fácil- decir a propósito de un acontecimiento: «Si esto no hubiera ocurrido, mi vida habría tomado un rumbo distinto». No obstante, me siento tentada a afirmarlo cuando recuerdo aquella tarde fatal. Si no me hubiera enemistado, en esas particulares circunstancias, con un hombre que me comprendía y podía ayudarme a un mismo tiempo; si yo, en una reacción de autoprotección, no me hubiera enfrentado violentamente a mi madre, no sólo sobre las relaciones humanas, sino sobre cualquier aspecto de la vida; si yo, en consecuencia, no me hubiera metido profunda y activamente en política, en contra de mis inclinaciones naturales; si Mirsilo no hubiera regresado del exilio y no se hubiera hecho con el poder en el preciso instante en que lo hizo; si mi madre hubiera podido aceptar el amor que yo le ofrecía; si tía Helena, por primera vez en su vida, no hubiera perdido el control de sus emociones; si Andrómeda no hubiera sido la hija de su padre; sí, sí, sí...

Esto no tiene sentido. Me estoy pojiendo seidimental. Mi tarea es coger estas piezas rotas y ver cómo se pegan, pero no lamentarme. Nunca he tenido paciencia con la autocompasión de los demás y no tengo ninguna intención de permitirle a mí. Además, ¿por qué debería hacerlo? Mucha gente me envidiaría mi vida. Incluso ahora. He tenido riqueza y el gusto de disfrutarla. Se me ha concedido el don divino del cantar. He amado y he sido amada. El dolor es un estallido natural de la vida: sólo el niño pide felicidad ininterrumpida. Pero la niña en mí, lo sé, es todavía fuerte.

Está oscureciendo. Talia vendrá pronto a encender las lámparas, su pelo trenzado delicadamente alrededor de su bella y esbelta cabeza, su cuerpo pidiendo amor, de tal modo que cada una de sus partes parece un canto cuando ella se mueve. Sin embargo, Talia es una esclava. ¿Qué es entonces la esclavitud? ¿Y qué es la libertad? ¿Cuál de las dos puede verdaderamente ser considerada libre?

Ahora hace va una semana que casi no he salido de esta

habitación. La realidad retrocede hacia el pasado y yo la sigo.
¿Por qué tendría que soñar con Sicilia?

Quizá la visita de Pitaco también la conmocionara a ella de algún modo; quizá ella tuviera alguna idea de lo que había pasado entre nosotros abajo después; pero por la razón que fuera, tía Helena salió de pronto de su estado de semitrance, casi como si nada hubiera ocurrido. Casi, pero no exactamente. Tenía un curioso brillo que le salía de dentro, algo indescriptible pero sin lugar a dudas estaba allí: incluso mi madre lo vio. Tía Helena vino a mi habitación al día siguiente y nos sonreímos y estuvimos sentadas un rato sin decir nada. Yo estaba todavía asustada y apática: pero tengo un temperamento con uñ poder de

104 1(15)

recuperación natural y el primer horror ya estaba empezando a desvanecerse.

Me miró con esos grandes y dorados ojos suyos y puso una mano sobre la mía. Era alta, elegante y bella y olía como un jardín en primavera. Sentí el súbito ímpetu de su afecto, y algo más, algo instintivo y físico.

Prosiguió, como si continuara una conversación empezada hacía mucho y en otro lugar:

-Hacerse mayor es algo muy duro, querida. Especialmente para alguien como tu.

-¿Por qué como yo?

-Porque puedes ver lo que hay que temer.

Nos miramos. Asentí. Tía Helena sonrió con esa sonrisa suya profunda, bonita, que parecía iluminar toda su cara. Dijo:

-Todo poder es divino, Safo: y el poder de crear es la esencia primera de la divinidad. Aquellos que forman parte, no importa cuán humildemente, de la divinidad, establecen un mundo a partir del caos. ¿Lo entiendes?

-Si -respondí-. Las palabras no. Pero lo entiendo.

-La creación toma muchas formas -explicó con dulzura tía Helena-. Tendríamos que respetarías todas. Crear, crear verdaderamente, no es cosa fácil. -Me miró-. Significa esfuerzo y sufrimiento. Significa vaciar el ser. Significa rendición y amor.

Amor? -Di un respingo. La mano de tía Helena apretó dulcemente la mía.

-Si, amor. Tienes razón, hay algo terrible en el amor y hacemos bien en tenerle un temor reverencial. Pero lo rehúsamos a pesar nuestro. Es la fuerza que mantiene nuestro mundo multilateral unido: estrellas, semillas, la vida hormigueante del océano y del bosque. Si lo rechazamos, nos rechazamos a nosotros mismos, no somos nada. Afrodita es una diosa cruel; todas las verdaderas deidades son crueles según criterios mortales y cuestionamos su divinidad al pretender lo contrario.

-Es inútil -susurré. Sacudí la cabeza, silenciosa, desesperadamente-. No puedo. No puedo.

-Afrodita tiene muchos estados de ánimo y muchos rostros -comentó tía Helena-. Se abusa de sus dones, como de todos los dones. -Momentáneamente, nuestros ojos se cruzaron en una especie de comprensión sin tapujos-. Debes tener confianza, Safo. Sean cuales sean las apariencias, siempre debes tener confianza.

-¿Confianza? ¿En qué?

Vaciló un instante antes de responder. Lo que me contestó me sorprendió más que cualquier otra cosa.

-En la protección divina. Creo, ¿cómo podría decir esto, querida?~ que posees, sin saberlo, el precioso don que todo profeta, sacerdote y poeta comparte hasta cierto punto: estás un poco más cerca de los dioses que otros mortales. Hablan a través de ti, o hablarán, cuando el momento sea propicio; y a cambio tendrás la comunión con ellos y su protección.

Me encogí un poco bajo las sábanas: era como si un dedo fantasmal se hubiera alargado para dejar su marca indeleble en mi frente.

-¿Por qué yo? -susurré-. ¿Por qué yo? ¿Por qué no pueden dejarme tranquila? Eso es todo lo que podré desear.

-Te darás cuenta, con el transcurso del tiempo, de que este saber crea su propia soledad.

Reinó un breve silencio. Cuando tía Helena volvió a hablar, fue con su voz habitual de cada día: se me pasó por la cabeza la idea alarmante de que ella podía haber estado en una especie de éxtasis.

-Bueno, no debo quedarme aquí sentada hablando todo el día, querida; necesitas reposo y silencio.

-Ahora me encuentro mucho mejor -me oí decir a mí misma; y constaté, con gran sorpresa por mi parte, que era cierto.

De lo que ninguna de nosotras, creo yo, se había dado cuenta era de cómo tío Eurigio, a la chita callando, había eclipsado a tía Helena durante toda su vida. Sin duda alguna, hubiéramos ridiculizado esta idea porque, según todos los indicios, era ella la que mandaba. Pero tras su muerte, y una vez hubo termi-

106

107

nado con su misterioso periodo de retiro, tía Helena se rejuveneció, no la~ ninguna otra palabra para calificarlo. No perdió tiempo en borrar todas las huellas de las costumbres más curiosas de su marido: al día siguiente de nuestra discusión en el piso de aruba, recorrió toda la casa en una especie de fervor purificador, como Ulises después de la matanza de los pretendientes. A pesar de las protestas de mi madre (cuando tenía a alguien en la cama, le gustaba que se quedara donde estaba) me levanté pura ver la diversión.

A los adios, a las viejas y a los desaliñados sacerdotes orientales que rondaban siempre como moscardones por el patio trasero me puso de patitas en la calle. Tía Helena encendió una hoguera con las guirnaldas secas y los manuales de sueños, las cartas astrales, las raíces y hierbas malolientes, toda la basura conjuradora acumulada durante varias décadas. Botellas cubiertas demiarañas, llenas de líquidos de aspecto sospechoso fueron hechas pedazos o vaciadas por el desagüe. Durante varios días la casa fue prácticamente inhabitable: cada esclava estaba ocupada en rascar, lavar y limpiar. El olor a azufre se hizo insostenible~

Hasta aquí, mi madre estuvo encantada de dar su aprobación; obviamente ella había estado rabiando por hacer lo mismo. No se ocurrió (conociendo su carácter, me hubiera extrañado lo contrario) que la repugnancia de tía Helena por

el artificio de la siupeescición estaba basada, no en el sentido común racireal, sino en un profundo y genuino instinto religioso. Una idea tal la habría sorprendido por ser paradójica o, peor aún, simplemente frívola. Hacia frente a muchas de las realidades más insolubles del mundo de esta manera.

Además, tía Helena llevaba una vida sexual irregular; y según el pum de vista de mi madre, quienquiera que hiciera esto no podía tener una actitud apropiada para con los dioses. Cómo logró llegar a una conclusión así es algo que ignoro por comflero. pero (como suele ocurrir con aquellos que proclaman su confianza en la razón pura) el funcionamiento de su cerebro estaba en gran parte condicionado por sus emociones.

La fe religiosa y la visible pauta ritual con la que esa fe se revisite, han tenido un papel tan omnipresente en mi vida que, a veces, se me hace difícil recordar cuánto tardé en comprenderlas. De niña, estuve siempre vestida adecuadamente para las festividades, pero nadie me explicó lo que éstas significaban; sabía algo acerca de los dioses, pero sólo someramente que sus nombres y solemnidades me fueron familiares a lo largo de mi infancia. La actitud de mi padre hacia lo divino puedo sólo intuiría; la de mi madre era de una respetuosa indiferencia. Cuiruplía socialmente (para ser una persona tan independiente, era curioso lo sensible que era a la opinión pública), pero nunca fue más allá; por lo que respecta al campo de experiencias religiosas, a nivel personal, se mostraba satisfecha con dejarlo inexplorado.

Cuando tía Helena me llevó, sin preguntarme ni explicarme nada, al pequeño y viejo templo de Afrodita que se erigía en un espolón de la cinudadela, frente al Egeo, me retrasé en el patio de entrada, con el corazón palpitando, tan asustada que casi no me sostenía en pie. Esperó, tranqtuila y paciente, sonriendo bajo su velo de viuda. Era un bello día de primavera; soplabla una brisa del continente que azotaba la rizada agua de cobalto y la moteaba de blanco, el sol hería con un calor inesperado, quemando mi mejilla. Todo resplandecía, todo brillaba, todo estaba intensamente vivo. Pensé: «¿pero de qué estoy asustada?». Antes de que cambiara de humor, anuncié a tía Helena:

-Muy bien. Estoy lista. -Entramos las dos.

Dentro, a la sombra, se estaba fresco y reinaba el silencio. Aquí y allá penetraba un rayo de luz como saeta inclinada entre columnas. Las velas titilaban: yo olía el incienso y el tenue y dulce aroma de la sangre fresca. Los muros estaban cubiertos de pinturas: miré la que tenía más cerca de mí y vi a Afrodita levantándose de su concha nacida de la espuma, el cabello dorado, virginal, inmortal. En el gran altar central, el sacrificio había concluido: dos chicas que hacían de acólitos, con túnicas blancas, estaban al lado, con la cabeza gacha, mientras la sacerdotisa recitaba la letanía final, con voz aguda, pura y remota como

108 a 09

la de un chiquillo. Las palabras me eran familiares, y sin embargo era como si nunca hasta ese momento las hubiera oído: cantaban a través de mí, iluminándome y transfigurándome:

Reina del cielo,
Virgen y Madre,
Lucero del alba,
Nacida de la espuma,
Madre de las estaciones,
Adorada y adoradora.

Sagrada entre lo sagrado,
Señora de la luz...

-¿Qué tengo que hacer? -susurre.

-Escucha. Reza. Espera.

Me arrodillé allí, mis ojos sobre la gran imagen de la diosa entronizada. Parecía flotar en el aire sobre el altar, divina, majestuosa, verdaderamente como Reina del Cielo. Yo miraba fijamente, hechizada, la mata de pelo rizado que le caía bajo su corona de flores, la túnica blanca de hilo con su complejo dobladillo entretejido y su dibujo de estrellas doradas. Los ojos de la diosa parecían mirar directamente los míos: una sonrisa dulce, divertida, enigmática, se esbozaba en sus labios.

Luego la sacerdotisa empezó una larga oración; de nuevo, sin previo aviso, experimenté aquella extraña sensación de ingravidez y liberación. Me pareció que flotaba hacia arriba, hacia arriba, a través del aire ligero, claro y deslumbrante, hasta que al fin me quedé suspendida, serena, en el espacio inmenso: miré hacia abajo y debajo de mí: el mundo de los hombres era multicolor, confuso, espléndido. A lo lejos, como olas en un puerto remoto de ensueño, se elevaba la voz de la sacerdotisa: «Los dioses debajo y encima de la tierra reconocen tu soberano poder. Es tu mano, Señora, la que pone a las estrellas en su curso y da luz al sol y a la luna. A petición tuya, la primavera regresa tras el invierno; por tu poder universal soplan los vientos, las semillas germinan, los capullos se abren, el trigo es abundante en el surco, la uva cuelga jugosa de la parra.

I

Tú unes a pájaros y bestias en la búsqueda de su especie común; es tu poderosa divinidad la que enciende la chispa de la pasión en todos los seres vivos del mundo entero, la que decreta dónde y cuándo debe caer la chispa. ¡Oh, nacida en Chipre, Niña de la Espuma Marina, Señora de las Bestias, Paffá, Estrella Vespertina, Hija del Cielo, inmortal Afrodita..A».

La voz se apagó: había un extraño silencio sonoro en mis oídos. Parecía que la diosa brillara cada vez más, envuelta en un halo de un resplandor frío y misterioso, como el de la luna llena. ¿Se habían movido aquellos labios? Mi nombre, oí mi propio nombre, pronunciado suavemente, con ternura, varias veces: como una madre fiel llama a su hija favorita, pero traxiosa. «Estoy aquí -musité-, estoy aquí», y las lágrimas brotaron de mis ojos, y el temor frío de mi corazón se derritió. Incliné la cabeza reverente: las palabras cantaban por mi mente jubilosa como bandadas de brillantes pájaros migratorios, volando hacia el sur bajo la luz del sol, sobre promontorios verdes y el brillo azul del mar.

Cuando, por fin, levanté la vista, todo estaba en silencio y en calma: la sacerdotisa y los acólitos habían desaparecido. La llama sagrada ardía aún en el altar mayor; la diosa todavía me miraba desde lo alto con su sonrisa reservada, enigmática. Pero ahora veía, con claridad, que esto era sólo una imagen de madera y cera diestramente pintada, vestida, con peluca, adornada con joyas. La visión y el resplandor habían desaparecido, como si nunca hubieran existido. Las velas despedían una luz tenue, dos mujeres de mediana edad rezaban en silencio ante un altar lateral. El hombre viejo que vendía el incienso y las estampas y los pequeños exvotos se había dormido en su puesto.

Supe, entonces, que la diosa se me había aparecido; que se había encarnado en la imagen que los hombres habían hecho para recibirla y me había llamado por mi nombre a su servicio.

Las palabras, las luminosas palabras, aún sonaban en mi cabeza, en embriagadoras formas y ritmos. ¿Cómo servirla? ¿Cómo darle las gracias? ¿Cómo, sino utilizando el don que ella había liberado en mi persona? El sacramento de la poesía, la dulce ago-

110 aai

nia de la creación. Palabras aladas, las había llamado Homero, y hasta ahora la frase no había significado nada para mí: pero ahora, ahora sí lo veía, lo sabía, el crecimiento iridiscente, la belleza serena del vencejo. La inspiración, me habían dicho, era una fuente, una fuente fría, clara, que brota guardada por las Musas: pero ahora esa fuente manaba en mi propio corazón, transformada en un torrente. Todo nuevo, todo cambiado, las puertas de mi fuente abiertas a un país extraño, inimaginable.

Luego también este júbilo se sosegó, dejando tan sólo una profunda y constante sensación de placer en el corazón de mi ser. «Todas las cosas son posibles -pensé perpleja-, no estoy asustada. No tengo que estar asustada nunca más.» Parpadeé, sonriendo: el unundo de la tarde, el aquí y ahora de mi existencia física me envolvía con suavidad. Tía Helena me cogió del brazo y ambas salimos a la luz del sol.

Varios días más tarde, y sin ninguna referencia directa a lo que había ocurrido en el templo, tía Helena manifestó:

-Los dones de la diosa pueden ser peligrosos, Safo.

-¿Qué quieres decir? -Sentía curiosidad más que temor.

-Quiero decir -titubeé de nuevo- que has renunciado a una parte de tu ser interior, ahora y para siempre. Lo que has entregado ya no podrás rescatarlo jamás. O, si lo rescatas, será a un precio que no serías capaz de pagar y sobrevivir. Si vale la pena el sacrificio, sólo tú puedes decirlo.

-Valdrá la pena -afirmé, convencida y segura.

-Así lo espero, querida. Así lo espero.

He tardado casi cuarenta años en entender la magnitud total de aquellas palabras.

-Tía Helena, ¿en qué crees tú? -pregunté, sin saber exactamente por qué.

Frunció los labios en ese irónico gesto familiar suyo.

-Supervivencia -contestó y casi inesperadamente añadió-: Prométeme una cosa.

-Claro.

-Pase lo que pase, no me juzgues con demasiada dureza.

Intenta comprender.

-Lo prometo -dije, desconcertada-. ¿Pero qué?

-Lo has prometido-respondió ella-. Eso es suficiente.

Me di la vuelta en la cama perezosamente, todavía medio dormida, escuchando el griterío de la calle por la mañana temprano. Parecía extraordinariamente fuerte: caballos trapaleando de acá para allá; botas tachonadas rascando los guijarros; un confuso ruido de fuertes voces ansiosas; en algún lugar distante un toque de trompeta repetido varias veces. Era (casi inaudible como de costumbre) el pregonero de la ciudad haciendo una de sus interminables proclamas. Enterré mi cabeza en la almohada.

-Safo.

-Oh, vete, Meg.

-Está pasando algo, algo importante.

-No puedo evitarlo.

-Escucha.

Parpadeé hasta abrir los ojos. Meg estaba inclinada sobre

mí, su larga cabellera negra colgando despeinada alrededor de su cara, sus pechos planos, de niña, con los pálidos pezones expuestos en el interior de su ancho camisón. Me senté deprimida. Por la ladera de la colina, en algún sitio cerca del mercado, el pregonero aún seguía. Meg se acercó a la ventana y abrió los postigos.

por lo cual el llamado Consejo de Nobles queda disuelto por la presente, y queda declarada la ley marcial en la ciudad de Mitilene hasta que todos los rebeldes y enemigos del Estado hayan sido apresados. Y que mientras dure dicho estado de emergencia el dicho Mirsilo, Líder del Pueblo, ejercerá poderes plenipotenciarios, incluidos aquellos sobre vidas humanas, hasta que un Consejo Popular elegido tome posesión del cargo. Y además, por la presente queda declarada una amnistía a favor de aquellos que con palabras o hechos hayan apoyado al gobierno usurpador durante el exilio forzado e ilegal del dicho Mirsilo, con tal de que hagan una declaración pública, bajo juramento, de su lealtad a dicho Mirsilo y a los ministros que, en la ejecución legal de sus obligaciones, nombre para estar en el poder...

u 12 113

Esta última frase supuso un gran esfuerzo para los pulmones del heraldo, y se paró al final, presumiblemente para recuperar el aliento. Le pedí a Meg que cerrara los postigos: había una corriente de aire que atravesaba la habitación.

-Pero quiero oír el resto.

<.Aún no has oído suficiente? -le espeté. La violencia de mi propia reacción me sorprendió-. Estamos otra vez en el mismo punto que hace diez años. Gobierno de tenderos.

-Hablas igual que tu madre -dijo y soltó una risilla tonta.

-Bien, yo quiero ir y ver la diversión -anunció Telesipa, moviendo sus trenzas rubias que la hacían aparentar mucho más de doce años-. Cuando ocurre algo emocionante, lo único que sabéis hacer vosotras dos es estar sentadas y hablar. -Saltó de la cama, arreglándose los dedos de los pies-. ;Praxinoa! -chilló.

Recientemente, como un privilegio especial al crecer, nos habían dado una esclava para nosotras solas. Praxinoa era una chica de dieciocho años, seria, de apariencia flemática, una griega siciliana de algún pueblo de cerca de Siracusa, nacida en cautiverio y vendida por su amo cuando se arruinó. Todas (aunque habríamos muerto antes que admitirlo) le teníamos un poco de miedo. Cuando tienes catorce años, cuatro son una gran diferencia. Además, Praxinoa era de cuerpo esbelto y musculoso, abiertamente preocupada por su reacción a la vida. Le dieron la minúscula buhardilla del rincón que había sido nuestro cuarto trastero. La primera vez que entré allí -sin llamar: una no podía, por un motivo u otro, llamar a la puerta de un esclavo- la encontré de pie, desnuda, en una vieja bañera de asiento, echándose agua por encima. Sostenía el encoque de agua en equilibrio sobre un hombro: sus piernas estaban ligeramente separadas y unas gotas brillaban sobre sus pechos grandes y redondos.

La conmoción y el desconcierto me dejaron literalmente sin aliento: me quedé simplemente mirando. Sentí que me ardían las mejillas y fui consciente, al mismo tiempo, de una secreta excitación tan penetrante que casi me hería. Levantó

la vista, sonriente, sacudiéndose sus gruesos rizos, negros, un poco grasientos, de delante de los ojos, bastante indiferente. Entonces vio mi expresión y su cara también cambió. Salió rápidamente de la bañera, volviéndose al hacerlo, de manera que pude ver la gran anchura blanca de sus caderas y de sus nalgas. Cogió una toalla y se envolvió en ella.

Me retiré, angustiada, temblando, avergonzada. Ninguna de las dos se refirió al incidente de nuevo. A veces pensaba que ella lo había olvidado. Entonces, sorprendía sus ojos oscuros observándome, de un modo extraño, especulativo, y la confusión de mi incertidumbre volvía a empezar. Lo que ella sentía o pensaba, lo ignoraba por completo, y mi propia reacción la había arrinconado en la parte trasera de mi cerebro, rehusando afrontar sus implicaciones. Al recordarlo, puedo permitirme el lujo de divertirme a costa de mi propia inocencia; pero en aquel tiempo no fue nada divertido.

Ahora la observaba cautelosamente, mientras iba y venía según fueran los requerimientos de Telesipa, su cara, curiosamente limpia y recatada. Telesipa era todavía lo suficientemente joven como para disfrutar con la novedad de dar órdenes. Exigió agua caliente y un vestido limpio y horquillas, todo a un tiempo. Se quitó el camión y piruetó delante del espejo: nunca he conocido a nadie que gozara de una manera tan abierta y desvergonzada con su propio cuerpo. Riendo complacida, se estiró cada pezón con el pulgar y el índice hasta que se pusieron duros y firmes en sus pechos todavía de niña. Meg y yo intercambiamos una mirada, nos sonrojamos y apartamos la vista. Ambas éramos sumamente remilgadas por lo que se refería a exponernos en presencia de alguien: Telesipa nos preocupaba aún más, ahora lo veo, porque su falta de turbación desafiaba implícitamente nuestras propias convicciones.

Mientras Praxinoa estaba peinándole el cabello, Telesipa preguntó:

--¿Qué es todo esto de Mirsilo? ¿Matarán a alguien?
~Podemos ir a verlo?

-Estoy segura de no saberlo -respondió Praxinoa, manteniendo un ritmo firme y regular con el cepillo-. Tendrás que preguntarle a tu madre o a la señora Cleis sobre este tipo de

114 115

cosas. -Daba la sensación de estar un poco irritada: no podía imaginar el porqué.

Cuando llegamos abajo, nos encontramos a los chicos reunidos en un grupo inconsolable fuera del vestíbulo. El único contento era Lárico, que sonrió alegremente y dijo:

-Hoy no hay escuela, hoy no hay escuela.

-Cállate, pequeño monstruo -le soltó Hermeas.

Los ojos de Agenor se encontraron con los muos.

-Madre dice que no podemos salir a la calle. Puede que aún se esté luchando. Seguramente tenga razón.

-¿Por qué no podemos divertirnos un poco por una sola vez? -preguntó malhumorada Telesipa y meneó sus trenzas.

-Tienes un extraño concepto de la diversión, hermana -observó Agenor dulcemente.

-Eres aburrido y malo y te odio -dijo Telesipa y sacó la lengua.

Caraxo estaba callado en un rincón, con el ceño fruncido y mordiéndose las unas.

-¿Pero qué significa esto? -preguntó Meg a nadie en concreto.

Hubo un roce nervioso de faldas detrás de mí.

-Significa -contestó mi madre, con su mejor voz crispada- que aquellos a quienes les importa esta ciudad nuestra, tendrán que luchar, luchar, ¿lo entiendes?, para restablecer la libertad y la justicia y el gobierno de la ley. Puede llevarnos meses, incluso años. Pero lo hemos hecho una vez y podemos hacerlo de nuevo.

Ninguno de nosotros sabía exactamente qué había que responder a esto. Muera el ruido se había apagado: todo lo que podía oírse ahora era el grito sostenido de un vendedor de verduras ambulante que subía penosamente la colina. Ocurriera lo que ocurriera, la vida -y las verduras- tenía que continuar.

La poca diferencia (a pesar de todo lo que dijera mi madre) que este cambio de gobierno pareció causar fue extraña. Por algún motivo, esperaba que todo el mundo se paseara con caras largas, como si soportaran un peso intolerable; pero el mercado permanecía tan frecuentado y alegre como siempre, las tabernas y~ las tiendas mantenían un activo negocio, los mismos marineros bronceados y manchados de brea holgazaneaban por el muelle, guiñando el ojo a las chicas o intercambiando historias. Mirsilo no tenía aspecto de tirano: era un hombre de cabello cano, rostro aviejado, de estatura media y apariencia anodina, y lo peor que sus enemigos podían decir de él era que trabajaba demasiado: tantas horas interminables eran más propias de un esclavo o de un tendero que de un hombre de una familia razonablemente acomodada ocupado en asuntos de Estado.

Es una mañana abrasadora de verano: fuera, en los plátanos, las cigarras mantienen sus chirridos ininterrumpidos, bailarinas con castañuelas en miniatura. Estoy sentada a la sombra fresca del patio, abstraída, mientras las palabras se acumulan lentamente en mi cerebro, se engloban como resma de tronco cortado, se escriben. La soledad me envuelve. Es el día después de mi primer encuentro, curiosamente perturbador, con el joven poeta Alceo.

-No te molestes. -Es la voz de mi madre, detrás de mí; es capaz de andar más despacio que su sombra cuando quiere. Me giro con un sobresalto, asustada.

-Lo siento, mamá, no sabía... -Entonces pienso: »¿De qué tengo que disculparme?».

-¿Otro poema? -inquire.

-Sí, mamá. -Me encojo un poco: a mi madre no se le escapa la reacción.

-Cualquiera podría suponer que estás escondiendo algo.

Su vista se mueve deprisa, curiosa; echa una ojeada a la tablilla de cera sobre mi regazo.

-Claro que no. -Pero instintivamente pongo una mano sobre la tablilla. Me sonrojo por la contrariedad.

-Si prefieres no enseñármelo...

-Aún no está terminado.

-Ya veo. -Nunca dejará de asombrarme el grado de incredulidad absoluta que mi madre es capaz de inyectar en esas dos palabras-. Pensé que quizá era uno de esos poemas -parpadeó con nerviosismo- que preferirías no mostrarme.

No hay respuesta posible a esto. Espero, tiesa y silenciosa, su siguiente paso.

-Francamente, Safo, la poesía no es excusa alguna para el mal humor.

Ahora ya sé que es mejor no negar la acusación.

-Lo siento, mamá.

-Estás demasiadas horas encerrada en casa. Esto tiene que volverte quisquillosa, especialmente con este tiempo...

-Salí ayer...

-Sí. Y sé perfectamente dónde fuiste. -Se apoya ora en un pie, ora en otro, con inquietud, como si sus ropas la irritaran-. No es asunto de Helena mezclarte en esto, en esta manía religiosa suya. Es intolerable. El ambiente en esos templos es totalmente insalubre. Un sucio artificio, algo precisamente calculado para impresionar a chicas adolescentes. Lo que tú necesitas es algo en que ocupar tu cerebro.

-Su, mamá. Estoy segura de que tienes razón.

Se para un momento, pensativa, para decirme que anoche estuve largo tiempo hablando con ese joven poeta mal educado.

-Habló él casi todo el rato.

-Observé que tú no le desalentabas.

-Es a prueba de insultos, creo yo.

-Quizá no fuera lo suficientemente cortés para tu gusto.

-Si realmente quieres saberlo, mamá, me asustó.

-Oh, Safo, querida, ojalá supiera si puedo confiar en ti.

A veces pareces un poco dura, hostil y ajena. Es triste cuando una no puede estar segura de la lealtad de su propia hija.

Su don para introducir un toque de patetismo en un momento crucial raya lo extraordinario.

-Claro que puedes confiar en mí, mamá -respondo impulsivamente; y lo digo en serio.

Duda, se aleja repentinamente y da una vuelta por la columna, su sombra ondea a su lado: siempre anda cerca de los pilares, donde el sol pueda alcanzarle la cara. Finalmente regresa y se detiene detrás de mí, bloqueando la luz con su cuerpo.

-Me gustaría que hicieras algo por mí..., por nosotras -empieza con voz afectada, intensa-. No. No para ninguna per-

118
sona. Para la ciudad. -Titubea y luego añade-: Antes de decir nada más, tengo que advertirte de que esto puede ponerte en grave peligro.

Esto me toca donde más me duele.

-Mi padre murió por la ciudad -proclamo con pasión.

Hay un corto silencio, roto bruscamente por el ruido de mi tablilla de escribir al caer al suelo.

-Nadie sospecharía de ti. ¿Por qué deberían hacerlo? ¿Qué le importan a una chica de tu edad las conspiraciones o la política? Puedes pasar desapercibida, casi como si fueras invisible. Tu mundo está hecho de riñas y de celos, de meriendas, vestidos nuevos, bailes, poesía, comentarios frívolos, susurros ridículos sobre chicos en los rincones. Puedes ir a cualquier casa a cualquier hora y nadie notará tu presencia. Las visitas de la tarde son algo que te gusta, creo -dice mi madre, casi para sus adentros.

-¿Qué tengo que hacer, mamá? -pregunto. Ya me estoy arrepintiendo de mi generoso impulso; las calientes agujas de la irritación va están poniendo a prueba mi autocontrol.

-Necesitamos que alguien lleve mensajes a ciertas casas. Mirsilo tiene espías e informadores por todas partes. No puede haber más reuniones.

-Ya veo.

-¿Aceptas?
 -Claro -contesto. Hay una pausa.
 -¿No quieres saber los nombres de los implicados?
 -No es difícil de adivinar. -Entonces la miro y digo:-
 Mirsilo debe de conocerlos a todos tan bien como yo, mama.
 ~Por qué los deja en libertad?
 -Porque si encarcela o ejecuta a media docena de nues-
 tros ciudadanos más distinguidos, no existirá ninguna diferencia
 entre él y un tirano manifiesto como Periandro.
 -Quizás -sugiero pensativa- esté esperando a que se com-
 prometan para fingir darles un juicio justo.
 Mi madre me observa, sorprendida.
 -Así que tu cabeza no está siempre en las nubes. Claro. Este
 es uno de los dos riesgos principales que debemos afrontar.
 --Yel otro?

119

ji

-Traición. -La palabra cuelga en el aire cristalino por un
 instante, como una nube pequeña, casi visible. A continuación,
 como si no mereciera la pena hablar más de la cuestión, pro-
 sigue enérgicamente para recitar de corrido una lista de nom-
 bres esperados:- Faniás, Pitaco, Dracón, Deinomenes. -Al final
 de ésta, vacila de nuevo-. Hay otra casa, Safo.

Una pausa.

-¿Si, mamá?

-Es una lástima que tengas una opinión tan definida de
 nuestro joven poeta -dice, con una aparente irrelevancia.

-Estaba en desventaja. Fue tan violento...

-¿Qué quieres decir?

La pregunta largo tiempo reprimida estalla:

-¿Por qué le enseñaste mis poemas?

Mi madre parpadea un par de veces y ríe.

-Cielos, ¿y por qué no? ¿Acaso hay algo malo en ello?

-Me habría gustado que me lo hubieras preguntado pri-
 mero. Al fin y al cabo, los escribí yo y son personales.

No hay nada que irrite más a mi madre que cualquier
 sugerencia de que no tiene derecho a manipular las vidas de
 sus hijos para su beneficio propio.

-Cualquier chica normal estaría más que encantada de
 que un joven poeta de éxito examinara su obra. La gratitud
 nunca ha sido una de tus mejores virtudes, Safo.

De pronto me doy cuenta, llegada a este punto, de lo que
 se propone mi madre. Las lecciones serían una tapadera apro-
 piada: dos poetas estaban destinados a adorarse. Por otra par-
 te, la reputación de Alceo impediría cualquier inoportuna intrí-
 ga amorosa. Seguramente mi madre lo ha planeado todo por
 adelantado. La única posibilidad de que su plan no fuera toma-
 do en consideración era que yo fuera lo suficientemente poco
 servicial como para detestar la presencia de Alceo.

Contemplo, aturdida, entre risas, lágrimas, resentimien-
 to y enfado. De un modo casi ridículo para pensarlo, me he con-
 vertido, parece ser, en una conspiradora. La tablilla de cera con
 el poema inacabado yace todavía en el suelo, a mis pies.

La casa de Fancias estaba -está todavía- en las afueras de la ciudad, en las frescas estribaciones que contemplan el mar, con montañas y pinares y una panorámica ininterrumpida de los estrechos. La construyó el abuelo de Fancias: un hombre extraordinario, en torno al cual ya en vida se fue creando una leyenda. Eligió un lugar sobre una pendiente poco pronunciada, mirando hacia el sur para tener lo mejor de la luz del invierno -v quizá, también, para poder gozar de la vista constante de su propia tierra-. Tan lejos como alcanzara la vista a lo largo de esa zona de la costa, llana y fértil, hasta el último promontorio del sur, todo -olivares, trigales, viñedos, prados- era su feudo inalienable.

Había construido esta vasta propiedad en el transcurso de los años, la había trabajado con denuedo incansable y la había legado intacta a su hijo y a su nieto. (Era un viejo chiste en Mitilene que la familia sólo tenía un heredero varón en cada generación, para así evitar cualquier partición de la propiedad: un tributo, como observó un bromista, al poder de la riqueza sobre el deseo.) Pero en la época en la que estoy pensando, Fancias sólo tenía dos hijas: su mujer Ismene tenía casi treinta y siete años y después de siete de esterilidad parecía poco probable que le pudiera dar un heredero varón.

Si cierro los ojos, puedo ver cada detalle de la casa: la conozco como sólo alguien es capaz de conocer un sitio donde ha experimentado el colmo de felicidad o la desesperación. Conozco la profunda cisterna donde hay pequeñas lagartijas verdes, inmóviles, de no ser por una leve palpitación en la gar-

120 121

ganta, esperando para cazar los mosquitos diminutos que vuelan rozando la superficie del agua. Conozco el huerto tapiado y bien cuidado, con sus surcos ordenados de coles y cebollas, sus hierbas de olor agradable -tomillo, romero, albahaca-, sus colmenas bien protegidas del viento y su vivero. Conozco las caballerizas y el viejo granero con la prensa de aceite, y el prado (había un gran roble al que todavía podría trepar con los ojos vendados hasta la horcadura central), y la rosaleda... y el manzanar. La propia casa desprendía la misma reconfortante sensación de tradición, de inalterabilidad y simplicidad: siempre me hallaba tocándola, deslizando mis dedos sensualmente por la madera o la piedra. Se construyó con preciosos bloques cuadrados de sillar blanco, con pesadas vigas transversales y puertas de roble tachonadas de hierros; sin embargo, la impresión dominante era de levedad etérea. En el lado sur, había en lo alto una terraza a la sombra, enlosada con mármol blanco y negro. Los dos profundos pozos no se secaban nunca, ni siquiera en los más abrasadores meses de verano.

El abuelo de Fancias había llamado a la casa Tres Vientos. Nadie de la familia sabía por qué; pero a nadie se le habría ocurrido cambiar el nombre.

Praxinoa y yo estamos siendo sacudidas por la avenida empedrada de Tres Vientos en una carreta de mulas. Aunque el otoño está en el aire, el sol permanece alto todavía y ambas llevamos

sombrillas. Nuestro conductor es un hombre agrio, taciturno, pequeño, que prefiere (sospecho) los animales a los seres humanos, y está sentado en el pescante con el cuerpo encorvado, silbando entre sus dientes rotos. Todavía estoy emocionada de haber sido autorizada a salir sola, simplemente con una esclava como acompañante. De todas formas, Praxinoa no cuenta como esclava. Se está convirtiendo, si no en una amiga, por lo menos en una confidente privilegiada.

Entre nosotras hay una cesta de frutas confitadas, un regalo de mi madre para Ismene. Sostengo un rollo de mis últimos poemas: algunos son malísimos. Pero esto, como mi madre se ha tomado tantas molestias en recalcar, no importa realmente.

122

Lo que importa es el mensaje en la cara posterior del rollo, que se ha escrito con una preparación hecha a base de leche y que se vuelve visible cuando se acerca al fuego. Voy a visitar a mi amiga Mica (que no me gusta especialmente) y a dejarle mis poemas (que, teniendo sólo doce años, es demasiado joven para saber apreciar). Falta un mes para mi quince cumpleaños y soy muy consciente de que tengo un importante trabajo de adulta que desempeñar.

Por esta razón soy un poco estirada con la pobre Mica, que nos está esperando en el patio de la cuadra y llega corriendo al son del traqueteo de nuestras ruedas por la avenida. Es bajita y alegre e incorregiblemente rolliza, con los gestos torpes de un cachorro. Pero sus manos son exquisitas, las manos de un artista. Lo que, sorprendentemente, es.

-Safo, ya estás aquí, ¡oh, es maravilloso! He estado muy nerviosa, y tú ¡qué hermosa estás con este precioso vestido, amarillo pálido! Mamá dice que podemos jugar en el prado.

-jugar? -Estoy practicando algunas de las entonaciones mas sutiles de mi madre; ésta, con un creciente tono de ligera incredulidad, la encuentro muy efectiva. Mica se ruboriza y se interrumpe a medio discurso. El conductor carraspea, escupe sobre los guijarros, mira interrogante. Praxinoa recoge la cesta de frutas y las sombrillas y se pone detrás de mi. Le digo al conductor que vuelva una hora antes de la puesta de sol; asiente con un gesto y se aleja ruidosamente, sin pronunciar palabra.

-Mamá te está esperando; ven a verla.

Andamos a través de pasillos frescos, blancos, hasta la sala privada de estar de Ismene, lejos del vestíbulo central y del patio. Está trabajando en un tapiz grande -centauros y lapidas- y se levanta, sonriente, al entrar nosotras. Sus manos se parecen mucho a las de Mica y ella también está rechoncha; pero en ella la carne ha tomado proporciones distintas, más armoniosas. La habitación huele a hierbas aromáticas y a cera: la mesa y los armarios son viejos, bellamente pulidos, suavemente cálidos al tacto.

-Safo, querida, qué amable por haber venido.

123

Ji

Apenas es más alta que yo, pero se mantiene muy erguida. Su pelo negro, espeso, está recogido hacia atrás en un mono: observo en éste, con sorpresa por mi parte, unos hilillos grises. Hay una inquieta preocupación en el fondo de sus ojos que contradice la sonrisa de bienvenida. Mica baila de acá para allá a mi lado, irreprimible, adorable.

-Mamá, ¿no está maravillosa?

Ismene me examina con detenimiento.

-Una señorita de lo más elegante -afirma, y lo dice en serio.

Llamo a Praxinoa para que se acerque con la fruta y hago mi pequeño -y cuidadosamente preparado- discurso. Observo la vista de Ismene sobre el rollo de poemas: ¿cuánto, me pregunto, sabe ella? Entonces mi mirada vaga por la pared, donde hay un retrato suyo, pequeño, vivo, sorprendente, pintado sobre madera, colgado para atraer la luz de la tarde: de nuevo esa ansiedad imperceptible en los ojos, captada con una técnica y una discreción extraordinarias.

-¿Te gusta, Safo? -pregunta Mica con ilusión-. ¿Crees que se parece a mamá? -Me doy cuenta, estupefacta, de que la pintura es obra suya: ¿cómo puede esta niñajuguetona y ridícula poseer una penetración así? Entonces detengo el pensamiento, avergonzada: ¿quién soy yo para cuestionar la manera impredecible con que las Musas disponen de sus dones?

-Sí -contesto-, me gusta mucho.

-¿Puedo pintarte a ti también, Safo? ¿Puedo? ¿Puedo?

Por favor, di que sí...

-Tu invitada debe decidirlo por sí misma, Mica. -Ismene sonríe.

Decido que posar para mi retrato es una manera más distinguida de pasar un par de horas que jugar al escondite o a otros juegos infantiles.

-Eso sería muy agradable -respondo cortésmente.

Ella aplaude con entusiasmo.

-Oh, gracias -exclama, y desaparece atropelladamente, con pies alados, en busca de sus pinturas y pinceles.

Ismene dice suavemente:

-Pobre Mica.

-Pero ella es muy feliz.

-Querida, no es fácil ser una niña con talento. Sabes cosas antes de ser lo suficientemente mayor como para entenderlas.

O soportarlas.

Nuestras miradas se encuentran.

-Lo sé -declaro, y me arranca la máscara: quedo al descubierto, vulnerable, avergonzada.

-Sé amable con ella. Ten paciencia.

-Sí. Lo prometo.

-Son tiempos difíciles para todos nosotros.

-Claro. Señora Ismene...

-¿Sí, querida? -Echo una rápida mirada a Praxinoa: esta de pie junto a la entrada, su cara grave e impasible, contemplando el tapiz a medio acabar.

-No, no importa.

Puedo oír los pasos de vuelta de Mica en las escaleras.

-Si alguna vez sientes la necesidad de hablar conmigo...

-dice Ismene.

Siento una repentina y sobrecogedora necesidad de contar todos mis secretos y temores a esta mujer afectuosa, tranquila, comprensiva, que nunca podría sorprenderse ni enfadarse por ninguna confesión. Pero no hay tiempo y las palabras no vendrán a mis labios guardadas durante demasiado tiempo

en lo más recóndito, oscuro e inarticulable del cerebro.

Mica se ha puesto una cinta amarilla en el pelo: sujeta caballete, pinturas, una escuadra nueva de boj, un haz de pinceles. LTnajoven esclava de la casa (no mucho mayor que Mica, ajuzgar por su apariencia) llega jadeante tras ella. Con la ayuda de Praxinoa, la artista se ve gradualmente liberada de sus diferentes y variadas cargas.

-Ven -incita Mica, cogiéndome de la mano-, sé dónde podemos ir -y ahora su humor es contagioso. Quedo atrapada por éste y corremos riendo por el pasillo (tan solemne con sus retratos familiares y sus bustos amarillentos) hacia el patio y las caballerizas: vuelvo la vista un instante por encima del hombro y veo a Ismene retomar lentamente el gran tapiz en su bastidor.

124 125

Fuera, el aire es cálido y está lleno de zumbidos de abejas: allá en el trigal veo a los segadores inclinados sobre sus haces, las altas espigas doradas al caer, el destello de una hoz a la luz de la tarde. Están cantando mientras trabajan, una vieja melodía, simple, con tan sólo unas pocas frases, repetidas una y otra vez, su estructura labrada por el ritmo de su trabajo, su plañido obsesionante destilado de mil y tina cosechas. Por el paseo de rosas va Mica, con alas en los pies, a través de la pequeña verja hacia el huerto.

Aquí hay haces de luz y sombra y los trabajadores no cantan: están en silencio, absortos, balanceándose en lo alto de las escaleras, medio escondidos entre las hojas, cada uno con un gran cesto colgado del brazo. Los árboles son viejos, nudosos y con horcaduras, con ramas muy cargadas, apuntaladas con horquillas de ramas de olivo. Hay manzanas, peras, membrillos. Una leve brisa hace susurrar las hojas: el ambiente es lento y tranquilo, tan tranquilo que incluso Mica afloja el paso y camina silenciosa a mi lado.

En un pequeño lugar al aire libre se encuentra el manzano más grande y más viejo que jamás haya visto en mi vida. Tiene más de veinte pies de alto, con un tronco cicatrizado, macizo, tan ancho como el cuerpo de tres hombres; aquí y allá la resma ha ido goteando y se ha secado sobre la corteza, y sus ramas horizontales más bajas están fuera de mi alcance, incluso aunque me ponga yo de puntillas. Los recolectores todavía no han llegado; por todas partes se ven verdaderos racimos de manzanas rojas a través de las hojas.

Pero lo primero que cautiva mi atención no es el propio árbol. De una de las ramas más grandes -hace algún tiempo, ajuzgar por la manera en que las cterdas han marcado profundamente la corteza- cuelga un columpio, con un sencillo asiento de madera. Al acercarnos, el sol de la tarde brilla por entre el follaje en nuestros rostros, dorando cada hoja con fuego de las Hespérides. El columpio vuela hacia delante y hacia atrás con un arco suave; la figura diminuta, abrazada a las cuerdas, cabello al viento, parece toda aire y alma, hija de las dríadas, intangible, evanescente.

126

1~

Luego estamos bajo el árbol, lejos de la luz transformadora del sol, y la chiquilla del columpio es, después de todo,

humana, una criatura pequeña, seria, morena, que lleva un vestido color azafrán y tiene un aspecto un tanto desgarrado, una niña de ensueño, con su flequillo y sus grandes ojos grises y sus dedos delicados enrollados alrededor del tosco trenzado de las cuerdas. Ella debe de tener, quizá, siete u ocho años: su cabello castaño rojizo oscuro está recogido en una bonita trenza. El columpio se detiene lentamente: examina a la extraña con una estimación precavida. Siento que cualquier gesto repentino podría hacerla caer, dejando el columpio vacío detrás de ella. Entonces, tímidamente al principio, sonrío, y su cara entera se vuelve radiante, transfigurada. Era como si hubiera atrapado el sol y lo hubiera aspirado, de manera que toda la luz y todo el calor emanaran de ella. Se desliza del asiento del columpio y está de pie, de pronto torpe, sin saber qué hacer con las manos ni con los pies. Tiene una mancha verdosa en una mejilla.

-Hola -dice.

-,Cómo te llamas?

-At... Atis. -Se encalla un poco en la segunda sílaba-.

¿Mica va a pintarte?

-Mmm.

-Tendrás que estar sentada terriblemente quieta.

-No me importa. Me gusta hacerlo.

--De verdad? -Me estudia, sus ojos grises muy serios bajo sus pestañas increíblemente morenas-. A mí también. Cuando quiero pensar.

Mica pregunta:

-¿En qué quieres pensar, tonta? -Su voz es cariñosa, afectuosa, bromista. Evidentemente le gusta mucho Atis, a pesar de la diferencia de edades.

-Oh, cosas. Si me siento muy quieta, puedo ver a través del cielo.

-Y todos los colores y las formas cambian -continúa dulcemente.

Atis me mira preguntándome si lo entiendo.

127

-Sería mejor que empezáramos el retrato, Safo. No queda mucha luz.

Mica observa. La repentina irritación de su voz es inconfundible.

-Muy bien.

Me hace colocar cuidadosamente a un lado, al pie de] manzano, sentada con las piernas cruzadas. Todavía sostengo el rollo de poemas.

-También deberías sostener una pluma.

Su tono y comportamiento cambian por completo cuando está pintando o a punto de pintar: se vuelve segura de sí misma, adulta, penetrante. La pequeña esclava, que ha estado riendo calladamente con Praxinoa, es enviada a buscar una pluma.

Así que estoy allí sentada, quieta y en paz, sosteniendo la pluma en mis labios con el ademán estilizado de un poeta buscando inspiración, mientras Mica trabaja en su retrato. Su poder de concentración es extraordinario: sólo me mira de vez en cuando y, que yo sepa, no comete error alguno. Atis está tumbada sobre la hierba, los codos separados, la barbilla descansando sobre sus manos en forma de copa. A veces nos echa una ojeada a Mica o a mí, pero no a menudo. Está más absorta por

los diminutos insectos que corren de acá para allá a su alrededor. Ninguna de nosotras dice nada: un agradable silencio nos envuelve.

Ahora dos recolectores -hombres de mediana edad con pelo y barba recortada, grisácea, sus caras de la misma textura arrugada y curtida que sus brazos- bajan por la vereda hacia nuestro árbol, trayendo escaleras y cestos. También ellos captan la atmósfera: sonrían, no dicen nada, apoyan sus escaleras, y suben sin hacer ruido hacia el verde follaje en lo alto, moteado de sol. Lentamente, las sombras se alargan en el huerto. De vez en cuando, cae una ramita de una rama elevada, hay un crujido y un susurro, la leve sacudida al soltarse una manzana más resistente de lo habitual. Los hombros de Mica se encorvan con urgencia: tiene que vencer, vencerá, al sol poniente.

Más pisadas: esta vez más lentas, tranquilas, relajadas. Fanias llega paseando por el sendero de hierba, una figura alta, con una ligera capa de montar de verano y unas suaves botas blancas de ante hasta medio muslo. Debe de rondar los cuarenta, pero no hay indicios de canas en su pelo ni en su barba. Lleva el cabello largo, al estilo antiguo, sujeto en la nuca con un decorativo broche de oro. Su cinturón es ancho y está adornado con botones de oro; un cuchillo de caza en una sencilla vaina de cuero cuelga de éste.

Al verle, Atis se transforma. Se levanta de un salto, los brazos estirados, y Fanias, riendo, se la echa a los hombros. (Se enciende en mi mente el repentino recuerdo de Pitaco y Andrómeda en nuestro patio en Ereso, ¿hace cuántos años?, ~nueve?, ¿diez?) Con torpeza, me pongo en pie para saludarle, alisándome el vestido arrugado. Mica está tan absorta que ni siquiera se ha dado cuenta de su llegada. Levanta la vista hacia mí, se muerde el labio con irritación.

--Oh, Safo, te has movido!

Fanias se inclina para besar su cabeza. Ella se gira rápidamente.

-Papá, lo siento mucho, no sabía...

-Calla, cariño. No te preocupes. -Está mirando el retrato: sus ojos se posan sobre mí y de nuevo sobre el cuadro.

-Es bueno, Mica. Muy bueno.

Algo, en alguna parte, está mal: su voz tiene un matiz de preocupación.

-¿De verdad, papá? ~De verdad te gusta?

-Es muy bueno -repite y se me acerca (Atis todavía sentada sobre sus hombros) y me coge ambas manos con las suyas. Pero no ha dicho que le guste.

-Safo, mi querida niña, cada día te vuelves más encantadora. Es raro que el talento y la belleza vayan al unísono. Los dioses son criaturas celosas. Tienes que contarme cómo logras desarmarlos.

Estas palabras corteses las tiene que pronunciar inclinada hacia delante, en una postura incómoda: soy muy pequeña, él es muy alto y ha olvidado soltarme las manos. Pienso (pero no lo digo) que si pudiera realmente desarmar a los dioses, les persuadiría para que me hicieran un pie más alta.

128

129

Sonrío, bajo mis párpados con modestia, y me separo de él en una especie de media reverencia. Atis me lanza una rápida mueca maliciosa. Mica, su pintura abandonada, es de nue-

vo una niña nerviosa de doce años, y un sentimiento de piedad por ella me recorre de arriba abajo.

Puedo verlo, Mica?

-No lo sé. No estoy segura de que esté terminado.

-Si -afirma Fania, aunque no sé si a ella o a mí-, si, está terminado.

Estudio la pintura en silencio durante un instante. Es un retrato brillante, ejecutado con colores y formas de lo más delicados; no obstante, cuanto más lo miro, más incómoda me siento. Es como si pudiera ver el cráneo articulado debajo de la carne pintada. Hay allí un elemento no identificable de frialdad, de dureza -¿será en los ojos?, ¿en los labios?-, una cualidad que me hace pensar en mármol liso, o en el mar glacial. La sonrisa es, a primera vista, afectuosa y divertida; los labios, sensibles, tiernos. Pero ese elemento extraño persiste. Es como si Mica, sin saberlo, hubiera pintado un fantasma en mi cuerpo. De pronto, encuentro las palabras de tía Helena resonando a través del vacío de mi mente: «Los dones de la diosa pueden ser peligrosos. Te darás cuenta de ello, en su momento, y tienes que hacerlo sola... Has renunciado a una parte de tu ser interior, ahora y para siempre». Y me digo: «No, no. Esto son tonterías peligrosas».

-Mica, es maravilloso. Me encanta.

-Oh, Safo. -Se ilumina con la felicidad. Sin embargo, su rostro tiene un aspecto blanco, macilento: es como si hubiera sufrido una grave enfermedad.

-Algunos retratos, algunos de los mejores, acaban por ser a medida -dice Fania. Me está examinando pensativamente.

Mis dedos se tensan y se cierran: es sólo en este momento cuando me acuerdo del verdadero motivo de mi visita. Le alargo el rollo de poemas:

-Lo consideraría un honor si usted...

La frase es una contraseña secreta: me la he aprendido de memoria, pero me interrumpe rápidamente a la mitad.

-Oh, no, querida: el honor es mío. -Sus pobladas cejas se juntan: ¿se está burlando de mí?-. Olvidas lo bien calificado que estoy para apreciar el talento de los jóvenes.

No, no se está burlando, hay una gran tristeza en sus ojos, la tristeza de un hombre que ve el futuro y se siente impotente para cambiarlo.

-Bien -sugiere-, deberíamos volver a la casa. Me temo que tu conductor posee una naturaleza inquieta, Safo. Un toque de disciplina no le haría ningún daño.

Se detiene en la verja del huerto y mira atrás, contemplando -como debió de hacerlo su abuelo tan a menudo- por la pendiente de la ladera, los trigales a medio segar, las higueras cargadas y las hileras de vides bien cuidadas, con el mar carmesí de la puesta de sol a sus espaldas.

-Parece tan permanente, ¿no es así? Tan inalterable... -Asiento como respuesta. Luego continúa:- Nada es permanente. -Sus dedos largos y sarmentosos han estado jugando con una ramita de manzano: bruscamente los chasquea-. Sólo podemos hacer nuestro deber, sabiendo que puede no ser suficiente. <Me entiendes? -Habla como si no hubiera nadie más allí.

-Le entiendo, señor.

-Entonces también deberías entender que, por lo que vale, tienes mi gratitud. -Se aparta de la verja y entra en la frágil perfección de la vereda de rosas, con sus pérgolas y cenadores, llevando a Atis a hombros: una o dos veces ella tiene que agachar la cabeza. Mica parpadea, se frota los ojos con los puños cerrados. Veo las pecas dispersas bajo cada nudillo.

-Sabía que ocurriría -dice.

-¿El qué?

-Dolor de cabeza. Un terrible dolor de cabeza. Ocorre cada vez.

-¿Cada vez que pintas un cuadro?

-No. -Lucha con sus conocimientos, titubeando en busca de palabras-. Cada vez que hago uno bien. Pero eso significa decir «oh, no puedo explicarlo», soltarse, rendirse. Suena débil. Pero no lo es, Safo. Duele más que cualquier otra cosa. -Deja de hablar súbitamente, bostezo como si no fuera a parar nun-

130

131

ca-. Estoy tan cansada. Lo siento. Simplemente cansada.

-Entonces se da la vuelta, como una sonámbula, y sigue a su padre por el sendero oscurecido. Praxinoa y la pequeña esclava, los brazos llenos de bártulos de pintura, me miran, vacilan. Asiento y ellas prosiguen su camino.

Estoy sola, por un momento, en la verja del huerto. Nuestro gran manzano es todavía visible por encima del resto. Los dos recolectores se acercan, lentamente, con cestos llenos, sus escaleras sobre los hombros: sonríen y asienten al pasar por delante de mi. De pronto veo, brillando bajo los últimos rayos de sol, tina manzana perfecta, pendiente, colgada de un manojito de hojas oscuras de la rama más alta. Una felicidad inexplicable hierve en mi interior.

¿Quizá la olvidaron? No, me digo, con tina ojeada a esas espaldas anchas, determinadas, que se retiran; no, ellos no se olvidarían. Es la que no pudieron alcanzar, la que nadie puede alcanzar.

Y me giro y corro, con las faldas al aire, por la vereda de rosas, hacia la casa, mi corazón rebosante de un júbilo que no puedo empezar a comprender.

Pitaco manifestó, golpeando ligeramente su mesa con dedos grandes, en forma de espátula, sin mirarme:

-Sé que esto debe ser una visita desagradable, Safo.

-Preferiría no discutirlo.

-Tenemos que trabajar juntos. Fuimos amigos una vez.

Por lo que a mí respecta, todavía lo somos.

No hice ningún comentario.

-Querida -explicó Pitaco pacientemente-, tarde o temprano tienes que afrontar el hecho de que la mayoría de hombres del mundo, déjame decirlo con delicadeza en beneficio tuyo, veneran en los santuarios de Afrodita y Dionisos, muy a menudo en conjunción. Eres una poetisa y, por lo que he oído, tú misma eres una devota de Afrodita. Tienes que aprender el significado de la pasión.

-Así, no. -Mi voz fue casi un susurro-. Por favor, no quiero hablar de ello. -Me sentía terriblemente consciente de su enorme presencia física: esa nariz llena de gruesos poros~ esos hombros pesados. La habitación tenía un olor viciado y penetrante~ como la guarida de una bestia salvaje.

Como si notara mi reacción, se levantó y abrió los postigos de par en par, dejando entrar una oleada de aire fresco matutino. Suspiró y se quedó un momento con los codos apoyados sobre el alféizar, observando el puerto allá abajo. Se esta-

ba descargando un gran barco de cereales del mar Negro -lo había visto al subir- y oí el chirrido del aparejo de poleas, el ¡puff! al depositar los costales en el muelle, el cúmulo de voces y de gritos en dialectos extravagantes. El olor fresco de brea llegó flotando hasta mí en la brisa de la tarde.

-Me encanta esta casa, Safo. Me encanta vivir aquí, en el meollo de las cosas -manifestó. Hizo un curioso gesto dando forma con las manos, como si moldeara una jarra en el torno-. ¿Puedes entenderlo? Me encanta bajar a los almacenes y ver esas balas y tinajas selladas, mercancías de cualquier rincón del mundo. Me encanta el olor seco de la barcia del depósito del velero que transporta grano; el aroma mezclado de higos, olivas y pescado en salazón del mercado. Me encanta tomar una copa de vino en el barrio de los alfareros y escuchar la charla de los marineros. Me encanta mirar a los plateros mientras trabajan en sus puestos, y a los cordeleros, y oler la arcilla fresca, y sentir el calor del fuego en la fragua cuando se martillea el hierro en el yunque.

Miró el barco de cereales un ratito, perdido en sus pensamientos: parecía haberse medio olvidado de mí. Por fin dijo:

-Aprendí mucho en Tróade, ¿sabes? Cosas importantes. -Cogió una pequeña figurilla de jade de una mesa lateral, un gato egipcio, liso de tanto manoseo, y la revolvió en sus dedos mientras hablaba. Entonces descubrí que este tipo de objetos estaban esparcidos por la habitación entera: una piedra redonda, rojiza, recogida en una playa y usada como pisa-papeles; pequeñas imágenes votivas, muchas exquisitamente talladas en marfil; una botella verdosa, globular, con un tapón de plata. Todos ellos igualmente satisfactorios para la vista y el tacto.

132 133

-Los creadores son importantes -explicó Pitaco. Se dio la vuelta y me sonrió-. Lo que significa que tú eres importante. Hacemos bien en llamar creador a un poeta. Pero hacemos mal en ignorar a sus compañeros creadores. -Hizo un ademán hacia la ventana-. Cereales, madera, pieles, vino, aceite, cuerdas, jarras, estos son reales, estos están hechos, cultivados, modelados, labrados. Estos forman la trama y la urdimbre de nuestras vidas.

Empezó a andar de acá para allá, con su paso pesado, nervioso, impaciente.

-¿Qué pasó en Tróade? ¿Qué logramos? Nada. Una futilidad. Perdimos a buenos hombres, gastamos dinero ganado con sudor; ¿y para qué? Una disputa estúpida, palabras de honor vacías. A Periandro le costó media hora hacer de todos nosotros unos imbéciles. Eso me enseñó una lección que no olvidaré jamás.

-Pero fuiste un héroe -exclamé, fuera de mi indiferencia, olvidando mi mal humor.

-¿Crees realmente eso? Vi una posibilidad de ahorrar tiempo y gastos. Empecé un riesgo calculado. -Se encogió de hombros con cierta gracia-. A veces creo que Hesíodo tiene más que enseñarnos que Homero. ¿Hubo alguna vez un testamento más montimental al orgullo y a la locura del hombre que la guerra de Troya? Te lo pregunto a ti.

-Tú no puedes creer eso. Es vergonzoso, deshonesto.
Palabras de tendero.

-Hay cosas peores en este mundo nuestro que ser tendero, querida. No puedes comerte el honor, y el mundo ha cambiado mucho desde que enterraron a Aquiles; no estoy nada convencido de que debamos estar orgullosos de poseer su tumba.

-Te desprecio -proferí, fuera de mí. Era cierto; y sin embargo sus palabras me habían hecho sentir más incómoda de lo que me hubiera gustado.

-Lo siento -respondió y sonó como si lo dijera en serio-. Me gustaría que confiaras en mí, querida.

-¿Por qué?

Se paró durante un instante, pensativo.

-¿Me permites darte un consejo? -dijo finalmente-. No te preocupes: sé demasiado bien que no lo seguirás.

-Muy bien. -Volví a sentirme incómoda.

-La política, en particular aquella en la que te ves involucrada, es un juego sucio -ilustró Pitaco-. No tiene nada que ver con Homero. Tú puedes suponer que conoces las reglas; yo puedo asegurarte que no. Eres el cordero que se perdió en tén bosque de lobos, querida. Regresa allá de donde vienes, antes de que los lobos te atrapen.

-¿Y de dónde vengo? Del tocador, supongo.

-Te pareces mucho a tu madre, ¿no es cierto? -suspiró.

-No me parezco a ella.

-Bien, no discutiremos sobre la cuestión. He dicho todo lo que podía decir. Piénsalo.

-No necesito pensarlo. -Empecé a ponerme en pie, ah-sándome la falda; pero antes de haber completado el movimiento, Pitaco cogió la campanilla de plata de su mesa y la hizo sonar, dando así la impresión de que había sido él quien había dado la entrevista por terminada. Di un golpe con el pie en un arranque de irritación infantil, me di cuenta, demasiado tarde, de que esto era cederle la ventaja. Había recuperado un poco de dignidad cuando apareció su mayordomo segundo, con Praxinoa rezagada detrás.

-Esta... señora -la vacilación fue sólo momentánea- se marcha ahora. Por favor, acompaña la hasta la puerta. -Miró a Praxinoa de una forma francamente sensual mientras ella doblaba el ligero chal sobre mis hombros: de algún modo eso me irritó más que todo lo demás.

Sonrei con dulzura y contesté:

-Prometí ver a Quione antes de irme. -Quione era la esposa de Pitaco; le había aportado una dote sustanciosa, y todo el mundo decía (probablemente con un poco de razón) que Pitaco se había casado con una mujer de clase inferior por dinero. Quione, en aquella época, tenía alrededor de treinta años, una mujer afable, desaliñada, voluminosa, con el pelo mal tendido por el sol y un notable talento para la cocina exótica. A pesar

mio, me gustaba mucho. A veces me preguntaba cómo tinos padres tan inconcebibles habían podido fabricar a Andrómeda. Con Tirreo, el hermano menor de Drom, no había ninguna dificultad o sorpresa: era una copia de stf padre, más morena,

más hosca.

-Por favor, no te molestes en acompañarme a la puerta,
Teón -le dije al mayordomo.

-Como desee, mi señora. -Inclinó la cabeza. ¿Estaba eqtí-
vocada, o el más leve de los guiños, el más leve temblor de un
párpado, cambió su expresión por un instante?-. Entonces,
le diré a la señora q'te llega.

-Sí -ordenó Pitaco de buen humor-. Haz eso. -De repen-
te, parecía un colegial travieso, rebosante de un placer secre-
to: solamente su mirada permaneció fría y vigilante, y enton-
ces descubrí el formidable enemigo en que podría convertirse,
llegada la ocasion.

Al salir, malhumorada y aturdida, casi atropellé a un hom-
bre en el vestíbulo: un presumido alto, amarillento, con dema-
siada elegancia, con negros rizos lacios y demasiados anillos.
Tenía ardientes ojos negros y olía a un perfume rancio. Se lla-
maba Dinómenes y era tin antiguo miembro del Consejo de
Nobles, en donde gozó de poptílaridad.

-Salb, querida -exclamó, y sentí la presión de stís dedos
sobre mi hombro, tina caricia y tín ademán rápidos-. Un
encntiento afortunado. -Los ojos negros brillaron con tina luju-
ria furtiva-. Pitaco es un hombre con suerte.

La insinuación me enfureció fnás que cualquier otro posi-
ble comentario. Me separé de él brtíscamente, incliné la cabeza.

-Por favor, discúlpeme, señor Dinómenes. Ya llego tarde.
No tengo tiempo para charlas frívolas.

Rió, sin inmtitarse.

-Después siempre tienen prisa.

-Me inclino ante su experiencia, señor -respondí y desa-
parecí por el vestíbulo, con un roce de faldas seco y monóto-
no. Podía sentir cómo me seguían aquellos ojos lascivos. Luego
se dio la vuelta, levantó una mano en señal de despedida de
compromiso y atravesó la arcada hacia las habitaciones privadas
de Pitaco. Recuerdo haber pensado, con una mezcla de ira y
diversión, qué inverosímil par de compañeros conspiradores
aparentábamos.

Le conté mis problemas a Alceo y recibí, como era de espe-
rar, muy poca simpatía por su parte. Las lecciones de poesía
que mi madre había ideado se habían convertido ya en algo
rutinario; excepto que no podían, por más imaginación que
pusiera, llamarse lecciones y, las más de las veces, tenían poco
que ver con poesía. Nos sentábamos en la biblioteca familiar,
donde -como decía mi supuesto mentor- teníamos proyecti-
les literarios disponibles para arrojarnos a la cabeza cuando
uviéramos necesidad de ello. Me enojé cuando Alceo resultó
ser terriblemente culto; por alguna razón había dado por sen-
tado que un joven con unos hábitos tan irritantes tenía que ser
también un ignorante pretencioso. El encontraba intensamente
entretenido disipar esta ilusión, tan entretenido que alargaba
el proceso tanto como le era posible. Praçxinoa y una de las esclav-
vas de la casa, sentadas en un rincón durante estas sesiones,
hilando lana, cuchicheando, hacían de carabinas innecesarias.

La habitación, como la mayoría de habitaciones en aque-
lía casa antigua, llena de tradición, amorosamente cuidada,
generaba una curiosa atmósfera de seguridad y tranquilidad.
Olía a cera, polvo y cuero, a madera de cedro brillantada y
hierbas aromáticas secas. Por encima de las estanterías colga-
ban pesados tapices descoloridos, y los bustos amarillentos de
los antepasados de Alceo miraban con el ceño fruncido, en apa-
rente desaprobación, a este excéntrico -para no decir dege-

nerado- brote que había crecido de pronto de un árbol familiar tan distinguido.

Le conté lo esencial de mi conversación con Pitaco. Me escuchó sin comentario alguno, las pobladas cejas juntas, los dedos entrelazados. Me sorprendí observando sus gruesos pelos negros que salpicaban el reverso de sus manos y que se hacían aún más gruesos a lo largo de sus antebrazos morenos, carnosos, de manera que podías ver cómo estaban todos tendidos en una dirección, como el pellejo de un animal.

136 137

Cuando terminé, no dijo nada. Frunció el ceño aún más; sus ojos estaban fijos sobre el gastado dibujo en blanco y negro del suelo de mármol, pero parecía mirar a través de éste.

-¿Y bien? -pregunté con cierta brusquedad.

-¿Y bien que~

-¿Cómo puede un hombre en su posición pensar como él? ¿Por qué?

Alceo se reclinó en su silla. Con gran lentitud cogió la jarra de vino y nos sirvió una copa; con el ceño fruncido, y como si le fuera la vida en ello, peló y troceó una manzana del cuenco de madera encerada con tén pequeño cuchillo de plata para fruta.

-¿Así que todos los conspiradores (por favor, corrígeme site he entendido mal) están unidos en tina causa común- Me ruboricé. No era la primera vez que Alceo conseguía derrumbar, de un solo golpe, una piedra angular defectuosa en la construcción de mis suposiciones. Lo vi al pronunciar él las palabras; y Al ceo se percató. Suspiró y prosiguió:

-Porqté todos nosotros estamos implicados en una conspiración para derrocar al régimen, supones que todos lo hacemos por el mismo motivo, el motivo virtuoso, noble, moral, con el que justificamos nuestras acciones.

:Qué otro motivo puede haber?

Me examinó nuevamente.

-Lo crees de verdad: qué extraño. -Con una ternura inesperada puso su mano sobre mi brazo durante un instante.

-Tienes que intentar comprender, Safo -explicó-. Si vale la pena luchar por una catísa y llevarla a cabo, lo mismo da que los medios empleados sean vergonzosos, que los conspiradores implicados sean pícaros egoístas o desharrapados. Lo que en el fondo importa es el éxito.

-Estás equivocado, equivocado -grité-. No puedes construir una buena casa sobre unos malos cimientos.

-Pero si no hay alternativa...

-La casa caera.

Hubo un silencio momentáneo. Entonces, sorprendentemente, Alceo asintió.

-Así es -dijo-. Así es.

-Así que después de todo estás de acuerdo conmigo -observé.

-No.

-Pero lo que me dijo Pitaco...

-Eso -contestó- es de nuevo otra cosa.

-Te preocupa. Puedo ver que te preocupa.

-Oh, si. Me preocupa. Como ya sabes, siempre he tenido

un gran aprecio por mi propio pellejo. Lo prefiero intacto. -Las comisuras de su boca barbuda se curvaron hacia abajo: esbozó una sonrisita salvaje.

-Entonces ¿por que...

Alceo se bebió el vino de un solo trago y se sirvió un poco más. De pronto, parecía estar extremadamente aburrido.

-Fue un buen consejo -opinó-. Siguelo.

-No me trates como a una niña.

-Es apropiado, creo yo.

Mis manos se crisparon temblorosas: quería hacerle la cara trizas y me asomé de mi propia violencia.

-Prefiero ser inocente, y una niña, que lo que eres tú -respondí furiosa.

-No me lo digas; lo sé. Un borracho, un cobarde, un libertino -sonríe.

-No -solté, sin aliento-. Un hazmerreír. Un deporte.

Patético. Estéril.

Alceo me echó una ojeada con un destello de malicia.

-Qué opinión tan graciosa -contestó él-. Y viniendo de ti, en particular.

-¿Cómo?

-Una irónica impropiedad, ¿no estás de acuerdo?

-No lo entiendo.

Sus ojos me escudriñaron, al principio con incredulidad, luego con franca sorpresa.

-No creo que lo entiendas -comentó-. Verdaderamente no creo que lo entiendas. -Soltó una risita desagradable-. Si quieres alguna aclaración sobre el tema, podrías intentar preguntárselo a esa novia tuya, zancuda y de ojos verdes; por cier-

138 139

to, ¿todavía trepa a los árboles?, o a tu tan querida prima, o... -y miró a lo lejos en la biblioteca, hacia donde estaba Praxinoa, con su cuerpo grande, impasible, su pelo negro, brillante bajo un rayo de sol.

Sactifí la cabeza, incómoda, irritada, ansiosa sólo por marcharme.

-No debemos perder el contacto -añadió Alceo en la puerta, con un matiz de suave malicia en su voz-. ¡Tenemos tanto en común, tú y yo!

Ese año la primavera llegó de pronto, como la apertura de una puerta. Un día, el cielo estaba cargado de nubes, y soplaban vientos fríos, dispersando las flores tempranas: al siguiente, nos paseábamos fuera bajo un sol lúminoso, una atmósfera radiante, el alegre canto de los pájaros y hasta las piedras se volvían cálidas bajo nuestros dedos. Las golondrinas habían regresado, como si sus gorjeos sólo hubieran sido intertúpidos durante unos breves instantes, pirueteando y zambulléndose por los lugares familiares -el algarrobo, el granero, el muro del jardín orientado hacia el sur-, despertándonos temprano con sus trinos pectorales y un temblor de alas negras bajo el socarrén. Pequeñas lagartijas verdes subían ufana y cautelosamente por las piedras mohosas y resquebrajadas de la cisterna, observando, parpadeando, mientras las golondrinas pasaban rozando el agua en sus vuelos rasantes. Las mariposas garabateaban stís firmas con brillantes colores en el aire iriscen te, y las higtíe-

ras invernales, esqueletos de plata, avanzaban a tientas hacia el sol con nuevos dedos apresurados.

Una neblina azul escondía los promontorios, los pinares se volvían de un verde más intenso entre luces y sombras; al andar por allí, sobre las agujas caídas y secas, se olía la resma en el aire como el vino. Ahora sacaban las redes de pescar, acabadadas de embrear para la temporada de primavera, los barcos se deslizaban crujendo por las gradas, los primeros grandes buques mercantes se deslizaban a través del estrecho canal y zarpaban para Egipto o el mar Negro. Tras aquel largo invierno, la vida comenzaba de nuevo, más dífice y más rica de lo que una habría imaginado, Perséfone volvía triunfante a sus praderas floridas.

La luz se filtra por entre las copas de los árboles, muy por encima de mi cabeza, un agudo desorden de polvo dorado y refulgente. Estoy tumbada boca arriba, con las rodillas un poco levantadas y la cabeza apoyada sobre mis manos. En algún lugar una paloma torcaz hace su reclamo -ese arrullo suave, sentimental, interminable- y en el bosque, a lo lejos, puedo oír voces de chicas: la de Telesipa, la de Meg, la de Gorgo, voces alborotadas, llenas de risas, y no obstante remotas como las voces que una oye en sueños medio inconsciente.

Andrómeda está estirada a mi lado, apoyada sobre un codo, mirando el juego de la luz del sol sobre mi rostro. Sus propias facciones están entre sombras, de modo que yo sólo puedo intuir su expresión. El vestido de hilo blanco que lleva está manchado de mohó, y lo tiene levantado justo por encima de la rodilla, dejando al descubierto una pierna larga y morena, sorprendentemente musculosa. Estamos tumbadas en una hondonada natural, de la cual tres lados están rodeados por un bosquecillo. Mi corazón late tan fuerte contra mis costillas que estoy segura de que Andrómeda también puede oírlo. Pero no da señal alguna; simplemente está allí tumbada, mascando tina brizna de hierba, su vista siempre sobre mí.

-Bien -habla por fin, con esa voz suya, grave, burlona-, aquí estamos.

-Sí.

¿Qué puedo decirle? ¿Y qué siento cuando ella entra en una habitación, con ese modo de andar torpe, a lo chico, dando zancadas?

Aquiles en Esciro.

Sus ojos escudriñan los míos: sorprende un destello de diversión en ellos, y algo más, algo muy cercano al desprecio.

-¿Te aburro terriblemente, Safo? -pregunta.

-¿Cómo puedes pensar eso?

-¡Tenemos tan poco en común!

--De veras?

140 141

-Dime una cosa.

Silencio.

-¿Lo ves~

Los arrullos y los zureos de las palomas torcaces encima de nosotras. Se me ocurre de pronto, con la fuerza de una revelación, que quizá Andrómeda tenga razón. Esta idea tendría

que afligirme: en vez de eso, inesperadamente, me entran ganas de reír. Me pongo en pie, sacudiéndome ramitas y hojas secas de mi vestido.

-Entonces, vámonos a buscar a las demás.

-Safo, no te ofendas.

-No estoy ofendida. ¡Si tú supieras!

Vacila un momento; pone una mano morena sobre mi brazo. El bosque está repentinamente muy quieto.

-Quizá no tengamos ninguna otra oportunidad -observa.

-No lo entiendo.

-Lo entenderás. ¡Oh, lo entenderás!

Los postigos estaban abiertos de par en par: la luz de la luna plateaba la bahía y proyectaba sombras suaves, variadas, sobre la ciudad dormida. Las llamas de las lámparas titilaban con la brisa de la noche, y desde la cisterna una rana solitaria se quejaba a las estrellas sordas con monotonía malhumorada. Todo era familiar y estaba tranquilo, recogido, en paz: el algarrobo débilmente perfilado, los tejados amontonados y angulosos extendiéndose hasta el puerto, el patio, el deteriorado muro del jardín. Parecía imposible que en un silencioso bosquecillo de mirtos, a menos de una milla de distancia, hubiera hombres, en este mismísimo instante, preparándose para matar o para morir: por sus ideales, sus ambiciones u otras razones de las que era mejor no hablar. Bien, pensé, tienen una buena noche para ello; y mis dedos apretaron las molduras del postigo, como si necesitara una prueba física de mi propia existencia, en el aquí-y-ahora que abarcaba aquella luz de luna inmóvil, aquella inimaginable violencia silenciosa.

Tía Helena estaba sentada junto -a la chimenea, en su silla preferida de respaldo alto, su rostro débilmente iluminado, los delicados planos de la mandíbula y del pómulos en un primer plano asombroso. Estaba tan quieta que hubiera podido estar tallada en mármol. Mi madre, como contraste, estaba tan nerviosa como un animal enjaulado: andaba de acá para allá, con una impaciencia tensa, deteniéndose de vez en cuando y mirando fijamente afuera, al patio.

-Pasada la medianoche -dijo.

Tía Helena dio unos golpecitos en el brazo de su silla: un gesto minúsculo, impaciente, que yo conocía demasiado bien.

-No hay nada que podamos hacer. Excepto esperar -contestó.

Ahora estarán todos reunidos: Pitaco, Fancias, Dinómenes, Alceo, Antiménidas y el resto, sombras moviéndose entre sombras más negras bajo la luna, susurrándose unos a otros en la oscuridad de olor dulce. Las armas están escondidas allí para ellos, engrasadas y envueltas en lino, enterradas, marcadas, a la espera. Preparadas para atacar. Hubo un momento en que por encima de la oscuridad del muro más allá del algarrobo, se levantó una sombra encorvada, vaciló por un instante, y se desvaneció de nuevo. Oí un suave deslizamiento y un ruido sordo de alguien que caía al suelo, el sonido de una respiración jadeante. El perro guardián se agitó en su perrera, gruñó, se despertó. Hubo un fuerte golpeteo cuando corrió tan lejos como permitía su cadena y comenzó a ladrar. Entonces, tranquilamente pero con urgencia, una voz familiar chilló:

-Por todos los cielos, que alguien estrangule a este mal-dito perro -y el terror dio paso a un alivio casi histérico.

-Antiménidas -exclamé.

Cruzó rápidamente el patio y entró por el portal abierto, interponiéndose entre nosotras y la luna, su gran capa negra

como un palio. El sudor brillaba en su cara y su pecho estaba palpitando. Incluso bajo la luz rojiza de la lámpara parecía pálido como el sebo. Puesta la mano crispada en la empuñadura de su espada, nos miró primero a una, después a la otra. Por un momento nadie habló.

-¿Y bien? -inquirió mi madre en una especie de ladrido nervioso, y la mirada inquieta de Antiménidas se posó sobre

142 143

ella. Había una compasión, un deje de enfado en su voz cuando respondió:

-Se acabó, todo ha terminado antes de que pudiera empezar. Tendría que haberlo sabido.

-¿Qué quieres decir?

-Nos ha traicionado, nos ha vendido. Ese viejo zorro barrigudo.

-¿Pítaco? -El tono de voz de mi madre se elevó con una incredulidad colérica. Eché una ojeada a tía Helena que asentía lentamente para sus adentros.

-Sí, Pítaco. Se ha pasado al bando de Mirsilo; él y ese contemporizador de Dinómenes con él.

-Miente -soltó mi madre, y fue como si las palabras estuvieran dirigidas a mí.

-No, señora Cleis, no miento. Qjalá mintiera.

-Quizá se haya entretenido.

A la voz de mi madre le faltaba convicción. Antiménidas contestó, con voz cansada:

-Pítaco nunca llega tarde, y mucho menos cuando su vida depende de la punttualidad.

-Claro que tienes razón. Es exactamente lo que él haría -dijo tía Helena.

Pensé en Frinón, atado y enmarañado en la red de un pescador entre dos ejércitos; recordé las palabras garabateadas en una nota desde Tróade:

-Estoy llegando rápidamente a la conclusión de que el único hombre sensible de la Ilíada fue Tersites. -Oí ese comentario divertido, con la erre ligeramente marcada-: No puedes comerte el honor, y el mundo ha cambiado mucho desde que enterraron a Aquiles.

-Si -opiné~ en voz baja- sí, es exactamente lo que él haría. Tía Helena me miró con mirada penetrante: por un instante existió una comprensión perfecta entre ambas. Antiménidas prosigtió:

-Si conozco a Pítaco, todavía tenemos hasta el alba para salir de Mitilene. Lo último que desea en estos momentos es tener que vérselas con sus, ~debería decir antiguos compañeros conspiradores? Mirsilo insistiría en ejecutarlos a todos, exceptuando quizá a la pequeña Safo aquí presente -me dirigió una alegre sonrisa- y esto dejaría claramente a Pítaco en un mal lugar. Pero si mañana estamos todavía en la ciudad, él no será ninguna alternativa. No tengo intención de dejarme crucificar por el simple placer de mermar su popularidad.

-Muy loable por tu parte -murmuró tía Helena.

-Debo decir que mi impetuoso hermano quería atacar de todas formas -que era justamente lo que Mirsilo esperaba que ocurriera. Habría tenido la excusa perfecta para una eje-

cución en masa, con Pitaco sentado a su lado, rascándose la barba, con aspecto de hombre juicioso.

-¿Alceo? -exclamé. Esto fue lo que más me sorprendió.

-Los poetas -respondió Antiménidas- no son famosos por ser consecuentes con sus actos, incluso cuando se llega a una lucha.

Mi madre dijo, con una voz desesperada, derrotada:

-Pero ¿por qué? ¿Por qué? -Nadie le contestó. Hubo un silencio momentáneo, violento.

Entonces Antiménidas carraspeó y anunció:

-Tenemos buenos amigos en Pirra, señora Cleis. Los guardias de la poterna del noroeste la dejarán pasar. Hay un carruaje y caballos esperando en la taberna de las Tres Mulas, en el camino de Pirra. Pero no hay tiempo que perder.

-No. No, supongo que no. -Parecía que a mi madre la hubiera abandonado toda su fuerza y energía-. Los niños, tengo que levantar a los niños. -Cogió una lámpara y salió, moviéndose como una sonámbula.

Antiménidas preguntó:

-Señora Helena, ¿qué hará usted?

-Me quedaré aquí, naturalmente.

-Ah. Su posición está protegida.

-Le recuerdo que también está libre de compromiso. -Sus ojos brillaron como dos topacios: había ira tras la diversión.

-Ya veo -dijo Antiménidas.

-Pensé que lo vería. Me temo que no comparto su debilidad por las causas perdidas.

144

145

Una hora más tarde estaba siendo sacudida en un carruaje lleno, incómodo, mirando fijamente las aguas del golfo iluminadas por la luz de la luna y las montañas elevándose en la oscuridad. Un solitario pescador nocturno, desafiando a la luna, formaba un punto de luz minúsculo en la lejanía hacia la orilla más distante. El aire de la primavera estaba cargado de perfume de aulaga floreciente. Bostecé, siempre consciente de la presencia de Praxinoa, fuerte, reconfortante, a mi lado, con Lárlico dormido en sus brazos. Frente a mí, mi madre dormitaba y murmuraba; Caraxo se sonó la nariz -tenía de nuevo uno de sus fuertes resfriados- y se encogió en la esquina como una pequeña lechuza destemplada.

Esto me está ocurriendo a mí, pensé, todavía sin acabármelo de creer. Me voy al exilio, huyendo como un ladrón en la noche. Entonces, de pronto, me di cuenta de que, lejos de sentir pena alguna, estaba verdaderamente excitada. Al fin y al cabo, no era como si dejáramos la isla: prácticamente no podías llamarlo exilio. Será ciertamente un cambio, me dije a mi misma. Y no hay muchas chicas de quince años que puedan decir que son exiliadas políticas.

El carruaje traqueteó durante toda la noche. Luego, yo también me dormí, mi cabeza sobre el hombro de Praxinoa. Dormía todavía cuando llegamos a nuestro destino.

Cada año el mar se adentra un poco más en Pirra. Su avance es lento, prácticamente imperceptible: y cuando menos se piensa, un día una solitaria cabaña se derrumba en el agua; la obra de albañilería se agrieta, se desprende y desaparece; o el práctico, al desembarcar del esquife, ve solamente cinco peldaños en las escaleras mohosas donde antes había seis. Las pequeñas olas rizadas del golfo besan inexorablemente los diques y las obras del puerro, minan unas gradas, un terraplén o un negro embarcadero corroído. La sal brilla en la hierba rastrera más arriba de la playa; los guijarros, grises y desgastados, están esparcidos entre las amapolas y la mostaza silvestre; al ser arrastradas a la tierra que hace de sostén, las raíces de los pinos enanos se agarran más lejos en la nada, huesos blancos, nudosos, desamparados, como las manos de viejos mendigos, extendidas, esperando tan sólo indiferencia o un seco rechazo.

Algún día, quizá, Pirra entera volverá al mar. Un día, los pececitos podridos del golfo curiosarán entre estas columnatas de pilares, y los repulsivos pólipos se encogerán, palpitando, donde ahora veo, al escribir estas palabras, gastadas losas de mármol cubiertas con blancas y vastas pieles de oveja, un arca cretense de marinero, chapada en hierro, una mesa lista para jugar al ajedrez, el perro de caza, grande y vigilante, acurrucado junto al hogar, con un ojo en el brillo del fogaril de hierro. O quizá -¿quién conoce la inescrutable mente de Poseidón?- el avance se detenga antes, y el apetito sin sentido del golfo se dirija hacia otro lado.

j

He vuelto aquí desde Mitilene por un impulso súbito, sin saber lo que buscaba, asustada por lo que podría encontrar. No he traído nada conmigo a excepción de un legajo de viejos recuerdos, las esperanzas y los remordimientos de dos años muertos hace mucho, que están perdiendo rápidamente su color. El tiempo se come mi pasado tan implacablemente -y con tanta indiferencia- como la marea clava la sal en el corazón de Pirra palmo a palmo. La tinta es ya ilegible en algunos sitios, las puntas del papel han empezado a volverse marro-

nes y a desmenuzarse. Nuevas caras, otras casas, miradas curiosas ajenas al reconocimiento al menos parcial. El olor dejábega y brea, pequeños peces brillando con un color azul plateado, como acero templado, en sus cestas de mimbre, conchas vacías esparcidas sobre los guijarros.

Ni siquiera les anuncié mi llegada a Ismene y a Agesilaidas: ¿qué hubiera podido decir en una carta? Además, estar sentada en casa -¿en casa?- y esperar una respuesta habría sido insoportable. Tardé una hora, no más, entre decidirme y actuar. (Me detuve en el altar de Afrodita, me chupé el índice y el pulgar, apagué con fuerza cada vela. La última, con un siseo y una crepitación tal, que me quemó la piel: una pequeña ampolla hinchada en la yema del pulgar queda apretada contra mi pluma mientras escribo.) El carruaje traqueteaba sobre piedras y baches como lo había hecho aquella noche bajo la luz de la luna hacía treinta y cinco años: ¿y cuánta sabiduría había acumulado? Cada curva de la carretera me era familiar: me sentí, de pronto y por unos breves instantes, como si el tiempo se hubiera eclipsado y yo, de nuevo una niña, nerviosa, asustada, sin experiencia, viajara hacia mi futuro insondable. Que es para una sola vez y que no se puede recuperar. Ismene dijo:

-Sabíamos que algún día vendrías, querida. Te estábamos esperando.

Aquí el tiempo es bondadoso conmigo. Estoy sentada durante horas hojeando viejas cartas y diarios (estos archivos de mis días de martín pescador, tan frágiles, tan tangenciales: ¿cómo recordar el color, la luz del sol?), mi mente corriendo en paz por esos senderos de verano, privados, que han estado tanto tiempo cerrados para mí. A veces camino, hora tras hora, entre las colinas, el manto suelto revoloteando por el fuerte viento de otoño, rastrojos de cereales o afloramientos altos de rocas donde rondan el milano y el águila ratonera, al acecho de su víctima. ¡Han cambiado tantas cosas! La ciudad parece más pequeña, más gris, más encogida, como si supiera de antemano de su propia destrucción final.

Pero algunas cosas no han cambiado y éstas las experimento con un reconocimiento transfigurador, una sensación de gratitud y asombro que no me puedo creer. Son mis piedras de toque del pasado, mis pruebas contra todos los demonios de la duda. Un día -sin saber apenas a dónde iba, dejando que mis pies me llevaran- crucé el puente y fui hacia arriba por aquel camino inmemorial que sigue la costa hacia el norte hasta Mesa: el ancho estuario con sus albinas, los retales dorados de los campos de cereales a lo lejos, las garzas reales solemnes y meditabundas, los tímidos caballos salvajes, la soledad.

Nadie recuerda cuándo la ciudad de Mesa fue abandonada. Sus casas se han ido desmoronando y derrumbando hasta que las piedras apenas se distinguen de las grises rocas de la ladera de la colina. Todo lo que queda hoy es el gran templo blanco de Afrodita, solo en esa vasta extensión, con su recinto tapiado y sus sacerdotisas de suaves peplos. Tampoco nadie conoce la antigüedad del templo; sus columnas son de madera, negras y agrietadas por el tiempo, ceñidas en muchos sitios con gruesos aros de hierro. Hay una imagen sagrada de la diosa que nadie puede ver excepto la gran sacerdotisa: la recubre tui velo durante todo el año, y en el santuario arden lámparas (lelante de ella. Naturalmente, suscita rumores. Cayó del cielo. Fue modelada por Hefesto para el hijo ilegítimo de Orestes, quien supuestamente colonizó Lesbos.

Alceo tenía su propia versión, muy característica, del secreto: según él, la estatua era tan tosca, tan ridículamente fea, que exhibirla en público desacreditaría de un modo indecoroso el culto a la diosa.

148 149

Mientras estaba andando por el camino del espolón entre el estuario y el templo, envuelta en el ruidoso silencio del cielo y del viento, el tiempo voló hacia atrás: una vez más, o claramente como tina realidad física que hubiera podido estar allí a mi lado, cómo esa voz joven, metálica, cruelmente alegre, disecaba mi mundo de mariposas con afilada malicia. Demasiado fácil para mí, herida por sus púas -y ruborizada por mi primer reconocimiento público y mi primer triunfo-, convencerme de que él hablaba simplemente por un pique de envidia: sólo más adelante conseguí darme cuenta de la desesperación, del odio hacia sí mismo que alimentaba su agresividad destructiva.

En el recinto del templo, el aire era cálido y tranquilo: los muros parecían retener un calor prolongado del verano, sin viento, soporífero. Me senté en el viejo banco de piedra bajo un plátano: nada había cambiado. Transparente como el cristal, el manantial todavía brotaba en su gastado seno de piedra y parloteaba por el mismo riachuelo embaldosado a través del manzanar. (¿Los campesinos locales pagaban todavía diezmos por los derechos de riego? Parecía poco probable que Afrodita -o su sacerdotisa- renunciara a una fuente de ingresos tan cómoda y provechosa.) En los pinos y cipreses de la arboleda sagrada, gorjeaban innumerables pajarillos: los granados se mezclaban ruidosamente con los gárrulos gorriones. Fuera, apenas una brizna de verde en las laderas de las colinas: el suelo estaba seco, oscuro, estéril. Pero aquí, en este lugar sagrado, el viajero o el devoto encontraría suave césped verde, regado a diario, protegido de los rayos más intensos del sol, un tranquilo oasis de paz.

Me senté allí a meditar durante unas horas. Nadie me importunó. No obstante, ahora me sentía, de alguna manera indefinible, una extraña, una intrusa. Una leve brisa sacudió las ramas sobre mi cabeza: las hojas susurrantes tenían una cualidad dulce, hipnótica. En un pequeño altar al lado del manantial, ardía temblorosa la llama del aceite de incienso en una lámpara: su olor -tan evasivo, tan penetrante- saturaba el aire cargado de otoño. Las palomas, las palomas de Afrodita, arrullaban con tanta insensatez como cualquier mujer estúpida en presencia del hombre al que adora; el agua parloteaba a lo largo de su arroyuelo con la terrible insistencia de un chismoso de pueblo.

Dormí allí un rato; luego, lentamente, regresé al camino de la costa. Descendí hasta los magníficos bancos del estuario, y bañé mi cara, mis brazos y mis pies en agua salada. El sol de la tarde brillaba todavía y ahora podía sentir una fina y delicada escarcha de sal en mis mejillas. Dos sementales negros y salvajes huyeron al acercarme yo; allá a lo lejos en el golfo podía ver el retal marrón triangular de la vela de una barca pesquera. Estaba sola, totalmente sola; y ahora, por primera vez, empecé a percibir la profundidad y el verdadero alcance de mi

soledad.

¿Cuánto tiempo había transcurrido desde que llegué en carro a Tres Vientos, aquel día para-no-olvidar-nunca? El huerto en la sombra, Mica inclinada sobre sus pinceles y pinturas, Atis columpiándose entre las ramas del manzano. «Oh, Atis, habría detenido el tiempo para ti si hubiera estado en mí mano. Para ti; para mí. Te amé una vez, Atis, hace mucho tiempo: me pareciste una niña pequeña, torpona.»

Ahora Ismene tiene más de sesenta años, y Agesilaidas está en los setenta. Ambos tienen abundante cabello blanco, grueso, cayendo desde la frente en forma de media luna; ambos están morenos como nueces por la vida que llevan al aire libre en el jardín, en el campo y en el huerto. Podrían pasar perfectamente por hermanos. Cuando murió Fancias -poco después del nacimiento de su hijo tardío, tan deseado- parecía que Ismene se quedaría viuda para siempre, luchando serenamente contra la adversidad para conservar Tres Vientos intacto. Pero cinco años más tarde, para sorpresa de todos, se casó con Agesilaidas.

Pareció, en aquella época, una elección de lo más inverosímil. Agesilaidas era un soltero de cuarenta y siete años, un diletante agradable, culto, con una renta particular para un buen pasar pero en modo alguno para despilfarrar. Tenía una pequeña casa en Mitilene y poseía propiedades en Pirra y sus

150 151

alrededores, donde su familia había vivido durante generaciones. Como muchos aristócratas amantes de las artes, sentía una marcada predilección por los chicos bien parecidos o con talento. Era más fuera de lo común, quizá, su modo de tratar siempre a sus preferidos con inteligencia, amabilidad y resuelta generosidad, de manera que continuaban siendo amigos mucho después de que cualquier relación física entre ellos hubiera terminado. Su interés por su bienestar se extendía a sus esposas e hijos; estaba siempre dispuesto a solucionar sus problemas, prestarles dinero (sin que apenas tuviera sobrante) o hablar a su favor con algún amigo influyente.

No frecuentaba, en general, los mismos círculos que Fancias, lo que hizo su posterior matrimonio con Ismene aún más enigmático. De vez en cuando -como la mayoría de ciudadanos razonablemente bien relacionados- era un invitado de Tres Vientos, pero sus verdaderos intereses sociales, como era de esperar, se hallaban en otra parte. Se codeaba con los brillantes escritores, artistas y políticos que prometían, y trataba a los simplemente bellos. No ambicionaba el poder para sí mismo, pero cada aspirante a estadista o con éxito parecía ser su amigo. (Tenía, por ejemplo, una relación inesperadamente íntima con Pitaco.) Evidentemente, conocía muy bien a Alceo. Fue él quien, con su generosidad característica, puso una casa a nuestra disposición en Pirra cuando fuimos desterrados de Mitilene y ayudó de mil maneras discretas a hacer más tolerables aquellos años de exilio. Agesilaidas era el centro, el lazo que nos mantenía a todos unidos; tanto era así, que cuando me enteré de su boda con Ismene (todavía estaba en Sicilia por aquel entonces) sentí, extrañamente, que yo le conocía mucho mejor que ella.

¿Qué la empujó a casarse con él? Todavía no lo sé con certeza. Quizá anhelara seguridad, amabilidad, consuelo, y se sentía incapaz de entregarse emocionalmente a un hombre de nuevo. Quizá supiera que Agesilaidas nunca le pediría algo que ella no quisiera realizar o que se viera incapaz de hacer. No podía pensar en ningún otro motivo, en aquella época; y no obstante, tengo que admitir que, tal como funcionan los matrimonios, este debe contarse como un éxito notable. Quizá Agesilaidas también tuviera sus razones, y éstas no fueran simplemente~ como decían los chismosos, un deseo de hacerse con Tres Vientos. Después de todo, tenía casi cincuenta años: debía estar empezando, como mucha gente en su situación, a sentir el frío mordisco de la edad y la soledad.

Ahora, veinticinco años más tarde, él e Ismene están en perfecta armonía: perciben el estado de humor del otro casi antes que el suyo propio, y el amor entre ellos es afectuoso, permanente, tangible. Hacen que una habitación sea más luminosa por el simple hecho de estar allí.

Así que nos contemplamos bajo la luz de la lámpara al anochecer, sentados hasta tarde, nosotros tres, delante de un vaso de buen vino de Samos, caminando con precaución por entre nuestros recuerdos comunes. Hay mucho de lo que no se puede hablar, ni siquiera hoy.

Agesilaidas coge un higo del plato que tiene delante, lo peña pensatí~ro.

-Me acuerdo de la mañana en que tú y tu madre llegasteis aquí por primera vez, Safo. Estabas desgreñada y soñolienta, como un pequeño pajarillo. Y bastante malhumorada.

-Debí ser un incordio.

Él sonríe.

-¿Sabes, qtérida, que todavía no has perdido esa costumbre de disculparte? ;Qué raro! Y bastante conmovedor.

-Podría haber sido ayer, ;has cambiado tan poco! -dice Ismene.

Lo dice en serio. Ismene, ;eres tan buena, tan generosa! ¿Por qué no me odiarás un poquito? Deberías odiarme.

-La luz de una lámpara siempre ha sido bondadosa conmigo -digo, y me echo a reír.

--Todavía tienes el retrato de Mica? -pregunta ella.

-Claro. Fancias tenía razón: me fue a medida.

Hay un silencio breve, afilado.

--Cuándo viste a Mica por última vez? -interrumpe

Agesilaidas.

152 153

-No lo sé... hace dos, tres meses, quizá.

--Cómo está, Safo? -pregunta Ismene.

-Está muy bien.

La señora Mnasidica es rica, popular, con éxito: una anfitriona de la sociedad de moda. Su nombre no se abrevia jamás. Ha dejado de pintar retratos.

-Debe de estar muy ocupada -opina Ismene.

-Si.

-Claro, casarse con Melanipo supuso una gran diferencia.

Agesilaidas dice rápidamente (como si supiera lo imposible que me resulta responder a esta pregunta -es una pre-

gunta, claro- con cierto grado de honestidad):

-Supongo que, por lo que oye uno, Melanipo no ve a Alceo tanto como solía.

Terreno peligroso éste. Respondo, seleccionando mis palabras, haciendo algo así como un chiste:

-Alceo se ha convertido en... una especie de solitario. Pero también yo.

Intercambian una mirada rápida. ¿Qué saben ellos? ¿Qué están pensando?

¡Melanipo y Alceo estuvieron una vez tan unidos!

-Agesilaidas sacude la cabeza con tristeza. Es difícil para él, incluso ahora, admitir que relaciones personales, una vez establecidas, puedan llegar a un punto final.

-Sí. Lo sé.

-Ese viejo escándalo, ese poema a propósito de tirar su escudo, lo escribió para Melanipo. Pensó que quizá le divertiría. Y ¿sabes?, amaba a Melanipo. Éste podía hacer de su cobardía algo soportable.

-¿Que ~

-¿Esto te sorprende? ¿Acaso nunca te diste cuenta de lo amargamente avergonzado que estaba Alceo de su acción?

¿Tanto que tuvo que crucificarse a sí mismo públicamente con un chiste malo?

La voz de Agesilaidas desfallece. Para asombro mío, veo cómo sus ojos brillan anegados de lágrimas. Ismene le coge la mano en silencio.

Algo -la culpabilidad, quizá- me empuja a decir:

-Lo siento. Desearía poder ayudar a Alceo yo misma. Los dioses saben que si alguna vez ha necesitado amigos es ahora.

Pero hay... -las palabras se encallan en mi garganta.

--Motivos personales?

-Sí. -Respiro a fondo-. Motivos personales. -Esas palabras crueles, inolvidables, como un conjuro, retumban en mi cerebro: Alceo debe de estar riéndose al oír las cantar en las tabernas del puerto, son su última y mejor venganza. «Yo una mujer a punto para la compasión, yo que toda desgracia he atraído.» También han cantado mis canciones, antes de ahora; no puedo esperar clemencia. Sé (¿quién mejor que yo?) lo crueles que pueden ser los hombres. «Una dolorosa angustia me embarga, en mi corazón asustado el bramido (cruels, demasiado crueles) del cielo trae lujuria y locura.» Cargos aún más irritantes por ser verdaderos. He perdido mi sentido del humor y mi dignidad al mismo tiempo. Con las tretas de Afrodita llegó mi ruina.

Ismene pregunta:

-¿Fuisteis siempre enemigos? Soy incapaz de acordarme de alguna época en que vosotros dos no estuvierais riendo o calumniándoos uno al otro. Y sin embargo en una ocasión pense...

-Nos gustaba pelearnos, de una manera un tanto curiosa -contesto rápidamente-. Pero éramos íntimos, ¿sabes? No puedo explicarlo muy bien...

(Un fragmento de una conversación olvidada hace ya mucho tiempo flota en mi mente: «No te gusto, ¿verdad?». «No, no demasiado.» «¿Por qué?» «Quizá nuestros temperamentos sean demasiado parecidos.»)

-No importa, querida -dice Ismene-. Lo entendemos.

El intolerable peso de su compasión. El modo cuidadoso con que los dos intentan evitar hacerme cualquier pregunta que pueda herirme o resultar inquisitiva: qué ha ocurrido entre Cleis y yo, cuáles son mis planes inmediatos, cuánto hay de cierto en todos los rumores que han oído. El futuro se

extiende delante de mí, desierto, gris, sin sentido. El sueño es la única panacea.

154 155

Pero el sueño no llega. Estoy tumbada y me revuelvo sin descanso, mi mente roe el pasado como una rata enjaulada. El aire cerrado me sofoca, las sábanas rozan mis extremidades, aunque el otoño esté ya muy avanzado. Me levanto y abro los postigos de golpe. La luz de la luna entra, el perfume de la albahaca, el grito de una lechuza cazando. ¿Por qué tiré el nepente que Alceo trajo de Egipto? ¿Miedo? ¿Orgullo? Ahora sería más que bienvenido. ¿Qué fue lo que nos unió en esa medio burlona e interminable enemistad? ¿A qué profundidad estaba la máscara?

Estaba: en él en pasado, como si ya estuviera muerto. Lo que Agesilaidas me contó me choca más de lo que sería capaz de admitir. Quizá, si soy honesta, lo que encuentro más desconcertante es mi propia falta de perspicacia. Si fui incapaz de percibir esa vergüenza, si interpreté la ironía y la sofisticación literalmente, entonces ¿cuán profundamente equivocado, en lo esencial, puede haber estado el juicio que me merecía su persona? Y si tengo que revisar mi juicio de su persona, ¿no estoy entonces condenándome también a mí misma?

Cuando pienso en ese viejo amargado y canoso, tan patético en su borrachera y su derrota, temo por mí misma. Una parte de su culpabilidad recae sobre mis hombros; tengo que compartir la responsabilidad de haberle convertido en lo que es. Me pidió ayuda a gritos en su desgracia y yo era demasiado joven, demasiado cruel, demasiado centrada en mi misma para entenderlo o preocuparme. Así es la censura de fácil y satisfactoria. Ver a Agesilaidas con Ismene es una dura lección para mi orgullo, incluso ahora.

¿Tengo siempre que destruir o ser destruida? ¿Fue la larga primavera y el verano de mi felicidad una ilusión? ¿Me atrevo a mirar atrás a través de los años?

En el jardín en declive hay un agradable estanque de adorno, con dos tazas poco profundas en el centro: el agua mana perezosamente de la boca de un alegre y pequeño cervato de bronce, que soporta sus manchas verdinegras y su aspecto general de negligencia con aparente ecuanimidad. Bajo las malas hierbas agitadas~ a través de una translúcida superficie verde opaca, los peces vibran y bullen como destellos de fuego. Generalmente, el jardín está un poco descuidado: hay que podar los setos, las malas hierbas brotan entre las piedras, y en el huerto las berzas crecen por doquier, y los ciruelos y manzanos exigen la poda. La última de las rosas llevada por el viento, pétalos de cera en la hierba. Puedo ver a mi madre intentando estar en todo: barrer, limpiar, quemar, poner orden. No se puede confiar para nada en los solterones, reza su frase favorita. Ni tan siquiera el exilio es capaz de reducir su pasión por organizar la incompetencia universal del mundo.

Agesilaidas dice disculpándose:

-Me temo que las cosas se me escaparon un poco de las manos, señora Cleís. Lo hice lo mejor que pude disponiendo con tan poco tiempo de antelación. -Se pasa una mano

por su melena ondulada, gris oscura, y dirige una sonrisa extremadamente encantadora a mi madre. Alceo nos ha acompañado en nuestro recorrido de inspección: su evidente intimidad con Agesilaidas es un poco violenta. Ahora, desde detrás de mi madre, me dedica un breve guiño, como de complicidad.

-Todo lo contrario, es encantador. Te estamos verdaderamente agradecidas -responde mi madre. Esta es su voz melosa educada, ahora acentuada por el sentimiento de estar en deuda: en el pasado, ha dejado helados a hombres inferiores, pero Agesilaidas apenas levanta una ceja durante un instante y continúa sonriendo-. Querida, de ningún modo podíamos permitir que te alojaras en un sitio tan minúsculo. Especialmente -continúa mi madre-, cuando tenemos una celebridad local en la familia. -Su peplo susurra como Medusa sobre las losas.

Agesilaidas piensa claramente que es mejor ignorar este comentario. La coge del brazo.

-Quizá te gustaría venir y dar un vistazo conmigo a las habitaciones del alojamiento y mejor que te presente al mayor domo, es tina criatura muy irritable, pero se pone de muy buen humor cuando hay arrendatarios. -Con gran habilidad

157

156

la acompaña de nuevo a la casa; Alceo y yo nos quedamos contemplando el estanque verde y profundo, viendo el ir y venir de los peces.

Ladea la cabeza, me valora.

-La de las trenzas con violetas, la sagrada, la que sonrío miel, Safo -pronuncia lentamente: ha elegido tres epítetos tradicionales para Afrodita-. Tienes una mirada en tus ojos muy parecida a la de una diosa, querida. A veces me aterroriza.

-Luego, con una voz distinta, apartando su vista de mí y fijándola en el estanque, prosigue-: Hay algo que me gustaría contarte. No sé cómo. -Separa las manos: el gesto tiene un sutil toque de derrota-. Podrías ayudarme, si quisieras. No hay nadie más.

Silencio. Por fin le incito:

-Entonces, dime.

Hay una aflicción extrema en sus ojos.

-Me da vergüenza. No puedo.

Todo mi ser se acobarda ante él: miedo, desprecio y turbación fluyen en mí, me vuelvo cruel como autodefensa.

Me oigo responder, con una voz fría, pedante:

-Si hubiera algo decente, algo honorable que quisieras decirme, no te sentirías avergonzado, hablarías abiertamente. Pero tus ojos son como los de un perro enfermo, llenos de suciedad.

Se pone en pie, con un gesto brusco, nervioso: su cara está completamente limpia, es una fría máscara inexpressiva.

-Perra -dice, y la palabra es aún más fea al ser pronunciada sin calor, con un aire de cansada indiferencia-. Perra insensible y cruel. Todas sois iguales. Todas. -Entonces da media vuelta y se aleja velozmente hacia la casa. Para ser un hombre tan corpulento y fornido la levedad de su paso es sorprendente: podría ser un bailarín consumado.

Me inclino junto al estanque y mi reflejo me saluda: la luz del sol destella tras esos ojos oscuros, los peces se mueven a través del verdor encarcelado de ese cráneo tembloroso. Me estremezco levemente; pero es un día cálido, un nuevo poema se ha empezado a formar en mi cabeza, y bajo la presión de esa

158

excitación absorbente todo lo demás queda pronto a un lado y -al menos de momento- olvidado.

La escritura de Meg es como su personalidad: elegante, bien controlada, pero de vez en cuando estalla en florituras y rasgos exagerados. Me resulta extraño, todavía, recibir una carta suya, un recordatorio tangible de su ausencia, romper el sello sabiendo que aunque Mitilene no está a más de veinte millas de distancia no puedo volver allí. Extraño, y un tanto irreal. Aún no he aceptado, emocionalmente, el hecho de mi exilio. Me escribe:

Querida Safo, me encantó verte, aunque fuera sólo por poco tiempo. Deberíamos estar agradecidas a la diosa, al fin y al cabo era su festividad. Me quería quedar durante más tiempo -es decir, no hay ninguna ley que nos prohiba ir a Pirra, ¿no?-, pero mamá dijo que no, que era muy desaconsejable, y cuando mamá habla así, no hay nada más que discutir.

Esto es francamente interesante. El último adjetivo que una emplearía para con tía Helena, por lo general, es el de precavida. Pero se comportó de una manera, si no exactamente fría conmigo durante su visita, al menos un poco comedida: su espontaneidad afectuosa y natural se había moderado, parecía estar actuando en público. ¿Qué es concretamente, me pregunto, lo que estará tramando ahora?

La noticia más extraordinaria, me olvidé completamente de ella cuando estuve en Pirra, ¡estaba tan emocionada de verte!, es que Ismene, después de todos estos años, ha tenido -adivina qué- ¡un hijo! ¿Te lo puedes creer? Fancias, claro, está en el séptimo cielo, y me han dicho que tiene un nuevo brillo en su mirada cuando cabalga por la hacienda.

(Así que él tuvo más suerte que el resto de nosotros. ¿O tampoco él acudió a la cita aquella noche? No, Fancias no. ¿Una

159

advertencia anónima, entonces? ¿De quién? ¿Y por qué motivo oculto? No quiero pensar en ello.)

Han llamado al niño Hippias, por el padre de Fancias. Todo Mitilene fue a Tres Vientos a la ceremonia de imposición del nombre. Nunca había visto tantos miembros del gobierno en un sitio al mismo tiempo. El mismísimo Mirsilo estaba allí y, realmente, me pareció un hombre bastante simpático, quizá un poco triste y riguroso, pero nada más.

(Recuerdo, con un cierto sabor irónico, lo que Pitaco me escribió una vez a propósito de Periandro de Corinto: que no comía niños antes del desayuno.)

Intenté odiarle por ti, querida -¿sabes?-, pero fue difícil: simplemente no había nada en lo que pudiera fijarme. Exactamente igual que esas pequeñas nueces duras y redondas que intentas morderías y no puedes por su superficie lisa e impenetrable: quizá sea esa la razón de su éxito, no lo sé.

Hay veces que encuentro a Meg tan irritante que sería capaz de chillar.

La única persona que logró desconcertarle fue ese joven rico que es amigo de Alceo: Melanipo. ¿Le conoces? Terriblemente aristocrático y endógamo en no sé que grado, muchas generaciones de matrimonios entre primos carnales a juzgar por su aspecto, nariz larga, manos largas, y ese pelo liso, color paja. Mirsilo le estaba hablando de arte, y contándole lo importante que es para un gobierno fomentar el talento; algo sobre el Estado haciéndose cargo de las responsabilidades de los patrones nobles en una democracia, cosa poco diplomática cuando piensas con quién estaba hablando. «En tal caso -murmuró Melanipo, mirando por encima de su nariz-, ¿no es un poco perverso desterrar a sus mejores artistas?» No pude oír lo que Mirsilo respondió a continuación, pero parecía bastante enfadado.

Pitaco estaba allí, claro, con un aspecto impresionante con el traje de su nuevo cargo, y sin beber casi nada, supongo que cree que ahora debe dar un buen ejemplo. No, claro, no debes de haber oído la noticia: ¡ha sido elegido presidente adjunto con Mirsilo! Esto fue una gran sorpresa -quiero decir que cuando piensas en su carrera hasta ahora, apenas te lo puedes creer, ¿no?-, pero he llegado a la conclusión de que la votación del Consejo fue casi unánime, y todos los invitados de Tres Vientos estaban encantados, o dijeron que lo estaban, y tuvimos un montón de brindis y discursos de felicitación, y verdaderamente, hacia el final hubieras pensado que era la imposición del nombre de Pitaco... dejaron al pobre bebé muy al margen. De todos modos, Ismene casi no pudo quitarle los ojos de encima, incluso para ser educada con los invitados importantes, así que supongo que no importó.

Mica tuvo un gran éxito; de pronto ha crecido mucho (es extraordinaria la diferencia que puede suponer un año) y se pasó horas en una esquina hablando de pintura con Melanipo, mientras todas las mamás que tenían hijas en edad de casarse estaban sentadas con el ceño fruncido, excepto nuestra mamá, claro, que estaba demasiado ocupada en fijarse en dónde estábamos Telesipa y yo. Parece haber abandonado la religión por la política (¡esto sí que suena poco amable!) y se pasó casi todo el tiempo seduciendo; de entre todos los invitados, escogió a Mirsilo. Últimamente está de un humor extraño, estoy un poco preocupada por ella.

No hay más noticias interesantes de aquí. Hermeas y Agenor y Telesipa te saludan cariñosamente. Todos te echamos mucho de menos, Safo, querida. Mamá dice que site comportas y te mantienes alejada de las malas com-

pañías (¿qué quiere decir con eso?) pronto te permitirán regresar a casa. Cuando le pregunté cómo lo sabía, sen-

160 161

cillamente sonrió y respondió: «Información privada~>.
Así que, por favor, querida, ve con cuidado. Espero impaciente tu vuelta, todo está muy silencioso y vacío aqtí sin ti. Con todo mi amor,
Meg

Al recordar más de treinta años después y releer esta carta con todo el conocimiento posterior que comporta la experiencia, me cuesta revivir el preciso estado de tristeza y enfado en el que me sumió. No puedo, creo, más que insertar, palabra por palabra, lo que escribí en mi diario en aquella época, exageración adolescente y todo lo que se quiera. Por lo menos puede que explique algunos de mis comportamientos posteriores.

La desesperación nubia mi mente: el color del mundo a mi alrededor se desangra, casas grises se inclinan sobre mi cabeza al caminar. Lengua entumecida, zumbido en los oídos, náuseas. ¿Es que no habrá fin a estas traiciones? Pitaco, por lo menos lo puedo entender, es un comerciante tracio, listo, sin principios, ordinario, ambicioso, un hombre sensual de apetitos vulgares, que vendió los ideales que tenía a cambio de poder. Pero tía Helena (intento sacar otro significado de la carta de Meg; es inútil, la verdad está allí, ineludible), tía Helena a quien he adorado e idolatrado y amado como jamás podría amar a mi propia madre, ¿cómo pudo ella hacer algo así? El brillo y la fe están empañados, perdidos en un vil laberinto de conveniencia, transigencia, vanidad, codicia. Pase lo que pase, por imposible que parezca nuestro objetivo, aquellos de nosotros que quedamos debemos, si, debemos agarrarnos con fuerza a la verdad. Y la verdad, al fin y al cabo, no tiene sentido sin acción. Por primera vez, estoy orgullosa de ser una exiliada.

Todo esto se lo solté -herida, confundida, enfadada, orgullosa- a Antiménidas: no había nadie más -mi madre en la que menos- en quien pudiera confiar, y sin embargo el destierro hacia doblemente imperativa la necesidad de compartir. Antiménidas me escuchó con mucha paciencia, y luego observó:

-Así que ahora empiezas a entender.

-Creo que sí. -Los peces vibraban estúpidamente en su estanque el jardín hundido era un lugar excelente para la intimidad sin escándalo.

-En cierto modo, no puedes evitar admirar a Pitaco. Esto es lo peor de todo. -Antiménidas lanzó un guijarro al agua y permaneció en silencio un instante mientras los círculos concéntricos se alejaban del lugar del impacto-. ¿Sabes algo de sus negocios con el rey Aliates de Lidia?

Sacudí la cabeza. Antiménidas me dedicó una de sus sonrisas más duras y enigmáticas.

-Pues bien, Pitaco consiguió sacarle ni más ni menos que dos mil monedas de oro; un éxito nada despreciable.

-¿A cambio de qué?

-Oh, vamos, Safo: a Aliates no le gusta la idea de Mirsilo más que a cualquiera de nosotros. Ese dinero era para financiar la revolución en Mitilene. No dudo de que Pitaco le prometiera algunos monopolios comerciales muy rentables cuando se restaurara el Consejo de Nobles.

-, Y dónde está el dinero ahora?

-Toma, en la tesorería en Mitilene: ¿dónde si no? Le proporcionó a Pitaco lo que podríamos llamar su cuota de entrada en el gobierno de Mirsilo. -Solté una risilla tonta a mi pesar-. Lo sé -continuó Antiménidas-, lo sé: esto es lo que quiero decir. No puedes resistirte a ese viejo zorro: es indignante.

-Pero Aliates no lo encontrará tan divertido -dije.

-Claro que no. Su embajador ya ha entregado una noticia muy dura a Pitaco. Fijate que se tenía que expresar en términos generales: a nadie le gusta admitir que está sobornando a un partido censurable. Pero el resultado fue lo bastante claro para cualquiera con conocimiento de causa; Aliates quería que le devolviera sus dos mil monedas de oro o de lo contrario insinuaba todo tipo de consecuencias indecibles...

-¿Y qué hizo Pitacor

162

163

-Le dijo a Aliates, a través de su indignado embajador, que se fuera a tomar viento.

--Viento?

Antiménidas hizo un ruido grosero y expresivo con los labios fruncidos.

-Oh. Ya veo.

-Un incidente muy bien escenificado, ¿no crees?

Justamente ahora, Pitaco necesita ganar popularidad. Esto fue como bajado del cielo, no le costó nada.

-Pero seguramente se arriesgó demasiado ¿no?

~Arriesgarse? No se arriesgaba nada, y él lo sabía. Aliates no irá a la guerra por un mero insulto, tiene más sentido comun. Además, dentro de uno o dos meses un enviado con órdenes concretas viajará muy discretamente desde Mitilene a Sardis e intentará por todos los medios persuadir a Aliates de que Mirsilo es una hiente de comercio tan buena como el Consejo de Nobles. Aliates se agarrará a un clavo ardiendo con tal de que se le permita recuperar sus dos mil monedas de oro; así que supongo que el proceso de persuasión será bastante sencillo.

~Y Pitaco tenía planeado todo esto de antemano?

-No tengo ninguna duda al respecto.

-Pero...

-Oh, va sé lo que vas a decir, Safo. Es vergonzoso, vulgar y deshonesto. Es el fin de la virtud y del buen gobierno. Estoy de acuerdo. Y por ello continuaré luchando.

Permaneció un momento en silencio: las arrugas y las sombras de su cara prematuramente envejecida parecieron ahondarse. Dijo con pesimismo:

-Quizá morir luchando es lo único que nos queda.

-No es posible que creas eso. No puedes.

~Crees que quiero? ¿Crees que es fácil afrontar la posibilidad de que nuestras tradiciones y creencias, todo nuestro estilo de vida, esté al borde de la destrucción? -Se puso en pie cerrando los puños con fuerza-. Cuando miro a Pitaco, veo

-tragó saliva- cómo será nuestro mundo muy pronto: un mundo gobernado por el lucro, no por el honor; un mundo donde el oro tiene más poder que la espada, y los juramentos se prestan a ser violados; un mundo de banqueros atocinados y comerciantes nacidos pobres con ambiciones viles y sórdidas. Si eso es lo que los dioses nos tienen reservado, no quiero nada de ellos.

-¿Crees que tenemos alguna oportunidad? ¿Honestamente? -le pregunté.

Nuestros ojos se encontraron unos segundos.

-Si -contestó Antiménidas-, tenemos una oportunidad.

-Entonces ya es suficiente.

Asintió. Añadió:

-Tu mundo también está amenazado: tienes razón.

-Mi mundo es el tuyo, Antiménidas.

-Quizá. ¿Dirías que también es el de mi hermano? -Su voz tenía un cierto matiz irónico. Me ruboricé-. No tienes que ser tan antipática con Alceo, ¿sabes? Especialmente ahora. El es demasiado... vulnerable.

-Preferiría no hablar del tema.

-Qué dura que llegas a ser a veces: es una advertencia para los imprudentes. El invierno pasado te dije que eras una arpía rapaz, y tenía razón. -Sonrió para dibujar el aguijón de este último comentario-. Pero Alceo es terriblemente infeliz. Necesita vida de ciudad, vida pública, más que cualquiera de nosotros. Está bebiendo mucho. Su trabajo es..., en fin, no ha escrito casi nada, y eso, ya sé que no soy un juez, pero...

-¿Qué me estás pidiendo?

Antiménidas dijo:

-Es mi hermano. Tengo una especie de responsabilidad para con él. Sus asuntos emocionales son problema suyo, lo sé. Sin embargo -se detuvo, respiró a fondo y prosiguió-: Quiero que pares de herirle. Sólo eso. Puedes herir a la gente más de lo que te imaginas, Safo. Tienes una especie de crueldad dura e inocente que asusta aún más por ser, muy a menudo, bastante inconsciente. No te estoy pidiendo que le ayudes, aunque podrías, y en este momento no creo que pueda nadie más. Sencillamente déjale en paz.

-Por favor. No quiero hablar de ello. Haré lo que pueda.

-Es lo único que pido.

¡64 165

--Y tenemos una oportunidad? ¿Lo crees de verdad?

-Si.

-Entonces debemos vivir con la esperanza.

-Es nuestra última oportunidad -anunció Antiménidas, y escupió sobre el pavimento de mármol.

Así pues, una noche de verano bajo la luz de la luna, un grupo de rebeldes aristócratas asaltó y tomó la ciudadela de Mitilene. Pero no pudieron prender ni a Mirsilo ni a Pitaco y no mantuvieron su posición durante mucho tiempo. Los ciudadanos, que debían haber acudido en masa siguiendo la bandera liberadora, se mostraron indiferentes o enérgicamente hostiles. Al mediodía de la mañana siguiente los atacantes eran asediados en la ciudadela, con poca agua y menos comida. Al atardecer Mirsilo les expuso las condiciones de la rendición. Podían,

por lo menos, rechazarlas. Mirsilo les dejó reflexionar durante la noche y atacó con sus tropas más aguerridas antes del alba.

Cicis, el hermano de Alceo, fue empalado en la puerta de la cámara del Consejo con una jabalina, y estuvo allí colgado durante varias horas, perdiendo la vida en una lenta agonía. Y Faniás murió luchando al lado de los mejores espada-chines de Pirra, finalmente derribado y cortado en pedazos por un guardia ebrio de sangre, en contra de las órdenes de Mirsilo. Clavaron su cabeza en la puerta de la ciudad y enviaron el cuerpo mutilado a Tres Vientos para que allí fuera enterrado. Pero Alceo y Antiménidas y una docena de hombres más se rindieron; y luego, en la alejada Pirra, vimos llegar un destacamento de tropas de Mitilene a nuestra casa y supimos que habían venido a por nosotros. El Consejo de Pirra no presentó ninguna protesta: no se atrevían. Demasiados ciudadanos suyos yacían muertos entre los rebeldes derrotados.

Habíamos tenido nuestra última oportunidad.

En la casa nada ha cambiado: es como si nunca hubiera dejado Mitilene. Cuando entré en el vestíbulo por la puerta principal, envuelta en mi manto de viaje de color azul oscuro, todavía encapuchada para protegerme de los fuertes vientos otoñales, Escíflax me dedicó la misma leve reverencia, el mismo saludo monosilábico, como tiene por costumbre después de mi caminata habitual de media tarde. Apolo se desperezó, gruñó enfurruñado y se dispuso a dormir de nuevo. (Como portero y perro guardián forman una pareja ridícula. ¿Pero qué tienen que vigilar?) Vacilé al final del vestíbulo, como si buscara algo. La casa era cálida y estaba bien aireada; podía oír voces en las cocinas, y noté en mi nariz -por encima de las esencias más cercanas de cera, cal y espliego seco- el ligero y delicado aroma de un estofado a las finas hierbas, cocido a fuego lento.

¿Entonces qué? ¿Qué faltaba?, ¿qué ausencia intangible importunaba mi mente con aquel dolor sordo y persistente?

Mis ojos se posaron sobre cada uno de los objetos familiares, desde las dos altas jarras atenienses hasta mi vieja silla del vestíbulo, escrupulosamente encerada, con la madera carcomida y las moladuras agrietadas: quería tocarlo todo para tranquilizaríne, eran amuletos. (No obstante, las jarras nunca me gustaron demasiado: su dibujo lo habría podido diseñar un niño loco con un talento precoz para la geometría, y sólo las guardaba -o eso me decía a mi misma- porque eran un regalo de Periandro. Lo que, si una se para a pensarlo, sería una razón igualmente válida, para mi madre y para otros como ella, para

166

167

VIII

evitar tener objetos tan destartados en casa.) Pero ahora los amuletos me fallaban: no tenía defensas. Aquello era el vacío, el no-ser. Las lágrimas se acumularon en mis ojos, sentí un vago malestar. Y entonces, de pronto, le puse nombre: no había sensación alguna de regreso al hogar.

Me detuve en la galería superior, a continuación abrí de par en par la puerta de la habitación de Cleis. Los postigos aún estaban medio abiertos y la luz del ocaso inundaba el interior, iluminando el desorden de tantos objetos. Y entonces vi uno añadido: una escobilla vacía al lado de la cama, un inon-

toncito de polvo grisáceo. De nuevo, irracionalmente, estuve a punto de llorar. Salí rápidamente, pasillo adelante, con los dedos cerrados sobre los pulgares, el gesto desesperado y reflexivo de tina niña desgraciada.

Cuando nos condujeron a la gran antecámara pública fuera de la cámara del Consejo, lo primero que me impresionó fue el agujero manchado y astillado en la gran puerta claveteada, un feo desdoro entre los delfines dorados. Era como si Mirsilo lo hubiera dejado allí deliberadamente: un mudo recordatorio, un triste retazo de realidad para revolucionarios sensibles y poco prácticos. Pensé que allí, donde la luz del sol se llenaba de motas de polvo, allí junto a los pilares de mármol, hacia tan sólo unos días un hombre había muerto cruelmente, un hombre a quien conocía bien, un ser vivo, un ser que respiraba. Estaba allí colgado, como un pez en el asador, en una agonía que soy incapaz de concebir, hasta que la muerte liberó sus entrañas y cubrió de polvo sus ojos apagados. Ysin embargo yo, al ver las marcas de aquel sangriento tormento, tan sólo puedo sentir alegría, agradecimiento por la vida que aún fluye tan turbulenta por mis venas.

Estaban allí esperándonos un pequeño grupo desafiante, rodeado por los guardias de Mirsilo: Alceo, Antiménidas y los demás -no más de una docena en total-, quienes en su apuro, por motivos varios, habían preferido rendirse antes que morir. Al mirarlos, sentí la culpabilidad como una puñalada: mi madre y yo sólo habíamos sufrido arresto domiciliario, mientras que los demás -era demasiado evidente- acababan de salir de las celdas de la prisión de la ciudad, sucios, descuidados, todavía con las ropas que llevaban cuando fueron arrestados, todavía con manchas de sangre en el manto o en la túnica. Antiménidas tenía la cabeza envuelta en una venda mugrienta; otro hombre se apoyaba pesadamente en una muleta improvisada. Eran una visión impresionante. Me imagino que Mirsilo les impidió deliberadamente el acceso a la ropa limpia, al barbero e incluso al agua para lavarse: cuanto más repugnante y ridículo fuera el aspecto de estos rebeldes aristócratas, mejor.

Noté cómo mi madre se erguía a mi lado, sentí su instintiva repulsión y la expresión -demasiado familiar- de desprecio con que se la identificaría enseguida. Alceo me dedicó una sonrisa triste y forzada: Antiménidas, la cara blanca, tenía la mirada fija lejos de nosotras, en las puertas de la cámara del Consejo. Aquella señal negra y áspera de la madera se abría como una herida abierta. Nadie dijo nada a nadie, ni siquiera como saludo: ¿qué palabras podían ser las apropiadas? Entonces las puertas se abrieron de par en par, las pesadas bisagras de bronce chirriaron, y avanzamos hacia la cámara del Consejo, sobre mosaicos de peces y pájaros y niños bailarines, con las pisadas de hierro de los guardias resonando a nuestro alrededor, para afrontar la justicia de Mirsilo.

Hoy, milagrosamente, el calor y la luz han vuelto. Bajo el brillo implacable del sol, el color de las viñas y los pastos se agostan, el aire adquiere un resplandor trémulo, hay una calina en la atmósfera. Aquí en Mitilene los campesinos lo llaman el «veranillo»: ahora, entre la vendimia y la recolección de la aceituna, tienen un breve respiro en sus labores. Unas cuantas cigarras prolongan el verano con canto monótono en el plátano. Mis contraventanas están abiertas de par en par: cuando me inclino hacia fuera, respirando el aire de la mañana, mi mirada se posa sobre dos nidos de golondrina bajo el alero, blandos

conos de barro y ramas entrelazadas, ahora vacíos, abandonados hasta la primavera. ¿Por qué esta visión tan típica me perturba tanto?

168 169

Quizá les envíe a estos pájaros su libertad, este misterioso impulso migratorio que les lleva a través de mares y fronteras, su equilibrado sentido del destino, su ligera indiferencia hacia las leyes y limitaciones humanas. No obstante, pensar en ellos me deja intranquila, ansiosa, llena de temibles premoniciones. Son un recordatorio de mi mortalidad; ¿cuántas veces más les veré regresar en primavera? Puedo crear poesía de esta libertad, de esta indiferencia; sin embargo, en mi inconsciente siempre veo, más que un pájaro, la Filomela violada y sin lengua, agitando como loca al recordar el monstruoso banquete, el hacha, la sangre, la simple metamorfosis.

Regresa en primavera la hija de Pandión: su libertad una ilusión, su indiferencia engendrada por la desesperación, su elocuencia originada por la culpabilidad y la histeria. ~Acaso soy yo, acaso puedo ser yo más sabia o más feliz que Filomela? ~Acaso debiera envidiar a la golondrina?

Mirsilo y Pitaco estaban sentados uno al lado del otro, en unas sillas doradas, de respaldo alto -no se podían llamar exactamente tronos-, colocadas en un estrado al fondo de la cámara. Sobre las sillas colgaba un toldo escarlata, y sobre el toldo dos banderas cruzadas: el estandarte que Pitaco había llevado durante su campaña en Tróade, con el delfín negro ahora raído y los colores desteñidos; y un nuevo y resplandeciente emblema, dividido en cuarteles con enjambres de abejas, gavillas de trigo y delfines, bellamente tejido de color escarlata, negro y oro. Esto, presumiblemente, era la nueva bandera oficial de la ciudad: recuerdo haber pensado -incluso en aquel momento dramático- lo vulgar que parecía. Quizá Mirsilo, en un arranque de celo cívico, la hubiera diseñado él mismo.

La cámara del Consejo estaba casi llena. Detecté una cierta turbación en el aire al avanzar nosotros entre las filas de bancos: ¿era, me pregunté, por nosotros o por ellos? Por el rabillo del ojo reconocí a Dracón: esbozó una media sonrisa y luego apartó rápidamente la vista. No podía echarse en cara. Cuanto antes se deshicieran de nosotros y todo el desagradable episodio se olvidara, más feliz sería todo el mundo. Lo podía ver en sus rostros. Tenían los ojos fijos en el suelo, tosían, hablaban en susurros, se agitaban nerviosos e incómodos mientras esperaban que empezara la audiencia. Me di cuenta de que me daban pena.

Los únicos que parecían ajenos a esta atmósfera -claro, ni siquiera la habían notado- eran nuestros jueces, nombrados por ellos mismos. Mirsilo seguía siendo, más que nunca, un enigma inexpresivo, impenetrable. Tenía las manos juntas sobre su regazo, y con la mirada exploraba un panorama remoto que sólo él era capaz de ver. Pitaco, por su parte, parecía estar pasando en grande. Estaba allí sentado, sonriéndonos a todos alegremente, prisioneros y consejeros por igual, con el mismo desinterés: de vez en cuando se acariciaba complacido su ahora considerable barriga, como si se tratara de una escultura de la que se sintiera muy orgulloso de haber creado.

Cuando estuvimos todos en pie -todavía escoltados- bajo el estrado, se hizo el silencio. Entonces Pitaco se inclinó hacia

delante y le susurró algo a Mirsilo, que asintió.

-Las señoras -comenzó con su voz entrecortada y fría- pueden sentarse. -Dos acomodadores se apresuraron a traernos unas sillas.

-Gracias -respondió mi madre-, pero preferimos estar de pie.

-¡Ah! -observó Mirsilo con peligrosa dulzura-. Permitame repetirle la frase: las señoras que se sienten.

-Continuamos prefiriendo estar de pie. No admitimos un trato discriminatorio entre...

-Siéntense -ordenó Mirsilo, y fue como si, en aquel reducido espacio, hubiera chasqueado un látigo.

Mi madre se sentó.

Empecé a reconsiderar mi opinión de Mirsilo.

Entonces me di cuenta de que yo aún estaba en pie y me hundí rápidamente en mi silla. Sentí una repentina y espantosa necesidad de soltar una risilla burlona.

Mirsilo hizo una inclinación de cabeza a los guardias, quienes se pusieron firmes con un ruido ensordecedor y salieron. Sólo se quedaron un par de centinelas, uno a cada lado de las grandes puertas de doble hoja.

170

171

-Ahora -declaró Mirsilo-, podemos empezar.

Su secretario se puso en pie, desenrolló un largo documento y comenzó a leer los cargos: primero en contra de Alceo y sus compañeros rebeldes, después (lo que duró mucho menos) nuestra propia acusación como ayudantes y cómplices de la conspiración. No estábamos, noté de un modo curioso y objetivo, acusadas de ser cómplices de asesinato. Bueno: eso ya era algo. El secretario hablaba sin parar con un tono monótono: «... y conspirar para subvertir la democracia". Entonces se paró en seco, como si se le hubieran acabado las ideas, y de manera rápida y nerviosa empezó a enrollar la lista de cargos.

Mirsilo nos contempló uno por uno, como para observar qué efecto tenía este catálogo de nuestras atrocidades sobre nosotros.

-¿Supongo -inquirió con su voz más suave- que ninguno de vosotros tiene la intención de declararse no culpable de estos cargos?

Reinó el silencio durante un momento: luego Antiménidas contestó:

-No, señor Presidente, al igual que usted tiene la intención de administrarnos justicia por éstos.

-Vigila lo que dices, Antiménidas. Te lo advierto por tu propio bien.

Antiménidas lo pasó por alto.

-Apenas puedo perjudicar aún más mi situación -observó-. Por lo menos permitame la satisfacción de hablar claramente. -Eché tñ vistazo a los molestos grupos amontonados en los bancos de la cámara del Consejo-. Hay aquí personas que incluso puede que se tomen mis palabras muy a pecho. Para el futuro.

Mirsilo le respondió:

-¿Verdaderamente todavía crees eso? Es extraordinario.

-Si las cosas hubieran ido de otro modo, podría muy bien estar usted en pie donde lo estoy yo ahora, señor Presidente.

Mirsilo asintió: parecía, por algún motivo oculto, divertido.

-Te lo concedo -accedió, como para complacer a un niño precoz-. Pero no lo estos' .

Antiménidas miró fijamente a Mirsilo: entonces sus ojos fueron a parar a los estandartes colgados en forma de cruz sobre el estrado. Estaba sucio, mugriento, incluso -con ese inmundito pañuelo pirata atado alrededor de la cabeza- un poco ridículo. Pero nadie le podía negar dignidad.

-No: no lo está -prosiguió Antiménidas-. Yeso, señor Presidente, resume toda la cuestión. Dejémonos de hipocrasías pelotilleras a propósito de la ley, la justicia o la democracia. Lo que aquí está sucediendo nada tiene que ver con ellas. Es el triunfo del más fuerte: es el vencedor purificando su conciencia a la vista de los hombres. Esto es la guerra, señor Presidente, y nosotros somos sus prisioneros. Es una vergüenza para la justicia que finja lo contrario.

Mirsilo no se emocionó demasiado con esta explosión; podría haber estado discutiendo una idea filosófica después de cenar.

-Hace doce años -comentó-, tú y algunos otros conspirasteis para asesinar al Presidente de esta ciudad elegido democráticamente. ¿Puedes justificarlo?

-No hicimos nada en ese sentido.

-¿Estás negando un acto que es de dominio público?

-Ejecutamos a un comerciante usurpador, a un común tirano revolucionario.

-¿Con qué autoridad?

-Con la autoridad investida por el Consejo de Nobles hereditario, ahora ilegalmente disuelto.

Mirsilo le respondió, alzando el tono de voz:

-¿Y niegas el derecho de este tribunal, de este gobierno, para administrarte justicia?

-Naturalmente.

-Eres un hombre, Antiménidas. Como lo era Melancro. Como lo soy yo.

Antiménidas sacudió la cabeza.

-Un hombre, sí. Pero no como Melancro. No como tú, Mirsilo. Mi familia es la tercera más antigua de esta isla; mis antepasados fueron reyes y guerreros en la dorada Micenas. Seis miembros de nuestro linaje han sido presidentes del

172 173

Consejo. Diez murieron conduciendo las fuerzas de la ciudad en el campo de batalla. Aquí tengo derechos, derechos antiguos e inalienables. Tú no tienes nada más que la autoridad de la fuerza y la labia poco sincera de tu abogado. Nada, ¿me oyes? Y ni la fuerza ni la labia te harán más que un asesino si me matas.

Mirsilo se mantuvo en silencio por un instante. Finalmente preguntó escuetamente:

-Pero si tú me mataras, ¿estaría justificado? ¿Legalmente? ¿Moralmente? ¿Políticamente? Permíteme ser muy claro sobre este punto.

-Sí. Estaría justificado.

Hubo otro silencio.

-Gracias -añadió Mirsilo-, por ser tan explícito. Te estoy agradecido. No tiene mucho sentido, creo yo, discutir más esta cuestión. Simplemente me gustaría hacer notar una perogrullada que sin duda alguna ya debes de conocer, que del mismo

modo que el tiempo crea una tradición, o una dinastía, también, en su debido momento, es capaz de destruirla. Al final un hombre debe ser juzgado por lo que hace, no por lo que es, y aún menos por lo que han sido sus predecesores. Tú, y los que son como tú, estáis viviendo de las rentas del pasado. No dudo de que lo encontrarás una imagen vulgar: la imagen de un comerciante. Esta es tu debilidad. Todavía estás haciendo valer tus derechos en un mundo que te desprecia cada vez más. ¿Acaso la gente corriente os reconoció a ti y a tus amigos como libertadores, Antiménidas? ¿Estarías ahora aquí en pie silo hubieran hecho?

Antiménidas no dijo nada; tenía la vista clavada en un rayo de luz que entraba oblicuamente hasta tocar el suelo de mosaico, y parecía, de pronto, haber perdido todo interés por el proceso. Mirsilo vaciló un instante; luego se inclinó hacia Pitaco, quien había estado sentado y callado durante este intercambio de palabras, el mentón barbudo prominente, los ojos fijos en el techo, inexpresivos. Conferenciaron en susurros: Pitaco asintió para dar su consentimiento.

Mirsilo se puso en pie y el secretario esperó, pluma en mano, el veredicto.

174

-Antiménidas, hijo de Aristón, este tribunal te declara culpable, ante los dioses y los hombres, de sedición, conspiración, rebelión armada contra el Estado y entrada clandestina en los territorios de Mítilene al habérsete proscrito.

El cargo final fue como una dulce decepción: la boca de Antiménidas se torció momentáneamente en algo parecido a una sonrisa, y Pitaco no se tomó la molestia de disimular su diversión. Mirsilo prosiguió:

-Por tus actos y por el testimonio que has prestado ante este tribunal, está claro que te niegas a reconocer las leyes, los decretos y las autoridades elegidas de esta ciudad. ¿Tienes algo que decir antes de que este tribunal dicte sentencia?

Antiménidas escupió en el suelo con un vigor desdeñoso: recuerdo el jardín en pendiente en nuestra casa de Pirra, los peces bulliciosos, la calma. «No tendremos ninguna otra oportunidad.»

-Me aburres -le espetó-. Terminemos de una vez con esta farsa. Sacadme fuera y matadme. Estoy cansado de palabras.

Mirsilo sonrió, dueño de la situación de nuevo: era parte de su estrategia, como pude darme cuenta después, conseguir que sus víctimas u oponentes perdieran la paciencia.

Luego pronunció lentamente, casi reflexivamente la sentencia:

-Como supones, la pena máxima por las ofensas de las que has sido acusado es la muerte: por lo tanto, de este tribunal serás conducido a prisión y desde allí, dentro de tres días, al lugar de ejecución.

Parecía que ronroneara al hablar: me recordó, en ese instante, a un gato viejo, acurrucado al lado del fuego, contemplando a un ratón mutilado. Involuntariamente, me estremecí. Conocía el lugar de ejecución como todos los que estaban en la cámara. Se hallaba un poco lejos de las murallas de la ciudad, hacia el noroeste, una árida ladera por el camino a Metimna. Había un árbol en esta ladera, un gran plátano seco, ahora blanco y esquelético, azotado por el viento y el sol durante muchos años. Aquí se aposentaban los milanos y los buitres, con las alas plegadas, como viejas encogidas, vestidas con harapos negros

esperando el festín; y abajo estaban las cruces con sus grilletes oxidados y sus collares. A veces un hombre fuerte tardaba una semana en morir, y los viajeros oían sus gritos roncros y atroces, y espoleaban a sus caballos para apresurarse hacia las colinas. La muerte llegaba más rápida en invierno, con los helados vientos del norte y con él el olvido general. Pero durante el verano los buitres esperaban, conscientes de su deber, negras furias repulsivas de ojos encandilados y picos ávidos bajo la luz del sol.

Mirsilo hizo una pausa momentánea, con esa espantosa sonrisa que tenía. Luego continuó:

-Sin embargo, este tribunal es clemente. A pesar de lo que hemos oído hoy, creemos conveniente templar la justicia del pueblo con clemencia, incluso para el ofensor más incorregible.

A juzgar por la expresión en la cara de Antiménidas, parecía obvio que clemencia era lo último que hubiera esperado o deseado: se había preparado para morir como un héroe, y ahora también esto se le denegaba.

-Además -prosiguió Mirsilo-, no podemos considerar seriamente, a ti o a la obsoleta facción que representas, como un verdadero peligro para el Estado. La locura de tu discurso y tu conducta excluye un pensamiento así; también levanta serias dudas de hasta qué punto se te puede considerar responsable de tus actos. En tales casos, como ya sabes, la ley prescribe clemencia.

De nuevo, un leve murmullo de risas recorrió la cámara. Antiménidas miró fijamente a Mirsilo quien, con el rostro ardiendo y los ojos brillantes por la rabia, leyó:

-Por lo tanto te condenamos a una reanudación del destierro, hasta el día en que este tribunal decida que tus ofensas han sido adecuadamente purgadas. Por la presente se te conceden diez días para poner tus asuntos en orden. Durante este periodo gozarás de una razonable libertad de movimiento. Tus bienes serán confiscados por este gobierno y vendidos en pública subasta. Si, transcurridos diez días, te hallaras aún dentro de los límites de esta ciudad, morirás impunemente tan pronto como seas visto.

Antiménidas contestó con suavidad:

-Te voy a matar, Mirsilo. Lo juro sobre mi cabeza.

-Quizá debiera explicar -continuó Mirsilo, como si no hubiera habido ninguna interrupción- que un destierro de esta ciudad significa, ahora, un destierro efectivo de la isla de Lesbos.

Di un pequeño respingo: fue como si una mano fría se hubiera cerrado sobre mi corazón. La idea de abandonar Lesbos era impensable: toda mi vida había transcurrido aquí; si me desarraigaban, moriría.

-Como resultado de nuestros recientes disturbios, nos hemos aconsejado con los gobernadores de Ereso, Metimna, Pirra y Antisa. Hemos llegado a un acuerdo según el cual a una persona desterrada de cualquiera de las cinco ciudades no se le dará asilo en ninguna de las otras. Por lo tanto, te exigimos que te embarques desde Mitilene en el periodo de gracia prescrito. Que el veredicto de este tribunal conste en el acta de esta cámara.

El secretario dijo:

-Así consta, señor Presidente.

Mirsilo asintió, como si hubiera logrado algo.

Una repentina ola de furia ciega e indiscriminada se levantó dentro de mí. Los odiaba a todos, sin distinción de partido ni de posición: a Mirsilo, envuelto en su engrimamiento, con sus estúpidos estandartes y su sofisteria de abogado; a Pitaco, tan enormemente oportunista, tan ávido de las galas de los cargos públicos; a Antiménidas, el idealista fracasado, el maestro del gesto inútil; a mi madre, con su falso heroísmo masculino y su sentimentalismo; a Alceo, tan irritante, tan sensible tras aquella máscara de ironía, tan inútil en la acción, tan agresivo en las palabras. Los odiaba como odia una niña, y -tengo que ser honesta- por la misma razón: ellos habían destruido, entre todos, mi mundo brillante, secreto, querido, el mundo que era -v que es- mucho más real, con más sentido que estas raídas posturas políticas. Eso era todo lo que podía ver; todo lo que, en última instancia, me importaba. Saber esto -claramente, sin ninguna duda ni vacilación- me produjo un alivio tanto más intenso cuanto inesperado.

177

-j

Recordé la voz de mi madre diciendo: ~¿Qué le importan a una chica de tu edad las conspiraciones o la política~ Tu mundo está hecho de riñas y de celos, de meriendas, vestidos nuevos, bailes, poesía, comentarios frívolos». Con qué furia me había ofendido por aquellas palabras en aquel momento; no obstante eran ciertas, ciertas, ciertas, y mi verdadera traición había sido negar aquella verdad, representar mi pequeño y despreciable papel en la farsa pública que ahora estaba a punto de llegar a su fin.

Me encantan todos los objetos bellos, delicados, agradables a los sentidos, me encantan las flores en primavera y la luz de la luna sobre el agua y el viento soplando sobre un campo de trigo amarillo. Me encantan los tejidos suntuosos, primorosamente trenzados, mirarlos y tocarlos: la suave aspereza de la lana milesia, alegremente rayada, los pliegos crujientes, de un blanco mate, del fino lino egipcio. Me encantan las curvas suavemente abultadas de las vasijas de un maestro alfarero, tan irresistibles para los dedos cuando una las tiene cerca. Me encantan todas las cosas labradas en oro; me encanta el fuerte brillo de las piedras preciosas. Me encanta toda la belleza física, frágil y enseguida marchita. Pero mi primer amor y el más grande es para las palabras melódicas, intangibles, inmortales, a través de las cuales todas estas cosas gozan de una sustancia viva para siempre. Palabras aladas: Homero tenía razón. Aladas como el águila, volando en círculos y planeando bajo el sol, entre los riscos. Aladas como la flecha, veloz y terrible hacia su objetivo. Aladas como esas grandes bestias, Esfinges, Grifos, Quimeras, que guardan los sitios sagrados de Egipto y Babilonia y la Tierra de los Dos Ríos.

Una vez que hubo terminado con Antiménidas, Mirsilo no perdió mucho tiempo con los demás prisioneros. La burla le había cansado: estaba aburrido y lo demostraba. Rápidamente dictó sentencias iguales para Alceo y los demás supervivientes

de aquel malogrado asalto a la ciudadela: las únicas excepciones fueron dos hombres de Pirra, a quienes envió de regreso, bajo una escolta armada, para comparecer ante su propio tribunal cívico. Luego se volvió hacia nosotras.

-Señora Cleis -comenzó-, me da la impresión de que ha sufrido indebidamente a causa de las erróneas convicciones de su marido y sus amigos. -Su tono era ahora bastante distinto: afectuoso, animado, amable. Nunca había estado yo tan sorprendida en mi vida; ni, ajuzgar por su expresión, tampoco mi madre. Se ruborizó como una colegiala, frunció el ceño, pestañeó, empezó a protestar, cambió de opinión en el último instante, y disimuló su indecisión con un ataque de tos nerviosa-. Por lo tanto -prosiguió Mirsilo, pues nada de esto, obviamente, le había pasado por alto: la sonrisa satisfecha apareció de nuevo-, por lo tanto, es decisión de este tribunal, teniendo en cuenta su estado de viudedad y los niños, del bienestar de los cuales es responsable, que sea absuelta con una reprimenda.

Mi madre se medio incorporó. Dijo, con una voz extraña, respirando a fondo:

-Protesto, señor Presidente. Me niego a aceptar este veredicto.

-Me temo que no tiene ninguna otra opción, señora Cleis -contestó Mirsilo: parecía muy contento.

Mi madre se sentó con el cuerpo encorvado, con las manos agarradas a los brazos de su silla. Al mirarla, al ver su pecho ancho y su bello perfil majestuoso, pensé con asombro: «Pero bueno, es una mujer atractiva, una Irlujer por la que un hombre llegaría a morir». Luego, instintivamente, eché un vistazo a Mirsilo, y supe, aunque no había ningún indicio tangible en su rostro, que él había tenido el mismo pensamiento.

-Señora Safo -comenzó Mirsilo, y, como en un sueño, me puse en pie-. Señora Safo, este tribunal encuentra que ha estado profundamente implicada en actividades sediciosas y revolucionarias...

Se oyó una leve, pero audible, inspiración en la cámara del Consejo cuando pronunció estas palabras.

por asociación, consentimiento y transporte de mensajes traidores en muchas ocasiones. Este tribunal es consciente de que, en su caso, la juventud y la inexperiencia pueden paliar lo que en otro caso constituirían graves ofensas. Enfatizamos esto, puesto que la sentencia que le será impuesta tiene la inten-

178 179

ción de, en parte, protegerla de influencias indeseables hasta que tenga edad suficiente para juzgar adecuadamente por usted misma.

Me mantuve muy erguida, controlando mi expresión, con las manos cruzadas delante de mi, con la cabeza alta: si no hacia nada más, por lo menos pondría en práctica las lecciones de comportamiento de tía Helena.

-Este tribunal decreta, por tanto, que sufra la pena de destierro, donde y durante el tiempo que el tribunal determine y le comuniqué en el futuro. Hasta ese instante permanecerá dentro de los límites de la ciudad. Que el veredicto del tribunal conste en acta.

-Así consta -respondió el secretario.

Hubo una pausa breve, incómoda. Algún tipo de reconocimiento oficial parecía apropiado, así que le hice una lige-

ra y fría reverencia a Mirsilo. No era, quizá, demasiado apropiado para la ocasión (sorpredí una repentina chispa de diversión en los ojos de Pitaco), pero era mejor que nada.

Los días siguientes supusieron, de algún modo ti otro, un esfuerzo considerable. Mi madre rondaba por la casa como un gato salvaje, Meg se retiró a la cama, alegando un horrible dolor de cabeza, y yo tuve una fuerte tentación de seguir su ejemplo. Pero había que hacer tantas cosas...: ropas, libros y baratijas para separar, empaquetar o almacenar; la serie interminable y agotadora de visitas de despedida, que simplemente no podía permitirme ese lujo. En cualquier caso, la querida tía Helena me protegió de las peores rabietas de mi madre, lo que quizá fuera simplemente lo justo, ya que ella misma provocó varias. ("Algunas personas son difíciles de complacer", observó durante la cena el día del veredicto. «Antiménidas parece estar furioso porque no fue ejecutado y aquí estás tú insultando a Mirsilo por el horrible crimen de no enviarte al exilio.»)

Pero éste no era, supongo, el principal motivo de preocupación de mi madre. Pronto pareció evidente que alguien había estado intercediendo por mí en las altas esferas. Tan sólo dos días después de que el tribunal (lo que significaba, de hecho, Mirsilo) hubiera decidido Sicilia como mi lugar de destierro, tía Helena ya tenía todos los preparativos hechos. Me hospedaría con su hermano menor Licurgo, uno de los mayores terratenientes de Siracusa. («Quizá sea aburrido, querida, pero es el patrón más entusiasta de las artes.») Ella también había cogido al vuelo -aún más improbable- una celebridad que estaba de visita y le había convencido para que me escoltara en el viaje. Éste era el distinguido poeta y músico Anón, ahora en una corta visita aquí en Lesbos, su lugar de nacimiento, que venía de la corte de Periandro en Corinto. Desde el momento en que tía Helena le encontró y se enteró de que estaba planeando viajar a Sicilia, el pobre hombre no tuvo ninguna escapatoria, según dijo ella.

Todo esto me pareció sospechoso, a mi modo de ver; y no dudo de que a mi madre le pareciera lo mismo. De vez en cuando tenía que recordarme a mi misma que me enviaban al exilio, y no a una visita cultural. Me empecé a preguntar qué había estado ocurriendo exactamente entre bastidores, especialmente cuando mi madre (tras haber decidido que su deber como madre era acompañarme) fue informada, de manera oficial, de que no se le concedería permiso para viajar al extranjero.

Era bastante fácil adivinar los motivos en juego. Tía Helena estaba decidida a lograr liberarme del control de mi madre (un objetivo que la mayoría de la gente hubiera rechazado por imposible) y darme una oportunidad para gozar de un cambio de ambientes en el extranjero. Pitaco me consideraba un estorbo personal por varias razones y estaría muy contento de verme fuera de su camino por un tiempo. Pero Mirsilo, ¿qué ganaba Mirsilo? Entonces, repentinamente, recordé el curioso y apasionado intercambio entre él y mi madre en la cámara del Consejo. Así que era eso. Casi me da un ataque de risa. ¿Cómo, me preguntaba, le había convencido tía Helena de que tenía alguna posibilidad? Quizá presentándome como la hija demasiado lista, incansable, devota, siempre a punto para envenenar cualquier intimidad y amenazándola con insinuaciones celosas: era exactamente el tipo de maquinación que a ella le atraía.

Así que mi madre estaba furiosa y yo perpleja, hasta que al fin me venció la curiosidad, y le pregunté directamente a tía Helena si ella lo había arreglado todo.

-Querida Safo, verdaderamente tienes que aprender a no preguntar cosas como ésta.

-Si, tía Helena -contesté tan dulcemente como pude.

-Y no emplees esos aires coquetos conmigo.

-No, tía Helena.

-Creo que te gustará Siracusa, ¿sabes? Es un buen sitio para la gente joven. Nuevo. Excitante. Una sensación de descubrimiento en el aire. Además -ladeó la cabeza y me estudió pensativamente- te mimarán de un modo constructivo.

-¿Me mimarán?

-Claro. Tienes todos los síntomas para poseer gustos lujosos de manera innata. Con un poco de suerte, Licurgo y Cloe los consentirán hasta el punto de que, después de eso, te negarás a conformarte con menos. Esto te será extremadamente útil en la vida. Cuando pienses casarte, por ejemplo.

Contesté furiosamente:

-Nunca me casaré -y luego me detuve, sorprendida por la vehemencia de mi propia reacción.

--Ah! -exclamó tía Helena, y había una compasión en sus ojos que robaba cualquier matiz ofensivo de las palabras-, estás enamorada de tu propia virginidad. No es una queja tan extraña como supones; y raras veces resulta fatal.

Entonces, inesperadamente, con su bonita y ligera voz, cantó el primer verso de una vieja canción popular que había oído por primera vez de niña en Ereso: «Himen, himen, ¿dónde te has ido?». Y sin pensarlo le di la respuesta: «Nunca más vendré a ti, novia, nunca más...», y mis ojos se llenaron de lágrimas.

-¿Lo ves? -dijo tía Helena con dulzura.

Sacudí la cabeza.

-Lo verás, querida. Lo verás. -Me cogió en brazos y acunó mi cabeza sobre su pecho y me mecía suavemente, como la niña pequeña que era todavía en muchos aspectos.

Antiménidas vino a despedirse. Ya no llevaba el vendaje: una cicatriz, un costurón marrón le cruzaba su mejilla en diagonal. Ninguno de los dos hizo referencia directa a lo que había tenido lugar ante el tribunal. Se sentó conmigo en la columnata y bebió vino: sus oscuros ojos eran cautelosos.

-¿Qué piensas hacer? -le pregunté-. ¿Dónde irás? Se encogió de hombros.

-No tengo mucho donde elegir. Mis bienes han sido confiscados. Sólo conozco un oficio: la guerra. El rey de Babilonia necesita mercenarios para su campaña en Judea. Probaré fortuna allí.

Algo en su expresión, en la manera en que enfatizó esas últimas palabras, me hizo añadir:

-No pruebes fortuna con demasiado empeño, Antiménidas. Que la fortuna te permita regresar sano y salvo a casa.

-Que me permita tener una buena espada primero -respondió, echando una ojeada a su cinturón vacío-. También me la confiscaron. -Entonces sonrió con esa curiosamente dulce sonrisa que siempre parecía tan rara en sus facciones duras, granuladas, escarpadas-. Si regreso a casa, Safo, te prometo...

-- Qué?

-No. Espera y veras.

Le pregunté:

--Va tu hermano contigo?

Sacudió la cabeza, con el ceño fruncido.

Así que se habían vuelto a pelear.

--Entonces dónde...~

-Egipto, querida. La búsqueda de la sabiduría. -Hizo una mueca con la boca, en señal de desprecio: la cicatriz se torció, se alargó. Se terminó el vino y se puso en pie, vaciló, luego, como respuesta a mi tácita pregunta, dijo:- Para Alceo nunca ha sido demasiado difícil financiar sus aventuras.

-Tiene que ser agradable tener unos amigos tan generosos.

-Si. -Antiménidas me observó con ironía-. Tú, tengo entendido, deberías saber apreciarlo mejor que nadie. Bueno. Diviértete en Sicilia, aunque supongo que es un consejo innecesario.

182

183

Cogió su ligero manto de verano y se lo echó sobre los hombros. Parecía muy alto, allí de pie en la columnata con el sol de la tarde detrás.

-Adiós -concluyó, y dio media vuelta sin esperar una respuesta, con el eco de sus pasos largos, desiguales, a través del patio.

-Espera -le grité, sin aliento, sin saber lo que quería, tan sólo sabiendo lo que tenía que hacer, buscando con los dedos el cierre de la delgada cadena que sujetaba el amuleto en mi cuello, el amuleto dorado que había llevado desde que era un bebé-. Espera. -Y entonces, cuando miró hacia atrás, le lancé el amuleto, con un gesto rápido, torpe, de manera que se deslizó sobre las piedras pulidas y se detuvo bajo un cuadrado de luz de sol. Cuando su mano se cerró sobre este, sentí el roce sobre mi garganta y mi pecho, un dolor, una punzada. Ahora iré protegido, pensé. Regresará a casa ileso. Sonrei mientras veía su larga sombra escaparse fuera de mi vista. Luego me acordé de mi cercano viaje y a pesar del calor, me recorrió un rápido estremecimiento.

Las malas hierbas brotaban entre los bloques de piedra de la avenida hasta Tres Vientos; no demasiadas, pero sí las suficientes para llamar la atención. La muerte de Fanias ya había afectado, de mil maneras distintas, a cosas que parecían estables, permanentes, parte del orden natural. También Mica, con diecisiete años, era muy diferente de la niña inquieta, excitada, de doce años, que se sentó a pintarme bajo el manzano. Su gordura había desaparecido, sus pecas se estaban borrando: solamente sus manos, esas bellas manos, fuertes, sensibles, continuaban siendo lo que habían sido, en un mundo donde ya no tenían un verdadero hogar.

Sin embargo, Tres Vientos todavía parecía alentadoramente la misma, con sus habitaciones blancas, de techo alto, sus vigas curadas, la fragancia de la hierbabuena, la cera y los jazmines, que todo lo impregnaba. Anduvimos por los familiares corredores abovedados, Mica y yo, pasado el patio central hacia las habitaciones privadas de Ismene. Cuando cruzamos el vestíbulo, me di cuenta de que estaba observando, perseguida por el recuerdo, el gran tapiz de centauros y lapitas en el que Ismene había estado trabajando aquella tarde de verano hacia cinco años. El tiempo formaba un lazo y lo desha-

cia: no había nada entre aquel entonces y ahora, todo perdido, extraño, ajeno. «Agtíanta -me dije-. Ten fe."

-Mica ,¿cómo está? ,Cómo se lo ha tomado?

Los ojos de Mica estaban tristes por el conocimiento que sería siempre un poco más del que pudiera soportar, que era el precio de su talento.

-Está diferente. No es sólo la muerte de papá. Ojalá lo

-No, no digas eso.

A veces la verdad es demasiado dura para expresarla con palabras.

Pero ella estalló:

-Se ha terminado, Safo. Todo se ha terminado. -Había lágrimas en sus mejillas-. No puedo explicarlo. Lo siento.

Ismene, de negro, se levantó cuando entramos, me cogió las manos con las suyas. No fue su aspecto lo que más me asombró. Aquel torrente bullicioso de afecto y tranquilidad se había secado. Era una cáscara, un fantasma: no tenía nada más que ofrecer.

Le di el pésame formalmente por la pérdida de su marido: yo no confiaba en la espontaneidad de mis palabras.

Ella contestó:

-Algunas pérdidas son... soportables. Con tiempo y valor, aprendemos a vivir de nuevo, a reorganizarnos, ¿lo ves?, sin su presencia.

-Si. Lo entiendo.

-Pero se ha perdido algo más, Safo. Seguro que si alguien se ha dado cuenta, ese alguien eres tú. Una atmósfera, una fuerza unificadora, el poder que hacia de Tres Vientos más, mucho más que una casa y tantos acres de tierra, alguien que le daba sentido y alegría.

-Por lo menos Tres Vientos tiene ahora un heredero, señora Ismene. Ello debería de consolarla.

184 185

fuera.

-¿Debería? ¿Qué ocurrirá con su herencia en los próximos años? ¿Acaso puedo yo retrasar el tiempo para él? ¿Acaso puede alguien -

Me acordé de Fancias en la verja del huerto: «Parece tan permanente, ~no es así? Tan inalterable". Y luego: «Nada es permanente. Sólo podemos hacer lo que debemos, sabiendo que puede no ser suficiente". Así que él también lo supo de antemano, también él sufrió por adelantado: la ironía del nacimiento de Hipias no debió de pasársele por alto. De pronto, mi corazón se quedó helado: qué horrible hilo de desesperación unía las dos imágenes que brillaban y se fundían en mi cerebro: Fancias, atravesado por las espadas de los guardias de Mirsilo; mi padre, rojo con la sangre de Melancro, caminando bajo una lluvia de puñaladas, el tiranicida asesinado. ¿Qué fue lo que dijo Antiménidas aquel día de invierno en Pirra? «Tu padre se mató, digámoslo sin ambages, para ser lo que su familia quería. " No, pensé, hay algo más que eso: algo más y peor.

Pronuncié unas palabras fáciles y convencionales para tranquilizarla:

-No tema, señora Ismene. Hipias gobernará Tres Vientos cuando llegue a la mayoría de edad.

Una extraña e irónica profecía.

-Gracias -contestó, con una sonrisa-. Pero eres tú quien ahora necesita nuestras oraciones, Safo. -Y añadió, con una formalidad a la par con la mía-: Que los dioses te concedan una travesía tranquila, un desembarco seguro, un rápido regreso: todo lo que tñ corazón más desea.

Con un impulso súbito, le pregunté:

-ADónde está Atis? Tengo que despedirme de Atis. -Yde pronto esto se convirtió en muy importante, era el único hilo unido a aquella perfección perdida, quieta, iluminada por el sol, el momento eterno en el pomar.

-Estoy aquí, Safo. -La voz de la puerta detrás de mí sonó clara, dulce, un poco triste-. Siempre estoy aquí.

-No me olvides cuando me haya ido -dije, dándome la vuelta. Estaba allí de pie con su vestido negro, un perfil bien definido en contraste con el blanco del pasillo: una criatura

186

delicada, encantadora, ni niña ni mujer, ahora con los pechos adivinándosele, pero con los mismos grandes ojos grises, el mismo cabello trenzado con esmero, como cobre bruñido, la misma tez morena y la misma torpeza desgarradora al moverse, que yo recordaba de aquel primer encuentro hacia tiempo.

-Nunca te olvidaré -respondió; y había algo en ella que nos hizo a las tres pequeñas, que elevó el instante de su des- preocupación medio en broma a un plano bastante distinto.

«Todo lo que tu corazón más desea.»

Recobré el aliento, me recuperé, y comenté, riendo:

-Me olvidarás, ¿sabes? -Pero había visto el repentino des- tello de tristeza profética en los ojos de Ismene: éste debía de haber sido el aspecto de Casandra durante aquellos primeros años en Troya, los años de brillante incertidumbre.

187

j

El sol brillaba sobre las tranquilas aguas del golfo Sarónico: soplaban apenas una brisa capaz de hinchar la gran vela remendada del mástil. Bajo cubierta, en sus bancadas encima del lastre lavado del pantoque, los remeros empujaban y sudaban con el esfuerzo. Las palas de los remos se hundían, se debatían en la blancura, se elevaban chorreadas y brillantes, oscilaban como las patas de un escarabajo panza arriba. El aire penetraba con ruidos interdependientes: el crujido correoso de los escálamos, el esfuerzo y el juego del cabo y la cuaderna, la voz estentórea y rítmica del apuntador del tiempo, la espuma lenta y la sacudida del agua. Las cabras y las ovejas apretujadas en su encierro, quejándose con fuertes balidos desde su atalaya no deseada en la proa.

Me desesperé como un gato, contenta, como siempre, de salir del gineceo del barco -ese foso estrecho, de olor agrio, muy falto de intimidad- y respirar aire fresco de nuevo. También estaba disfrutando de una sensación de privilegio cautivador. Anón, que era el pasajero más distinguido de a bordo (y, lo que era más importante en un barco corintio, favorecido por Periandro), tenía la libertad de usar la cubierta de popa del capitán: esto significaba sillas de lona, cojines, un apartamento decente y una inmunidad relativa contra el olor a cabra, o de cabra de los compañeros de viaje. Como (según decía él) le gustaba tomar el sol, y había aceptado, en un momento de debilidad mental, ser mi escolta, era justo que me permitiera acompañarle.

Él era uno de los hombres más raros que he conocido en mi vida: una criatura pequeña, calva, morena, acartonada, con

189

feroces ojos negros y una joroba incipiente. A pesar de su corta estatura (era solamente una o dos pulgadas más alto que yo), la fuerza física que exhibía con toda naturalidad de vez en cuando impresionaba a todo el mundo, y esa era la intención. Le he visto levantar un ánfora llena o un lingote de plomo con una mano, avergonzando a algún fornido marinero. Probablemente decidiera en algún momento de su vida que la fuerza, el talento y la excentricidad, los tres juntos, podrían compensar sobradamente sus defectos físicos: me di cuenta de que yo, inesperadamente, le envidiaba aquella confianza pétrea, aquel enorme y malévolamente placentero placer que le producía su propia monstruosidad.

Hacia las cosas más extraordinarias: parecía decidido a superar no sólo las convenciones humanas sino también las leyes de la naturaleza. Se quitaba toda la ropa (exceptuando un exiguo taparrabos blanco, como el que llevan los esclavos del campo) y se tumbaba horas enteras tostándose al sol, hasta que su cuerpo peludo, al igual que un cangrejo, estaba tan quemado como la cuaderna del barco. Sin embargo, lejos de coger alguna enfermedad grave como resultado de una exposición prolongada a los rayos del sol, parecía que le beneficiaría. Cuando le pregunté el porqué, me respondió, con la sombra de un guiño, que debido a su brillante maestría musical,

Apolo había hecho una excepción con él.

-Está claro -añadió- que un día perderé y entonces seguramente me desollará como a Marsias, por puro despecho.

La primera vez que se zambulló desde la borda sembró el pánico (excepto entre la tripulación, que ya conocía sus pequeñas excentricidades); pero al cabo de un tiempo, nos acostumbramos a verle jugar en el agua como un delfín -era un espléndido nadador, como suelen serlo la mayoría de las personas con disminuciones físicas- y colgaban una escala de cuerda especial desde la bovedilla para permitirle subir a bordo después de su baño. Podía trepar por el aparejo más deprisa que cualquier marinero; y era capaz, eso parecía, de ganar a cualquiera en la bebida. Cuando estaba como una cuba, contaba exóticas e interminables historias de viajeros, en las que realidad e imaginación parecían confundirse como la trama y la urdimbre en el telar. Un hombre le acusó imprudentemente de ser mentiroso, y recibió un golpe tan descomunal que estuvo inconsciente durante dos días.

Ahora Anón estaba sentado al sol sobre un cojín, con las piernas cruzadas, doblando sus fuertes dedos de músico, después de una hora de trabajo conmigo en la lira. Era un maestro magnífico: paciente, implacable, dedicado. No era indulgente ni mucho menos con la debilidad femenina. Al final de un ejercicio particularmente difícil, agarró mi mano derecha como si fuera una pezuña de caballo y él un herrero, y comentó:

-No me extraña que las chicas no sepan tocar la lira. Están demasiado ocupadas en mantener sus dedos bonitos.

Extendió su dedo índice bajo mi nariz. La uña era grotesca, larga y engarbitada como una garra, con la carne de la articulación superior encallecida en una dura almodilla amarilla.

-AVes esto? El trabajo de treinta años. La esclavitud de treinta años, si lo prefieres.

-Me lo creo.

Dio un bufido al oír mi tono.

-Feo, ¿no es cierto?

-Sí. E innecesario. -Pero me arrepentí de mis palabras casi después de haberlas pronunciado: para él, observé, esta repulsiva deformación física era una prueba de resistencia, una fuente de orgullo.

Preguntó:

-¿Has utilizado alguna vez un plectro egipcio?

-No, pero...

-Entonces, no te encuentras en disposición de discutir, ¿no es así? Maldita pequeña púa de marfil. No hay sentimiento. No hay parte de ti.

Picada, le espetó:

-¿Qué haces cuando quieres escribir una carta? ¿Rajarte la uña con una navaja? ¿Cortarla hasta cierto punto? ¿Mojarla en el...?

Me interrumpió con una sonora carcajada.

190 191

-Muy bien, muy bien: nunca insistas en algo obvio. Es una mala costumbre, niña. Es una consecuencia de vivir en esa extraordinaria isla tuya, ¡huf! ¡huf! -Los ojos le brillaban bajo las cejas pobladas y feroces-. Nadie para llevarte la contraria. Un punto de vista limitado. Inútil.

Me ruboricé, ofendida.
-Eso no es justo.
-¿No lo es? No olvides que yo mismo crecí en la isla. La gente que te envió al exilio te está haciendo un favor.
Como eso mismo era lo que yo sentía en mi interior, me fue difícil no estar de acuerdo.
-Pero la isla tiene algunas ventajas -dijo con cierta timidez.
-Claro que sí -dijo Anión complacido-. Y la mayoría de ellas son las desventajas puestas del revés. Un ejemplo evidente. Cuando lleguemos a Corinto, todo el mundo sabrá de dónde vienes desde el momento en que abras la boca. Te delatan el vocabulario, los modismos y ese encantador acento tuyo inconfundible. Pero conmigo es diferente: mi acento es internacional, todas las aristas se han borrado. Mi vocabulario tiene voces de doce países. Pertenezco a todas partes y a ninguna.
¿Cuál de los dos tiene ventaja?
-Bueno... -vacilé; y cuanto más pensaba en ello, más difícil me resultaba la respuesta.
Los negros ojos de Anión echaban chispas.
-Así es. Hay que pagar un precio por ese matiz individual, ¿no?
-Pero el precio vale la pena.
-¡Ah, Safo, cuánto dice de ti este comentario! Pregúntales en Esparta o en Creta, incluso en Atenas, qué valor le conceden a ese matiz individual: te darán una respuesta muy corta. Allí todos los hombres hablan, o se esfuerzan por hablar, con una sola voz: la del Estado. Háblales de pasiones personales, de la supremacía del corazón, del momento significativo y tranquilo (todas estas cosas que tu isla te ha permitido percibir y apreciar) y te tomarán a broma o te tratarán como a una anarquista subversiva.
-Pareces olvidar -contesté- que, en este preciso instante, estoy desterrada debido a mis actividades políticas.
-Oh, Safo. -Sacudió su cabeza morena, calva, momentáneamente sin palabras-. ¿Sabes?, cuando regresé por esta visita, apenas podía dar crédito a mis ojos ni a mis oídos; ¡unas intrigas tan grotescas, unos sentimientos homéricos tan anticuados! ¿Te das cuenta de que incluso las armaduras que llevan vuestros soldados tienen un desfase de casi un siglo según los cánones del continente?
-¿Acaso las alternativas que propones son tan atractivas? ~Acaso la voz del Estado permanece en silencio en Corinto?
-Corinto -continuó Anón- es como yo: internacional. Está, en todos los sentidos, en un cruce. Todo arte debería ser, en el fondo, cosmopolita: y la mayoría de artistas lo saben. Por ello encontrarás tantos allí.
-¿De veras? Pensaba que era porque Periandro les pagaba bien.
Anón hizo una mueca. Se pareció más que nunca a un
--Lo ves? -observó-. Este viaje ya ha empezado a aclararme las ideas. Claro que los artistas van allá donde se les pague bien; como cualquier hábil artesano. La idea del bardo no retribuido cantando como le dicta su Musa estaba muy bien cuando este pertenecía a la finca de un noble. Pero -como sabrás por experiencia propia- la vida ya no es así, ni siquiera en Mitilene.
Asintió sin dejar de mirar en dirección al hueco central del barco, donde un mercader gordo estaba comprobando los sellos de un cargamento de ánforas de vino firmemente sujeto.
-Ahí va nuestro futuro, Safo -dijo-. El tuyo y el mío.
-Un futuro innoble.

-¿Es tan innoble? Me pregunto. Los hombres como Periandro y Pitaco también tienen un sueño. Ven un mundo de paz, prosperidad, fronteras abiertas: un mundo que comercia tan libremente con ideas como con vino o aceitunas, un mundo donde la guerra y los intolerantes prejuicios nacionales no tienen lugar, un mundo cosmopolita donde el artista, el creador, es respetado por encima del simple general fanfarrón. -Se detuvo, quizá un poco turbado por su propio fervor, y sol-

192 193
mono.

tó una risita sarcástica: No sólo es el dinero lo que me retiene en Corinto ¿sabes?

-Estoy segura de que no.

Ambos nos quedamos en silencio por un instante, contemplando, a través de la bahía, las verdes montañas de Salamina y Megara. Detrás de nosotros, a babor, estaba Egina, y pasada Egina, las brumosas montañas de la Angólida. Allí, bajo nuestro horizonte, se levantaba Micenas, la Micenas de Agamenón, rica en oro y sangre, donde los hombres habían conocido el honor y lo habían defendido con la espada.

Pensé: «¿Y cómo será este artista sin rostro, sin Estado, pregonando su talento de patrón en patrón, hablando de sueños cuando lo único que hay en su corazón es adulación, avaricia y miedo? Será como Anión, el grande, el muy solicitado, el excéntrico Anión, que no ha hecho un trabajo original durante años, que está vacío, que es retorcido, al que no le queda nada salvo la técnica -¡esa uña aporreada, esa insignia de su existencia!-, que no pertenece a ningún sitio, que no cree en nada".

Le miré allí sentado, armado en su deformidad, y por primera vez no sentí más que lástima: lástima y un leve desprecio. ¿Por qué va a Sicilia?, me pregunté. No sólo a competir en algún festival internacional de música. Quizá el viento de favores en Corinto esté soplando hacia otra dirección. Quizá quiera ver si los obsoletos terratenientes sicilianos, decadentes, aristocráticos, pueden, después de todo, ofrecerle una bicoca mejor que Periandro. ¿Y qué nueva forma adoptará su sueño?

Comenté:

-Por lo que he oído, Periandro no es precisamente una persona agradable.

-No debes creer todo lo que oyes. Además, ahora es viejo. Viejo y amargado. Su vida personal -Anón se encogió de hombros- ha sido..., desgraciada. La muerte de su esposa, la discusión con su hijo. Sabes las historias.

-Si -contesté-, sé las historias.

Me vino a la cabeza la voz de tía Helena, cortante y clesdeñosa: «Un hombre que puede pegar a su esposa hasta causarle un parto prematuro -un parto prematuro que posteriormente la conduce a la muerte-, y todo debido a una estúpida historia que le había contado una concubina, u puede considerarse un hombre de carácter estable".

-Por cierto -observó Anión, con cuidadosa despreocupación-, demostrarías tener mucho tacto si no mencionaras la razón de tu destierro, ni que estás desterrada: es un poco susceptible en lo que se refiere a este tema.

-Es un poco alarmante cuanto dices. ¿Crees realmente que debería conocerle?

El brillo regresó a los ojos de Anión mientras me explicaba:

-Actualmente, Periandro no se come a la nobleza: están demasiado ocupados trabajando para él. Además -y el brillo se amplió a una sonrisa- le dijeron que sólo cortara las espigas de trigo más altas: ~te acuerdas? -Me miró de arriba abajo, con dulce malicia, y añadió:- Estás bastante a salvo, creo yo.

Luego se recostó, se colocó una bufanda de seda amarilla sobre los ojos y se puso a dormir.

Cuando me acuerdo de Corinto es siempre con una sensación de vivida y aterradora irrealidad, como si mis recuerdos se hubieran sobrepuesto en algún disparatado paisaje de ensueño creado por la mente. Pero hay algo de pesadilla en el istmo de Corinto, un collar de rocas en el lomo de un burro, estirado entre dos golfos solapados debajo de las montañas, un desierto de guijarros, de arena llevada por el viento, que se ha convertido, por un accidente geográfico, en el monumento supremo de Grecia a la ambición y a la lujuria humanas.

En estos estrechos desfiladeros, a la sombra de esa ciudadela de roca infranqueable, se ha atacado y vencido a ejércitos enteros. Aquí, a caballo sobre el mismo istmo estrecho donde una vez Escirón despachó a imprudentes viajeros, están las gradas de grandes bloques de piedra que Periandro construyó de orilla a orilla. Día tras día, yuntas de bueyes tiran con fuerza de sus cuerdas para asegurarlas, mientras que sobre húmedas plataformas de madera, una hilera de barcos negros -como dioses egipcios o caballos troyanos- se aleja lentamente de tierra, libres de percebes, arrastrando guirnalda de limo

194

195

verde, hacia sus innumerables destinos. Las ruedas ceñidas con hierro rechinan duramente en los lados de esos profundos riachuelos de mármol, el estiércol despide un vaho que va al aire salado del istmo, se oye un griterío a lo largo de las gradas y el chasquido del látigo de los boyeros.

Sereno sobre su negra roca chorreante, más allá de los brazos curvados del puerto oriental, está en pie Poseidón, delfín y tridente en ristre, ojos pétreos alerta a cualquier tiempo, una señal empleada familiarmente por marineros y gaviotas. Arriba, tras un bosque de mástiles, las casas se abren en abanico -blancas, grises, terrosas- a lo largo de la ladera. En los muelles de aguas sucias reina el clamor, en la aduana y el mercado de pescado resuenan los pasos, las carretillas, los fuertes gritos de los stfbastadores. El estruendo de los martillos de los forjadores de bronce y el silbido de oca del metal caliente sumergido en el agua llena las callejuelas iluminadas por las chispas. Las bastas lanas teñidas de los fabricantes de alfombras: rojo, azul, verde, negro; el sabor fuerte y picante del pescado salado, en las nasas; quesos de cabra, rezumantes.

Aquí los orfebres están golpeando con sus minúsculos martillos: uno levanta la vista, el rostro cetrino, reservado, los ojos cautivados por el collar de granadas que llevo al cuello. Me detengo, dos puestos más adelante, cojo un exquisito broche de cristal de roca: dentro del cristal, unajoya de arte, una diminuta figurilla de oro, no más larga que mi nudillo, Tetis llevando las armas de Aquiles a Troya. Pero soy una exiliada: dejo el broche y prosigo mi camino con Praxinoa pegada a

mi como una sombra negra.

Tras los hornos de los tejares, el aire reverbera, en los patios hay tejas guardadas horizontalmente entre capas de paja, mis dedos se pasean lentamente sobre la superficie mate de una jarra de terracota sin cocer. Olor a arcilla mojada, los tornos giran bajo el sol, se hacen vasijas que se llenan de viento, adoptan la forma de los dedos al tocarlas, su bello brillo de barro pronto desvanecido. Entonces los pintores, con cara de pájaro, cogen las ánforas, los pigmentos coloreados a su alrededor y picotean, se precipitan y golpean sobre filas de jarrones simplemente de color terroso -demasiados jarrones, trabajo interminable, mera repetición- dibujando en los frisos los motivos habituales: carros, guerreros, cacerías de bestias salvajes, en rojo y morado, sin dejar ningún espacio en blanco (valor a cambio de dinero), llenando cada resquicio con rose-tones y hojas de acanto; chapucean también su trabajo, trucos del oficio -manchando un esbozo, alargando el salto de un leopardo más y más: ahora cuatro, y no seis, rodearán eljarrón- nadie lo discutirá, el mercado está en alza, Corinto es capaz de hacer arte, exportarlo, destruirlo.

Todo demasiado grande, demasiado ruidoso, demasiado violento: es un sitio equivocado, y manchado, como los leopardos; construido sobre una ripia, un espejismo de oro, una ciudad prostituta, que comercia con su cultura para obtener un rápido rendimiento, que compra estima con una muestra de sabiduría, que compra poetas, músicos y artistas; una ciudad gangrenosa, corrupta, enferma del corazón. La sangre que se derramó nunca estará seca, las espigas de trigo cortadas chorrean un líquido rojo en el surco. Los viejos se sientan junto a la fuente, a la sombra del plátano, jugando a damas, con 105 ojos cantos y entornados. Las estatuas públicas mantienen la mirada baja, demasiado prudentes o aburridas para hacer una declaración pública; mejor observar, esperar, sobrevivir.

A dos mil pies de altura, en la cumbre del gran peñasco negro que se inclina sobre Corinto con el aire de un Titán dormido, estaba yo erguida, como una diosa, el viento entre mis cabellos, toda Grecia desplegada a mis pies. Al norte, las cimas remotas y brillantes por la nieve del Helicón y el Parnaso. Al lado de aquellas aguas revueltas y melodiosas, en aquel aire claro, las Musas tenían su hogar; allí, pasado Delfos, las águilas volaban en círculos hacia la profética piedra-ombligo que señala el centro del mundo. Al este las islas del golfo Sarónico, y más lejos, una sombra azul, las montañas del Ática. Hacia el sur Argos y Micenas; al oeste, una sierra sobre otra sierra oscura donde se levanta la fortaleza forestal de Arcadia. Observe cada una de las regiones, y el mundo bullía debajo de mí, sua-

196 197

ve, profundo, una gran peonza para mi diversión. Los horizontes desaparecieron, el cielo se dilató, más brillante que el acero blanco en la fragua. La ciudad a mis pies se encogió hasta la nada, un pequeño chancro ulcerado, olvidada, insignificante.

Así me encontró Anón un poco más tarde, inclinada sobre el parapeto de piedra, absorta y satisfecha. Me había enviado adelante con la muña: dijo que él necesitaba hacer ejercicio. Cuando alcanzó la cumbre del peñasco, no había ni una gota

de sudor visible en su piel tostada, morena, mate. Sus ojos negros parpadearon como los de un lagarto; esa mañana tenía un aspecto de saurio. Sentí cómo Praxinoa se quedó rígida, reflexivamente, al acercarse él.

-Bueno -comentó-. Como podía haberme imaginado. Siempre prefieres tus paisajes sin figuras, ¡huf! -Las cejas copeadas se movieron bruscamente y con nerviosismo-. Permite me restablecer el equilibrio. Una escena poco común, una escena muy poco común. -La lengua de lagartija vibró, se lamió los labios-. Afrodita tiene muchas devotas extrañas, ¡huf! Pero esta...

Me llamó imperiosamente: empecé a llevar su paso. Nuestros pies iban sincronizados: quizá fuera media cabeza más alto que yo, pero no más. Caminamos despacio al subir los peldaños anchos, gastados, nuestras sombras acortándose delante de nosotros, hacia arriba, pasamos los vendedores de flores con sus guirnaldas, pasamos los vendedores de incienso, pasamos los talleres de los veleros, pasamos los puestos donde hombres con los ojos cansados, cínicos, exponen baratijas, pañuelos y estatuillas de la diosa; estatuas toscas pintadas de manera chillona, cuyo gran templo domina sobre ellas, en el espolón más elevado del peñasco, con columnas altas, brillante por el dorado y los murales. Aquí, en el mismo recinto, cambistas y librerías; un buhonero con una sola pierna (¿qué recuerdo de infancia se despertaba al verlo?) sentado al lado de sus jaulas de mimbre llenas de palomas blancas para el sacrificio, murmurando; los corderos (también blancos: supuestamente impolutos) en sus estrechos rediles; las adivinas, un mendigo ciego con un dibujo de un naufragio toscamente pintado, colgado del cuello.

Aquí se podía oler la carne asándose en los espetones sobre el carbón; aquí se rociaba con vino donde habían bebido los hombres, y se habían limpiado la boca, y habían vaciado su copa para tener suerte; y aquí había otros hombres, muchos viajeros extranjeros y mercaderes ajuzgar por sus ropas, todos tenían los mismos ojos apagados, ardientes o sigilosos vacilando, bromeando con un tendero, toqueteando un dibujo sagrado, y de pronto y con determinación, subían los peldaños hacia el templo.

Anión preguntó:

-¿Sabes a lo que han venido? -Fijó su mirada oscura y lujuriosa sobre mí y luego la apartó.

-No. -Y entonces, antes de que él pudiera hablar otra vez, lo supe: ¿cómo no lo adiviné antes? Los colores se me subieron a la cara al recordar los chistes que había oído, o espiado, en Mítilene acerca de este templo-. En particular, a propósito de las llamadas «esclavas sagradas», mil mujeres fuertes, dedicadas a la diosa, que tienen que prostituirse, en el nombre de Afrodita, con cualquier extraño que esté dispuesto a pagar bien por el privilegio.

-Ah -murmuró Anión-, veo que te acuerdas. -Me estaba contemplando con avidez, deseoso de saborear cada una de mis reacciones-. Una costumbre notable de la ciudad. Y rentable; muy rentable. No todo el mundo -sacó a relucir el viejo refrán como si fuera suyo- puede permitirse el lujo de visitar Corinto, ¡huf!

-No todo el mundo decidiría hacerlo.

-Eres joven, claro, e inexperta. -Hubo algo en el modo en que dijo eso que me hizo sentir, casi literalmente, rastrera-. Pero como devota de Afrodita tu misma...

-Encuentro el espectáculo revelador. -¿Era mi voz lo suficientemente fría y desagradable? Pasara lo que pasase, no podía,

no tenía la intención de dar a esta criatura retorcida el placer de ver que me comportaba como una virgen timorata.

Nuestras miradas se encontraron: en la suya vi de soslayo el mismo espantoso deseo, era la mirada de un perro en celo.

198 199

Rió; sus labios se enrollaron sobre sus dientes. Ahora sabía por qué me había llevado allí. Observó:

-Afortunadamente, puedo permitirme el lujo de visitar Corinto.

Me tapé la boca con la mano, ahogué un bostezo.

-Qué agradable para ti.

-Me disculparás, estoy seguro, si presento mis respetos a Afrodita, ¡huf!, ¡huf! No tardaré demasiado.

-No; supongo que no. Pero, por favor, no abrevies tus oraciones por mi culpa.

Vaciló, como a punto de añadir algo más; entonces, dio media vuelta y se encaminó hacia el templo. Miré cómo la diminuta figura de aquel cangrejo lascivo corría por los anchos pedregales de mármol blanco hasta el sol: vi cómo las oscuras facciones sicilianas de Praxinoa se le helaban en un desprecio callado. No obstante, inesperadamente, no senti aborrecimiento, sólo una súbita ola de lástima y compasión.

Hace algún tiempo, en una época más sencilla -así discurrían mis pensamientos- este acto ritual había tenido sentido, virtud, poder: era una celebración de la divinidad, una apasionada lucha hacia una unión definitiva con lo divino. Pero aquí no veía nada más que lujuria, concupiscencia mezquina y solitaria, profanación bajo el sol. Pensé: cada hombre que derrama su semilla tan gratuitamente en ese lugar sagrado comete una contaminación. Aquí, si es que está en algún lugar, está el corazón enfermo y corrupto de Corinto.

Entonces, me acordé de una curiosa historia, una de las muchas que se contaban de Periandro: cómo (entre otros actos de violencia cometidos al hacerse con el poder) había perseguido a todas las alcahuetas de la ciudad, les había atado un peso y las había echado al mar. Algunos lo consideraban una prueba de rígida moralidad: pero allí de pie en el recinto, lo comprendí. Como cualquier hombre de negocios sin escrúpulos, Periandro estaba, simplemente, eliminando a la competencia: había asesinado a esas desgraciadas mujeres para monopolizar su comercio. No satisfecho con eso, se había convertido en alcahuete de la mismísima diosa, convirtiendo su

200

templo en una casa de putas cualquiera, y -no cabía duda- desviando los beneficios hacia sus arcas personales.

He intentado ser, a unos treinta años de distancia, tan objetiva como me ha sido posible con relación a este pequeño y vagamente desagradable incidente. Sé, ahora, que me comporté más como una virgen timorata (que, al fin y al cabo, es lo que era) de lo que entonces estuve dispuesta a admitir. Mi censura no era, por sí misma, admirable: divertía a Anión (ese viejo libertino, patético e inofensivo); y me imagino que la mismísima diosa -que todo lo sabe y todo lo prevé- debió de reírse de la equivocada rectitud de su devota de veinte años. Hay muchos tipos de deseo, muchos caminos hacia la adoración y el culto:

¿quién era yo para condenar a estos hombres en mi ignorancia~ ¿Cómo podía estar tan segura de que su acto era una polución, o de que los motivos que lo inspiraban ofendían a la diosa?

Y lo que era aún peor, ¿no pude yo leer en sus ojos (por razones personales, razones que quizá sea mejor dejar sin explorar) emociones que no sentían, una actitud de la que ellos eran completamente inocentes? A vosotros, los extraños desconocidos e insondables, en este cincuenta aniversario de mi vida os ofrezco mi más humilde arrepentimiento. El castigo divino que ahora sufro -tan dolorosamente apropiado para mi ofensa- os debería dar satisfacción suficiente.

Pero tenía razón acerca de Periandro: los años no han cambiado el juicio que me formé de su carácter, ni han disminuido mi desprecio por todo lo que hizo. Anión nos concertó una cita a su debido tiempo, en contra de mi voluntad -insistió tanto que sospecho que Periandro le había ordenado que me llevara- y me encontré un atardecer escoltada por dos guardias armados a través de un laberinto de corredores, donde cada ruido sonaba duro y metálico, el choque de las botas claveteadas sobre la piedra, el chirrido de las llaves en las innumerables puertas cerradas, el tintín de las armaduras, el rechinar de los cerrojos corridos, hasta que por fin llegué a una pequeña

201

ji

sala, amueblada con sencillez, con pesadas rejas en las anchas ventanas de piedra, y lámparas por todas partes: sobre las mesas, en los nichos de la pared, y, como objeto más interesante, un gran candelabro de bronce que pendía titilante del techo.

El hombre que estaba sentado allí, con una copa de vino delante y una uva pelada a medio camino de su boca, era tan distinto a lo que me había esperado que, olvidándome de mi educación, me quedé de pie y le observé, francamente incrédula. Estaba delgado y encorvado, acabado de afeitarse, se estaba quedando calvo, con una tez cetrina, llena de erupciones y una nariz enrojecida, suspendida de una manera curiosa. Su mandíbula inferior era débil, y se le caía en pliegues y arrugas de carne flácida. A pesar del calor, estaba acurrucado en un pesado manto de lana. Durante la entrevista, no me miró directamente ni una sola vez: sus ojos vacilaban por la habitación, como si esperara hallar a un asesino en cada esquina. De vez en cuando, se daba cuenta de que babeaba y se pasaba la manga de su manto por la boca.

Intercambiamos tópicos corteses durante un rato: claramente lo sabía todo sobre mí, había leído varios poemas míos, parecía ansioso por hacer que me sintiera cómoda. ~Arión había dispuesto un alojamiento adecuado para mí? ¿Necesitaba algo? No tenía que ser tímida: Corinto -se limpió un reluciente hilito de saliva- era una ciudad ilustrada, la había convertido en un centro de arte y aprendizaje, hombres sabios acudían de todos los puntos del mundo griego para disfrutar de su protección. Una ~joven poetisa debía ser tratada con respeto. Yo no iba a quedarme, según él tenía entendido, por una larga temporada. Sólo iba de paso. Una pena, una verdadera pena. En

la próxima ocasión. Sólo tenía que escribirle. Personalmente. Los ojos de tortuga, legañosos, recelosos, se levantaron en un terrible intento de galantería: soltó una fuerte y estrepitosa carcajada. Los guardias de la puerta se agitaron incómodos. La fina voz de Periandro siguió hablando: después de un rato, parecía obvio que no me podía oír, o que había olvidado que yo estaba allí. Estaba sentada, helada, mientras se desbordaban sus espantosas palabras.

-Nunca confíes en ellos, nunca. Toda confianza se traiciona. La dulzura se destruye a sí misma. Derríbalos. Al caminar en el campo de trigo. Pero la sangre se expía, las Furias ya no caminan, están durmiendo. Si, durmiendo. El oro compensa. He conducido esta ciudad a la grandeza. Construida sobre arena, observó ella. Melisa, ¡ah, Melisa!, ¿te acuerdas de ese primer día? Llevabas vino a los peones de tu padre, Melisa, con un ligero vestido blanco con una cenefa roja. Época de cosecha. Cigarras en los plátanos. Polvo y sudor. ¡Tan bonita, Melisa, tan bonita!

Estaba sentado encorvado sobre la mesa, con los puños cerrados, contemplando el vacío. Había un leve temblor en su mejilla derecha.

-Una puta, creí a una puta, Melisa, a una puta celosa. ¿Puedes perdonarme? Hice lo que pude para enmendarme. El oráculo de los muertos, las viejas que cuchichean, las palomas torcaces. -De pronto, su voz subió de tono hasta culminar en un grito agonizante-. Dijeron que estabas fría, Melisa, fría, desnuda, temblorosa. Tus ropas no se quemaron en la pira del funeral, dijiste. Desnuda, un fantasma desnudo e implacable. Tan fría, Melisa. ¿Por qué estabas fría? Mis propias palabras de regreso a mi desde más allá de la tumba. «El horno está frío cuando cuezo el pan." Te di vestidos, Melisa, el rescate de una diosa. Todas las galas de Corinto se quemaron para calentarte. Fría, Melisa, todavía fría. ¿Por qué aún me vuelves la cara, Melisa? ¿Tú y tu hijo? Nunca regresará. No tengo nada. Nada. ¿Por qué me torturas? ¿Por qué?

Su rostro cambió, se arrugó. Miró a través de mi, con horror en sus ojos.

-No. No, tú estás durmiendo, lo sé. No puedo verte. ¡Ah, todavía maldita! Inmunda. Deshonrada. No puedo. No hay paz para ti. Sin limpieza. También Melisa. Contaminada, implacable. Alas negras, sangre. En sueños el terror, el recuerdo. Pero la culpa fue tuya, tuya -y, entonces, con un grito agudo, terrible: «¡Madre, perdóname!". Su cabeza cayó hacia adelante: tenía los dientes apretados y espuma en las comisuras de los labios.

202

203

Como si se hubiera roto tñn hechizo, uno de los guardias se precipitó hacia él, le apuntó en su silla como a un muñeco con la espalda rota, mientras el otro tiraba de una pesada cuerda de una campana. Pisadas, luces, un médico con su larga bata azul, un vaso de cordial negruzco. Mandíbulas separadas a la fuerza, sofoco, trago. Luego, tras lo que pareció un siglo, los ojos parpadearon y se abrieron. Tosió, se sentó, instantáneamente en posesión de sus facultades, como un animal salvaje del bosque que duerme en estado de alerta, listo para

cualquier peligro que se le pueda presentar. Comprendió la situación con una ojeada: debía de ser relativamente familiar para él, porque no mostró sorpresa alguna, sólo un reconocimiento inexorable.

-Te debo una disculpa, señorita -se excusó, y su voz sonó ahora sorprendentemente fuerte: por primera vez, comprendí la cualidad en este hombre que era capaz, aún, de imponer absoluta obediencia-. Por favor, perdóname si te he alarmado. -Me lanzó una mirada penetrante: sonrei, sacudí la cabeza-. Estoy, me temo, sujeto sin previo aviso a estos desagraciados ataques. -El médico, un hombre alto, impasible, barbudo, de Cos, juzgar por su aspecto, asintió en acuerdo profesional-. Y por favor, si puedes -el acero se deslizó en su voz: esto era una orden, no una petición- olvida cualquier disparate que haya dicho. LTn síntoma de esta enfermedad, de este ataque es el delirio temporal.

-Creo que lo entiendo, mi señor.

-Sí, pensaba que así sería. -Sonrió, brevemente, y alargó su mano de viejo, delgada, llena de manchas. -Adiós, querida. Espero volver a verte.

-Gracias, mi señor. Es un honor.

-No dejes que Anión te intimide: ese hombre es un tonto.

-No, mi señor.

-Y que tengas un buen viaje hasta Sicilia.

Se sentó hacia atrás, con el sudor que le brillaba sobre su frente ancha, y se secó la boca con la manga de su vestido. Le hice una reverencia, como se la hiciera a Mirsilo, y salí al alto pasillo donde todo resonaba. Detrás de mí oí cómo una llave rechinaba en su guarda, el golpe de pesados cerrojos. Parecía como si todas las cerraduras de esta fortaleza estuvieran oxidadas. Quizá, pensé, les prohíbe a los guardias engrasárselas: quizá esos espantosos sonidos metálicos, como el tintineo del oro, le proporcionan el único consuelo que es capaz de entender.

Dos días más tarde, nos embarcamos de nuevo, desde Lequeo, donde la arena se la lleva el viento, en el golfo, a bordo de un barco más pequeño, más rápido, rumbo a Siracusa con un cargamento de tejas decoradas. Anión volvió a su viejo ser, cáustico y relajado, desde el momento en que dejamos el puerto: creo que se sintió tan aliviado como yo al ver alejarse Corinto en el horizonte. No mostró ni turbación ni (lo que hubiera sido peor) una querencia sugestiva: de hecho, se comportó conmigo como si nada hubiera ocurrido, lo que me supuso un gran alivio. Cada mañana durante una hora practicaba en la lira con él, como habíamos hecho durante todo viaje anterior que hicimos juntos. Me confesó, inesperadamente, que «daba muestras de progreso». Esto, viniendo de él, era un gran cumplido.

No obstante, no pude evitar observar un cambio en su temperamento natural casi tan pronto como subió a bordo. Ahora tenía dinero abundante y le gustaba hacerlo notar. Presumiblemente había persuadido a Periandro para que le adelantara los gastos del viaje a Sicilia -y un anticipo sustancial, a juzgar por las apariencias- como representante oficial de Corinto en el festival. Y yo me preguntaba, en un espíritu de cinismo juvenil, cuánto exactamente se esperaba que devolviera si regresaba sin el primer premio. Pero esto no era ni mucho menos el tipo de pregunta que se podía hacer a una figura internacional, así que en vez de eso, le pregunté dónde se celebraría el festival.

-Hímera -respondió rápidamente-. Un sitio extraño: arriba en la costa norte, lejos de todos los demás asentamientos

griegos, ¡huf Muchos siculos por los alrededores todavía.

-Siculos?

-Los viejos. Allí desde el principio, antes que los dioses, dicen. Bueno. Gente pequeña, siniestra, reservada, ahora viven

204 205

arriba en las montañas. Lo que queda de ellos. Como cabras salvajes. También temperamentos salvajes. Llenos de celo idealista. Una vez dioses, ¡huf!

Miré fijamente hacia abajo, por encima del baluarte, el agua de cobalto, cremosa, y comenté sin pensar:

-Hefesto en el Etna. Viene de perlas.

-Son buenísimos trabajando el metal -asintió-, he visto trabajos hechos en Sicilia que un herrero griego nunca podría igualar. Pero guardan los secretos de su profesión. Lo único que les queda, ¡huf! Y la reputación de magos, claro. Hay más brujas en esa isla que en cualquier otro lugar, si exceptuamos Tesalia.

Un escalofrío me recorrió de arriba abajo: de algún modo el tono prosaico de Anión me lo hacía ver mucho peor.

-Las he visto por la noche en las colinas, arrancando raíces, ¡huf! Hace veinte años. Puede que las cosas hayan cambiado.

Mi mente se acordó, de pronto, de tío Furigio y las espartas viejas que se apiñaban alrededor de nuestro patio, fardos de harapos negros, murciélagos a la luz del sol. Ahora no parecían nada divertidas.

Le solté con una determinación repentina:

¿Crees tú en esto? ¿En la magia, quiero decir?

Sus ojos negros parpadearon por este ataque frontal directo.

-No lo sé. Quizá no haya una respuesta simple para tal pregunta. Todos hemos visto tantas bobadas supersticiosas, ¡huf! Pociones de amor, hechizos para fiebres, ese tipo de cosas. Pero hay algo en Sicilia... -abrió las manos-, no puedo explicarlo. Ya lo verás. Las mujeres tienen una manera de mirarte misteriosa; te miran de soslayo. Como a una serpiente. Sientes la fuerza. Te dices a ti mismo: quizá puedan hechizarte. O pedir a la luna que baje. O convertirse a si mismas en lechuzas al caer la noche. -Fruunció el ceño-. Nunca he sido tan consciente de las lechuzas como lo fuera en Sicilia. El silbo y el planear durante la noche te mantienen despierto. Una vez entró una en mi dormitorio, pensé que todavía estaba soñando, aquellos gritos~ aquel batir de alas infernales, ¡huf Sin luz, la lámpara se había apagado. -Se rascó su calva, parpadeó-. También serpientes -prosiguió-. Por todas partes. Negras. Castaño dorado. Esos agujeros oscuros en la tierra caliente. Andiente. Hay violencia, ya lo verás: algo reprimido, secreto, peligroso. Como los fuegos líquidos debajo del Etna. O Hefesto, ¡huf! A veces el gigante yace quieto y puedes olvidarte de él. Entonces, un día de primavera, cuando estás caminando entre las amapolas, se agita y gime en su sueño, y el miedo abrasador del mediodía te agarra.

Conseguí reír.

-Haces que parezca como el lugar más encantador del mundo. -Mi corazón era una masa informe pequeña, dura, fría,

pesada, una entidad separada sobre la que no tenía ningún control.

-Querida mía -dijo Anón excusándose-, cuánto hablo sin parar: tenias que haberme detenido si estabas aburrída.

-Las pobladas cejas se levantaron, risueñas-. Es un lugar encantador, tan exquisito, tan fértil, no darás crédito a tus sentidos. Grandes bosques vivos con todo tipo de pájaros y bestias, rica tierra de pastos, campos de trigo que se extienden más allá del horizonte, vastas propiedades, bonitas casas. También buena pintura y música; allí, el arte echa raíces y brota como cualquier otro ser vivo. Fértil, fértil, bueno, casi puedes ver el brillo dorado en ese suelo negro.

El barco navegaba regularmente hacia el oeste, la vela hinchada, hacia la entrada aún escondida del golfo. Estábamos, como antaño, sentados en la cubierta de popa. El timonel estaba de pie, cerca, detrás de nosotros, inclinado sobre su gran gobernalle: tan moreno y surcado era su rostro, tan impasible, que hubiera podido pasar por un mascarón de proa esculpido. Solamente sus ojos estaban al acecho: y a veces -¿eran imaginaciones mías?- parecía que se posaban sobre Anión con una especie de apetencia burlona, anticipada.

206 207

x

-Pero, querido -exclamó Cloe, sin dejar de dar vueltas, con los pendientes centelleando, el pepló verde como un torbellino-, ~acaso no es ella la criatura más exquisita que jamás hayas visto~ Como una figurilla de marfil... -Tomó mi mano con la suya, casi bailando de placer y excitación-. Helena debe de estar loca, ¿por qué demonios no nos lo contó? Licurgo, es tu hermana, ¿puedes tú explicarlo?

Licurgo, que obviamente estaba acostumbrado a los entusiasmos de su esposa, sonrió y respondió:

-Quizá quisiera darte una agradable sorpresa, Cloe. Ya sabes lo que te gustan las sorpresas. -Luego, dirigiéndose a mí, tolerante, divertido (como si Cloe fuera un alegre cachorro) añadió:- No debes permitir que mi mujer te agobie, Safo. Sobre todo después de un largo viaje.

Hablé, con una franqueza no premeditada:

-Creo que es maravillosa. -Y lo decía en serio. Si Cloe estaba sorprendida, yo también, mucho más de lo que me hubiera podido imaginar. Sea lo que fuese lo que había esperado (una persona seria y de mediana edad y sin duda con algo que desaprobaba, si no abiertamente rechazar) no era esta exótica belleza siciliana. La contemplé con una fascinación sincera: aquella piel increíble, como nata espesa, derramada con suavidad, el moño de brillante pelo negro, los brazaletes bárbaros de oro, los pendientes y el colgante de esmeraldas a juego, que tan discretamente recogían e intensificaban el verde puro de sus ojos. Es como un gato,

pensé, un lindo gato mimado: primorosamente vivo en todos

209

los sentidos. Sentí una repentina necesidad de acariciarla, de hacerla ronronear.

-Pero esos ojos, querido, esa maravillosa sonrisa secreta...

-Hubo un apretón de manos y al estrechárnoslas noté la fuerte presión de sus uñas largas, en forma de almendra. Así que el gato también tenía tiñas...

-Basta, Cloe, desconcertarás a la pobre niña. -Pero senti que si alguien estaba desconcertado, ése era el propio Licurgo.

A decir verdad, hubiera podido bailar en la luna. Por primera vez en mi vida alguien me había dicho que yo era bonita y lo había dicho en serio: el elogio apasionado de los ojos de Cloe era tan estimulante y tan palmario como la luz del sol después de una tormenta.

Todo mi cuerpo se abrasaba con un despertar de sensualidad: podía sentir cómo cada una de las partes de mi ardía con vehemencia. La vergüenza y la repugnancia secretas, apenas reconocidas, que había alimentado contra mis imperfecciones físicas (como mi madre me había enseñado a considerarlas) se derritieron de pronto, fluyeron, se desvanecieron: era como si Cloe, con aquel mero contacto con los dedos, hubiera desviado mi sufrimiento hacia ella, una bella hechicera, la magia de la cual servía a fines generosos, para intensificar la vida. Entonces, por encima de sus hombros, vi a Anión, observando cada movimiento, cada mínimo cambio de expresión, con aquellos ojos negros de serpiente, y me acordé de sus palabras: <' Más brujas en esa isla que en cualquier otro lugar si exceptuamos Tesalia". Nuestras manos se separaron: tuve la extraña sensación de que ella también sabía exactamente dónde estaba Anión, de que podría haber descrito cada uno de sus gestos.

Licurgo le manifestó a Anión:

-Le estamos profundamente agradecidos por haber escoltado a mi sobrina en un viaje tan largo, señor. Espero -dijo esto con una sonrisa lenta, conscientemente encantadora- que no le haya causado ningún problema.

-Claro que no, mi señor. Fue un honor tener una compañera de viaje tan atractiva y, permitame añadir, con tanto talento.

Para ser un artista ilustrado que rechazaba la aristocracia por ser un anacronismo casi obsoleto, pensé, Anión no lo estaba haciendo mal. Su voz y su comportamiento habían cambiado por completo: si no exactamente zalameros, eran algo más que respetuosos. Me pregunté si adoptaba el mismo enfoque al sacarle dinero a Periandro.

-El honor es nuestro -respondió Licurgo-. Nos sentimos honrados al tener un artista tan famoso bajo nuestro techo. -Su entonación tenía esa cualidad excesivamente dulce y atenta que la gente bien educada tiende a asumir a menudo cuando tratan con sus inferiores en condiciones de igualdad social. Pero Anón, cosa que me divirtió mucho, interpretó las palabras literalmente. Cloe anunció:

-El mayordomo se encarga de vuestro equipaje. Stúbid a la azotea y gozad del paisaje.

Licurgo nos indicó el camino por una amplia escalera de madera: Cloe deslizó su brazo por entre el mio mientras le

seguíamos. Detrás de mi podía oír las pisadas delicadas de Arión: si Cloe se parece a un gato, él anda como tal. Cuando llegamos arriba, me detuve, asombrada por la variedad y el esplendor del panorama que se extendía bajo nuestros pies: este debe de ser seguramente el punto más alto de toda la ciudad. El terrado era plano, con baldosas con mosaicos y una vistosa barandilla de mármol: recorría tres lados del patio, y no se parecía a nada que hubiera visto en Mitilene. Incluso Tres Vientos parecía soso al compararlo.

Habíajarrones y macetas por todas partes: un fuerte aroma dulzón de alhelí y albahaca flotaba en el aire del atardecer. Había una mesa baja preparada con un servicio de vino de plata, tinos tazones de fruta fresca -manzanas, higos, uvas, peras- y platos con pasteles de miel. A ambos lados de la mesa había un triclinio cubierto de cojines, con vueltas esculpidas en marfil: y a la cabeza de cada triclinio, esperaban dos esclavos de la casa, dos guardianes como estatuas, que nos miraban fijamente a nosotros y más allá de nosotros, immaculados con sus túnicas blancas, tan quietos que apenas parecía que respiraran. Contuve la respiración: nunca hasta entonces había visto a

210 211

negros de Nubia, y los planos tallados de sus facciones extrañas, el leve relieve de la cicatriz en ambas mejillas, me sobrecogieron, casi me impactaron.

Licurgo me hizo señas y me puse a su lado, inclinada sobre la barandilla. Le resultaba grato, y a mí parecer un auténtico placer, hablar de su ciudad: un rasgo que, como llegaría a descubrir, compartía con la mayoría de los griegos colonos de la isla.

-Esta colina en la que estamos forma parte del barrio de Acradina -comentó-. Allá abajo enfrente de nosotros está el puerto pequeño, básicamente para barcos de pesca, como puedes ver. La isla con el arrecife se llama Ortigia.

-Qué casas tan maravillosas tiene.

Oi a Cloe reír detrás de mí.

-Claro que sí, querida. Eso es una cuestión más bien dolorosa. Pero no debemos tener envidia. No todo el mundo puede vivir en la Isla. -Por alguna razón, la manera en que pronunció esas dos palabras dejó claro que eran un título más que una mera descripción-. Tienes que ser descendiente directo de uno de los colonos primitivos, e incluso así hay un orden estricto de prioridad.

-Qué extraordinario -exclamó Anión, con el aspecto de encontrarlo realmente impresionante. Entonces se me ocurrió, por primera vez, que quizá hubiera siracusanos que podían tratar con condescendencia a Licurgo y Cloe del mismo modo en que ellos mismos podían tratar con condescendencia a Anión.

Licurgo se pasó una mano por su pelo espeso y canoso. ¿Cuántos años tenía? ¿Treinta y ocho? ¿Cuarenta? Era extraño pensar que fuera el hermano de tía Helena.

-Claro -observó tranquilamente-, Siracusa debe de ser un gran cambio después de Corinto.

-Seguro -añadió Cloe- que nos encontraréis terriblemente aburridos y provincianos. -Se inclinó maliciosamente sobre Anión: la nariz del hombrecito estaba al nivel de su turgente y voluminoso pecho, y su enfática negativa fue un poco incoherente. De todas formas, había verdad suficiente en lo que ambos habían dicho como para reflexionar. Siracusa no era ni menos

rica ni menos monumental que su ciudad madre: con todo, en ciento cincuenta años había ido cobrando una atmósfera completamente distinta, acomodada, elegante, segura de sí misma. Quizá un apresurado hombre de negocios corintio se sentiría molesto por el ritmo de vida lento, formal, la manera en que una materia tan preciosa se sometía a modelos de relumbrón y sin embargo esencialmente severos, la clásica atmósfera tradicional, casi jerárquica. No obstante este modelo, presentía yo, no era ni mucho menos tan estable como lo parecía a primera vista: Licurgo y Cloe, sin ir más lejos, mantenían una actitud que se mostraba sutilmente en desacuerdo con éste.

Licurgo prosiguió con un entusiasmo inconsciente, señalando el puerto grande, el promontorio fortificado de Plemirio enfrente de Ortigia, las tierras pantanosas, llenas de cañas, que se extendían tierra adentro hacia la Ciudad Nueva y las alturas de las Epipolas, con el río Anapo, una línea invisible punteada de árboles fluyendo entre los pantanos. Allí estaban las canteras, sí, allí, abajo a mi derecha, más allá de la muralla de Acradina. En algunos lugares a una profundidad de ochenta pies. Solamente trabajo de esclavos, claro, y en su mayoría criminales condenados, no podían durar mucho en aquel lugar tan espantoso, achicharrados durante el día y congelados durante la noche y trabajando en turnos de doce horas...

-Querido -intervino Cloe, cortante-, ven y siéntate: tus invitados no quieren saber nada de los esclavos de las canteras, están hambrientos. -Hubo una repentina y momentánea nota de irritación en su voz, y algo más, algo que se me escapó.

-¿Qué? ¡Oh, sí! Lo siento. -Dio la espalda al balcón de mala gana: su sonrisa era juvenil, encantadora. Llegué a conocer muy bien aquella sonrisa al cabo de un tiempo. Nos sentamos todos: Licurgo y Anión en un triclinio, Cloe a mi lado en otro. Yo estaba intensamente atenta a cada uno de los movimientos que hacía Cloe, a la manera en que su mano sujetaba la taza cuando bebía (no llevaba anillos a excepción de una simple alianza de oro), a la manera en que mentón y garganta se inclinaban, el grosor de sus labios en el borde de la taza, el brillo de plata realzado detrás de la muñeca y los dedos. Su perfume agríndice, un poco acre, me llegaba a la nariz: lo inspi-

212 213

raba hambrienta, como si friera una extensión física suya, mirando de soslayo el volumen de sus senos, la manera en que su muslo, a mi lado, una sombra bajo el vestido verde de verano, se arrellanaba allí donde descansaba en el borde del triclinio, sorprendida de mi misma, pero sin miedo, sin una pizca de miedo, regocijada por la fuerza del sentimiento que me recorría, preguntándome sobre la repentina simplicidad de la vida brillante como un diamante. Licurgo le decía a Anión:

-Está claro que Hímera está mucho menos desconectada del mundo ahora que la última vez que estuvo usted en Sicilia. Este festival, por ejemplo, hubiera sido imposible celebrarlo allí hace veinte años.

Anión asintió, con la vista sobre la plata: parecía como si la estuviera tasando mentalmente.

-Así me lo ha dado a entender mi futuro anfitrión.

Los esclavos nubios, morenos como sus sombras que se alargaban, llenaban tazas, llevaban platos con fruta de acá para allá, siempre atentos, anticipándose a cada orden, mudos, sin

expresión.

La curiosidad y la reticencia se enfrentaron por un instante en los ojos de Licurgo.

-¿Y éste debe de ser...? -murmuro.

-Tisias, hijo de Fuforbo. -Anión fue cuidadosamente informal: siendo él mismo una celebridad, no podía permitirse el lujo de dejarse impresionar por las pretensiones de fama de sus rivales, así que continuó su enumeración de nombres importantes con algo de prudencia.

~Ah claro! Una reunión previa de águilas líricas. -El modo que tuvo Licurgo de pronunciarlo no dio la sensación de que fuera como un gran cumplido.

-Tisias -continuó Anión, midiendo sus palabras como si supusiera, o por lo menos esperara, que así se contarían a la persona de quien estaban hablando- es un gran artista: su fama e influencia son internacionales. Sus innovaciones técnicas...

--Ah sí! -respondió Licurgo rápidamente: era evidente que no tenía intención alguna de dejar que Anión se pusiera a hablar sobre un tema tan peligroso, al presentir, con cierta justicia, que cuando el pequeño músico estaba en marcha, no había ningún modo pacífico de detenerle-. Innovaciones técnicas, sí, bueno, ¿así que lo admite? También nosotros, como puede observar, somos capaces de crear genios. Sicilia no está tan atrasada como les gustaría creer en Atenas o en Jonia.

-Me siento honrado al ser su huésped -dijo Anón, ofendido.

-Claro -intervino Cloe-, será también su contrincante, ¿no es así? Presenta un interesante problema para la etiqueta. Debenia el perfecto anfitrión dejar que su huésped le derrotara?, o ¿acaso la ambición artística pesa más que las simples buenas maneras? No es que la situación tenga que darse en su caso, claro -añadió, con un toque de sencillez. Yo la hubiera abrazado.

-Las Musas -declaró Anión, empezando a ser espantosamente pomposo al verse forzado a ponerse a la defensiva- no estiman tales consideraciones mundanas. El artista verdadero les ofrece el tributo de la integridad, la devoción, la artesanía: ellas le recompensan con el don divino de la inspiración.

-A veces -prosiguió Cloe-, parecen un poco lentas para reconocer su virtud. Quizá, siendo damas, les aburra la repetición: ¿qué opina?

Anión se puso un higo maduro en la boca y lo masticó con prolongada delectación.

-Yo no me atrevería ajuzgan los motivos de ninguna dama, y menos aún los de aquellas con conexiones divinas -contestó por fin, brillándole los ojos negros.

-Y con una valiosa protección que ofrecer: claro que no. Qué prudente! Tisias no está casado ¿verdad?

Anión miró, con rápida comprensión -y malicia apenas disimulada- a Cloe, y luego a mi, y de nuevo a Cloe.

-Sólo con su arte, señora Cloe, sólo con su arte. Como nuestra brillante y encantadora joven amiga aquí presente.

Noté cómo el cálido rubor subía a mis mejillas: no podía decir nada.

-Safó todavía es joven, Anión. -La voz permaneció tranquila, divertida; pero sentí que la ira me reconcomía-. No debe

intentar casarla prematuramente ni siquiera con un pretendiente tan casto e intachable.

-Me inclino ante su experiencia, señora Cloe. En el campo de los emparejamientos, no me atrevería a discutir con usted.

El sol se hundía más allá de las montañas. De pronto, empezó a soplar una brisa fría, y las calles de más abajo de nosotros las cubrieron las sombras de la noche. Licurgo sugirió:

-Creo que deberíamos entrar: hace fresco cuando cae la noche -y nos dirigimos todos hacia las escaleras. A lo lejos en el horizonte situado más al norte, se alzaba el Etna, coronado de nieve sobre el fuego de sus entrañas. Cloe sonrió y rozó ligeramente mi brazo desnudo con su mano. Comencé a temblar: los ojos de Anión se contrajeron hasta parecer meras negras puntas de alfiler. Pero no dijo nada.

Más tarde, a eso de la medianoche, me senté en la cama, sin poder dormir, agradablemente caliente por el vino que había bebido durante la cena, persiguiendo frases y fragmentos fugitivos de un poema que se me resistían. (De nuevo una niña, persiguiendo en vano la brillante mariposa negra y carmesí que revoloteaba sobre mí bajo el sol de primavera, hundida hasta los hombros entre la alta cebada verde salpicada de carmesí, amarillo y blanco: amapolas, botones de oro, margaritas gigantes.) Mis sentidos estaban tensos, expectantes: era intensamente consciente de las texturas, formas, colores, olores; de la tersa cena blanca de las tablillas para escribir, su dorso de madera ejerciendo presión sobre mi rodilla levantada a través de la áspera colcha de lana; la torpe mariposa nocturna que revoloteaba cada vez más a la propia inmolación, alrededor de la luz estable de un grupo de seis lámparas (las lámparas estaban sobre una mesilla taraceada donde yo pudiera alcanzarlas fácilmente); la leve fragancia de romero y lavanda de las sábanas, el espejo oval con su manco de volutas doradas. Todo bien definido, complejo, inconfundible: ahora estaba todo grabado indeleblemente en mi memoria.

Ella vino, como yo sabía que vendría, todavía con aquel vestido verde, sonriendo con su sonrisa secreta, con los ojos verdes como un gato egipcio, anchos brazaletes dorados que centelleaban a la luz de la lámpara, cabello negro, abundante y liso, recogido sobre sus orejas, la fragancia agrídulce en el aire allí por donde andaba, una misteriosa hechicera cuyos movimientos tenían vigor y fuerza. Se sentó en la cama y me cogió ambas manos con las suyas: el colgante yacía pesado entre sus abultados pechos, un intenso verde esmeralda resplandeciente sobre aquella piel pálida, fina, cremosa.

-¿Y bien, querida? -empezó con mucha suavidad, y sus cejas oscuras se levantaron con un gesto a la vez interrogante e irónico. Asentí, los labios entreabiertos, sin saber apenas lo que estaba haciendo; y entonces los cálidos brazos de Cloe me rodearon, y sentí su dulce boca abierta sobre la mía.

„Enes feliz, mi amor?

-Más feliz de lo que jamás haya sido, de lo que jamás soñé que sería.

-Eres tan joven, tan dulcemente joven.

-Oh, Cloe, yo nunca supe...

-Cállate, dulce mía.

-Es tan nuevo, tan extraño.

-¿Tienes miedo?

-¿De tí? ¿Cómo podría tenerlo? Y sin embargo...

-Lo sé, lo sé.

-Es tan violento y repentino, como una tormenta de otoño, cuando estás andando por el bosque y, entonces, antes de que te des cuenta, una gran tempestad está retumbando entre los robles...

El dedo sobre mis labios, los cálidos cabellos sueltos sobre mi pecho.

-No hay palabras para esto. Cállate.

-Tiene que haber palabras, las palabras dan forma, vida.

-¡Ah, no!, las palabras son las sombras que revolotean detrás de la vida. La vida es, la vida existe: disfruta del radiante momento, agradécete.

-¿De qué otro modo puedo expresar mi gratitud? Las palabras son el don que la diosa me ha concedido: no puedo ofrecerte ningún otro tributo.

216 217

La carne caliente dándose la vuelta lentamente, la sornolencia perfumada: la dorada red del recuerdo.

-Safo, querida, eres tú a quien quiero, aquí, ahora, viva; tu amor, no tu tributo. Guarda tu tributo para reinas y diosas, yo no soy ni lo uno ni lo otro.

-Entonces llama a las palabras hechizo, encantamiento para atrapar al sol, para cazar la luna de tu belleza.

-Mi belleza debe desvanecerse: no puedes detener el tiempo por mi con tus encantamientos.

-¿Entonces qué? ¿Qué puedo darte?

-Esto. Y esto...

-Sí. Sí. 10h, amor!...

-Calla, dulce mía, calla.

La luz de la luna se filtra por entre los postigos entreabiertos, los murciélagos giran y giran en el aire iluminado por las estrellas. Alrededor de la luna llena, las estrellas liberan su claridad, se desvanecen en esa fría refulgencia sobrenatural que ahora, increíblemente, platea el cuerpo de Cloe, cálido, suave, sus pechos generosos, la larga curva de un muslo. Yace marcada con barras de luz y sombras, una Circe de la oscuridad con fuertes encantamientos a su disposición.

Corrí a ti como una hija a su madre, Cloe, con la misma confianza afectuosa, instintiva, la misma desenfrenada reacción física. ¡Cómo me hubiera turbado si alguien -incluso tú- me lo hubiera dicho en aquella época!

Fuiste mi primera amante, Cloe: me enseñaste a aceptar, con júbilo, las pasiones que despertabas dentro de mí. Pero lo que nació entre las dos, como una fuente contenida durante largo tiempo en la roca viva, fue también ese torrente de pura ternura que une a madre e hija, la ternura que sentí luego hacia mi propia hija: no menos intensa, no menos física, no obstante totalmente ajena a la pasión del deseo. Fuiste la madre que nunca tuve, cálida, dulce, espontánea: ahuyentaste a mis demonios, destruiste mi miedo, me devolviste a mí misma.

Aquellos primeros meses en Sicilia fueron de ensueño, irreal. Yo, una radiante bailarina, parecía moverme entre una mascarada brillante: Siracusa era una joya nada frecuente que yo sostenía en mi mano para mi propia satisfacción, un espejo donde veía reflejado todo el apasionado conocimiento de la vida

que el amor de Cloe me había dado. La misma Cloe hacía todo lo que podía para fomentar este delicioso estado de ánimo. (~Qué era lo que había dicho tía Helena? «Tienes todos los síntomas para poseer gustos lujosos de manera innata. Con un poco de suerte, Licurgo y Cloe los consentirán hasta el punto de que, después de eso, te negarás a conformarte con menos.» Como la mayoría de predicciones de tía Helena, ésta resultó ser extraordinariamente correcta -aunque a veces me he preguntado si también previó, conociendo a Cloe tal como era, qué otras aficiones desarrollaría yo con el paso del tiempo.) Me colmaron y deslumbraron con vestidos nuevos, joyería rara, perfumes exóticos. Mi habitación parece, en la memoria, haber estado siempre desordenada con balas de telas por desenrollar: damasco rosa de Siria, muselina color azafrán de Cos, pesado lino egipcio adornado con estrellas y bestias heráldicas, extrañas y tiesas; tejidos de lana de los grandes telares de Italia, entrelazados con suaves cuadros verdes o con rayas negras y escarlata, deliciosos al tacto, con un leve olor a hierbas y humo de madera.

Cloe siempre estaba allí, riendo, elegante, vivaracha, llena de entusiasmo y alegre como la cascada de la ladera de una colina, agarrando un corte de seda y cubriéndome con él, discutiendo con modistas acosados, iridiscente como una libélula, el centro alrededor del cual giraban todas nuestras vidas. Me inició a toda una gama de cosméticos que nunca había visto en Mitilene: muy pronto mi tocador estuvo atestado de un desconcertante surtido de frascos y tarros y botellas, con barra de labios, colorete, cepillos de cejas, esmalte de uñas, esencias, lociones, polvos sutilmente teñidos.

Aquí, en el dedo medio de mi mano izquierda, delante de mi anillo de bodas, están las serpientes de oro entrelazadas, el primer regalo que me hizo Cloe, símbolo y promesa y con-

219

218

memoración, siempre brillante, endemoniado. Me deslicé por el luminoso círculo ardiente de nuestro amor, y el tiempo transcurrió silencioso, dejando la burbuja intacta durante un rato.

Cerca del mar, tan cerca que solamente un estrecho arrecife los separa, nace el manantial de Aretusa. Solía quedarme allí a menudo, atraída por alguna oscura fascinación, de pie durante una hora o más, con los codos apoyados sobre el viejo parapeto de piedra encima de la laguna. Yacía profundo y quieto, bajo su superficie, un espejo verde oscuro para mis pensamientos, rodeado por un borde de papiro egipcio ligero como una pluma, guardando su secreto y su leyenda: la ninfa sorprendida desnuda, mientras se bañaba, por ese gran cazador arcadio Alfeo, y transformada por la casta Artemisa en agua pura, eterna, una profunda corriente que fluye por debajo del mar jónico hasta la lejana Ortigia. (Algunos dicen que Alfeo también se metamorfoseó en un río subterráneo, y así, por fin, consumió su amor.) Cloe me contó que una copa lanzada como ofrenda en las aguas de Alfeo se había encontrado, meses después, en la fuente de Aretusa.

Si contemplaba aquella superficie verde, misteriosa, durante el tiempo suficiente, sus profundidades cobraban vida: entre frondas quietas, un hilillo de burbujas, apenas visible, corría

hacia el exterior, empujado hacia arriba desde inimaginables cavernas de piedra donde la luz nunca brillaba y donde, según dicen, unos extraños peces blancos y ciegos pasan sus días sin sol. A veces, en esos momentos, parecía ser yo misma el manantial secreto en el que aquel delicado hilo subía para romperse y adoptar la forma de palabras melódicas.

Durante aquellos meses fluyeron poemas y más poemas, totalmente concebidos, de mi mente en fermentación: estaba poseída, en todos los sentidos, rodeada por encantamientos en los que nunca hubiera soñado, y las puras aguas cristalinas de la creación corrían luminosas por mis venas verdes. Todavía en un sueño, me movía por el tablero de ajedrez de la sociedad siracusana, un peón exiliado entre reinas como pavos reales y caballeros como sus caballos alazanes, moviéndose de lado: hubo recepciones, cenas, y, por fin, un recital, mi recital, yo sola delante de los invitados, de los famosos, de los ricos, de los influyentes, todos reunidos para escuchar a la misteriosa y diminuta poetisa de Lesbos, y quizá para ver más de cerca a la última amante de Cloe. Canté y toqué sólo para ella; suya era la magia x~ el tributo de las palabras, de la música y la danza que los cautivó y mantuvo en vilo, cerca como las serpientes de oro entrelazadas, brillantes en mi dedo, mi regalo para ella, mi corazón en su cuerpo.

Aplaudieron y lloraron: yo solamente vi sus ojos verdes, iluminados con su tierna risa, sus cálidos labios, el pelo oscuro, liso, recogido sobre aquel hermoso rostro. Cuando, al fin, el sueño terminó, comprobé que, sin darme cuenta, me había convertido en una artista famosa, una figura que inspiraba pasiones: admiración, envidia, incluso temor. La mítica aura del poeta había descendido sobre mí de improviso: al principio la llevé con torpeza, como el heredero tardío de un trono que sale con corona y púrpura real para hacer frente a la multitud después de su unción.

Licurgo y yo estamos sentados en la azotea, mirando a través de las apretadas casas blancas de Ortigia hacia el puerto grande. Nunca he atravesado sus defensas exteriores, tranquilas y sonrientes, la máscara amañada que presenta al mundo: mi relación con Cloe hace doblemente difícil que pueda sentirme a gusto con él. ¿Qué estará pensando?, ¿qué es lo que sabe? ¿De qué hablan él y Cloe cuando están solos? Las preguntas bullen en mi cerebro, clamando una respuesta. Es típico de mí, también de Cloe, aunque sospecho que por razones muy distintas, que nunca hayamos discutido acerca de Licurgo, que nunca hayamos señalado su verdadera posición en la compleja trama de nuestro amor. Demonios de miedo y celos rondan por mi mente, guardando una puerta que no me atrevo a abrir; y mientras tanto Licurgo es natural, educado, encantador, un marido divertido (diría una), que anima a su esposa en sus esfuerzos para descubrir y convertir a esta crisálida pequeña, tímida, adorable, en una mariposa resplandeciente.

220 221

Bajo un miedo, otro, más profundo: ¿qué significa el amor de Cloe para ella?, ¿cuánto vale?, ¿cuán profundo es? A veces parece una alegre y despreocupada libélula y nada más, acepta la devoción como lo que se merece, rozando la lustrosa superficie de la realidad, tan esquiva e intocable como la propia

Afrodita, la diosa de mil amantes. Sólo puedo confiar, aceptar, aprovechan el momento de felicidad y disfrutarlo al máximo. Entonces miro a Licurgo, inclinado sobre la banandilla junto a mi, con los dedos entrelazados (dedos que conocen el cuerpo de Cloe tan bien como yo), con su cabello canoso y espeso, caído sobre la frente, y pienso: «Este hombre es el marido de mi amante; soy su invitada, gozo de su hospitalidad, y a cambio me acuesto con su esposa como un vulgar adúltero. ¿Por qué debería mi sexo protegerme de ese nombre?».

Rompiendo un largo silencio habla, con lenta deliberación:

-Amo a mi esposa. Porque la amo, deseo su felicidad con todo mi corazón. La satisfacción que halláis una en otra es una fuente de alegría para mi también. Puedes creer que es algo extraño. Si es así, deberías pensar que el amor puede tomar muchas formas, no todas sencillas o familiares.

-Otras pasiones pueden imitar el nombre del amor: ~no es eso también cierto?

-Claro que sí. -Sus ojos buscaron los míos-. Hay muchas máscaras y muchos falsos dioses. Pero a Amor lo puedes reconocer, incluso cuando lleva una máscara: sus manos están extendidas, llenas de regalos, sin buscan nada. Las manos vacías que se agarran al placer, la voz que grita: «¡Da!», éstas no tienen nada que ver con él.

Asentí, aturdida: ¿ónde he oído antes tales palabras? Claro: de tía Helena, que es la hermana de Licurgo (los lazos de sangre unificadores, el mundo entero conectado como una red, cuando se sentó en mi cama y me consoló: «Afrodita tiene muchos estados de ánimo y muchos rostros». Las luminosas facciones de Cloe se disuelven, quedan cubiertas por la máscara de Pitaco, brutal, borracha, velada, en su debilidad y su lujuria.

-Lo entiendo, mi señor. -Entonces, ¿estas palabras se refieren a mí? ~Acaso se está cuestionando la fuerza y pureza de mi amor, y no el de Cloe? Asustada, me doy cuenta de que nunca hasta ahora he considerado, ni mucho menos, esta posibilidad.

Me escudriña con rara fijeza.

-Sí, creo que quizá lo entiendas. -Respina hondo-. Permíteme dejar una cosa clara, y luego no hablaremos nunca más de este tema. Eres bienvenida a mi casa, a nuestra casa durante tanto tiempo como quieras. No te guardo ningún rencor ni reproche. No estás -parpadea con rapidez- abusando de mí en modo alguno. Pienso en ti sólo con afecto y amor. Creo en tu amor por Cloe: porque creo en él, lo acepto.

Sus palabras son tan formales, tan artificiales, que sólo pueden ser un escudo sostenido para proteger sus emociones indefensas, demasiado vulnerables. Asiento en señal de gratitud, con los ojos rebosantes, incapaz de hablar. Lúnicamente más tarde, sola, empiezo a pensar en Lictíngo, a preguntarme qué compleja motivación podría conducir a un hombre, a cualquier hombre, a pronunciarse de ese modo.

En el límite crepuscular del sueño se me plantea una pregunta, súbita e inesperada: «¿Por qué no han tenido nunca hijos?». Pero la pregunta queda sin responder, resbala por el borde suave y negro del abismo, se precipita con el eco allí donde las pesadillas y la fantasía esperan para atormentar a la mente inconsciente.

Las ceremonias, de un tipo u otro, gobiernan nuestras vidas más de lo que creemos. Es extraño cómo mis recuerdos sicilianos regresan constantemente al acontecimiento formal, ritual: quizá entonces, más que en cualquier otro periodo de mi vida

hasta ahora, necesitaba ese armazón sustentador que constn-
ven los hombres para contener y dan forma y enriquecen el
modelo fortuito de su existencia. Sin las palabras, las prácticas,
los actos santificados y santificadores, que marcan el paso del
año, que encierran los grandes hechos del nacimiento y la reno-
xación y la disolución, no seríamos más que hojas en el viento
volando por un valle oscuro, ilimitado, un ruido de huesos arras-
trados por la lluvia.

222 223

Estaban cumplidos los pequeños rituales privados: echar
una pizca de incienso en la llama del santuario de Afrodita, el
gesto con el índice y el pulgar para apartar el mal de ojo. Estaban
las ranas y a menudo patéticas comisiones que empezaron a sur-
gir en mi camino: ¿podía componer un epitafio para un niño
que había muerto de unas fiebres a los tres meses?, ¿podía hallar
palabras de consuelo para confortar a una viuda inconsolable
en su aflicción? Nunca rechazaba una petición así; sabía -¿quién
mejor que yo?- que unos versos sinceros son un bálsamo cura-
tivo, que arrancan o alivian el dolor que se siente.

Pero muchas peticiones eran de naturaleza más alegre.
Al hojear los papiros amarillentos de mi escritorio veo el borra-
don de una ofrenda de agradecimiento a Antemisa de parte de
Anisto, hija de Hermóclito. Pon un instante me falla la memo-
ria: ¿quién era Anisto? ¿Qué era su ofrenda de agradecimien-
to? Entonces veo un rostro alargado, bonito, pálido como el
marfil, la túnica de una sacerdotisa: estaba ofreciendo su hija
recién nacida, todavía sin nombre, al servicio de Antemisa. «Soy
una niña que no puede hablar." ¿Dónde, me pregunto, estará
ahora la estatua? ¿Qué ha sido de la hija de Anisto?

Pero, irónicamente, lo que me pedían con más frecuencia
-de hecho, tan a menudo que se puso muy de moda entre la alta
sociedad siracusana- era escribir y componen himnos epi-
talámicos: canto procesional, despedida nupcial, cantos pícaros
para el banquete, epitalamio solemne. Hay un número limitado
de cosas que una puede decir en tales ocasiones, y yo las decía
todas: noche tras noche, como invitada de honor, tocaba y can-
taba entre la risa estridente y los pétalos de rosa y el ruido sor-
do de los tambores, hasta que una joven pareja, sudada, asus-
tada, medio borracha, sería empujada a su cámara nupcial como
bueyes encabestrados listos para el hacha del sacrificio.

Allí, con dolor y en medio de la oscuridad, mientras el
jolgórico continuaba fuera, una chica sería desflorada en la gran
cama cubierta de hierbas, y la prueba de su desfloración sería
triumfalmente exhibida en la ventana por el sonriente esposo,
a la luz de innumerables antorchas flotando humeantes, ante
un rugido de aprobación de la multitud.

Un día, mientras andaba por las colinas por encima de la
ciudad, el fresco aire primaveral en la cara, los altos plátanos
bulliciosos con el cantar de los pájaros, mi vista quedó cauti-
vada por un rocío de púrpura sobre la tierna revuelta: unjacin-
to, pisoteado en el sunco por la bota de algún labrador des-
cuidado, que sin embargo conservaba todavía un algo de su
belleza perdida. La imagen obsesionó mi mente durante los
días posteriores: ¿qué podía expresar más acertadamente la
invasión de la doncellez, la destrucción de la inocencia fugaz?

Mis himnos epitalámicos eran, como he dicho, muy soli-
citados: todo el mundo coincidía en que ninguna ceremonia

matrimonial estaba completa sin el encantador y delicado acompañamiento que yo proporcionaba.

Una nota corta, típica de Anión: «Estarás contenta -pon lo menos, supongo que lo estarás- de saben que los jueces me otorgaron el primer premio en el festival de Himena. Uno no puede, ¡ay!, vivir de laureles (a no ser que uno resulte sen un asno, e incluso en tal caso sería tina nación algo escasa), así que me han convencido para que dé una serie de actuaciones públicas en el continente, en Regio y Sibanis y sitios pon el estilo, donde el oro abunda, pero la discriminación artística es, debería decir , ¿fácil de buscar? La experiencia resultará sen nauseabunda, pero rentable: un tópico que (si todo lo que me llega de Siracusa es ciento) ahora estás descubriendo por ti misma».

La carta concluía con una caricatura de si mismo, en vez cíc firma, un delfín jugueteando, con sus facciones inconfundibles, una lina oculta bajo una aleta, talegas colgadas de su boca, y una guirnalda -ligeramente torcida- colocada sobre estas.

En las calles, mujeres vestidas de negro hacen reverencias y se balancean, con el pelo suelto y gris flotando por las cenizas: sus gemidos se levantan como olas violentas, discordantes, por toda la ciudad, desde Ortigia hasta las remotas alturas de las Epipolas, llorando la muerte de Adonis, el amante pendido de Afrodita muerto por los colmillos del jabalí, allá lejos en las colinas sirias. De su sangre derramada brota la ané-

224 225

mona escarlata, su carne azotada por espinas tiñe de carmesí a la rosa blanca.

Pon la calle llega la lenta procesión, cabezas afeitadas, música sorda de flautas, el féretro sostenido en alto con el joven dios muerto, que ayer yacía en su cama de matrimonio, engalanada con flores, con muchas guirnaldas, frutas y pasteles de miel puestos a su alrededor, novio sólo pon un día. «Adonis está muerto -se lamentan las mujeres-, Adonis está muento», y las palabras suspiran hacia el cielo, oscureciendo el aire. «El tierno Adonis está muerto. Citenea: ¿qué podemos hacer? ¡Ah!, ¿qué podemos hacer?» Entonces la respuesta antifonal, fuerte, desesperada: ' <Golpeaos los pechos, doncellas, nasgaos las vestiduras". Mejillas salpicadas de sangre, el lento redoble de los tambores, ahora hacia el man junto a la fuente de Anetusa, la imagen arrojada sobre las olas: «¡Ay de Adonis, el residente de cuatro meses!". Pero mañana es la alegría, es la resurrección, Adonis se levantará de nuevo, eternamente vivo, eternamente joven, como Afrodita renacida de la espuma, el año en su divinidad, el árbol de la vida echando ramas de él.

Poco después del festival de Adonis cogí unas fiebres: nada serio, peno lo suficiente para tenerme en cama, sudando y temblando, presa de sueños fantásticos, con mi mente vagando un poco más arriba y más allá de la realidad. Cloe estuvo sentada a mi lado durante horas, ahora silenciosa, atenta, pero inquieta e impaciente --o eran imaginaciones mías?-, como apunada pon alejarse. Entonces, al tercer día, me soltó la noticia: ella y Licurgo se iban a visitar su hacienda cenca de Enna. Una lásti-

ma, pero los preparativos para el viaje ya se habían hecho: ahora no podían aplazarlo. Estarían fuera por lo menos durante diez días.

-Pero te cuidarán bien, querida. He dado órdenes estrictas.

La presión de su mano, una rápida sonrisa; ese perfume fuerte, acre; el crujiente frufú de un vestido nuevo colon aztil martin pescador. Algo había desaparecido, se había apartado, una chispa, algo poderoso pero intangible: odia las enfermedades, pensé, si, claro, ¿cómo podría no odiarlas con su vitalidad, su inagotable entusiasmo por la vida? Las excusas eran fáciles de inventar, dejaban una sombra tras de si. Pero la sombra de Cloe se fue con ella, por la puerta, hacia el luminoso sol siciliano.

Dormitaba y soñaba, me despertaba, me dormía de nuevo. Siempre el mismo sueño: estaba en el templo, de pie delante de la gran imagen de la diosa, con el olor a incienso y a sangre seca en mi nariz. Allí estaban las estrellas donadas en la túnica blanca, la corona de flores, los ojos que minaban dentro de los míos. Los labios se movían, pero no podía entender las palabras que formulaban: un canto como una ola se levantaba para ahogar el mensaje, se volvía más fuerte, más fuerte, hasta que de pronto una voz gritaba: «Esta es la Reina del Cielo», y veía a Cloe, Cloe coronada y ataviada, sus ojos verdes brillando a media luz, rodeada de una fría refulgencia.

Una sacerdotisa se adelantaba, blanca, anónima, con un velo negro, y vestía a la diosa como a una plañidera: el canto cambiaba de tono, retomaba aquel terrible y áspero lamento que me era tan conocido: «Adonis está muerto -gritaban las agudas voces-, Adonis está muerto". Entonces, con un destello de luz cegadora, el velo se abría, para descubrir las facciones apasionadas, llenas de odio, distorsionadas, de mi madre: y me despertaba, chillando incoherencias, para alarma de dos criadas que velaban a mi cabecera.

Al décimo día me llegó su carta: una notita, sellada con prisas, la caligrafía enérgica y enlazada por una vez temblorosa e indecisa. Todo lo que decía era: «No puedo seguir. No puedo explicarlo. Intenta perdonarme, querida. C.". La fiebre se fue una hora después de haberla leído: me senté en la cama, entumecida, insensible, con todos mis músculos faciales rígidos, como si acabara de recuperarme de un ataque de apoplejía. Así me encontré el correo de Enna, a una hora avanzada aquella misma tarde.

Entré en mi habitación sin ser anunciado, sin haberse secado siquiera el sudor, cubierto de polvo tras su larga cabal-

227

226

gata, y me contó, en pocas palabras, directas y brutales, que Licurgo y Cloe habían muerto, asesinados por unos bandidos en la salvaje región de las colinas más allá de Agira.

-Si -susurré yo- sí Lo entiendo. Gracias. -Vacilé por un instante, se aclaró la garganta, y manifestó con torpeza:

-Lo siento, mi señora. -Una larga pausa-. Bueno -y retrocedió hacia la puerta, con los pies enredados, desesperado por mancharse.

Mucho después de haberse ido, yo seguía allí sentada, observando la pared, incapaz de moverme, la pesadilla y la ver-

dad mezcladas en mi mente de modo inextricable, de manera que la Reina del Cielo coronada se fundía con aquella otra figura que mi imaginación veía con tanta claridad -un cuerpo desnudo, despedazado, abandonado entre las rocas al borde del camino, su carne de lirio ahora carnoña, violada y sangrienta, aquellos brillantes ojos vendes menos cartilagos para que los picos de los buitres los arrancaran, el último mensaje, desesperado, un enigma que nadie resolvería nunca.

XI

Nos estamos acercando al invierno, pero el buen tiempo aún aguanta. Los días son más frescos, pero todavía luminosos: el mar permanece en calma. Aquí, desde mi ventana en la ladera de la colina en las afueras de Mitilene, puedo contemplar cómo los bancos muy cargados maniobran con dificultad por los estrechos, rumbo a Quíos o Atenas. O, quizá, a Siracusa. Sigo su evolución bajo ese cielo pálido, despejado. Por primera vez, me descubro, contra todo pronóstico, pensando: «No es demasiado tarde».

Estoy sentada, con la cara apoyada en mis manos, sintiendo el pulso lento de la sangre en mis sienes, y en todo mi cuerpo, consciente de ello, hoy, como mujer, he tenido la confirmación de que mi fuerza creadora -en su manifestación física más potente- permanece tan intensa como antes. Tengo cincuenta años, aún podría tener otro hijo. Su hijo. El ansioso deseo me cogió desprevenida, me penetró con una agonía terriblemente dulce, de manera que los mismísimos músculos de mi útero parecieron contraerse, y mis pechos hincharse como los de una madre lactante.

Però me puse en guardia contra el deseo, luché y lo vencí: la Luna no puede seguir a Endimión, no hay encantamientos lo suficientemente fuertes como para hacer regresar al corazón nómada, vagabundo. Que desperdicie su belleza y su fuerza con ramerías sicilianas, que muera -porque algún día tendrá que morir- en algún oscuro callejón con el cuchillo de un cornudo en las costillas, o como murió Cloe, bajo un cielo cruel, indiferente, quebrada, violada, un mero cadáver despojado de

228 229

toda humanidad, de toda capacidad para unir o cautivar. Que muera, y que yo pueda encontrar la paz.

Si no me hubiera hallado en un estado de conmoción tan profundo con motivo de la muerte de Cloe, quizá hubiera obtenido un secreto y maligno placer de sus consecuencias inmediatas. Nadie era capaz de decidir si debían tratarme como a la ex amante de Cloe (en cuyo caso podían tratarme de un modo condescendiente con impunidad, y echarme de la casa en el menor tiempo posible), o como a una honrada invitada de la familia, virtualmente la hija adoptiva de Licurgo (lo que significaba, como el testamento aún no se había abierto, que debían tratarme con cortesía, por lo menos), o como a una distinguida artista extranjera que podría aumentar el prestigio cultural de la ciudad.

El resultado, a nivel de hipocresía y desconcierto, fue memorable. Los esclavos se debatían entre una velada insu-

bondinación y un servilismo zalamero, mientras que la delegación visitante del Consejo de Nobles de Sinactísa se limitó casi enteramente a las condolencias oficiales y a los tópicos: por su parte, podrían haber estado haciendo aptíestas compensatorias pon una salida dudosa en las carreras.

Sin embargo, cuando el notario público reveló el contenido del testamento de Licurgo, esta incertidumbre salvadora desapareció repentinamente; entonces empecé a darme cuenta, por primera vez, de lo precaria que podía llegar a ser mi situación al estar sola, yo, una mujer exiliada, y en esta ciudad extranjera.

Era un grupo peculiar el que se reunió para oír las últimas voluntades de Licurgo: el presidente y el tesorero del Consejo de Nobles, asistidos por tres secretarios de aspecto bastante rechoncho; un hombre de mediana edad, moreno, con la mandíbula muy pronunciada, con un cráneo afeitado y un gran anillo de sello, que resultó ser el banqtíeno de Licurgo; el administrador de sus propiedades en Enna, un griego siciliano bajo y barbudo que hablaba con un acento tan cerrado que casi no le entendía; yo misma, sintiéndome al mismo tiempo una intrusa y un estorbo molesto para todos (no obstante Licurgo había sido, al fin y al cabo, mi tío político); y un extraño que apenas decía nada a nadie, un hombre flaco, algo más alto de la media, con ojos grises pensativos~ pelo rubio y aire distraído.

Está claro que lo más curioso de esta asamblea era la ausencia de parientes, esa horda parlanchina de tías, primos, hermanas solteras, medio hermanos y semejantes, que descienden sobre la familia obedientemente de luto como cuervos hambrientos en invierno, listos para picotear cualquier miga que se les eche. En cuanto a eso, ¿dónde estaba la propia familia? No había hijos del matrimonio de Licurgo; y todos sus contactos familiares estaban en Mítilene. Cloe era huérfana, y no tenía (que yo supiera) ningún pariente consanguíneo vivo. A veces pensaba que era como si ellos dos, curiosamente, hubieran intentado romper pon completo con la red habitual de relaciones humanas.

Así que nos sentamos allí, en aquella habitación blanca, con el techo alto, pon la que Cloe había hecho tanto para embellecerla -las gruesas alfombras milesias, las pieles de condono miel, el tapiz que ocupaba toda una pared, color vino y azul, Amazonas luchando contra Teseo, las figurillas egipcias, extrañas y cautivadoras. Bebimos vino dulce, y comimos pequeños pasteles de miel, y observamos al notario público preocuparse con exceso pon sus documentos sellados y adornados con cintas.

Entonces me di cuenta de que el extraño taciturno había salido de su ensueño y me estaba mirando. Levanté la vista: esos ojos grises extraordinariamente claros se encontraron con los míos sin ningún desconcierto ni disimulo. Aunque levemente las cejas, como diciendo: ¿qué hacemos nosotros aquí? Y noté cómo mis labios se movían para esbozar una sonrisa.

Lo estudié con detenimiento pon primera vez, enfrentándome a su propio y franco escrutinio. Tenía el pelo espeso, crespo y rubio, más largo de lo que marcaba la moda, y desteñido por el sol en algunos sitios hasta quedar casi blanco. Pon contraste, su cara era morena -la metáfora es apropiada-, con el colon y la consistencia del cuero. Llevaba una barba corta;

sus manos eran inesperadamente delicadas: no eran débiles por sí de una elegancia extraordinaria, diríase que la tensión ocultaba la fuerza.

El notario público cannaspeó levemente para atraer mi atención: por fin estaba preparado, y quería que todos formáramos un perfecto cuadro atento. El testamento, si, allí tenía el testamento, una sola hoja de pergamino con el sello de Licurgo pendiendo de ésta y, a pesar mio, me incliné estirando un poco el cuello, curiosa, expectante.

Fue uno de los testamentos más breves que jamás haya oído; y también uno de los más inesperados. Licurgo dejaba toda su propiedad a Cloe: no había otros legados ni nada por el estilo. «Como bajo la ley de Siracusa -leyó el notario público con su voz aguda y precisa- se considera a las mujeres seres incapaces de razonar, y por lo tanto se les prohíbe heredar bienes en su propio nombre, nombro a mi amigo y consejero financiero, Calias, hijo de Sotades -el banquero de cráneo afeitado sonrió y se frotó la nariz con un dedo-, administrador de la propiedad en nombre de mi mujer, siendo la decisión de ella terminante en todos los asuntos.»

Obsérvase que esta pequeña broma no divirtió al presidente. Peno luego llegó una cláusula que cambió su expresión rápidamente, mientras que el tesorero se incorporó con gran placen. (Quizá de hecho no se frotó a las manos, pero dio la fuerte impresión de que sí lo hacía.) «En caso de muerte de mi esposa, la susodicha propiedad, con todos sus bienes, muebles, ganado y demás cosas pertenecientes a ella, se cederá, libre de gravamen y a perpetuidad, a la ciudad de Siracusa, para el uso público que determine el Consejo." A continuación había unos cuantos detalles acerca de la concesión de libertad a cientos esclavos de la casa: y eso era todo. Ni Dracón, ni tía Helena, ni mi madre, ni yo, ni Canaxo, ni Lánico, ni ninguno de mis primos, fueron mencionados siquiera. Tanto en vida como al morir, Licurgo había cortado efectivamente Los lazos familiares. Sin embargo, me había aceptado como invitada; parecía tener una buena relación con tía Helena. ¿Qué había propiciado un comportamiento tan rano y paradójico?

Hubo un instante de silencio absoluto. Luego el presidente preguntó:

-¿Eso es todo?

El notario público asintió y enrolló el testamento con un chasquido que tenía el aire de una resolución.

-Sí: eso es todo.

-El presidente quitó un de encima se puso

A se peso y

rápidamente en pie-. Entonces ya podemos suspender la sesión.

-Un momento -dijo con voz pausada peno contante. Nos giramos todos sorprendidos: el extraño de rostro moreno parecía bastante satisfecho con el efecto producido-. No creo que eso sea todo, ¿saben? -añadió dulcemente, y alargó una mano hacia el notario público-. ¿Me permite ~er el testamento, por favor?

El presidente panpadeó, tosió y se repuso.

-¿Con qué autoridad? -preguntó-. ¿Quién es usted, señor?

-Sólo entonces me di cuenta de que el extraño podía simplemente haber entrado sin ser invitado, haciendo gala de una confianza tan tranquila en sí mismo que nadie había cuestionado su derecho de estar allí presente.

-Mi nombre es Cécilas, hijo de Ligdamo: puede considerarme un primo muy lejano del difunto. Ahora, el testamento, si me hace el favor.

Se adelantó y, antes de que el notario público pudiera detenerle, había arrebatado el documento de la mesa y lo examinaba atentamente. Lo acercó a la luz; le dio la vuelta; escudriñó el sello con mucho cuidado. Finalmente lo devolvió. Durante todo este tiempo, el tesorero observó cada uno de sus movimientos con mirada penetrante, cautelosa, como si esperara una mañosa sustitución.

-Bien, señor -prosiguió el presidente-, si no tiene más preguntas...

-Cneo que están olvidando -Cécilas miró las canas de una en una- el problema del futuro de esta desdichada señora.

-Su futuro apenas puede considerarse asunto oficial nuestro. -La voz del presidente sonó glacial, distante.

-¿Cómo? -Yo nunca había oído tal acopio de cortés desprecio inyectado en una sola sílaba-. La señora Safo es ahora,

232 233

le recuerdo, su invitada, mi señor presidente, la invitada de la ciudad, y está usted obligado a tratarla de acuerdo con las leyes de la hospitalidad.

Yo respiraba con dificultad; el tesorero también. Exclamo:

-Esto es puro descaro, señor.

-En absoluto. Ha oído la lectura del testamento. Esta casa -dijo y alargó un brazo- ha pasado a ser de su propiedad; y la señora Safo reside en ella.

El presidente y el tesorero se minaron: el presidente murmuró algo que sonaba un poco como «objeciones de abogado trampista». Me descubrí examinando una amazona del tapiz, con una concentración casi insensata.

Cécilas continuo:

-La señora Safo ha logrado una reputación considerable en los últimos dos años, una reputación bien merecida, si se me permite decirlo. -Me dedicó una rápida sonrisa, con ligero aire de complicidad en ella-. Cualquier escándalo -se acarició su corta barba- sería lamentable. Estoy seguro de que estarán de acuerdo.

El tesorero respondió rápidamente:

-Intentaremos, claro está, hacer todo lo posible por la desgraciada situación de la señora Safo. Esto estuvo siempre previsto. -Miró al presidente en busca de apoyo: el presidente asintió-. Ni que hablan de un traslado inmediato. La señora Safo tendrá tiempo suficiente para hacer otros planes.

-¿Cuánto tiempo?

-Bueno, veamos: sería cosa de meses...

--Cuántos meses--

-Quizá tres. -Los ojos del tesorero se cerraron indecisos.

-Tres. Muy bien. -La mirada gris de Cécilas se paseó por la habitación-. Tenemos testigos, mi señor presidente.

Hubo un incómodo silencio: Calias arrastró el pie por el suelo. Luego el tesorero dijo con un ligero tono de burla en su voz:

-¿Puede uno preguntarle, señor, por qué exactamente está usted tan preocupado por el bienestar de esta señora?

-Puede hacerlo. -Cécilas se dio la vuelta y me miró de frente. Sus ojos eran cálidos, divertidos, afectuosos. Contestó:- Un motivo convencional, me temo, pero no por eso menos ade-

cuado: porque voy a casarme con ella.

Lo extraño fue que (como le dije a Meg en una canta un mes más tarde) en el momento en que pronunció aquellas palabras, supe que eran ciertas: y no sólo ciertas, sino también inevitables, tan inevitables como la salida del sol por la mañana. Saberlo no tenía nada que ver, entonces, con el amor o el deseo. Estaba arraigado en la gratitud: si alguna vez he creído en el hilo de las Pancas, fue en aquel instante. Aquí estaba mi destino, preparado para mí antes de tiempo, no más rechazable que el aire de mis pulmones, e, inexplicablemente, tan familiar. Estuve allí sentada, aturdida, mientras los demás intercambiaban miradas, sin saben cómo afrontan esta absurda situación, buscando expresiones sociales apropiadas para ocultar su desconcierto, ansiosos por marcharse. Claro, yo estaba de luto: esto hacía que todo fuera mucho más complicado.

Pero finalmente, con aparente dignidad, desfilaron todos: el presidente, con un breve asentimiento, con los ojos entornados, reservados; el tesorero, frío y complaciente, una serpiente perturbada y, como una serpiente, con la punta de la lengua entrando y saliendo, nerviosamente, entre sus labios duros y delgados; los tres secretarios, con la cabeza desviada, sin decir nada. Pero Calias el banquero (con el que sólo me había encontrado un par de veces) sonrió y me dio la mano y dijo que debería ponerme en contacto con él si le necesitaba; x' el administrador de la propiedad de Licurgo sacudió la cabeza con tristeza, como incapaz de creen las cosas que había visto y oído aquella mañana, y me deseó días más felices, con su fuerte acento siciliano aún más incomprensible por la emoción, con lágrimas como estrellas en los ojos.

Así que me dejaron sola con Cércilas en aquella gran habitación blanca, iluminada por el sol, que había sido la creación de Cloe, la habitación donde su personalidad era aún omnipresente, como si sobreviviera independiente del sen fís-

234

235

co; donde su viva sonrisa, como su perfume, todavía flotaba invisiblemente en el aire.

Él estaba de pie junto a la ventana abierta, con la cabeza un poco ladeada, de manera que los rayos de sol hacían que su espesa cabellera brillara como el oro, con las manos cogidas detrás de la espalda. ¿Cuántos años tenía? ¿Treinta? ¿Cuarenta? No lo sabía. Tenía algo de inalterable, algo que desafiaba los estragos propios del paso del tiempo. (¡Qué trágicamente irónico suena esto visto con minada retrospectiva!) Era un hombre claramente acostumbrado a la riqueza; no obstante, las arrugas endurecidas, sobrantes, de su rostro no acusaban ninguna debilidad, ningún exceso. Si el privilegio le había dejado alguna marca, ésa era la ironía con la que se enfrentaba a hombres y situaciones, y que solamente puede brotan de tina incuestionable confianza en la propia persona. Empecé:

-Debo agradecerte tu avuda. Fue... de lo más oportuna.
Sonrió con gravedad.

-Yyo debo excusarme por una impertinencia intolerable.
Eché una rápida ojeada a la habitación vacía.

-Pon lo menos -respondí-, la impertinencia parece haber servido a su propósito inmediato.

-Bueno, sí; es una manera de decirlo. -Anduvo lentamente hacia el centro de la habitación, como si se sintiera fuera de su atmósfera, fuera de su papel. Se detuvo al lado de una mesita que allí había, aparentemente para examinar las curiosidades diseminadas por encima. Pasó un dedo sobre un gato egipcio, tallado en lapislázuli; entonces su vista se fijó en un pequeño y exquisito frasco de perfume. Sentí cómo se me encogía el corazón.

-Lidio -observó, cogiéndolo. Se desprendió un destello fino, iridiscente cuando lo sostuvo a contraluz. Lo destapó, lo olfateó con delicadeza. Nuestras minadas se entizaron. Sugirió: Ella hubiera querido que tuvieras un recuerdo suyo, Safo.

Asentí y alargué la mano, pasada ya toda sorpresa, dispuesta a aceptarlo. El anillo con las serpientes donadas y entrelazadas brillaba en el dedo medio, el dedo del matrimonio; y

236

lo tocó una vez, deprisa, al poner el frasco en mi mano. Luego estuvimos de pie en silencio durante un momento, cara a cara: el suelo estaba enlosado con grandes cuadrados de mármol blanco y negro alternativamente, como un tablero de ajedrez, con nosotros como las dos últimas piezas.

Explicó, siguiéndome la minada:

-En la corte del gran rey de Babilonia hay una terraza a cuadros como éstos, donde Nabucodonosor y sus nobles juegan al ajedrez después de cenar. Cada pieza es un esclavo que se mueve cuando el jugador se lo ordena.

Solté un gnitito sofocado: era como tener otro cerebro dentro del propio cráneo de una, me sentí tan transparente como el aire.

-¿Y cuál es la pérdida? -pregunté.

-¡Ah! -Se sintió complacido, como si yo fuera una alumna que hubiera pasado una prueba tácita-. Los esclavos del vencido se pasan al ganador.

-Peno aquí y ahora, no hay esclavos.

-Claro que no -dijo-. Aquí debemos hacer nuestros propios movimientos.

-Y sufrir por nuestros propios errores.

-Así es -contestó, y como pon un instinto común, nos movimos al mismo tiempo, alejándonos de la zona desierta, y nos sentamos cada uno a un lado de la mesa donde se había dispuesto vino, fruta y pasteles. Toqué una campanilla, y acudió el esclavo de la puerta, un poco lento al principio y un poco malhumorado, a llenarnos las copas.

-A tu salud -exclamó Cécilas.

-Larga vida, mi señor.

Se detuvo un momento, la copa a medio camino de los labios, como si meditara. Entonces...

-Larga vida -exclamó, yació la copa de un trago y tiró el poso al suelo.

-¿Enes realmente un primo lejano de mi tío? -pregunté.

-Todos los hombres son primos lejanos -respondió y me miró a los ojos-. ¿Es necesario precisar que entre algunos el parentesco es lejano?

237

-Entonces... ¿para qué viniste aquí esta mañana?

-Para hacer exactamente lo que me viste hacer -asintió

al esclavo, que se acercó y volvió a llenarle la copa con una rapidez extraordinaria- . ¿Sabes?, tu situación aquí no es sólo violenta: también podría llegar a ser peligrosa.

-¿Peligrosa?

Bebió un sorbo de vino.

-¡Oh, sí! Porque, ¿sabes?, ese testamento es, sin duda alguna, una falsificación. Estoy seguro... de que las omisiones te sorprendieron. Hiciste bien en sorprenderte.

-¿Peno quién y por qué?

-Muy simple -explicó Cécilas-. Licurgo era un rico inmigrante sin ningún pariente cercano a excepción de su esposa. No era, como habrás observado, muy popular entre los miembros más conservadores de la sociedad siracusana. Me figuro que los caballeros que acababan de inscribirse consideraron la oportunidad demasiado tentadora como para resistirse.

-Peno eso es imposible... son...

-Caballeros, como he dicho. -El tono irónico había regresado a la voz de Cécilas-. Puede que una segunda copia del verdadero testamento de tu tío esté escondida en algún sitio de esta casa, pero no te haría ningún bien encontrarla.

-Ya veo. -Dejó las manos sobre la mesa delante de mí, con las palmas hacia abajo, y las estudié-. ¿Entonces qué pueden hacer?

Cécilas se reclinó, pensativo.

-Hay diversas posibilidades. Podrías, por ahora, continuar tu vida aquí en Siracusa... los encargos que recibes te permitirían una cierta independencia. Pero eso tiene inconvenientes obvios.

Asentí.

-Podrías enviar una petición formal a Mirsilo para que te acordara la duración de tu destierro; pero... pon razones varias... dudo que esté de acuerdo. Podrías probar suerte con Peniandro en Corinto, aunque tengo entendido que el viejo no es muy de fiar últimamente.

-Lo descubrí por mi misma.

-Sí. Lo sé.

-Pareces saber mucho sobre mí, mi señor Cécilas.

-Claro que sí: me lo he propuesto. -El tono era afectuoso, divertido, irónico: no sabía si había seriedad detrás de lo que decía. Peno de nuevo me sobrevino aquella extraña sensación de inevitable gratitud. Pregunté:

-¿Tienes alguna otra sugerencia? -Tenía las palmas de las manos húmedas sobre la superficie taraceada de la mesa.

-Sólo una. Que ya sabes.

-Eso no fue una sugerencia; fue una declaración de hechos.

Sonrió de un modo encantador.

-Me he disculpado por lo que dije entonces.

-Peno todavía lo crees.

No me dio ninguna respuesta directa. En vez de ello manifestó, tras un instante:

-¿Quiénes regresan a Mitilene?

-Sí. Pero...

-Se podría hacer, Safo, si quisieras.

Nos miramos.

-¿Por qué yo? -susurre-. ¿Qué puedo ofrecerte? ¿Qué podré ofrecerte jamás?

-¿Acaso te he pedido regalos? -Puso brevemente sus manos sobre las mías. Comentó:- Recuerdo que en una ocasión, de niño, en Andros, vi a un hombre que compraba un pájaro enjaulado, una criatura rara, exótica, en el mercado.

Cuando hubo pagado por él, y pagó una gran cantidad, se quedó allí de pie, ante el vendedor, y abrió la jaula, de manera que el pájaro huyó volando hacia su libertad.

-Entiendo, mi señor Cencilas. ¿El hombre esperó a ver si el pájaro había sido entrenado para volver a su guardián? -contesté.

Por primera vez, Cencilas pareció momentáneamente desconcertado. Luego rió.

-¿Cuántos años tienes? -preguntó.

-Si sabes tanto sobre mí, también deberías saber esto.

-Quizá lo sepa. ¿Debería decir, edad suficiente para afrontar las emociones sin el escudo del ingenio?

238 239

-Si te gusta. -Sonreímos los dos.

-Bueno -observó, poniéndose en pie-, tienes un plazo de tres meses, por lo menos.

-Te estoy muy agradecida por ello: más que agradecida.

Levantó levemente las cejas.

--De venas? Me lo pregunto. -Alisó las arrugas de su capa de verano-. ¿Te gusta posponer siempre las decisiones inevitables?

-Sólo el destino, mi señor, es inevitable -respondí.

-Así es. -Sonrió. Entonces puso una mano en el interior de su manto y sacó un paquete sellado-. Casi se me olvidaba -confesó-. Prometí que te entregaría esto en persona.

--¿Prometiste? - se lo prometiste?

~A quién

Estaba a medio camino de la puerta cuando se volvió y contestó:

-¡Oh, a tu prima Mégana! Ya su madre.

-¿Quiénes decir que acabas de llegar de Mitilene?

Asintió; las sorpresas repentinas parecían ser uno de sus pasatiempos preferidos.

-Hace un mes -precisó, y luego, como si el hecho exigiera una explicación, añadió-: ¿Sabes?, trabajo mucho. -Un instante después se había marchado: el eco de sus firmes pisadas resonó en el vestíbulo, el perro guardián ladró dos veces, un portazo, y oí el arrastrar de cadenas y el rechinar de los cerrojos. Me quedé allí de pie, con el paquete en la mano, contemplando el portal vacío.

No sé nada de él, me dije en vano. Nada de nada. Nada: todo. Me sentí conio si toda mi personalidad, toda mi capacidad de tomar decisiones, de controlar mi propia vida, se hubiera paralizado de pronto. Con pasos lentos, pasos de plomo, con las extremidades moviéndose como las de una sonámbula, volví a la mesa, me senté, rompí los sellos del paquete y comencé a leer.

Había incluidas tres cartas distintas, cada una muy diferente en carácter y apariencia. La más pequeña también parecía la más intrigante: estropeada y muy manoseada por demasiados viajes, con añadidos de varias escrituras no familiares, con un ligero olor a almizcle. En el dorso, justo debajo del sello, mi madre había hecho su propia contribución particular.

«Enviada sin abrir», anunciaba su caligrafía desigual, informe, lo que interpreté al instante como que había forzado el sello con un cuchillo caliente y sabía de memoria cada una de las palabras que contenía. Abrí esta carta con cuidado: unas palabras que habían atravesado tantos mares y fronteras merecían un tratamiento respetuoso.

Era de Antiménidas y la había escrito tres meses antes.
Decía así:

Saludos allí donde estés, de un humilde capitán mence-
nano -ahora dispensado- en la Ciudad del Cielo y la Tierra,
la Monada de los Dioses, la...¡oh, he olvidado el resto de
títulos honoríficos de Babilonia, y puede pasarse muy bien
sin ellos! Es inmensa y espléndida y aterradora, y ésta es
la impresión que causa: un espejismo del desierto hecho
realidad. La Gran Ramera la llaman nuestros cautivos ju-
dios, y es una descripción exacta. Magnificencia con un
toque de vulgaridad, plenitud exuberante que oculta
un corazón frío, bárbaro.

Cuando recorrimos el último tramo del largo cami-
no desde Judea y pasamos bajo la gran Puerta de Ishtar,
con sus tonos, sus dragones, sus leones donados relucien-
do al sol, con sus imponentes almenas de cerámica azul
en el exterior, hacia la Vía Sacra, temo por la presunción
y el orgullo de los hombres. ¿Cuánto tiempo pasará antes
de que caigan las murallas de Babilonia, como nosotros
hicimos caer las murallas de Jerusalén, cuando asaltamos
ese último reducto y nos abrimos paso luchando, calle
por calle, hasta el mismísimo Sancta Sanctorum? ¿Los
sacerdotes de Babilonia morirán como murieron estos
viejos, con sus delgados cuerpos anqueados sobre los sagra-
dos rollos de pergamino que ya no podían proteger, con
su sangre en nuestras insensibles espadas? ¿El rey de
Babilonia será hecho prisionero como el rey de Judea,
que cabalgó encadenado detrás de nosotros y atravesó la
Puerta de Ishtar?

240 241

Como ves, no estoy hecho de la misma madera que
los verdaderos mercenarios profesionales: soy remilgado,
nostálgico, supersticioso, prefiero los riesgos y las angus-
tias que sufrió Ulises a una muerte ignominiosa que canez-
ca incluso de la más leve nota de honor. Ulises, por lo
menos, regresó a Itaca al final. Así lo haré yo, si los dio-
ses quieren. Tengo casi cuarenta años; es el momento de
poner fin a los viajes sin rumbo.

¡Qué prosaico y sentencioso suena todo esto!
¡Y qué alejado de los chismes, los apasionantes detalles
de los heroicos hechos de armas que tú querrás saber!
Bueno, un pan de golosinas para tu entretenimiento.
Por suerte más que por buen criterio, derribé a un ele-
gante oficial de caballería judío y cogí su espada: un
arma espléndida forjada en Damasco, con empuñadu-
ra de marfil con incrustaciones de oro. La espada se me
subió tanto a la cabeza que maté a un gigante con ella,
una enorme criatura de cinco brazas reales de altura
(bueno, quizá un palmo menos) y ahora componen bala-
das sobre mí en Babilonia. Esto es bastante embarazo-
so, porque el gigante era un asno cansado, y (sospecho)
un imbécil: matarle no me causó más problemas que
escupir a un niño.

Aún llevo tu amuleto: como puedes ver, me ha man-
tenido sano y salvo durante todos los peligros que se me
han puesto delante hasta ahora. Espero poden devolvén-
telo en persona muy pronto, en el suelo de nuestra tie-

rna natal. (¿Pon qué el destierro produce unas perogrulladas tan manidas y sentimentales? Deben de satisfacer alguna espantosa necesidad en nuestras mentes insatisfechas, supongo yo.) Mientras tanto, para inclinan la balanza del destino, tengo un regalo para ti en mi equipaje: es voluminoso y tiene una forma muy incómoda para empaquetarlo (deberías sentirte halagada), pero es tan apropiado que no pude resistirlo. Que los dioses nos concedan una pronta vuelta a casa, y días más felices.

Los dioses respondieron a la primera parte de tu oración, Antiménidas: ¿peno quién garantizará la segunda? Cada noche, al sentarme en mi tocador entre las llamas de esos grandes candabros de siete brazos, con su legado de mortandad y horror pon expiar, recuerdo tus palabras. La maldición regresa ahora a casa, Antiménidas: los dioses han esperado demasiado tiempo, sus frías pasiones, sus eternas pasiones deben satisfacerse. El fanfarrón de Anes te volvió a traen como a Agamenón, te nobó la vida pon un despecho fortuito, pródigamente, sin ningún sentido. Ahora estoy abandonada, vigilada pon la malévola Afrodita: su risa obsesiona mi sueño, el regocijo claro y agudo de una niña loca. Peno será cuando cese la risa, cuando la diosa se canse de su deporte, cuando la verdadera hora de mijucio será llegada.

La segunda carta era de tía Helena. Como muchas mujeres con una personalidad fuerte, viva y dramática, no estaba dotada para la correspondencia. Lo que se filtraba a través del papel era sólo un pálido reflejo de aquella brillante perspicacia de águila: ella necesitaba tocar, ver, oír. La realidad física le era tan vital como la sangre derramada para esos espectros chillones reunidos alrededor de Ulises en el Hades. Al igual que Cloe, encontraba en las palabras un débil y decepcionante sustituto de la vida; y como resultado, de algún modo no le funcionaban.

Peno ahora, al leer estas cuatro páginas de frases trilladas, convencionales, notaba frialdad, turbación, como si estuviera ocultando sus verdaderos pensamientos. Esto no era nada característico de tía Helena, así que al principio me negué a creerlo. Sin embargo, el fastidioso instinto persistía obstinadamente. A mitad de la última página, con cuidadosa despreocupación, escribía: «Confiaba en poden darte mejores noticias, las noticias que has esperado durante demasiado tiempo. Peno las autoridades, por complicaciones varias, se han mostrado tencas". Esta fue la única referencia que hizo a mi destierro y la segunda frase me pareció extremadamente evasiva. Debajo de su firma había garabateado, como una ocurrencia tardía: «El portador de esta carta puede serte útil en Siracusa. He descubierto

242 243

que el encanto excesivo debería tratarse siempre con precaución: peno Cércilas de Andros ha hecho más que la mayoría de los hombres para convencerme de que no siempre es sinónimo de pícaro". La posdata me hizo sonreír: a su manera, pensé, esa frase también era singularmente evasiva.

La tercera carta era de mi madre. Escribía con trazos largos e irregulares: notas punzantes, a menudo medio ilegibles, llenas de un ingenio inesperado y anécdotas mordaces y maliciosas. Para mi sorpresa, me di cuenta de que me lo pasaba

muy bien: revelaban un rasgo de mi madre que yo nunca había apreciado cuando vivíamos juntas. Nuestros contactos abrasivos, por desgracia, nos cegaban para ven lo mucho que había de agradable en la otra; y cuando nuestros ojos empezaron a abrirse ya era -aunque al menos yo no lo sabía- demasiado tarde. ;Demasiado tarde, demasiado tarde! Estas palabras desesperadas, fatales, se repiten una y otra vez en mi vida. La carta seguía así:

Por lo que una oye parece causar furor en Siracusa: no permitas que eso te nuble el entendimiento. O, ya que estamos en ello, el corazón. Los griegos sicilianos gozan de cierta reputación, como no me cabe duda de que ya habrás descubierto pon ti misma: así que espero que Licurgo demuestre más responsabilidad sobre tu bienestar que su hermana.

(Las cantas son tan irreales: voces del pasado, comentarios sin querer en una corriente de acciones y estados de ánimo que los hace, a menudo, obsoletos antes de que lleguen a su destino, una irónica glosa sobre un futuro ahora consumado.)

Helena se está convirtiendo en un verdadero escándalo público; supongo, para ser caritativa, que deberíamos echarle la culpa al momento por el que está pasando, aunque ¡al minan sus antecedentes...! Yen cualquier caso, tina mujer de cuarenta y seis años que sufre de chifladura sexual es lo suficientemente repelente, sin necesidad de caer en el ridículo público al no hacen ningún intento para reprimir, ni siquiera para disimular, sus deseos.

(Voces del pasado: voces de ultratumba. Entonces sus crueles palabras me escocieron: ahora tienen una aplicación más profunda, más personal. Al leerlas de nuevo, me pregunto: ¿Es éste, quizá, mi único motivo, un acto de desafío en contra de su intolerable e ineludible dominación? ¿Soy una marioneta, de cuyos hilos tiran unas manos muertas?)

Cuando el joven Anqueánax -¿te acuerdas de él?- vino a cortejar a Telesipa, Helena sencillamente se propuso conquistarle, nunca he visto nada igual; y cuando le pregunté qué creía que estaba haciendo, tuvo la frescura de decirme que una chica como Telesipa merecía algo mejor que un varón virgen, educado y cojo de una pierna: esas fueron sus palabras exactas.

Fue el amante de Helena durante meses, la ciudad entera lo sabía. Luego la aventura se enfrió y ¿te imaginas lo que ocurrió después? Se casó con Telesipa a pesar de todo. La escena en el banquete de boda fue bastante grotesca, ¿has estado tú en una recepción donde la madre de la novia fuera la ex amante del novio, y casi todos los invitados estaban entenados? Aunque los tres parecían ser buenos amigos, era antinatural, pensé yo. De hecho, Telesipa siente mucho más cariño por Helena ahora del que ha sentido durante los años anteriores, últimamente no hace más que ir y venir de la casa, aunque el hecho de que esté embarazada puede que tenga algo que ver.

(También eso me supone una lectura incómoda ahora. ¿Cuántos años tenía Hipias entonces? ¿Cinco? ¿Seis? Y Cleis,

mi hija Cleis, aún no había nacido. ¡Cuánto deben de reírse los dioses al minar hacia abajo desde su eternidad de precognición, y ven nuestras lastimosas ilusiones de libertad, autocontrol, elección individual!)

244 245

Peno Helena puede hacer impunemente lo que le dé la gana. ¿Sabes cuál es el último rumor? Dicen que va a casarse con Mirsilo, y cuando le conté las historias que circulaban, simplemente se echó a reír, peno no hizo nada pon desmentirías.

Hay una copla bastante repulsiva que se canta en las tabernas -se supone que es una saloma marinera, peno a nadie le pasaría pon alto el verdadero tema- acerca de una nave vieja de maderas podridas y carcomidas, desgastada pon los interminables viajes, con el tajamar torcido, la costura de los tablones forzada, montada pon percebes: ya sabes lo que quiero decir. Ahora, sigue la copla, buscarán unos robustos carpinteros para repararía, darle una mano de pintura en el casco, y echarla de nuevo al mar: esta vez chocará con un escolio y se hundirá. Justamente el tipo de grosería chocarrera que tu amigo Alceo podría haber compuesto -de hecho, algunos dicen que fue él quien la compuso-, peno como nadie, que yo sepa, ha sabido de él desde que desapareció en Egipto, esto parece poco probable.

Al releen ahora las palabras de mi madre, me acuerdo de la promesa que le hice a tía Helena después de nuestra visita al templo de Afrodita: «Pase lo que pase -declaró-, no me juzgues con demasiada dureza. Intenta comprender». Bueno, he mantenido mi palabra. La experiencia me ha dado comprensión; también me ha robado el derecho y el deseo de juzgar. Pero entonces, con la muerte de Cloe tan reciente, sola en su casa blanca, silenciosa, con aquella cálida presencia fantasmal suya a mi alrededor, fue difícil recordar la promesa que había hecho; y más difícil aún mantenerla. Peno lo intenté. Con amargura pensaba: «Bueno, pon lo menos sé qué es lo que le pasaba a esa canta suya». Y luego: «Lo que haga no afecta a lo que es, a nuestra relación. Somos, ineludiblemente, lo que siempre fuimos, y seremos».

Peno si Helena se casa con Mirsilo -continuaba mi madre-, sólo puedo añadir que serán una pareja perfecta. Ese ylgan y viejo sátiro tuvo el descaro de importunarme a mi con sus atenciones -teniendo en cuenta el cango oficial que desempeña yo no podía esperar evitarle siempre- y luego, cuando me tenía a solas, empezaba a sobarme como un mozo lujtínioso. Pese a todo, me congratulo de haberle desalentado al final. La opinión pública de la mejor clase cuenta para algo en Mitilene, incluso hoy en día. Peno cuando pienso en el futuro de todos nosotros, determinado pon esa despreciable criatura, casi te envidio tu destierro siciliano.

Encontré esto realmente muy extraño, y a su manera casi tan tortuoso como las evasivas más patentes de tía Helena. Obviamente mi madre sabía que su comportamiento había sido,

al menos en parte, la causa directa de mi prolongado destierro, y esto era lo más cercano que ella podía llegar a una disculpa. Pero toda la historia de su relación con Minsilo sonaba esencialmente falsa; y si era falsa, ¿qué había ocurrido en realidad? Cuanto más leía, menos segura estaba: la verdad, una vez un concepto tan claro y bien esculpido en mi mente, ahora empezaba a alejarse entre una niebla de ambigüedades, representaciones y argumentos engañosos. Nada era lo que parecía: bajo la superficie de las apariencias, se arrastraban los horrores.

Si parezco -como creo que debo parecer- algo melancólica y quejumbrosa, achácalo a la mala salud. No entraré en detalles físicos desagradables, pero sufro, de un modo bastante agudo, de la misma pesada condición de mediana edad que Helena.

Esto, también, era muy inapropiado. Apante de la franqueza, mostraba a mi madre intentando, si no disculparse, al menos dar alguna explicación de su conducta. Normalmente apenas se daba cuenta de que la otra gente existía, de que tenían sentimientos que una también debería tener en cuenta. ¿Acaso estaba, quizá, más seriamente enferma de lo que ella sospechaba o era capaz de admitir? Al pensarlo, con sorpresa pon mi pan-

246 247

te, experimenté una especie de pánico infantil. Por mucho que me hubiera ofendido mi madre, siempre había estado allí, un símbolo de estabilidad en medio del cambio, la personificación del hogar. «No -susurré-, no, eso no.»

Como si intuyera mi humor y se adaptara a él, ahora mi madre, con su habitual energía y rapidez, se dispuso a comunicarme las últimas noticias domésticas.

Las bodas parecen estar en el aire por ahora: la pobre Ismene se relaciona con un solterón diletante de mediana edad, y parece que va a abandonar su papel de viuda inconsolable de Tres Vientos. (Hay rumores de que tiene intención de vender la propiedad poco a poco: ¿qué diría Fancias, me pregunto?) Mica todavía se ocupa en pintar -como tú, ha empezado a atraer encargos de moda- y la pequeña Atis ha crecido para convertirse en una chica de dieciséis años muy presentable: con la fase desgarrada ya superada, pero no, me alegna decirlo, susceptible de sonrojarse o soltar risitas sofocadas al ser abordada por un miembro del sexo opuesto. Qué les parece su futuro padrastro es algo que no me puedo ni imaginar: un cambio tal después de Fancias, y en cualquier caso deben de estar horriblemente celosas, todos los padrastrros son monstruos por definición por lo que se refiere a los niños.

Me detuve un instante, con la canta en la mano: ¿cuánto tiempo había transcurrido desde que pensé en Atis? Mi repentina melancolía ¿se debía ahora a que yo la echaba de menos, o al hecho de vender Tres Vientos? Otro lugar conocido que desaparecía, otra fortaleza de la infancia asaltada y destruida. Como el abuelo de Fancias, yo siempre había dado por sentado sin lugar a dudas que Tres Vientos duraría para siempre.

Tus primos Mégana y Agenon te mandan recuerdos: ellos, al menos, parecen haber resistido la pasión actual de lanzarse de cabeza al matrimonio. Henmeas ha estado muy malhumorado y triste -bastante atípico en él-, pero en el Tesoro están contentos con su trabajo, lo que me tranquiliza: costó mucho persuadirle bajo mano y conseguirle el nombramiento. Lárico es demasiado joven para el matrimonio, pero no, ¡ay!, para el papel de Ganimedes: ha sido nombrado copero honorario de los banquetes oficiales en el Ayuntamiento -lo que significa, por lo que he podido saber, pon Helena, que concejales y embajadores visitantes ligeramente bebidos tendrán el privilegio de pellizcarle su lindo y pequeño trasero mientras él les sirve vino. Se ha convertido en un chico guapo casi hasta la turbación, una especie de Apolo adolescente.

Esto, me temo, es más de lo que puedo decir de Caraxo; pero no debo ser poco caritativa: al fin y al cabo, es mi propio hijo, un hecho que tengo que recordarme a menudo al mirarle últimamente. (Para su edad ha ganado una cantidad de peso realmente asombrosa.) Sé que tú y él tampoco hicisteis nunca buenas migas: me temo que tiene una personalidad poco compasiva. Pero ha madurado de la manera más sorprendente desde que llegó a la mayoría de edad y se hizo cargo de lo que queda de la propiedad familiar: su instinto natural parece ser para los negocios, lo que no le hace más atractivo, pero sí indudablemente más útil.

Ahora también él se ha propuesto encontrar una esposa: la novia elegida no es otra que la hermana pequeña de Gorgo, Inana, cuya sosería y cuyas pecas no han cambiado ni pizca desde que dejó la clase. Al principio pensé -injustamente, como se demostró después- que estaban hechos el uno para el otro porque nadie más se fijaría nunca en ellos. Pero luego descubrí lo que Caraxo le había sonsacado de algún modo a la chica mucho antes, que su abuelo en un momento de excentricidad le había dejado en herencia tres cuartos de su propiedad, bajo la condición de que se casara antes de los veinticinco años. De lo contrario el legado revertiría en sus padres. ¡No me extraña que Dracón y Jante mantuvieran eso en secreto durante años! Y qué típico de Canaxo haberlo husmea-

248

249

do: su olfato para el dinero es tan infalible como el de un cerdo para las trufas. ¡Oh, querida, ya empiezo otra vez!

Una pena que no podamos hablar. Tendríamos más que contarnos ahora, creo yo. Adiós, Safo.

Después de mi nombre había escrito algo más, luego lo había tachado: a pesar de todos mis esfuerzos nunca he logrado descifrar esas últimas palabras. ¿Qué frase espontánea había detenido instantáneamente su autocontrol férreo? A veces, incluso ahora, estudio atentamente ese pequeño y mohoso matorral de gruesos trazos de la pluma, esfonzándome para arrancarle el secreto, pero despinzan la única palabra prometedor que, en tantos años, mi madre nunca empleó conmigo. Quizá es mejor que la frase permanezca ilegible: al menos podré abrigar, siem-

pre, una pequeña y constante chispa de esperanza.

Todavía estaba meditando con tristeza sobre estas cosas cuando, tres días después, me llegó la breve y desagradable nota de Meg (remitida urgente, con un gran coste, en los barcos oficiales de envíos) y supe que mi madre había muerto repentinamente, de una hemorragia, sólo diez días después de que Cécilas hubiera zarpado de Mitilene.

Si eso hubiera sido todo, quizá podría haberlo soportado. Pero, por una sola vez en su vida, Meg mostró un relámpago de la pasión y la envidia frustradas que yacían en las profundidades de aquel corazón desinteresado y devoto: adjuntó, sin ningún comentario, el informe del médico que había asistido a mi madre en su última enfermedad. Eso fue, por supuesto, un acto de crueldad gratuita. Podría haber destruido las pruebas, haber enterrado la verdad con el cuerpo de mi madre, haberme dejado ese resquicio de ilusión.

Pero el informe estaba allí y lo leí: todavía está entre mis escritos. En esa fría, curiosamente brutal, tan cara a la clase médica, el galeno -un egipcio, con una pasión, parecía, tan fuerte como la de cualquier arúspice, para explorar las entrañas muertas- me informó de que desde hacía algunos años mi madre había sufrido un cáncer de útero incunabile: una enfermedad, añadía (con la alegre falta de sensibilidad de su especie) que en las etapas finales tenía tendencia a provocar, entre otros efectos, un violento e irresistible frenesí sexual.

¡Vaya! Se me escapan las palabras, el horror queda expuesto a la luz del día. Me tiemblan las manos: cuando me toco la frente está fría y húmeda. Entre el sol y yo flota la sombra. Soy la hija de mi madre. Tantos modelos recurrentes brotan de nuestra carne ineludiblemente compartida: ¿por qué no debería ser éste, también, al que llamo en mis horas más funestas? Sería una broma al gusto de la diosa: la ilusión de la pasión, las terribles garras listas para cernarse.

Ya he dicho que no creo que mi madre se permitiera ninguna irregularidad sexual. Todavía no lo creo. No hay nada en sus escritos que sugiera lo contrario: ninguna palabra, ningún indicio. Es fácil -demasiado fácil- juntar estas pruebas inconexas y reunir las en un modelo persuasivo. No haré, no debo hacer, esto.

¿Pon qué Talia me miró hoy de un modo tan raro? No tengo visitas: mis amigos -incluso Meg y Agenor- me evitan como si tuviera alguna enfermedad contagiosa. Quizá la tenga (intépretese como se quiera). Estoy sentada en la casa silenciosa y escribo: los recuerdos susurran, a través del alcance de la noche iluminada por la lámpara el miedo rodea mi soledad autoimpuesta, una bestia salvaje que nunca había rondado tan cerca de los fuegos que he encendido para mantenerla a raya.

Cécilas preguntó con mucha suavidad:

-Safó, ¿qué quieres?

Estaba allí sentada con las prendas que me había puesto primero para llorar a Cloe: el mismo vestido negro de seda, el mismo velo largo y tupido. Los dedos de mi mano derecha se apegaban al anillo de las serpientes, haciéndolo girar una y otra vez. Respondí, con la voz monótona y apagada de una niña pequeña, que recorda a medias una fórmula mágica que le enseñó su niñera:

-Quiero ir a casa. Quiero ir a casa.

Me miró, las arrugas de su rostro hundidas por la compasión. Confeso:

-Quizá haya un modo. No puedo prometerlo.

-¿Lo dices en serio?

-¡Oh, sí! Penó llevará tiempo, y te exigirá algo. Un sacrificio, si tú quieres.

-¿Un sacrificio?

Explicó, escogiendo sus palabras:

-Sólo puedo imaginarme los motivos personales que estuvieron en juego en el momento de tu destierro. Pero algunos, sospecho, han cometido serios errores de juicio; y otros han cambiado de actitud durante el tiempo que tú has estado fuera. Para ser franco: mientras viva Minsilo, dudo de que a ti, o a cualquiera de tus compañeros desterrados, se os permita regresar a Mitilene con vuestro propio derecho como ciudadanos.

Le observé desesperada.

-No sé -prosiguió- si la muerte de tu madre supondrá alguna diferencia. Más bien me inclinaría a pensar que no.

Nuestras miradas se cruzaron por un breve instante: entonces volvió a apartar los ojos hacia el despejado cielo de verano enmarcado por los pilares de la columnata. Dijo:

-Pon otra parte, de la casualidad de que tengo una cierta influencia personal en Corinto y Mitilene. Si estuviera -vaciló sólo muy poco- en situación de responder de tu conducta, de ser tu garante en todos los sentidos, creo que la cosa se podría lograr.

Hubo un largo silencio. ¿Por qué discuto y vacilo?, me pregunté débilmente. Esto es inevitable. Ha sido inevitable desde el primer instante en que nos conocimos. No sé si amo a este hombre, si seré capaz de amarle. Penó confío en él. Esto ya es algo. Y ahora, aquí, le necesito. Puede que sea capaz de darme lo que significa tanto para mí como el aire que respiro: el seguro regreso a casa por el que he rezado tan a menudo, y tan desesperadamente.

Quizá vacilo porque estoy aceptando demasiado de él. ¿Qué puedo ofrecerle yo a cambio? Quizá todavía, incluso en mi apuro, me resisto a casarme con un hombre por lo que podrían llamarse razones puramente egoístas. Quizá me ofende que él me haya puesto en una posición en la que me veo forzada a sopesar una decisión tal, entre las intimidades más personales y conflictivas de mi corazón.

El último puente, la vacilación final.

-Aún estoy de luto, mi señor.

-Unos desposorios formales serán suficientes, pienso yo.

-Se han anulado muchos desposorios.

-Con infelices consecuencias.

-Los matrimonios no son siempre felices.

Cércilas sonrió.

-La vida no es siempre felicidad; ~acaso rechazarías la vida?

-La tentación existe.

-Para ser vencida. Con paciencia y comprensión. No hay exigencias ni derechos. Sólo lo que se da libremente.

-¿Esto también es una promesa?

Asintió. Con la luz detrás, el perfil ribeteado de su espesa cabellera brilló, de pronto, como oro al sol.

Me puse en pie, entumecida, como en un sueño. Mis labios formaron las palabras que tenía que pronunciar, sin

embargo apenas las oí: sólo su repentino cambio de expresión, el súbito estrechamiento de sus dedos apretados, me comunicaron que él había entendido esa breve frase.

252 253

XII

Esto es ridículo. Realmente estoy perdiendo el sentido de la medida. Nadie podría imaginarse, con lo que he escrito, que Cércilas era, sin excepción, el hombre más inteligente, compasivo y divertido que jamás he tenido la buena suerte de conocer. En cuanto a mi relato de cómo llegué a casarme con él, me hace parecer a Ifigenia conducida al ana de los sacrificios en Aulide. Nada más lejos de la realidad.

Ciertamente, al releer todo lo que he escrito, me asombra la cantidad de falsedades que se han colado prácticamente en cada capítulo. ¡Qué especie de geniecillo inocente, pedante y terco voy a parecer a los ojos de la posteridad! Cuando considero este yo que he creado, tan loable en todos sus afanes, tan dedicado a su arte, tan esencialmente puro incluso en lo que se refiere a las pasiones físicas, apenas lo reconozco.

Bueno, hoy me propongo, mientras me dure este estado de ánimo alegre y autocrítico, corregir un poco la descripción. Nadie, desde luego ningún poeta, cuenta toda la verdad; pero por lo menos yo lo voy a hacer lo mejor que pueda para rellenar mis descuidos más notorios y admitir algunos de mis defectos menos aceptables. (Una vez que haya escrito las palabras, espero que ni siquiera mi talento propenso a engañarme a mi misma me permita suprimirlas. Pero nunca se sabe.) Además -un ejercicio preliminar de franqueza- ahora no estoy segura, ni mucho menos, de que mi autorretrato sea tan favorecedor como esperaba. No me satisface (de todas formas, no me satisface en mi actual estado de ánimo) y tras un par de generaciones dejará de impresionar a nadie. Para entonces, la estili-

zada máscara que insistimos en que lleven nuestros poetas habrá cambiado de un modo irreconocible.

También me enfrento a un problema más inmediato. Pronto tendré que dar cuenta -para satisfacerme a mi misma al igual que a futuras generaciones curiosas- del grupo, círculo, salón, centro artístico (¿cómo debería llamarlo una?) que llegó a ser conocido, un poco irónicamente, como la «Casa de las Musas», y que durante casi dos décadas gozó, bajo mi dirección, de una notable reputación que alcanzó trascendencia internacional. Pero por su carácter degeneró siempre en controversia; y, sólo tres años después de su disolución, ya se está convirtiendo rápidamente en un mito.

O, más bien, como cabía esperar, en dos mitos en conflicto.

Por un lado está el establecimiento descrito por mis más

fervientes admiradores, celosos de lo que consideran tina calumnia a mi carácter, ávidos de idealizar el pasado. Su Casa de las Musas está entre un salón de filosofía y una escuela particular de educación social para señoritas, y yo, la maestra brillante y exigente a los pies de la cual se sentaban chicas venidas de tan lejos como Salamina o Panfilia para ser instruidas en poesía y modales elegantes, quizá incluso, como Erina y Damófila, para atrapan la chispa de mi inspiración y convertirse ellas mismas en poetisas. Algunos incluso se han atrevido a describirme como una sacerdotisa de Afrodita: el propósito, sin duda alguna, era enfatizar mi castidad y mi devoción por las cuestiones religiosas, pero -como cabía esperar- personas menos caritativas criticaron la expresión y le dieron una interpretación muy distinta.

Según ellas, mi Casa de las Musas era poco más que un burdel de clase alta, en el que las únicas antes que se enseñaban eran las de las cortesanas; y yo, un monstruo sexualmente insaciable, que seducía a la mayoría de mis seguidoras, haciendo la vista gorda, o incluso proporcionándoles yo misma a sus amantes varones (cuyas atenciones compartía luego), e infligiendo un indecoroso abuso público a miembros de un grupo rival similar cuando tramaban persuadir a una de mis preferidas para que me abandonara. Además, se suponía que yo obtenía de este tráfico un muy sustancioso beneficio económico.

Ni que decir tiene que estos dos mitos (al igual que las facciones contrarias que los propalaban) reflejan, de manera inequívoca, las rivalidades políticas y sociales que han desgarrado nuestra infeliz ciudad a lo largo de mi vida. La Casa de las Musas se creó, especialmente, por y para la vieja aristocracia, cuyos ideales defendía con firme adhesión, y con cuyo apoyo contaba por tanto. Hasta cierto punto, triunfé en lo que Antiménidas y sus amigos fracasaron tan lamentablemente: quizá esto justifique la demencial violencia de aquellos que me atacaron; todos, hay que recalcarlo, relacionados de algún modo con el nuevo régimen.

¡Vaya! Otra vez tengo que nefrenarme no vaya a ser que me absuelva a mi misma lisonjera y engañosamente. No fui consciente, en ningún momento, de ser una figura política en el verdadero sentido de la palabra; la Casa de las Musas existía simple y llanamente porque me gustaba y, últimamente, porque se constituyó en una muy necesitada fuente de ingresos. Por lo que se refiere al estilo de vida que yo exponía, no era nada más que mi patrimonio natural: hablaba por mi misma y, al hacerlo, me convertí, sin darme cuenta, en un símbolo público de la clase que me había criado.

~Cuánta vendad había en cada uno de estos dos mitos? Sería tentador aceptar la versión divulgada por mis amigos: después de todo, ya la he aceptado tácitamente en la mayor parte de lo que he escrito. Pero unos subterfugios tan pobres son para los vivos, que aún son vulnerables. En el Hades no hay, imagino yo, mucha turbación.

Compuse esa extraña frase final anoche, ya muy tarde, cuando la lámpara empezaba a parpadear y el vino que había bebido, a separar mi mente de su entorno. ¿Qué quería decir? ¿Por qué tenía que aludir, de una manera tan despreocupada, a mi propia muerte y como si estuviera cerca de mí? Sin embargo, es cierto que hace mucho tiempo que la idea de la muerte me obsesiona. Cuando, en ciertos momentos de desesperación y

extrema tensión emocional, experimenté en mi interior el deseo de aplastar la llama de la vida, fue con un extraño anhelo y placer, con una sensualidad soñadora. Incluso de niña, el mapa del Hades, montado en mi imaginación a partir de los viejos mitos, tenía un extraordinario atractivo para mí: me veía a mí misma tumbada en las orillas cubiertas de loto del Aqueronte, tranquila entre los muertos silenciosos. Era una huida de la vida, en el sentido más literal de la palabra.

¿Pon qué pensar en la muerte ahora? Estoy inexplicablemente más relajada y alegre de lo que lo he estado durante muchos meses. No creo ni pon un instante que tenga cáncer de útero, como dejé entreven tan dramáticamente hace un rato: sería un irónico y apropiado giro del destino, pero los médicos me aseguraron que no había nada que temen. No reaparecerá la espantosa enfermedad que sufrí hace cinco años, con sus sudores, sus hemorragias, sus pesadillas, sus profundos pozos de desesperación, su apatía y su agotamiento total.

Recuerdo a un médico de Cos tranquilizándome, mientras yo yacía en mi litera bajo un toldo, tan débil que ni siquiera podía moverme: «No debe preocuparse, señora Safo: es un síntoma natural a su edad, nada más». Las lágrimas me rodaron por las mejillas: quizá estuviera riendo, ¿quién sabe? Esa cara sonriente y jovial; esas palabras abrumadoras, la sentencia de un juez. El mundo pareció alejarse de mí, por un túnel oscuro e interminable.

Pero ahora, cinco años después, me siento intensamente viva en cada fibra de mi ser, el fuego me anda en las venas, estoy consumida, exultante. Ahora, hoy, en este momento, todavía tengo esperanzas.

Existe una especie de saben-y-no-saber, una actitud esquivada y engañosa para las emociones o hechos molestos que le permiten a una engañarse a sí misma tanto como a los demás. Mi infancia no fue tan inocente, ni mi vida adulta tan refinada, como he intentado insinuar hasta ahora. De ninguna manera. No obstante, ¿cuál de nosotros no oculta al mundo -y pon una buena razón- al menos alguna de sus acciones y pensamientos privados? No. Pongamos fin ahora a las excusas.

Es cierto, en un sentido estrictamente físico, que Cloe fue mi primer amante. Sin embargo, muchos años antes había experimentado (con Andrómeda sobre todo, pero también con otras niñas, que en su mayoría ignoraban mis sentimientos) una ardiente intensidad pasional que era -no soy capaz de recalcar esto con la fuerza suficiente- algo totalmente distinto del deseo físico ordinario. Ahora veo que estuve profundamente enamorada de Andrómeda durante mucho tiempo; pero nunca, en aquella época, reconocí una dimensión física a mis sentimientos; quizá por ello encontré tan perturbadoras algunas de las indirectas e insinuaciones de Alceo.

Es fácil olvidar, también, qué parte tan grande de la vida emocional de cualquier poeta se lleva a cabo en la mente y en la imaginación, mucho más real, para él, que el mundo de las apariencias físicas, tan tangible que se deslizará a su gusto de lo real a lo imaginario hasta que, al final, no haya una frontera definida entre los dos. Las pasiones que se agitaban en mí estaban personificadas en este mundo secreto, en este dominio de ensueño, de adoración pura, limpia, cristalina, de modo

que mi imaginación creativa podía morar en algún rostro o cuerpo amado y, en la fantasía, hallan allí la satisfacción sin perturban el delicado equilibrio de no-saber que gobernaba mis pensamientos conscientes. Yo me quemaba, sin embargo, el fuego se contenía, se transmutaba. Al hacerme mayor, inevitablemente, la peligrosa frontera entre deseo y saben se distinguía menos; ésta fue la época de las pesadillas, de saber-y-no-saben, cuando, al despertarme, cerraba los ojos deliberadamente frente a lo que mi mente entendía, pero se negaba a aceptar. No es difícil comprender, ahora, aquel estado de deseo latente, inexplorado, que surtió un efecto tan instantáneo y devastador en Cloe.

En lo tocante a mi comportamiento con Pitaco, no puedo encontrar una excusa así: fue hecho a conciencia y por una simple curiosidad lujuriosa. Me refiero, está claro, a la descripción que hice de su intento de violación, que, desde cierto punto de vista vital, le hace poco menos que justicia al viejo rufián. Es cierto que cometió el intento; pero no es menos

258

259

cierto que el pánico y el puto asco se apoderaron de mí antes de que hubiera empezado. Lo que, por razones obvias, me he abstenido de mencionar es que deliberadamente le provoqué.

Estaba aburrida; había tenido una violenta discusión con mi madre; mi imaginación -que nunca fue lenta al respecto- no había estado desocupada mientras él estaba en la habitación de tía Helena. Cuando bajó, ya me había convencido a mi misma, equivocadamente, de que estaba preparada para cualquier cosa. Si no era una recatada y pequeña pasional la que esperaba de pie junto al triclinio aquella tarde de primavera, tampoco era una simple niña inocente y asustada; y pienso, al recordarlo, que me merecía completamente la lección que recibí. Al menos me convenció de que no era tan mayor como creía. En cuanto a Pitaco, demostró lo que, por las circunstancias, sólo puedo llamar un gran dominio de sí mismo. Si yo hubiera probado mis truquitos con Minsilo, o incluso con Dinómenes (él no se equivocó acerca de mí, incluso después de un encuentro casual) la historia habría tenido un final muy distinto.

Cuánto cambió aquella tarde el curso de mi vida? Mi extravagante declaración fue ideada, naturalmente, para parecer yo una víctima inocente, exactamente igual, ahora lo veo, que he intentado disculpar mi violenta pasión actual con la insinuación de que es un simple síntoma de enfermedad, del que no soy responsable. Pero hasta que llegué a la mediana edad -realmente, hasta los efectos de mi afección- sólo las chicas despertaron mis pasiones. No sentía ninguna aversión violenta hacia los hombres; simplemente, no me estimulaban.

Por otra parte, no creo que mi apasionada consideración por la condición de virgen, o la tristeza que el pensar en su pérdida me produce invariablemente, tengan mucho que ver con la repugnancia por el acto sexual. Me imagino que es, más bien, un legado del mundo particular, exquisito, intenso, de mi imaginación adolescente: aquí, al andar por el juego de sombras de la realidad, lloro todavía por aquella perfección perdida.

Mi principal objeción al matrimonio era mucho más práctica: lo veía como una amenaza permanente a mi independencia

de acción y de pensamiento. Cuando Cécilas dejó bien claro que me respetaría como a un ser humano me dispuse a aceptar su proposición. No quiero dar la impresión (sospecho que así ha sido) de que una condición para aceptarle fue un acuerdo, por parte de mi marido, para renunciar a sus derechos matrimoniales. La perspectiva de esta experiencia no me excitaba demasiado; pero tampoco me daba asco.

Por otro lado (cuando considero mi propio carácter) encuentro extraño que hombres como Alceo, cuyas pasiones se centran exclusivamente en los chicos, despertan en mí una fuerte e instintiva antipatía. Cuando veo los amantes que tiene -especialmente Lico, con su largo cabello rizado y sus ojos sombreados, sus polvos, su barra de labios, su remilgada y afectada manera de andar- no sólo siento repulsión, sino también una especie de ultraje personal: al usurpan una falsa feminidad, estas criaturas disminuyen de algún modo mi propia condición de mujer.

Supongo que lo que de verdad me honnoriga no es demostrar un exceso de sentimiento, sino más bien una carencia esencial de éste. Un frío egocentrismo emocional no es una característica adecuada que una pueda exhibir de una misma: no es más que una muestra de inhumanidad. Solamente, quizá, mediante el acto sexual he sido capaz de entregarme completa y desinteresadamente: la devoción que mi prima Meg me profesa, siempre saca a relucir mi faceta más dura, más despiadada. Eso tampoco es una agradable confesión.

Siempre he pensado en Meg encaminada por naturaleza a una vida de celibato apasionado, obteniendo una satisfacción asexual de contribuir a las emociones experimentadas por los demás, con las que ella tiene miedo de encarnarse en su interior; o que, simplemente, no tiene en absoluto. En consecuencia, la he utilizado sin escrúpulos ni gratitud. Estoy segura de que cuando me envió el informe del doctor egipcio sobre la muerte de mi madre, no lo hizo por malicia. La situación la venció, eso fue todo. No podía pensar qué debía decir, así que escogió la salida más fácil.

De un modo parecido, para mí, lo más terrible de la muerte de Cloe fue mi propia reacción de indiferencia. Después de

260 261

un pan de días, simplemente no sentía nada, ni el menor pesar, sobre todo porque estaba extremadamente enfadada por haberme dejado ella en una situación tan incómoda. ¿Cuántas personas, me pregunto, tras la muerte de alguien a quien han amado, sienten, en lo más profundo de su corazón lo mismo que yo y no se atreven a confesárselo ni siquiera a sí mismos? El dolor debe fingirse, los mitos sociales deben conservarse.

Verdaderamente, todo mi destierro siciliano, según mi descripción, suena como un bonito sueño deslumbrador. Desde luego, no fue así. Me pasé aquellos años en el extranjero cultivando mi arte con gran empeño: asistí a conferencias, investigué, escribí, estudié técnica musical y coreografía, y, en general, eché los cimientos de esas varias habilidades que, como maestra y artista creadora, empleé con tan buen resultado de vuelta a Mitilene. Pero el trabajo duro -sobre todo de un poeta o una senora- se considera aburrido e indecoroso entre la gente bien educada, que preferirían oír hablar de la inspiración de las Musas o la fuente del monte Helicón -que, según

me contó una vez Alceo, tiene fuentes cualidades laxantes, lo cual no es el mejor símbolo de impulso poético divino.

¿Cómo reaccionarían ellos, me pregunto, al saber que, dos días después de la muerte de Cloe, lejos de languidecer de pura angustia y aflicción como cualquier poetisa bien educada, me pasé la mañana estudiando con mi profesor de música (un dulce estimulante tras el despotismo de Anión), por la tarde escribí una alegre, pon no decir una obscena, canción de boda que me habían encargado, practiqué mi habitual entrenamiento diario de dos horas en la escuela de baile, cené mucho luego, bebí suficiente vino (pero no demasiado) y me pasé la mitad de la noche haciéndole el amor a la exótica criada ibérica de Cloe, deseada durante mucho tiempo y ahora, pon fin, disponible?

Sin embargo, de lo que con tanta presunción me atrevo a llamar verdad ¿cuánto es también burla y engaño para con una misma? Mañana, con otro humor, puede que niegue lo que he dicho hoy, puede que el espejo me enseñe otra cara, igualmente lisonjera. La máscara se desprende para descubrir una segunda máscara detrás y ¿dónde se halla la verdad? ¿Puede alguien, o puedo yo misma, ven cómo es Safo en realidad?

No obstante, dejaré lo que he escrito, con todas sus ambigüedades y contradicciones. Eso, al menos, es una especie de honestidad.

No es ciento, la muerte de Cloe me hizo pedazos hasta tal punto que pensé que nunca me repondría. El relato que escribí ayer demuestra cómo se puede distorsionar la verdad completamente sin apartarse siquiera de los hechos externos. Todo lo que apunté son los detalles físicos, pero ¡cuánta complicidad se esconde tras ellos!

Recuerdo muy bien aquel día, crudo, frío, horroroso, con el brillo consumido en todas partes y la absurda cniatunita que era yo moviéndose durante todo él como una muñeca mecánica. No, no desfallecí de aflicción al igual que las plañideras profesionales o las viudas indiferentes, montando el esperado número de dolor, representando un papel convencional. Mi pesan era demasiado profundo para una deshonestidad tan calculada: yo estaba literalmente aturdida y lo único que podía hacer era agarrarme a mi rutina diaria, una organización para mi caos interior.

Yo mantengo que como la canción de boda era alegre y obscena, yo también debía de sentirme alegre, ¿no es así? Pero muchos poetas saben como sé yo, si no el público en general, que el ingenio se crece no pocas veces de la más profunda depresión. Cuando digo que estaba indiferente, que no sentía nada, es ciento en el sentido más literal de la palabra: no sentía nada, mis sentidos estaban anestesiados por la conmoción, al igual que los médicos son capaces de dormir una pierna administrando cientos de drogas.

En cuanto a la criada de Cloe, de nuevo los convencionalismos dirán que esto demuestra una cruel indiferencia. Pero en lo más íntimo de su corazón, incluso el moralista convencional sabrá lo muy unidos que están los misterios de la creación y la muerte. Después de un funeral el deseo sexual es más fuerte. No queremos admitirlo, pero es ciento. Y la esclava ibé-

rica de Cloe era una parte de Cloe; el hacer el amor fue, en cierto modo, un acto de condolencia y despedida. Hicimos libaciones a su espíritu, las lágrimas nos rodaron por el rostro al besarnos.

¿Pon qué ahora tengo la tentación de destruirme a mí misma a los ojos de la posteridad, de exponer mis motivos más negros, de enfatizar todos mis defectos menos agradables? ¿En realidad la verdad lo que busco? Conócete a ti mismo, dice el precepto del oráculo; ¿hubo alguna vez mandato tan simple o tan duro

Me negé, ahora que pienso en ello, ¿por qué sólo he inenunciado indirectamente y por alusiones, mis frecuentes visiones en sueños de la diosa? Quizá porque ella no se me aparece, y la propia diosa se ha alejado de mí. Qué duro es considerar retrospectivamente aquel semblante sonriente, afectuoso, tan familiar su divino aspecto, como una máscara fría y caprichosa de tierra y de fúaldad; más duro aún es aceptar esas apreciadas manifestaciones como algo peor que una mofa.

Pero otra razón, más trivial, es que las visiones son -eran- neofrontalmente prosaicas: cuando un poeta es honrado con epifanías divinas cree una que deberían tener algo de frescura revelador. Pero de algún modo establecí el mismo tipo de relación personal con la diosa que el que había mantenido con tía Helena al final de mi infancia. Siempre que había una crisis en mi vida privada -¿y cuándo no la ha habido?- rezaba a la diosa para que se me apareciera; y aquella noche o a la siguiente, se me aparecía invariablemente.

Una vez hablé de estas visiones con Alceo, a su regreso de Egipto. Estaba saturado de ciencia esotérica recién adquirida que había aprendido de los sacerdotes de Menfis, y un poco inclinado al engreimiento; pero sabía lo suficiente -ahora lo veo- para mostrarse debidamente receloso de mi historia.

~Cómo es la diosa cuando se te aparece

Muy parecida a la imagen de culto que hay aquí en su templo.

-Correcto. ¿Cómo va vestida?

-Con la misma túnica bordada.

-¿Y su medio de transporte?

-Baja volando por el aire en un carro tirado por pájaros... gorriones, palomas, no estoy segura -respondí.

-¿Dónde tiene lugar el sueño? ¿Cuál es el escenario?

-El recinto de un templo. Hay árboles, un arroyo, rayos de sol en lo alto y, en alguna parte, humo de un altar.

-¿Y qué ocurre? -preguntó Alceo, sinceramente fascinado: había desarrollado una intensa pasión casi irreverente por las oscuras prácticas de culto durante su destierro-. Es decir, ¿hay algún ritual formal? ¿Caes de bruces en señal de adoración? ¿Hay otros suplicantes?

-No, nada de eso. Siempre estoy sola. Sólo..., hablamos. Pero..., pero es imposible acercarse demasiado a ella, hay un resplandor, una fuerza, no puedo explicarlo...

Asintió, como si diera todo por sentado.

-Entonces, ¿habla informalmente? ¿Como un ser humano?

Solté una risita involuntaria.

-Bueno, sí, de un modo muy parecido, es decir, la llamo bastante a menudo, y generalmente por lo mismo, ya sabes cómo soy cuando me enamoro.

-No -respondió Alceo con ligera picardía-, me temo que

no; pero creé lo que me digas.

-Bueno, hace una especie de comentario como: ¿Qué te pasa ahora, Safo? ¿Pon qué me has vuelto a llaman? ¿Qué chica tengo que conquistan para ti esta vez?

-Goza de todas mis simpatías, si un simple mortal puede atrevase a contarle esto a una diosa.

-Entonces me pregunta quién está siendo injusta conmigo, y yo se lo cuento.

-¿Y luego?

-Luego generalmente dice algo así como: Bueno, espero que sepas lo que estás haciendo: puede que ahora la chica sea muy tímida, y que te evite, y que no acepte tus regalos; pero en muy poco tiempo será ella la que te persiga, y te cubra de regalos, y esté atontada por un amor irracional, y entonces me suplicarás para librarte de ella de nuevo ¿vale la pena?

264 265

-¿Qué consejo tan extraordinariamente sensato: ¿pon qué no intentas seguirlo de vez en cuando? -observó Alceo.

-¿Lo harías tú? -Me ruboricé.

-Quizá no.

Qué mayor parecía: sin embargo tenía --cuántos?- todavía sólo treinta y seis años.

-¿Bueno, qué deduces de todo ello? -dije.

-No estoy seguro -dijo tras meditarlo-. Al principio pensé que todo eran tonterías, tú soñabas lo que querías oír, los detalles visuales son vulgares, no hay otros devotos, es un diálogo privado entre la diosa y tú, más bien como si fuera tu madre.

-¿Que

-Pero eso último que me explicaste: no lo sé. Simplemente no lo sé. -Frunció el ceño, luego me dedicó su famosa sonrisa tranquila e irónica. Añadió:- Quizá sería mejor para ti que todo fueran tonterías, ¿no crees?

-¿Por qué?

-Bueno, piensa en la alternativa: te pasaste una buena parte de tiempo llamando a la Reina del Cielo para solucionar tus insignificantes problemas emocionales, y supongo que eso tampoco es todo; probablemente ahora haces que te encuentre broches perdidos y verrugas curativas, y que te consiga un cielo despejado para meriendas campestres. Después, con todo lo que se ha molestado, ¿ignoras constantemente su consejo! Tarde o temprano, Safo, la diosa dejará de considerarte un divertido juguete, y decidirá que simplemente eres un aburrimiento, un pesado, egoísta e impertinente aburrimiento. Cuando llegue ese día, querida, no me gustaría estar en tu pellejo.

Nunca fue fácil decidir cuándo Alceo hablaba en serio y cuándo estaba bromeando. A veces sus observaciones más ligeras tenían un filo inesperado.

-¡Oh, eres imposible! -contesté, riendo.

-Eso me dices a menudo. Pero existo. Las mismas dos afirmaciones pueden hacerse acerca de los dioses, ¿no crees?

-Los dioses se mueven en una esfera distinta: no se parecen a los seres humanos.

-Te concedo lo de la esfera distinta. Pero si nos fiamos de Homero, los dioses son más bien como niños revoltosos, con poder ilimitado y una irresponsable inclinación a preocuparse por nosotros, pobres mortales. Así que deberías ir con cuidado.

-Te agradezco tu consejo.

-¿De veras? Es una pregunta.

Fue entonces cuando me regaló el pequeño frasco de cristal que había conseguido en Egipto, el frasco que contenía nepente, la semilla del olvido.

He estado hojeando el diario de modo intermitente y poco metódico que empecé a escribir en la época de mi matrimonio. (Curioso, que de todas las costumbres que se refieren a mi misma sea ésta la que siempre me haya sido imposible de mantener con alguna regularidad.) A causa de sus lagunas y omisiones, releen estos apuntes tiene un efecto sobre mí extraño y casi alucinador: un incidente olvidado durante largo tiempo ilumina de pronto vivamente, como un relámpago que rompe la oscuridad durante una tormenta nocturna, y luego, repentinamente, todo se vuelve negro una vez más. Me siento, absurdamente, como si escuchara detrás de la puerta, como una intrusa en los pensamientos privados de esta mujer de veinticinco años que no soy yo sino una extraña. No creo que nos gustásemos demasiado si nos conociéramos.

Gaviotas en lo alto bajo los rayos del sol de primavera, bajando en picado y chillando sobre lo alto del mástil. Cécilas conoce el nombre, los hábitos y lugares de cría de las diferentes clases. Para mi son sólo gaviotas. El dice que debería observar con más detenimiento, que un poeta debería entender el mundo que le nodea. La extensión de sus conocimientos es inmensa e impredecible. Las estrellas, las matemáticas, la medicina, todo lo que se pueda nombrar y clasificar. Le apasiona el orden.

Hace unos instantes divisamos la ciudadela de Corinto. Extraño, regresar ahora, casi cinco años después -. cinco años!- sin que nada haya cambiado, las azules

266

267

aguas del golfo, el largo litoral rocoso; incluso podría ser el mismo buque mercante, de ancho combés, surcando dulcemente el mar con su gran vela desplegada para atrapan hasta el más mínimo soplo de viento. Estoy sentada en la cubierta de popa y escribo, como una vez estuve sentada con Anión. Cécilas está en algún sitio de proa, siempre me deja a solas cuando me ve sacan mis tablillas.

Qué poco sé de él, en vendad. Incluso en los seis meses transcurridos antes de que yo pudiera dejar completamente el luto y casarme, se mantuvo a la expectativa y enigmático. Nunca habla de su familia. No ha hecho ninguna sugerencia acerca de visitar Andros. Ha estado viajando constantemente durante los últimos años. Si alguna vez fue comerciante, hace mucho que abandonó su profesión: quizá tuvo suerte y se enriqueció enseguida. Es un entendido en joyas, pinturas, artículos de lujo exóticos como la seda y el ámbar. A veces me pregunto si ha estado casado antes. Abstírdamente, no soy capaz de preguntárselo. Incluso su edad es un misterio para mi.

(Está claro que ese aire de misterio, y esa sensación de hombre esquivo, fueron deliberadamente cultivados: Cécilas sabía perfectamente que me gustaría. Más adelante descubrí, pon varios amigos, que tenía cuarenta y cuatro años cuando nos casamos;

que sus padres murieron durante la peste que asoló Andros cuando él tenía diez años, dejándole en herencia una gran fortuna; que a los treinta esta fortuna se había triplicado mediante hábiles especulaciones y arriesgadas empresas comerciales; y que nunca había estado casado. Tampoco, según me contaron, le gustaban los chicos. La reserva era sólo una afectación. Pero conocía a gente influyente en todas partes y la rapidez con que convenció a Mirsilo para que nevocara el decreto de mi destierro fue asombrosa. A veces me he preguntado si no ejercía, con mucha discreción, en calidad de agente político de Periandro.)

Corinto es ahora una ciudad brillante, animada, excitante, sin sensación alguna de dictadura u opresión. Me paseo por la calle de los Orfebres, ahora que puedo comprar lo que quiero. Cécilas es un regateador empedernido, cosa que me violenta. Regateó el otro día el precio de un anillo hasta que le rogué que nos mancháramos, que no lo quería. Cécilas simplemente sonrió con esa sonrisa suya lenta y enloquecedora, continuó discutiendo. Consiguí el anillo al final. Lo llevo ahora, con lo que Cécilas llama «un delicado aire de pena».

Esta noche durante la cena oí una historia extraordinaria sobre Anión, quien, al parecer, llegó a Corinto recientemente como llovido del cielo y, según todos los indicios, sin dinero. Lo último que se sabía de él era que estaba ganando cantidades fabulosas en una gira de conciertos por Italia debido a que se había hecho mucha publicidad, y como no respondió a la dura carta de Periandro en la que le decía que ya era hora de volver a sus deberes oficiales, Periandro se mostró naturalmente receloso. La explicación de Anión no convenció a nadie. Anión le contó que había zarpado de Tarento inmediatamente después de recibir la carta, pero la tripulación se conjuró para robarle sus dineros. Dejándole cantar una última canción antes de tirarle por la borda. Escena conmovedora. Ya en el agua, aparece una milagrosa bandada de delfines, el delfín más grande le lleva en su lomo, le permite viajar cómodamente hasta llegar a tierra firme. Anión es depositado en la playa en el cabo Ténano al sur del Peloponeso, le reconocen y regresa por tierra hasta Corinto.

Periandro escucha estos disparates con educada incredulidad, mantiene a Anión bajo arresto domiciliario, espera que el barco atraque. La tripulación es conducida a interrogatorio, el capitán explica que Anión neservó un pasaje en Tarento, pero que cambió de opinión en el último momento y se quedó en Italia. Así estaban las cosas, cuando repentinamente aparece Anión, la tripulación se queda sin habla cuando cuenta su historia, más aún cuando el dinero de Anón, o una parte de él, es hallado más tarde escondido en el lastre del banco. Anión que-

268

269

da reivindicado, la tripulación es ejecutada, Anión se convierte en un héroe de la noche a la mañana, amado de los dioses, recibidor de la ayuda divina y muchas cosas más. Se le levanta una gran estatua en el lomo de un delfín en la plaza pública.

Nuestro huésped asegura conocer la verdadera his-

tonia, pero advierte que esto no se puede revelar ahora, porque dejaría a Periandro como un tonto. Según él, Anón estaba decidido a quedarse en Italia y disfrutaban de su increíble éxito: lo último que quería hacer era regresar a Corinto y entregar gran parte de su inesperada ganancia italiana a los funcionarios del tesoro de Periandro. Además, Periandro ahora estaba siempre malhumorado y caprichoso tras la muerte de su hijo: así que un puesto de criado en la corte ya no es muy atractivo. Anión, comprensiblemente, decide desaparecer y empezar una nueva vida. Sube a bordo del banco en Tarento a escondidas, cuando ya es de noche, permanece en las bodegas durante el viaje, sobonna a la tripulación para que le desembarquen en la isla de Zante e informen a Periandro de que todavía está en Italia. Desde Zante coge otro banco, que zarpa hacia Jonia por el largo trayecto que rodea el Peloponeso, muy alejado del camino de Periandro.

Desgraciadamente el banco naufraga en el cabo Ténano a causa de una tormenta súbita. Anión, arrastrado a la orilla todavía agarrado a la caja fuerte, se encuentra con un agente de Periandro que viaja a Gitio. Le reconoce, pánico, historia del delfín inventada de improviso. Anión regresa a Corinto -¿qué podía hacer si no?-, sobonna a un amigo para que esconda la mitad de su OFO italiano en el lastre del banco cuando ataque. Así reduce pérdidas, salva la cabeza, conserva una porción razonable de sus ganancias y consigue publicidad útil. (Después de todo, Periandro tiene que morir pronto, ahora tiene más de setenta años.) Exactamente el tipo de cosas que haría el viejo farsante.

(Pensé que era verdad esta segunda versión cuando la oí; en general, todavía lo pienso. La propia explicación de Anión estaba plagada de inverosimilitudes y era demasiado simbólica y oportunista: al fin y al cabo, el delfín es el emblema de Lesbos. Este tipo de cosas era algo usual en él. Resulta que sé que su lugar de nacimiento no fue Antisa -como él siempre solía pretender- sino Metimna: hizo el cambio, claro, porque fue en Antisa donde llegó flotando la descuartizada cabeza de Orfeo. Anión difundió el rumor de que él era el descendiente de Orfeo y que había heredado el don divino del canto del cráneo enterado de su ilustre antepasado. Ello le granjeó un enorme respeto en todas partes, excepto, claro está, en Metimna. Sí, la versión inédita debe ser cierta. Pero siempre ha intrigado un poco saber cómo encontró a alguien que estableciera esa prueba vital para él en tan poco tiempo; y desde entonces he oído historias muy raras (y mucho mejor autenticadas) referentes a los delfines. Así que me queda una duda persistente en la mente. ¿Importa algo todo esto? Ahora Anión está muerto: es su obra la que vive y por la cual, a la larga, será juzgado. Si la posteridad decide hacer de él una leyenda, al menos eso protegerá a su obra del olvido. Entonces, ¿por qué yo, tan tercamente, y a tan alto precio, insisto aún en descubrir la verdad referente a mi misma?)

Conmociones y desilusiones de la vuelta al hogar. Imágenes fijas que hay que extirpar de la mente, aceptación -tan perjudicial para la propia existencia- de que la vida sigue mientras una está en otra parte. Ridículo, pero detrás de la mente de una -de mi mente- se esconde la noción tácita de que un lugar, la gente, necesitan de mi presencia para existir, de que cuando me marchó, el tiempo se detie-

ne y las marionetas se quedan en pie inmóviles hasta que mi regreso las pone en marcha. Pero se ha reconstruido el puerto, hay tiendas y casas nuevas, en todas partes el ojo recibe una visión desconocida. Curioso, mi apego a este sueño de paz eterna, inmutable. Si se hiciera realidad, me aburriría mortalmente antes de un mes.

270 271

Pero aún no soy capaz de afrontar, emocionalmente, los hechos que mi mente nacional había sabido y para los que se había preparado hacía ya tiempo. Me siento como si todo el mundo estuviera conspirando para gastarme una broma pesada y rebuscada, tarde o temprano se quitarán las hábiles arrugas del rostro, se sacudirán el polvo blanco del pelo y lo dejarán todo tal y como estaba antes. No puedo creer realmente que tía Helena tenga casi cincuenta años y que, a pesar de todo, se haya casado con Minsilo; o que mi hermano Canaxo, mediante alguna trampa legal, sea ahora el dueño de la casa gris y cuadrada de la ciudadela, o -la peor confesión de todas- que yo esté casada, una joven matrona (expresión repugnante) cuya vida, pon muy sensible y generoso que sea mi marido, es ahora totalmente distinta, el efecto de una metamorfosis, parte de un nuevo y desconocido modelo.

Caraxo muy cauteloso conmigo, Inana con una sonrisa afectada pero hostil. Obviamente temen que les cause algún problema por la casa. Hablan constantemente de inversiones comerciales, de beneficios, del aumento del valor de la propiedad. ¡Qué aburrido! Caraxo es a los veintidós años un horroroso y prematuro barrilete de mediana edad. Repulsivo, no podría soportar tocarlo. Qué siente Inana cuando él le hace el amor? Si le hace el amor. Y ahora tiene al pobre Agenon trabajando para él: él no ha cambiado, aún es misterioso, tímido, devoto, con ese fatal aspecto de responsabilidad que siempre me hace sentir tan obligada, incluso después de pasarme media hora en su compañía charlando de nimiedades. Canaxo también se ha quedado con Meg, como ama de llaves sin sueldo y -me imagino- como permanente cabeza de turco a mano en quien descargar su terrible mal genio. Ella nos dio a entender claramente que la vida sería mucho más soportable con Cércilas y conmigo. No dudo de que así sería para ella.

La esposa de Pitaco murió tres meses o dos antes de mi -de nuestro- regreso. Lo siento. Me gustaba Quione, aunque nunca la había visto. No tenía ningún tipo de pretensiones ni gozaba de una buena educación, pero era afectuosa, generosa, espontánea: una buena mujer de verdad. Su hijo Tinneo se ha convertido en un patán insolente, malhumorado, dado a la bebida: parece haber heredado las peores cualidades de su padre. Unos amigos me cuentan que ahora va mucho con Lárico. Debo intentar con tacto detener esto. Lárico es demasiado inocente (y bello), ingenuo, para ser real, muy influenciado y deseoso de popularidad, una mezcla explosiva. ¿Qué puedo decirle sin parecer la hermana mayor casada, man-

dona y entrometida, como la que no debiera venme~

Esta mañana, en el mercado, me encontré de repente cara a cara con Andrómeda y Gongo. Estaban de pie frente a una caseta al lado de la fuente, donde a diario se venden pájaros enjaulados y otros animales domésticos. Andrómeda tenía un llamativo pájaro vende y rojo posado en un hombro y estaba discutiendo con el dueño del puesto, un sirio delgado, bajo, jorobado, que se parecía extraordinariamente a una desagradable ave de rapiña, con una calvicie incipiente, abundante cabellera negra, y los pliegues de la piel sueltos y rojos bajo su mandíbula. (¿Acaso las personas llegan a parecerse a sus bichos de compañía?) Nuestras miradas se cruzaron: las apartamos enseguida, como extrañas. O como enemigas. No había nada que decir, ningún posible punto de contacto entre las dos.

No ha cambiado nada en absoluto: todavía los mismos negros rizos cortos, mal cortados, todavía los movimientos desgarrados, las manos más bien grandes, torpes, la cara morena y hombruna. Lo que resultaba atractivo en una colegiala se ha convertido en algo increíblemente estafalario para una mujer adulta de casi treinta años. Mientras nos contemplamos, desconcertadas, primero la una a la otra, y luego minando en cualquier otra dirección, el pájaro chinrió con aspereza: «¿Entonces, me amas~ ¿Me amas? ¿Me amas?», después de lo cual, divertido, supon-

272 273

go, pon su propio ingenio, estalló en paroxismos de una risa estúpida. Asustada, me di la vuelta y vi una clara expresión de mofa en el rostro de Andrómeda. Le susurró algo a Gorgo, quien sonrió y asintió. El loro continuó riendo hasta que ya no estuvo al alcance de mis oídos.

(Deshonesta de nuevo: lo que no he incluido en esta relación es el hecho de que encontré a Andrómeda más atractiva, en un sentido puramente físico, que nunca. Mientras aquel despreciable pájaro se divertía (más tarde, descubrí que Andrómeda lo había comprado unos meses antes -la broma se había hecho un poco pesada, incluso para ella- y ahora estaba intentando volver a venderlo) estuve allí de pie en un estado de excitación tan violento y humillante que apenas pude controlar mis facciones. Ella también lo sabía: siempre lo sabía. Fue espantoso: ni siquiera me gustaba, era ordinaria y antiestética y (me enteré enseguida) sufría de absurdas pretensiones sociales, que la posición de su padre le permitía satisfacer por completo. Afrodita debió de estar de un espléndido humonjocoso aquel día: quizá fuera entonces cuando su caprichosa mente divina concibió la idea de emplear a Andrómeda, llegado el momento, como uno de los instrumentos para destruirme.)

Hoy hemos encontrado la casa. Ambos supimos que era la adecuada desde el momento que la vimos, sin embargo era salvajemente distinta de todo lo que yo había proyectado por adelantado. Una alquería abandonada en la ladera de la colina por encima de los estrechos, aproximadamente una inilla al sur de la ciudad. Perales en el jardín, lagartijas correteando por entre los muros de pie-

dra, viejos y medio derrumbados. Sólo habíamos ido a ver el lugar por capricho -hacia buen tiempo, el carruaje estaba enganchado. ¿Por qué no? Esto es lo que hace a Cécilas tan simpático. Sin vacilaciones, sin discusiones, comprende instantáneamente el humor de una.

El agente del propietario se peleó con cerraduras, trancas y postigos clavados, ayudado por un esclavo sumamente incompetente que sólo consiguió empeorar las cosas, pero, con todo, no se podía enfadar una con él, el día era perfecto: las palomas zureaban en el tejado, se respiraba un maravilloso perfume de tomillo y mejorana y la excitación al ir abriendo habitación tras habitación, la luz inundando paredes y suelos desnudos y la certeza de que esto era adecuado, de que era donde pertenecíamos. Intentamos parecer críticos y poco entusiastas, pero no creo que convenciéramos al agente en ningún momento. Su esclavo sonreía como un melón partido en dos cuando nos manchamos. Después estuvimos despiertos hasta casi medianoche discutiendo cambios y mejoras. Cécilas dice que si lo deseo verdaderamente, nos podemos trasladar en el momento de comprar la finca y tener las obras terminadas. Creo que él, al ser una criatura ordenada, preferiría esperar: pero, no sé por qué, la idea de observar cómo nuestro sueño toma forma hace de la casa, al menos para mí, un organismo vivo, por el que espero que nosotros seamos lentamente absorbidos hasta formar parte integrante de su atmósfera.

Intenté explicarle esto a Cécilas. Creo que lo entendió. Pero él sabía que era lo que yo quería, lo que me haría realmente feliz y eso, observó, era suficiente para él. (También es experto en apartar esos caprichos que yo creo que me harán feliz, pero que de hecho no será así.) Le conté lo que tía Helena había comentado sobre mi infinita capacidad para ser mimada y él asintió: ése, respondió, era el motivo principal por el que se había casado conmigo. Entonces, con su sonrisa más encantadora, añadió: «Lo cual me deja poco tiempo para otras actividades». El problema con Cécilas es que siempre como el riesgo de no hacerle ningún caso. Un amor y una devoción tan constantes asustan un poco si se piensa demasiado en ello: así que no lo hago.

De nuevo, he omitido la parte crucial de esa discusión nocturna. (A veces pienso que la razón por la que la mayoría de la

274 275

gente escribe un diario no es para salvaguardar la verdad -nada de eso- sino para rehacer el pasado para la propia tranquilidad de espíritu.) Nunca le había hablado sinceramente a Cécilas acerca de mi relación con Cloe, aunque estaba convencida de que él estaba enterado, y sabía lo que implicaba. Pero esa noche, de pronto, sentí un violento impulso de sacar a relucir el tema, de confesar, de humillarme a mi misma. La comprensión y el afecto y la generosidad de Cécilas eran más de lo que yo podía esperar: utilizaba su amor, no le daba nada a cambio. Era odiosa, fría, un ave de rapiña. Todo esto lo arrojé, de repente, en un torrente de palabras, confuso y lacrimoso.

Cécilas me escuchó hasta el final sin interrupción. Cuando hube sollozado y me hube sorbido las narices hasta un relativo silencio, exclamó:

-Qué idea tan curiosa tienes sobre el amor: bastante parecida a un pacto comercial egipcio, tanto trigo a cambio de tanto vino, y cláusulas especiales para evitar la estala. ¿No se te había ocurrido que una de las muchas razones por las que me case contigo es porque hacerte feliz me produce un gran placer?

Me enjuagué las lágrimas y le miné.

-¿Por qué debería dictante qué forma deben tomar tus placeres emocionales o sexuales? No me perteneces. ¿Por qué debería eso alterar lo que siento por ti?

-Pero si me enamoro de vendad, si me comprometo emocionalmente...

-Esta noche estás atontada, querida. ¿Pon qué no deberías comprometerte emocionalmente con quien te guste~

-Sacudió la cabeza y sonrió-. Cuántas preguntas retóricas: te pido disculpas. Pero intenta comprender que nada de lo que sientas por otra mujer podría afectar a nuestra relación. Las dos esferas son distintas, se complementan una a otra, se realzan una a otra. No hay competencia, nada que te impida amar a una mujer y amarme a mí. El amor toma muchas formas: eres una poetisa, deberías saberlo. Así que, por favor, olvidate de esta absurda idea de que nuestro casamiento sea un simulacro: aparte de todo lo demás, no es que halague mi inteligencia precisamente.

-Lo siento.

-No lo sientas -habló con súbita pasión-. No está en tu carácter, al menos, así lo espero. Una de las cosas más atractivas de ti, mi amor, por si no te habías dado cuenta, es tu absoluta determinación a saliente con la tuya. Eres tan cruel como sólo es capaz de serlo un buen artista. Eres tan implacablemente egoísta que ni siquiera eres consciente de ello. Te encuentro fascinante.

Era el discurso lisonjero más extraño que nadie me había hecho jamás. Y entonces mi mente revivió aquel día de invierno en Pirna, aquella figura alta con gorra de piel y zamarra: «Esta curiosa ilusión que tienes de ser una criatura delicada y sensible demasiado refinada para la confusión y violencia de la vida ordinaria. Eres más fuerte que cualquiera de nosotros, de venas, Safo: no te has planteado ni una sola vez que no puedas, a largo plazo, conseguir exactamente lo que quieres».

Ref a pesan mio.

-Una vez Antiménidas me dijo casi lo mismo, palabra por palabra.

--Antiménidas? -Sus cejas se arquearon un poco, su voz tenía un tono irónico cuando contestó:- Pero claro, Antiménidas también estaba, está, enamorado de ti: seguro que te diste cuenta.

Mi asombro debió de parecer evidente: Cécilas no habría podido pedir un ejemplo mejor de sus observaciones acerca de mi carácter. Respondí, recuperándome:

-Eso es absurdo. Me llamó arpía rapaz...

-Eso eres, querida -y añadió que compadecía a cualquier hombre lo bastante tonto como para casarse conmigo.

Cécilas me cogió ambas manos: la luz de la lámpara parpadeó sobre su rostro moreno, arrugado.

-Yo no discutiría con él, Safo. De hecho, yo podría haber dicho lo mismo en su lugar. Pero ¿te habías dado cuenta?, resulta que yo te amo, así que ¿por qué no debería hacerlo él quizá incluso por las mismas razones? Una de las cuales, sin duda alguna, es tu magnífica ingenuidad.

Pon segunda vez en pocos minutos me había dejado fuera de juego. Pregunté:

-¿Cruel e ingenua? Parece una combinación inverosímil.

-Ni mucho menos. La mayoría de las veces no ves a las personas como a individuos; y cuando lo haces, tienes una fe conmovedora en lo que dicen más que en lo que hacen o son. Pon favor, no cambies nunca: es un rasgo encantador.

Ambos nos echamos a reír. Entonces, en un impulso repentino, con mis manos todavía estrechadas entre las suyas, pregunte:

-¿Sientes placer al hacerme el amor? -Mi propia franqueza me sorprendió: creo que a Cécilas también, porque, por primera vez, vaciló antes de responder, y luego simplemente opinó:

-A veces, depende.

-¿De qué?

-Ya hemos hablado suficiente por una noche -sacudí la cabeza.

Más tarde, en la oscuridad de nuestro dormitorio, preguntó:

--Estás enamorada? -Sus manos se movieron con suavidad sobre mi cuerpo desnudo.

-No. Sí. No lo sé...

-Cuéntamelo.

-No hay nada que contar.

Guardó silencio un momento. Luego dijo:

-Lo habrá -afirmó.

-¿Tan seguro estás del futuro?

Las yemas de sus dedos recorrieron los contornos de mi cuerpo, perfilaron con delicadeza labios, pómulos, nariz, cejas.

-Te conozco -observó. Entonces, con un ambiguo toque de ironía, añadió:- No debes decepcionarme, querida.

Al día siguiente, Agesilaidas e Ismene, que se habían casado menos de un mes antes de mi vuelta, regresaron a Tres Vientos desde Pirna, trayendo a los hijos de Ismene con ellos: Mica, Atis, el pequeño Hípías, cada uno casi cinco años mayor que en aquella luminosa mañana -¡hacia mucho tiempo, pero aún fresca en la memoria!- cuando había estado de pie en el costado de aquel gran barco negro que me conducía al destierro y había visto, a través de un mar de lágrimas, el rostro serio de Atis, iluminado por el sol, menguar, mezclarse entre las olas de la multitud anónima, desvanecerse fuera de mi vista. Despedidas y reencuentros: qué papel tan significativo, ahora que lo pienso, han representado siempre en el patrón de mi existencia.

7'

XIII

Las viejas heridas siempre duelen: incluso ahora me resulta difí-

cil escribir sobre Atis y el amor que sentíamos la una por la otra. A veces estoy tentada de formular la última plegaria desesperada para el olvido bendito. Que la memoria se apague, que mis ayenes regresen al polvo anónimo que los hizo. Peno no puedo escaparme de ella, está en todas partes, en las pequeñas parras que contemplo desde esta ventana, en el lucero de la tarde, que se recoge hacia el hogar, que habíamos observado juntas tan a menudo, en el man a la luz de la luna y el olor de un fuego de leños y el viento otoñal.

Ella cambió el mundo para mi, su forma, su brillo y su textura: pon ella nunca pude volver a ver las cosas de la misma manera, nunca pude volver a ser lo que había sido, porque yo formaba parte del mundo y pon tanto cambiaba con él. Los filamentos de nuestro amor iban más allá de los confines de la tierna, abarcaban toda la creación. Ningún otro amor que haya conocido poseyó esta dimensión universal: trascendía la pasión. Recuerdo haber pensado en una ocasión: «Si alargo la mano, cogeré las estrellas del firmamento, la noche me acariciará como la piel suave de un topo entre mis dedos».

Al mirar atrás, me parece ver un cielo despejado, iluminado por el sol, tranquilo, radiante, cangado de esplendor: el breve periodo de floración, la gloria blanca y rosa derramada sobre Lesbos en primavera. Sin embargo, los días de paz, y los días de felicidad tranquila, fueron bastante fugaces: nuestra eternidad duró dos años, no más, y entonces los nubarrones de tormenta se amontonaron, la lluvia azotó los pétalos caídos, la primavera se fue para siempre.

Aún faltaban pon llegan días luminosos: un verano ardiente, febril, momentos de nostalgia otoñal; peno nunca más habíamos de revivir aquella primera fresca matinal, aquel milagroso despliegue de pasión de un amor tan puro y tan perfecto como el capullo carmesí de una rosa. Ahora la rosa está manchita, el invierno acecha sobre las montañas. ¿Pon qué aún estoy aquí sentada, entre estos fantasmas y estas sombras? Me queda poco tiempo, pronto el sol dará paso a la noche.

Era el primer día caluroso del año cuando volví de Tres Vientos, temblorosa, ofuscada, andando en una dulce agonía de los sentidos, cegada pon las flores y los rayos del sol, los cantos de los pájaros estallando en mi corazón como una revelación divina, todas las flores del mundo exhalando su perfume sobre mi. Cércilas estaba fuera en el pónico meridional, tumbado en una litera, leyendo: levantó la vista al acercarme y pon un momento entonnó los ojos, como deslumbrado por lo que veía. (Una halagúeña quimera, claro: el sol estaba detrás de mi, todavía alto, y le daba de lleno en la cara. También estoy se gura de que cualesquiera que fueran mis sentimientos interiores, parecía una mundana boba enamorada.) Enrolló el libro que había estado examinando y comen tó:

-Y bien, querida, ¿qué tal encontraste a la novia? Cómo lo diría yo, ¿satisfactoriamente epitalamial? ¿O es que todos esos robustos niños estropearon un poco el efecto?

Apenas le oí. Estaba contemplando la higuera que se encontraba en la esquina del jardín bajo la terraza, tan vieja que nadie sabía exactamente cuántos años tenía, con el tronco grueso partido e innumerables ramas grises formando una celosía a contraluz. Sus viejas raíces se hundían en la tierra

como demoniacas serpientes entrelazadas: sus ramas eran dedos artríticos y nudosos que se convertían milagrosamente en brotes de verdor. El árbol entero parecía retorcerse y moverse: brillaba con un fuego plateado, era Adonis renaciendo de su cadáver esquelético del invierno. Hoy tan sólo un tocón maduro señala dónde se levantaba: la útil hacha del jardinero ha derribado mi visión de luz.

Cécilas preguntó con curiosidad:

~Qué ocurre, Safo? Esa higuera..., la minas como si nunca la hubieras visto antes.

Su voz me llegó como de otro mundo: remota, insustancial. Asentí:

-Si -dije-, tienes razón. Nunca la había visto antes. Nunca basta este momento.

Las pupilas de sus ojos se contrajeron como las de un gato: ¿eran otra vez los rayos del sol? Parpadeé, sacudí la cabeza y entonces, repentinamente, la visión se desvaneció, el color y la luz decayeron hasta la normalidad. Pero la exaltación aún estaba allí, en mi corazón y en mi cabeza, transfigurada como un río de fuego luminoso.

-Ya veo -expresó Cécilas muy suavemente; y entonces, con uno de esos desconcertantes destellos de intuición que demostraba tan a menudo, añadió-: No les envidio su don a los poetas, ¿sabes?; para mí sería como minar fijamente al sol. Ven con tal intensidad requiere una fuerza especial.

-Si..., ven, sentir -vacilé; él no.

-Aman, sí. Aman, después de todo, es una manera de ver. Por eso los poetas son tan susceptibles.

-Y tan crueles con quienes aman. ¿No es eso lo que quieres decir?

Sonrió cariñosamente: había un frío centelleo calculador en su mirada.

-Quizá. Ahora cuéntame todo sobre Ismene: siento curiosidad. -Tiró el rollo a un lado y me senté en la litera junto a él. Mientras me alisaba el pepló, me percaté, por primera vez, de que era del mismo verde intenso que Cloe había llevado aquel primer día en Siracusa. Hacía una eternidad y un destierro.

-Bueno, desde luego tiene un aspecto distinto -contesté-: ha engordado, en primer lugar, y ha perdido aquella espantosa apariencia cansada y pálida, ¿te acuerdas? Agesilaidas anda de acá para allá como una gallina vieja.

283

282

Cuántos años tiene ella, cielos? ¿Treinta y seis? ¿Treinta y siete?

-Quizá necesite unos pocos mimos -respondí gravemente. Nos reímos los dos. Después hubo una pausa en la conversación, no larga, pero suficiente para adivinar un nuevo rumbo. Cécilas preguntó en un tono demasiado despreocupado:

-¿Cómo se lo toman las chicas?

-Muy bien, creo. Les gusta Agesilaidas, eso es lo más importante. Las ha convertido en sus aliadas en una especie de conspiración para cuidar de Ismene, y a ellas les encanta -contesté y respiré a fondo.

-Como a ella, me imagino.

-Pobre Ismene; lo pasó muy mal con la viudez ¿no? Pero

Agésilaidas es también un gran entretenimiento: ingenioso, civilizado, culto. -Solté una risita.

-Querida Safo, haces que parezca un terrible aburrimiento.

-Las chicas no opinan así.

-Probablemente las adula para que le adoren por stís acertadas citas -observó mi manido afablemente-. Son lo suficientemente sensibles para ver que no le gusta el papel de intruso. Me figuro que el viejo nunca podría considerarse un rival de Faniás.

-No, él y Faniás no tienen mucho en común, ¿no es así?

Apante de Ismene. -Volví a reírme: estaba más nerviosa de lo que quería admitir.

-Incluso eso podría ser discutible, hasta ciento punto.

Nuestras minadas se cruzaron: la suya era amistosa, alentadora.

-¿Sabes quién más estaba allí? Melanipo -dije.

-Oh? Pensé que él estaría de viaje por Egipto.

Para no ser de Mitilene, Cécilas estaba increíblemente al día de los chismes locales: con lo que más disfrutaba era observando, absorto y fascinado, relacionando y atando cabos en la compleja red de relaciones personales por toda la ciudad. (Existe una tradición según la cual sólo las mujeres saben hacerlo: personalmente siempre he pensado que los hombres así lo dan a entender para coger desprevenidas a las mujeres. Todos los grandes chismosos y alcahuetes que conozco han sido hombres.)

-Bueno, si lo hace, será para su luna de miel -precisé.

--Mica? Si, había oído algo por el estilo. ¡Cómo le va a gustar tener a una verdadera artista sólo para él!, la pintora de retratos de moda y su manido, concediendo audiencia.

-¡Pobre Mica!

Sólo ella parecía cautelosa y molesta aquella tarde, su alegría infantil muy controlada, unas manchas oscuras bajo aquellos heridos ojos de Casandra. Peno había hablado con una animación radiante, casi quebradiza, ajuego con el humor de Melanipo, representando el papel que él le había asignado. ¿Cuál sería su recompensa? Prestigio social, seguridad financiera, un marido tolerante y comprensivo. Solamente a minada dejaba entreven el sacrificio que requerirían estas

Al ven a Melanipo y a Agésilaidas juntos -tan esmeradamente educados, un exagerado dechado de virtudes maritales y cuasi maritales- me pregunté cuán íntima había sido su relación en los viejos tiempos, qué conspiración tácita les unía ahora. ~Acaso ellos, como yo, se daban cuenta de la nueva luz tan sutil que los desposorios de Mica arrojaban sobre el segundo matrimonio de su madre? La imitación, especialmente entre padres e hijos, no es siempre, en modo alguno, la forma más sincera de elogio.

-¿Por qué pobre Mica? -preguntó Cécilas-. Sabe lo que quiere: y lo tendrá.

-¿Lo sabe?

-¿Lo sabes tú? -Su minada era ligeramente burlona, peno sentía cómo estaba pendiente de mi respuesta.

-Sí: sé lo que quiero.

--Y tú lo tendrás?

Estaba sentada muy quieta, con las manos cruzadas en mi regazo. Los dos anillos de mi dedo de casada centelleaban al bañarlos los rayos crepusculares: el pesado sello, las serpientes entrelazadas.

-Los dioses lo saben -contesté al fin.

-Los dioses lo saben de verdad -asintió. El momento había terminado: ahora nos entendíamos. Cuando Cécilas volvió a hablar, su voz había recuperado su viejo tono despreocupado, socarrón, irónico-. ¿Y qué me cuentas de Atis? Parece una criatura deliciosa, pero ¿es tan difícil saben lo que le pasa por la cabeza! Esa expresión grave no revela nada. ¿Crees que estará tramando en secreto envenenan a su padrastro con un brebaje escogido?

~Atis es realmente tan inescrutable? Curioso. No, entiendo lo que quieres decir, es sólo que... -Por mucho que me empeñara, no podía evitar que mi voz cambiara cuando hablaba de ella: se me hacía un nudo en la garganta, me faltaba el aliento-. No, es decir, creo que Agesilaidas le gusta mucho.

-Bueno, eso es tener suerte, ¿no? -Cécilas me miró pensativo, sus ojos grises no desvelaban nada, y descubrí, con súbita sorpresa, que su expresión era una panodía inconsciente de la máscara grave e inescrutable que le atribuía a Atis-. Ella es muy joven. Sería fácil hacerle daño.

-Lo sé -confesé-, lo sé. -La tarde todavía era calurosa, pero mis dedos apretados me parecieron, de pronto, fríos como el hielo.

Cécilas se puso en pie, columpiando el libro enrollado en una mano. Anuncio:

-Esta noche cenaré en el Ayuntamiento. Una invitación especial de Minsilo. Ahora bien, ¿qué crees tú que significa eso? -Sus cejas se anquearon en señal de resignación medio divertida: entonces me di cuenta (no era la primera vez) de que él sabía muchas cosas que nunca me contaba, que había parcelas enteras de su vida con las que yo no tenía nada que ver.

Contesté tan solemnemente como pude:

-No vale la pena que me lo preguntes a mí: prueba con tía Helena.

-No lo quieran los dioses. -Hizo una mueca-. ¿Cómo te has hecho de unos familiares tan formidables, Safo? Debe ser un arte. -No dije nada: decidí que esta pregunta retórica no requería respuesta, afortunadamente, porque me habría sido muy difícil facilitarla. Cécilas vaciló un instante mas, luego concluyó-. Bueno, tengo que examinar las cuentas -una excusa notablemente débil para él, pensé, y se alejó por la columnata, la cabeza gacha como si meditara.

Estuve allí sentada un poco más, sola y sin embargo acompañada, recordando cada minúsculo detalle de aquella tarde trascendental. Cuando llegué a Tres Vientos no se la veía en ninguna parte. Como una sonámbula, abracé a Ismene y a Mica, hice una nevenencia a Agesilaidas, di los regalos que había llevado, consciente en todo momento de la fría minada de Melanipo valorándome. Hubo bebidas de cordial dulce y pastelitos de sésamo y preguntas interminables. Hasta una hora después no me atreví a articular, con toda la despreocupación de la que fui capaz:

-¿Dónde está Atis?

-Oh, abajo en el huerto. ¡Ha estado tan rara últimamente, Safo! No puedo explicarlo: ausente, introvertida, como si no estuviera aquí -dijo Ismene sonriente.

Mica protestó, con un toque de impaciencia:

-Oh, tonterías, mamá, está en la edad de contemplar

las musarañas: ¿por qué le prestas tanta atención?

-Bueno, tú no lo hiciste, querida -respondió Ismene: me lo creía. Mica siempre controlaba sus emociones de un modo alarmante. Agesilaidas sonrió tranquilizando a su esposa, como diciendo: «Lo,s problemas de estas niñas son ahora nesponsalilidad mía". Tenía más o menos la misma edad que Cécilas y parecía como si el tiempo no pasara tanto para uno como para otro: apenas había unas pinceladas grises en su cabello negro, fuente desde la raíz.

Mica declaró, enfadada:

-Iré a buscarla, sólo está intentando llamar la atención.

-No, iré yo, Mica -exclamé sin aliento-, tengo un poco de dolor de cabeza, el aire fresco me irá bien -lo que fue, supongo, una excusa aún más transparente que la de Cécilas. Mica pareció sorprendida y un poco malhumorada; Ismene sonrió en señal de gratitud; Agesilaidas me dirigió una mirada rápida y penetrante, luego se giró hacia Melanipo. Me escabullí fuera de la casa, con las faldas recogidas al correr a toda prisa por

286 287

el jardín hacia la verja del huerto, con el corazón palpitando, el brillo de los rayos de sol en mis ojos, el aire rebosante de zumbidos de abejas y el fuerte perfume de rosas, jazmines y madreselvas. Sabía dónde la encontraría.

El columpio aún pendía del manzano, con sus cuerdas mohosas por el tiempo: estaba allí sentada, casi inmóvil, a excepción de un leve vaivén de un pie apuntando hacia el suelo. Sus manos estaban recogidas sobre su regazo, y parecía estar examinando la hierba que crecía delante de ella: la trenza de cabello castaño rojizo intenso brillaba como cobre bruñido allí donde la luz la hería.

Estuve allí de pie, temblando, la garganta seca, incapaz de pronunciar una palabra. Entonces alzó la vista, y su rostro grave se convirtió en aquella gloriosa sonrisa transfiguradora que yo recordaba tan bien. Se levantó con los brazos abiertos, y se me acercó. Cada movimiento suyo era simple, bello, seguro.

-Mi amor -susunnó-, oh, mi amor: por fin. -Cuando nuestros labios se unieron, vi cómo, pon encima de su hombro, un pétalo de flor de manzano, atrapado por una ligera brisa, revoloteaba lentamente hacia abajo para reunirse con el montón blanco caído sobre la hierba.

Algo había muerto en tía Helena: eso fue lo primero que noté cuando nos volvimos a encontrar, y me produjo una conmoción mayor de la que, en aquella época, estaba preparada para aceptar. El hecho de que pareciera más vieja no tuvo nada que ver con esta impresión. Hoy tía Helena, con más de setenta años, todavía es, físicamente, más imponente que cualquier otra mujer que yo conozca. Pero había una ausencia rara, una sensación de oscuridad, como si una luz interior se hubiera apagado. La única persona que me afectó del mismo modo (cuando le conocí no sabía la historia de su pasado) fue un ex sacerdote que había roto sus votos. Quizá esto no fuera casualidad.

El efecto, como descubrí, iba a reducir nuestra antaño íntima relación a algo mucho más cauteloso y distanciado. Cinco años antes le hubiera contado todo acerca de Atis, por ejemplo: ahora la simple idea de hacerlo me repugnaba. Con el paso del tiempo me vi forzada a admitir que a veces tía Helena no sólo me desagradaba enérgicamente, sino que también me asustaba un poco.

Me cuesta creen que su accidentada carrera sexual fuera responsable de este cambio en mis sentimientos: quizá subestimo mi propia mojigatería, pero lo dudo. Pienso, más bien, que al final de mi infancia había llegado a considerar a tía Helena como la personificación de todas las virtudes aristocráticas, una figura dotada de fe en un sentido mucho más amplio que el estrictamente religioso; y encontrarla siguiendo una trayectoria de conveniencias cada vez más inaceptables tanto durante como después de la subida al poder de Pitaco hizo tambalearse los cimientos de mi propio mundo más de lo que fui capaz de reconocer. Nos habíamos convertido casi literalmente en extrañas una para la otra.

Así que cuando vino a verme, unos días después de que Cécilas hubiera cenado con Minsilo, estuve educada, respetuosa y amigable; pero muy alenta. Había demasiados misterios sin aclarar entre nosotras, en algún lugar la verdad se había perdido en un cenagal de celos personales, mentiras políticas, y esa apetencia de poder que es tanto más fuerte y corrosiva que cualquier pasión física.

Mantuvimos una extraña conversación protocolaria durante un rato, y tía Helena me vigiló en todo momento. Destaqué sus grandes ojos topacio ahora sin brillo y con los párpados caídos, su boca ajustada entre esas arrugas mancadadas y resueltas, que son la firma, en una mujer, del orgullo y la implacable ambición. Había un cuenco de plata con rosas en la mesita entre nosotras, me acuerdo bien; uno o dos pétalos carmesí yacían esparcidos sobre la superficie abrigada, como diminutas chalupas en calma.

--Sabes?, echo de menos a tu madre. Nunca estuvimos de acuerdo en nada, pero respetaba su integridad -habló tía Helena.

-Yo también la echo de menos, tía Helena. Pienso que al final estábamos empezando a comprendernos una a otra.

Los ojos de tía Helena se achicaron un poco: pude ver cómo intentaba averiguar cuánto sabía yo exactamente.

288 289

-Quizá sólo llegamos a apreciar a nuestros padres cuando están muertos y ya no nos pueden molestar más -observó.

-Es cierto. -Sonnei-. Cneo que mamá no quería ser apreciada; al menos, no por mí. Siempre que yo me sentía más cariñosa... y me sucedía, ya lo sabes, bastante a menudo, ella ponía en práctica sus trucos más terribles e irritantes.

Tía Helena cogió un pétalo de rosa y lo olisqueó pensativa.

-Te pareces tanto a ella, Safo: ¿te importa que te lo diga?

-Claro que no me importa: ahora yo misma lo sé.

-Sí -asintió-. Tu exilio te ha enseñado mucho, ¿no es así?

Volví a sonreír: mis dedos se movieron sensualmente sobre los pliegues de lino grueso del vestido nuevo que me había puesto, por primera vez, aquella tarde.

-¿Debería estar agradecida? -sugerí.

-Quizá. Has vuelto como una persona bastante formidable: poetisa distinguida, señora de moda, incógnita política, casada con un hombre igualmente encantador y un enigma incluso mayor.

-¿Tengo cualidades de Esfinge? Qué cautivador -con tésé. En secreto me preguntaba qué era exactamente lo que Minsilo le había pedido a tía Helena que me sonsacara y cuando iría al grano. Había también un par de preguntas que me apetecía hacer.

Tía Helena inquirió bruscamente:
¿Cuándo supiste algo de Antiménidas por última vez?
-Recibí una carta antes de irnos de Sicilia. Entonces estaba en Babilonia.

-¿Alceo?

Me encogí de hombros.

-Probablemente tú sepas más que yo. El no escribe nunca.

-Quizá cantas no.

Divertida, me acordé del escandaloso poema sobre las aventuras sexuales de tía Helena que mi madre me había hecho llegar. Se rumoreaba que Alceo era el autor, y obviamente el recuerdo le dolía todavía.

¿Cómo? -Fingí tan bien como supe una minada de incompreensión.

-Suponiendo que se les hiciera volver del destierro y que se les concediera una amnistía, ¿crees que se podría confiar en ellos y que se comportarán bien? -preguntó tía Helena.

«Así que era eso», pensé, pero enseguida manifesté, con una evasiva:

-Pon supuesto. El Consejo es responsable de tales decisiones. ¿Pon qué acudir a mí?

Tía Helena se encogió de hombros.

-En último caso, claro, es el Consejo el que debe decidir. Pero es un problema difícil. Los conocías a ambos quizá mejor que nadie. Gozabas de su confianza, has sabido de Antiménidas recientemente, debes tener alguna idea de cómo se sienten.

-Incluso si la tuviera -contesté-, no estoy segura, en modo alguno, de que fuera correcto responder a estas preguntas.

-El Consejo consideraría tus opiniones confidenciales.

-Ya veo -dije; y la pauta era, realmente, demasiado evidente.

-Tu propia posición es aún un poco anómala -observó tía Helena-. Estás aquí de prueba, por así decirlo. Sería un momento excelente para ti para demostrar de qué lado estás.

Estaba sentada con la mirada fija en el búcaro de rosas, meditando sobre las implicaciones de doble filo de ese último comentario. Desde mi regreso de Sicilia había evitado cuidadosamente cualquier situación que me obligara a declararme. Había cultivado una pose muy personalista, había enfatizado mi absorción en relaciones puramente personales y está claro que, en gran parte, la pose era poco más que la verdad. Ahora, de repente, tenía que decidir cuál era mi postura y a quién, sí es que había alguien, le debía mi lealtad.

Al capitular con el régimen de Minsilo, ¿acaso no había perdido el derecho de oponerme a él? Y en última instancia, ¿lo quería? ¿Acaso no me había alejado casi tanto como tía Helena del ideal aristocrático? Nadie, yo la que menos, creía ya en lo más íntimo de su corazón que los viejos tiempos volverían. Antiménidas así lo había dicho el día antes del último y desastroso asalto a la ciudadela. A juzgar por su comportamiento en el destierro en Pinna, Alceo también era de la misma opinión.

290

291

~Pero alteraría ese conocimiento su sentido de compromiso irrevocable? Entonces no pude creerlo, y los hechos me dieron la razón. Recordé la carta de Antiménidas, sus últimas palabras categóricas en la cámara del consejo: «Te voy a matar, Minsilo. Lo juro sobre mi cabeza». Los dioses, y su propio orgu-

lío, habían condenado a Antiménidas a una vida que sólo podía terminar en un trágico fracaso: no había otra salida para él.

Pero Alceo, con su angustiosa combinación de clarividencia política y cobardía física, se enfrentaba a un futuro de pesadillas aún mayor; por un lado, sumisión si, pero con descontento, resentimiento e impotencia, al régimen que detestaba, y que le consideraba, no peligroso, sino ligeramente ridículo; y; por otro lado, un anacronismo patético, un aristócrata desaliñado, borracho, decadente, al que se toleraba sólo porque una vez había escrito un puñado de buenos poemas sobre flores y pájaros y las estaciones cambiantes y temas inofensivos por el estilo.

¿No sería más prudente y compasivo, me preguntaba, negarles a estos hombres el derecho a regresar al hogar antes que verles dirigirse a una muerte segura? Lo único que tenía que hacer era expresar mi honesta opinión: que desde el momento en que esos dos desembarcaran en Lesbos, Minsilo, al menos, estaría en peligro de muerte.

Sin embargo, Alceo y Antiménidas eran mis amigos: ¿podía yo, con una sola palabra, condenarlos -quizá para siempre esta vez- a la muerte en vida del destierro?

Los ojos de tía Helena estaban fijos en mí, escudriñando el mínimo cambio de mi expresión. Creo que saboreaba totalmente el dilema en el que me había puesto, la responsabilidad moral con la que me forzaba a enfrentarme al asunto. Juzgó mi reacción con perspicacia, con cuánta perspicacia exactamente, sólo lo descubrí cuando fue demasiado tarde. Era consciente -más claramente, quizá, que yo- del odio mortal, apenas reconocido, que yo sentía por Minsilo: parecía divertirse. Solamente me pregunto, sabiendo lo que ahora sé, por qué estaba tan ansiosa por conocer mi opinión: no he creído ni por un instante que ejerciera un peso real sobre el Consejo.

No; creo que, por motivos personales que sólo puedo suponer, estaba decidida a comprometerme en la cadena de sucesos que provocó la decisión del Consejo, y que -al responderle como lo hice, como sabía que lo haría- yo disculpaba moralmente.

-El pasado ha terminado -repliqué-. Que vuelvan a casa.

-Si fueras Minsilo, ¿dirías lo mismo? -Su voz tenía un débil matiz de burla y, para colmo, algo que no supe identificar.

-Sólo puedo hablar por mí, tía Helena.

-Que así sea -concluyó.

El Consejo decretó una amnistía tres días después. Dio la casualidad de que Cércilas estaba fuera del Ayuntamiento cuando se clavó el bando. Cuentan que un labriego le decía a otro: «Minsilo se está volviendo engreído, ¿eh? Cree que vivirá siempre».

A lo que su compañero replicó: «No le echo la culpa al viejo canalla: nunca ha estado enfermo en toda su vida. Le doy aún unos buenos treinta años». «Treinta años más de Minsilo.

Hades." Si en aquel entonces hubiera conocido ese comentario..., en él estaba la clave de todo el misterio.

Soy incapaz de señalar cuál fue el preciso instante en el que se podría decir que nuestro grupo se estableció formalmente.

A mi regreso de Sicilia, me encontré con que se me atribuyó una faceta práctica, artística, para las festividades religiosas de la ciudad: preparaba los coros y los dirigía; enseñaba a las jovencitas las técnicas musicales que había aprendido con Anión, componía himnos y odas y los inevitables himnos epitalámicos. Muchos de estos últimos estaban listos para ser entregados:

Siracusa está muy lejos de Mitilene, y me temo que algunos de los ciudadanos que encargaron una composición original en señal de prestigio salieron defraudados, de improviso, con mercancías de segunda mano.

Me precedía una gran reputación de poeta, y fue entonces -con el aliento y el apoyo de Cércilas- cuando puse en circulación mi primer volumen de versos, Palabras aladas. Una de las copias originales está delante de mí mientras escribo.

292 293

Contiene muchos fragmentos que ahora me gustaría suprimir (¿qué escritor no se arrepiente de sus obras de juventud?) pero, me figuro, más por la turbación debida a su candor que por sus deficiencias técnicas. En su época tuvieron un éxito más que considerable y, en consecuencia, me convertí en una presa social: aunque sospecho que lo que intrigaba a la mayoría de la gente era adivinar la identidad de mi presunta amante a partir de las insinuaciones del texto.

Así me convertí, casi sin darme cuenta, en el número uno incuestionable de un grupo de amigas, todas ellas chicas, con fuentes cualidades artísticas. (Por razones desconocidas, Mitilene, al contrario que la mayor parte de las ciudades, tiene pocos artistas varones: Anión, Alceo y uno o dos letrados anticuarios. Antiménidas habría dicho, de haber sido preguntado, que esto se debía a nuestra ascendencia cretense.) Atis, Mica y mi prima Meg formaron el núcleo original. Telesipa se presentaba de vez en cuando, evidentemente no demasiado segura de si era más inteligente que las demás con nosotras o con el grupo rival dirigido por Andrómeda, cuyos miembros más prominentes eran Gorgo y su hermana Irana.

De este modo, inmediatamente, se crearon tensiones conflictivas, y se cruzó la lealtad a la familia con la lealtad al grupo. Canaxo era mi hermano, pero al mismo tiempo era el marido de Irana y tendía, sorprendentemente, a asumir sus prejuicios o sus artificios. Mientras que Gorgo e Irana eran entusiastas seguidoras del grupo de Andrómeda llamado Arte Nuevo (que no era, de hecho, nada más que una rama social del régimen de Minsilo), su hermano Ión, como su padre -esto es, mi tío Dracón- permanecieron como aristócratas conservadores. Pero Dracón también se hallaba, a través de tía Helena, en la curiosa posición de tener a Minsilo como cuñado. La vida social en Mitilene era muy difícil en aquella época. Las cosas han mejorado durante aproximadamente la última década, pero cada familia todavía conserva su lista particular de personas que nunca, bajo ningún concepto, deben ser invitadas a la misma cena.

Así que nuestro grupo tenía tendencia a atraer a seguidoras que pensaban de manera parecida y de este modo se desarrolló una atmósfera propia muy característica. Amigas presentaban a otras amigas, de Mileto, de Colofón, de Sardes, capital de Lidia. Pronto nos encontramos más o menos recibiendo a todo el mundo: cada día había discusiones, meriendas, conciertos, recitales de poesía. Tímidas principiantes me pedían consejo, me rogaban que criticara su trabajo. En una palabra, el movimiento se fundó antes de que supiéramos que el movimiento existía de verdad.

Fue Cércilas quien le dio un nombre: un día llegó a casa y nos encontró, a nueve de nosotras, sentadas alrededor de la mesa con nueces, fruta y vino diluido dos veces, discutiendo

sobre Homero, contó las cabezas y comentó:

-Parece que me he perdido en la Casa de las Musas. Señoras, pero debería decir diosas, por favor, disculpen a un simple mortal por entrometerse en sus debates.

Nos reímos y le pedimos que se quedara: la velada fue un gran éxito. Después de eso, adquirimos la costumbre de tener a un invitado masculino, a veces dos, en nuestras discusiones formales; y el título de «Casa de las Musas» permaneció.

Cuando, más adelante, llegaron a considerarme como la famosa e inteligente directora de una muy exclusiva escuela particular de educación social para señoritas de buena familia -un papel incómodo, que yo misma nunca acepté completamente-, los padres me enviaban a sus hijas desde todos los rincones del mundo egipcio, tanto para empaparse de un estilo de vida, de una filosofía, como para recibir una instrucción simplemente práctica o técnica en artes y literatura. En efecto, para empezar ni siquiera teníamos planes para enseñar de manera formal. Pero ocurrió naturalmente que aquellas con inquietudes musicales o poéticas acudían a mí, y futuras pintoras exponían sus dificultades a Mica, con lo que muy pronto se estableció la pauta de nuestras relaciones y prosiguió así, casi sin ningún cambio, hasta el final.

Está claro que aquella pauta contenía -como nuestras enemigas no tardaron en señalar- un fuerte elemento erótico. Pero se podría decir lo mismo de toda relación provechosa entre maestro y alumno, donde el amor, no menos que la razón

294 295

pura, es capaz de agrandar las dimensiones del entendimiento humano. En particular, al mirar hacia atrás, comprendo que la piedra angular de la Casa de las Musas fue el amor que Atis y yo sentíamos la una por la otra, aquella pasión luminosa y transfiguradora que trascendía nuestro mundo con un sol generoso de cuya luz y cuyo calor pendían todas las que lo deseáramos. Eramos inseparables, felices una con la otra y con nuestra vida compartida, sin necesidad de ninguna otra satisfacción.

Sin embargo, no éramos amantes de acuerdo con la interpretación que el mundo da a esa expresión tan degradada: por lo menos entonces no lo éramos. Aquellos fueron los felices meses de la inocencia. En cualquier momento, lo sabía, podía haber dado el último paso para completarla y sellar nuestra intimidad; pero siempre me contuve, incapaz de explicar esta reticencia ni siquiera a mí misma, sabiendo sólo instintivamente que no con palabras, que una perfección tal era frágil y fugaz, un bonito globo de cristal a punto de convertirse en un polvo brillante al primer contacto con... Aquí detengo mi pluma, sin querer condenarme a poner por escrito esa dura palabra: «realidad».

Caraxo, infortunadamente, tenía otras ideas sobre lo que constituía la buena vida y se servía de métodos muy particulares para alcanzarla. Echando mano de una buena parte de su capital (o, más exactamente, del de Inana), compró y armó uno de los mayores buques mercantes nunca vistos en el puerto de Mitilene. Contrató a una tripulación, muy buena, y les pagó el sueldo más alto. A continuación, sin consultarme ni a mí ni a Láncio, y ejerciendo su autoridad como cabeza de la familia, subió a bordo todas las vasijas de aceite y vino de máxima calidad que pudo rebañar, desmantelando nuestras reservas personales así como las suyas para el fin que se proponía.

Cuando descubrimos lo que estaba tramando, el barco ya se alejaba en el horizonte, rumbo a Egipto, y Canaxo se iba en él. Todo el mundo en la ciudad dijo que se había vuelto loco: buenos amigos le llenaron la cabeza a Irana de historias de piratas, tormentas y monstruos marinos. Para ser sincera, no creo

296

que la muerte de su marido hubiera impresionado mucho a ese resistente conazoncito, pero la posibilidad de perder su herencia era más de lo que podía soportar.

Así que cuando, a su debido tiempo, los vigías informaron de que el buque mercante de Canaxo se abría paso hacia el norte con el viento de Quíos a su favor, casi toda Mitilene bajó abarrotando las calles hasta el muelle para verlo atracar. Era una mañana luminosa de finales de otoño; demasiado a finales, opinaban los pesimistas, para tan largo trayecto desde Creta y las islas. Pero la suerte de Canaxo se había mantenido; y mientras las grandes anclas de proa caían con su golpeteo, y el casco, muy brillante y con un pesado cargamento, se balanceaba lentamente hacia el muelle, sentí algo más que envidia por la hazaña de mi hermano, por la apuesta que había ganado contra todo pronóstico.

Bajó por la plancha, frotándose sus manos rechonchas, sonriente, satisfecho consigo mismo, y a no sé que estuviera yo muy equivocada- incluso más gordo que cuando se embarcó. Su tez, por encima de ese gran arbusto negro que tenía por barba, conservaba la misma palidez enfermiza, como de manteca de cerdo; parecía misteriosamente inmune a los rayos del sol, era como si toda su vida hubiera transcurrido bajo tierna. Mi envidia, que se componía también de una vena de admiración involuntaria, se convirtió ahora, de pronto, en tan intenso y hostil resentimiento. Nunca he conocido a nadie como mi hermano con un don tal para hacerse desagradable. Me vio (yo estaba en un grupo que incluía a Lánico, Atis, Ismene y mis primos Agenor y Henmeas), saludó, sonrió, y desapareció con un fajo de lo que supuse que serían facturas de flete, innumerables oficiales del puerto muy emocionados.

Luego se abrió paso hasta nosotros, sudando por el esfuerzo, radiante, con la barriga sobresaliendo por entre los pliegues de su nueva túnica de lino al estilo egipcio. Estaba bañado en un perfume extremadamente fuerte y demasiado fragante: Canaxo, pensé, podía hacer que incluso la prosperidad pareciera repugnante. Sus ojos negros parpadeaban de rostro en rostro mientras nos saludaba inclinando la cabeza.

297

k

-Bueno, hermana -empezó-, supongo que habrás ensayado uno de tus discursos menos obsequiosos para la ocasión.

-No tenías ningún derecho...

-¿Derecho? Tenía todo el derecho del mundo. Hablaremos de eso más tarde. -Dio un chasquido de despedida con los dedos-. De todas formas -en su cara se dibujó tal sonrisa de satisfacción que me entraron ganas de pegarle- ¿no deberías esperar a oír a cuánto asciende tu parte de los beneficios? He descubierto que el oro endulza el mal genio femenino del modo

más extraordinario.

-Qué suerte para ti, ¿no? Estoy segura de que Irana tendrá algunos interesantes comentarios que hacen sobre el tema.

-le respondí.

-No lo dudo -contestó Caraxo tranquilamente-. Pero por otro lado, conozco a Inana. Cuando se entere de que no sólo no he perdido su querida dote sino que casi la he doblado, se arrodillará para lamen el suelo si se lo pido.

A nadie se le ocurrió ningún comentario adecuado para esta observación, especialmente porque todos teníamos la terrible sospecha de que podía ser la pura verdad.

Caraxo nos examinó de pies a cabeza con una descarada confianza en sí mismo. Había encontrado una simple llave para el poden y ahora estaba muy ocupado probándola en todas las cerraduras a la vista. Su mirada se posó pensativa por un momento sobre la belleza rubia de Lárico: parecía increíble que pudieran ser hermanos. De la expresión de Caraxo -una curiosa combinación de lo especulativo y lo lascivo- comencé a preguntarme si no estaría midiendo a Lárico como una exportación potencialmente rentable para su próximo viaje. A juzgar por lo que yo había oído sobre la comunidad griega en el delta -sin mencionar a los mismos egipcios- el margen de beneficio habría sido más que suficiente para superar simples escrupulos familiares.

Pero todo lo que se le ocurrió decir fue:

-Os mandané a los dos un estado de cuentas lo más pronto posible. -Lárico y yo nos miramos. Caraxo rió entre dientes-. No os preocupéis; puedo prometeros una agradable sorpresa. -Entonces, bruscamente, se dirigió a mi primo Agenor y le preguntó:- ¿Dónde está tu hermana?

El rostro de Agenor era una máscara misteriosa, sin expresión.

-En casa. Supervisando los preparativos para tu llegada.

-Bien -comentó Caraxo, y volvió a frotarse las manos-. Venga: tenemos trabajo que hacen.

Los dos hombres se alejaron juntos dando grandes zancadas y moviendo las cadenas, la sombra alargada de uno al lado de la corta sombra del otro, una de las sociedades activas (sí es que podía llamarse así) más improbable que haya visto jamás. Hermeas observó fijamente la ancha espalda de Caraxo en retinada y escupió ruidosamente en el polvo. No se movió nadie más.

-Sí -pronunció una voz clara, lenta y pesada, familiar, detrás de nosotros-. Entiendo lo que quieres decir, querido niño.

Todos nos giramos simultáneamente, como tantos otros títeres. Pon un instante, no reconocí a este viajero alto, muy bronceado, con el pelo corto y una barba bien cuidada, los ojos grises arrogantes. Se apoyaba en un bastón de madera en el que estaban talladas extrañas figuras de dioses y bestias; pisándole los talones, con la lengua fuera, se agazapaba un enorme perro de caza negro. Anqueó levemente una ceja al ver mi vacilación y me dedicó una breve sonrisa irónica.

-¡Alceo! -exclamé, e impulsivamente alargué ambas manos-. Bienvenido a casa, viejo amigo. -Lo curioso era que lo decía en serio: nos sentimos más íntimos en aquel momento imprevisto de lo que nunca nos habíamos sentido antes o,

“ ay!, de lo que nunca nos sentiríamos después-. Lo siento, no esperaba verte y pareces tan distinto...

-Permiteme devolvete el cumplido -respondió-. Al menos, espero que sea un cumplido. -Me percaté que sus cin-

co años en Egipto le habían dejado un ligero peno inconfundible acento extranjero. Su minada recorrió mi vestido de seda a rayas, mis joyas, la peineta de marfil en mi cabello, los anillos, los cosméticos-. La crisálida de la isleta se ha convertido en una

298
299

espléndida libélula y además famosa. ¿Te das cuenta de que he oído a soldados griegos cantar tus poemas pon encima de la Primera Catarata?

-¿Cómo podría saberlo? No escribiste nunca -dije y sonnei.

-Nadie escribe cantas desde Egipto. Es otro mundo. No existe nada fuera de él.

-Quizá no hayas cambiado tanto al fin y al cabo: aún te inventas las mismas excusas.

-Bueno, ahora... -concluyó, y' me soltó las manos. De pronto me acordé de que, en realidad, no estábamos solos. Alceo se adelantó para intercambiar saludos formales-. Señora Ismene -dijo, y se inclinó sobre su mano extendida-. Mi enhorabuena pon su matrimonio: su marido fue un buen amigo mio en los viejos tiempos.

-Si -asintió Ismene plácidamente-, lo sé.

¿Qué sabía exactamente?, me pregunté, ¿importaba algo?

Alceo se dirigió a Lanco:

-Me gustaría estrecharte la mano -declaró Alceo, parpadeando-, pero tengo la sensación de que me dejarás ciego pon presunción: después de todo, sólo soy mortal.

A Lárico no le repugnaba en iriido alguno este tipo de cumplidos: bajó con recato sus ojos y' alargó su mano con la palma hacia abajo, como invitando a Alceo a besarla. Empecé a ver por qué era tan popular como copero en los banquetes del Ayuntamiento. Aunque no era la primera vez, decidí que, incluso a riesgo de abrir una brecha entre nosotros, debía tener una charla realmente seria con el precioso efebo de mi hermano menor.

Peno Alceo, como perno viejo que era, rechazó el cebo: le estrechó la mano con vigor y se volvió enseguida hacia Hermeas. Lárico frunció el ceño: tina visión bastante atractiva.

-Parece q'te no apruebas a tu enérgico primo, Henmeas. -comentó Alceo.

-¿Aprobar? -respondió Henmeas. Su boca se retorció como si se hubiera comido una aceituna en agraz-. ¿Podrías tú aprobarlo?

Alceo se encogió de hombros.

300

-No es mi primo. Peno te compadezco. -Sus ojos se encontraron-. Espero que nos volvamos a x' en.

-Yo también. Hay muchas cosas que me gustaría discutir contigo -añadió lentamente Hermeas.

Un débil presentimiento de inquietud agitó la superficie de mi cerebro y desapareció.

-Claro. -Alceo se divertía, era simpático: ¿había notado mi humor?-. Los misterios de Egipto. Obviamente tendré que preparar una conferencia sobre ese tema. Consultas personales para jovencitas ardientes en busca de pociones de amor, seguidas de cerca pon sus madres, preguntando pon el secreto de la vida eterna.

~Es ciento que los sacerdotes egipcios conocen ese secreto? -preguntó sosegadamente Atis.

Él se dio la vuelta, palpablemente sensible a su estado de

ánimo, el rostro serio y atento.

-Los hombres así lo creen -confesó-. Su creencia es lo que importa.

Pero ella no se daba por vencida y pregunto:

--Tú lo crees así?

-Los sacerdotes mueren. O parecen morir -observó Alceo titubeando.

Atis miró al gentío animado, ruidoso, colorista, que atestaba el muelle: porteadores encorvados bajo sus pesados fardos, aguadores, tenderos, mercaderes, marineros extranjeros de piel morena, niños riendo, el vendedor de salchichas, un viejo cojo, friendo sus existencias en un brasero de carbón vegetal, la muleta apoyada contra el bolardo más cercano, las dos manos ocupadas; ramerías del puerto, tan llamativas como loros, un inspector del mercado de labios finos con su balanza, los inevitables mendigos y hombres endurecidos por la vida, con sus ojos de sapo al asalto de una posible víctima; la vieja mujer ciega con su cesto de flores.

-¿No crees que si supieran el secreto, se vería reflejado en sus rostros? -confesó vacilante.

-Quizá. -Alceo meditó-. ¿Qué aspecto crees tú que tendrían? ¿Qué tipo de expresión tiene un hombre que ha examinado la eternidad?

301

L

-Veo su rostro -contestó Atis- como una calavera viviente, carcomida por la tristeza, una tristeza imposible de soportar. No puedo envidiarle ese inaguantable peso de sabiduría. Sólo los dioses son lo suficientemente fuertes y lo suficientemente crueles para poseerlo impunemente. -Entonces parpadeó, como si se despertara, se pasó una mano por la frente, y exclamó:- Cielos, qué manera tan ridícula de hablar. Lo siento mucho. No sé qué mosca me habrá picado. -En su cara se esbozó aquella radiante sonrisa que ablandaba los corazones. Con una repentina ternura, pensó: Aún tiene sólo diecisiete años.

-Por favor, no te disculpes -anticuló Alceo suavemente-. Para ti, entonces ¿la eternidad se ha perdido?

Ella asintió, con los ojos brillantes. Alceo le echó una rápida ojeada y luego a mí y a ella de nuevo.

-¿Pero te asusta conocer el futuro?

-Sí.

-Quizá seas juiciosa -comentó, y a continuación, con aparente irrelevancia añadió:- Dicen que la Helena que estuvo en las murallas de Troya era sólo un fantasma, formado de nubes, y enviado allí con el expreso propósito de provocar la contienda.

--¿Dónde estuvo la verdadera Helena todo ese tiempo? -pregunté.

-Pues toma, en Egipto. Así lo sostienen los sacerdotes. Sus archivos, aseguran, se remontan a los albores de los tiempos.

De nuevo aquel presentimiento de inquietud, como el primer susurro de un trueno remoto, me recorrió todo el cuerpo y desapareció.

-Bueno -terminó Alceo-, habrá tiempo de sobra para hablar más tarde. -Sonrió e inclinó la cabeza, ceremoniosamente educado-. Debo ocuparme de mi equipaje. Pon favor,

disculpadme. -Se alejó dando grandes zancadas entre la multitud, parecía un personaje solitario, enigmático. Le vimos detenerse y hablan brevemente con un hombre mancado con cicatrices, rechoncho, curtido por la intemperie, un mercenario a juzgan por su aspecto: luego le perdimos de vista. Todo el episodio había sido extrañamente parecido a un sueño: creo que todos nosotros nos preguntamos, por un instante, si él -al igual que esta nueva y perturbadora Helena de la que hablaba- había estado allí verdaderamente.

El cuadro permanece intacto con el paso del tiempo, aislado en mi caprichosa memoria: sus dos cabezas, rubia la una y cubri-za la otra, inclinadas juntas bajo una espaldena de rosas trepadoras, voces demasiado suaves para que pueda oír las, la risa de Atis, ligera, cálida, espontánea. Ella va vestida de blanco, lleva una cinta carmesí en el pelo. La piel de Lárico brilla con un bronceado tostado, puedo ver cómo los músculos se deslizan en su brazo cuando gesticula. Tras ellos está el huerto, una bandada de golondrinas parlanchinas sobre sus cabezas, el cielo azul rayado con diminutas nubes de lana cardada.

Son tan bellos juntos que las lágrimas se asoman a mis ojos; el éxtasis es punzante como el filo de una navaja, penetrando a través de carne y músculos, relajando todos mis miembros. Estoy allí de pie, en el último peldaño pon encima del paseo de rosas, sin habla, paralizada. Lárico le está enseñando algo: un pajarillo, atrapado en sus manos en forma de copa. Mi cuerpo entero empieza a temblar de manera incontrolada, puedo sentir cómo me resbala el sudor frío, mis ojos se oscurecen, hay ese tañido fuerte y metálico en mi cabeza como si estuviera a punto de desmayarme.

No obstante, lo que siento no tiene ningún sentido, no es de envidia, no son celos: sólo una pasión ansiosa, demasiado intensa para poder soportarla, el saber que este momento, por toda su perfección, es tan pasajero como esas ligeras nubes blancas de verano que y' a han cambiado de forma, que se están deshaciendo en hilos de vapor, fundiéndose en el horizonte con la calina pálida como la leche. Hay una creciente alegría que mi hermano debiera compartir, sen parte de su totalidad. Ahora, si, sólo ahora, debiera caminan como un inmortal. Mi amor es ilimitado, es capaz de contener el mundo entero, aquí, ahora, en este sitio y en este instante.

Peno la eternidad no.

Cuando ya se había recogido todo el grano, y el calor danzaba sobre los rastrojos, cuando los arroyos estaban secos y los

302 303

rebaños se acurrucaban para confortarse bajo los plátanos al monótono canto de las cigarras al mediodía, Arítiménidas regresó a casa desde los confines de la tierna, con una espada babilónica al cinto, con el rostro quemado por el sol del desierto de Judea, un héroe receloso caminando pon nuestras estrechas calles, con el rescate de un rey a su disposición y el costurón de la cicatriz en una mejilla. Alceo escribió una oda triunfal para darle la bienvenida, y hubo mucho griterío y muchas flores lanzadas al puerto cuando atracó su banco. Presumiblemente Minsilo tomó buena nota de esta manifestación popular, peno -sensato como siempre- no hizo nada al respecto. Se había concedido la amnistía y; ése fue el fin de la cuestión.

-En cualquier caso -comentó Alceo, repantigado con elegancia en mi litera, y partiendo almendras con sus fuentes dientes blancos entre frase y frase-, los soldados que vuelven de la guerra se merecen unas pocas flores..., sin contar las chicas que

las lanzan. ¿Y cuándo salió Mitilene a la calle por última vez por el regreso de un héroe al hogar?

Yo sabía la respuesta tan bien como él: después de la campaña ligeramente cómica de Pitaco en Tnóade. Nuestra isla es demasiado fértil, nuestro clima demasiado suave, para producir una raza de guerreros, un accidente que yo, por decir alguien, siempre he considerado con extrema gratitud.

¿Qué supones que hará ahora? -pregunte.

Alceo me miró con ojos penetrantes.

~Hacer? Nada, a no ser que quiera. Trajo un botín fabuloso de Babilonia, ¿sabes? Aún lo estamos clasificando. Lo suficiente como para asegurar su bienestar para el resto de su vida, y...

Se panó bruscamente: yo sabía lo que había estado a punto de decir: sus hijos después de él. Ni él ni Antiménidas, aunque por razones muy distintas, se habían casado nunca. Ahora parecía como si la familia, una de las más antiguas y distinguidas en Lesbos, fuera a extinguirse por falta de un heredero. ¿Isliubné un conflicto inesperado en la mente de Alceo, una culpable sensación de fracaso, la devoción familiar puesta en equilibrio con una profunda repugnancia natural e incapaz de inclinar la balanza.

304

Como si me leyera el pensamiento, Alceo manifestó:

-Quizá ésta sea la mejor manera. Cuando desaparecen las ganas de vivir, que muera la buena semilla. ¿Qué nos queda a nosotros o a los que vengan detrás de nosotros? ¿Acaso nuestros hijos nos agradecerán haberles traído a un mundo donde viven con tolerancia, desposeídos de sus derechos de nacimiento?

-Quién sabe. ¿Acaso tenemos el derecho de poner palabras en boca de los que están por nacer? ¿Acaso no gritan, a pesar de todo: Dadnos la luz?

--Nunca te has querido morir? -Alceo habló de repente con franca sinceridad, aún más sobrecogedora por contraste con su habitual comportamiento indiferente e irónico-. ~Puedes jurar que nunca, nunca, has estado tentada de matarte? ¿Nunca has conocido desesperación tan grande que la muerte parecía una liberación bendita, la única felicidad verdadera?

Le contemplé, asombrada. Luego dije:

-Claro que he conocido una desesperación tal. Como tú, como todos. Peno todavía estoy viva, y tú, y Antiménidas, y muchos otros que han sufrido como nosotros. Esto es en ciento modo una respuesta.

-¿Lo es? -Dejó caer una nuez y la pulverizó bajo su tacón con una violencia súbita-. ~Cuánto tiempo supones que vivirá mi hermano? Puedo olerle la muerte como el perfume de una amante. Le has visto, tiene la enfermedad en la sangre. Tiene que llegar hasta el final, hacen lo que debe hacer, rezar por una rápida liberación.

Me acordé de los grandes candelabros de siete brazos en nuestro dormitorio, el legado de sangre y sacrilegio que tenían. Entonces me asaltó otro pensamiento: me llevé la mano a la garganta.

-Me devolvió el amuleto -susurre.

-¿Aún puedes aquí, ahora, afirman que eres verdaderamente feliz? -inquirió Alceo.

Contesté firmemente, con convicción:

-Más feliz de lo que nunca lo había sido en mi vida. Más feliz de lo que jamás había soñado que fuera posible. -Entonces,

305

un ligero escalofrío me recorrió de arriba abajo: me acordé de dónde y a quién le había dicho antes aquellas palabras.

-Parece que crees lo que dices. Qué raro. ~Fuiste feliz al casarte con ese pobre diablo de Cércilas en vez de quedarte en Sicilia? ¿Fuiste feliz cuando estabas decidiendo nuestro futuro con esa ramera tía tuya? -declaró Alceo.

Picada y sorprendida --cómo cielos se había enterado él de una discusión tan privada?- le espeté:

-Constato que tú y tu hermano aceptasteis la amnistía.

-Quizá tus motivos y los nuestros fueran algo distintos.

-Eso -añadí yo- es una cuestión discutible.

-Así es. Yen mi opinión, querida, tus motivos son muy simples. Quieres pavonearte en Mítilene; quienes un marido nico, admiradores devotos, una vida regalada, poesía, y' emociones personales. Quienes espacio para satisfacer tus lujos y tus interesantes pasiones. Soy capaz de admirarlo en ciento modo. Lo que me irrita es que pon encima de todo lo demás insistes en presentarte como una idealista sensible, un dechado de virtudes. Enes egoísta y' oportunista hasta la médula, y lo más terrible es que crees honradamente en tu propia inocencia.

--Inocencia de qué ? Incluso si todo lo que has dicho fuera cierto, cosa que no acepto, hay peores ambiciones en lavida. ¿Qué intentas decirme, que he traicionado a mis amigos o al ideal aristocrático o a la memoria de mi padre? ¿Es acaso tan noble o virtuoso sen un rebelde fracasado, e ternaamente afligido pon causas pendidas? No podemos vivir en el pasado para siempre. Los viejos tiempos se han ido. Tu hermano lo sabe, si no lo sabes tú. Peno su reacción no es exactamente la misma.

Alceo se puso en pie y empezó a pasearse de un lado para otro en la columnata. Un pan de vencejos bajaron volando y parlotando de su nido, y los observó hasta perderlos de vista: estaba apasionadamente interesado por todas las cosas sal-
\Vajes, lo recordé -otra faceta inesperada de su carácter- y de vez en cuando se pasaba días recorriendo las colinas, con la sola compañía de su perro predilecto. Habló:

306

-Aveces, ¿sabes?, empiezo a pensar que eres un poco ingenua. O es sólo ese terco orgullo tuyo? ¿O puno infantilismo~ ¿O el hecho de que estés tan enamorada?

No dije nada: no había nada que decir. Alceo me miró fijamente con esa absorción apasionada peno objetiva que demostraba al contemplan el vuelo de un pato silvestre o un halcón anidando.

-Si -prosiguió-, el amor crea sus propias obsesiones e indiferencias especiales. Hasta ahí es, como nos cuenta la tradición, ciego. Pero esta ceguera no duna. Cuando te veo a ti y a tu pequeña amante recatada...

-Ella no es mi amante.

-;Qué remilgado que suena eso, Safo! ;Yqué característico en ti hacen tales distinciones quisquillosas y sin sentido! -Meneó la cabeza-. Claro que es tu amante. Si resulta que te has ido a la cama con ella o no es completamente irrelevante, y tú lo sabes. No, lo que me preocupa es que estáis viviendo en una burbuja, las dos, un sueño engañoso, y tarde o temprano tendréis que despertaros. Cuando llegue ese día, que llegara, habrá que pagan un alto precio para ambas. Peno la responsabilidad será sólo tuya. Piénsatelo.

Con gran lentitud cogió otra nuez, la partió, escupió los trozos de cáscara en el suelo, asintió brevemente, y se fue.

Durante dos días intenté sacarme este encuentro de la cabeza, rechazan las insidiosas acusaciones que Alceo había proferido contra mi. Me dije que él estaba carcomido por la envidia y el rencor, un reaccionario sentimental a quien le faltaba incluso el valor de defender sus propias convicciones. Estaba furiosa e irritada; los ojos de las esclavas de mi casa adquirirían una mirada cautelosa al acercarme a ellas, la expresión de un perro que espera que le den un puntapié. Cércilas, con su habitual consideración (¿o era, me pregunto, una forma de cobardía emocional?), e- itaba cuidadosamente cualquier referencia a mi estado de ánimo, aunque yo podía sentir cómo se extendía por toda la casa, como una jibia que arroja un chorro de tinta negra en una charca transparente, y pon la misma razón para protegerse.

307

L
XIV

Los hechos conocidos públicamente son suficientemente simples y se tанда poco en contarlos. En una clara mañana de finales de verano -los archivos indican que fue el segundo día después de la gran festividad de Deméter- un grupo escoltado, con caballos, mulas y carros con equipajes, inició su trayecto de Mitilene a Pinna a través de las colinas. Como entre los viajeros se contaban el presidente y el presidente adjunto del Consejo, la escolta era un escuadrón de caballería al completo, con sus relucientes armaduras especialmente brillantes, con estandartes al viento, y mucho toque de trompetas para despejan el camino de rebaños indiferentes y gente campesina. Minsilo y Pitaco cabalgaban uno al lado del otro cenca de la cabeza de la columna, enfrascados en una discusión apenas perceptible: Minsilo sobre su semental negro preferido, Pitaco a horcajadas sobre un enorme caballo bayo castrado que parecía poco adecuado para soportar aquel cuerpo sólidamente majestuoso. Tras ellos iban montados dos arqueros y, a continuación, lo que se conocía eufemísticamente como el Carro de las Señoras: una carreta grande, pesada, incómoda, en la que tía Helena, tía jante, Andrómeda, Gongo, Inana y y' o (no precisamente las compañeras ideales de viaje hechas a medida, pon decir algo) estábamos sentadas sobre cojines inapropiados e intentábamos mantener una conversación convencional a pesar de las sacudidas provocadas por una interminable sucesión de rodenas, piedras y baches. El vistoso toldo con franjas púrpura sobre nuestras cabezas era un consuelo peno no excesivo. Yo estaba furiosa con tía Helena, que había sido con-

309

L
trania furibunda a que viajáramos en muía por sen «impropio de una señora», y parecía bastante insensible a la incomodidad

que sufríamos. Ella charlaba; Andrómeda se mostraba mohí-
na; Inana, que estaba embarazada, daba indicios de encontrarse
mal. El calor, la tensión y el rencor se mascaban en aquel silen-
cio insufrible.

Detrás de nuestro carro -y sufriendo el polvo que levan-
taba- cabalgaban Jón y el hosco Tirneo, hijo de Pitaco, quie-
nes, como me alegró comprobar, parecían disfrutar de su com-
pañía tan poco como nosotras de la nuestra. Después venían
Cécilas y mi tío Dracón, que hablaban irritablemente con-
tentos. La risa aguda de mi tío estallaba como un relincho a
intervalos negfilanes, hasta que al fin tía Helena observó que sí
su hermano quería sentarse en una yegua, tenía que dormir con la espal-
da hacia al viento del oeste, una alusión inesperadamente basta,
incluso para tía Helena, y nadie supo muy bien si reírse o
no. Me di cuenta enseguida, muy sorprendida, de que mi tía
se encontraba en un curioso estado de agitación nerviosa, ¿pero
por qué?

El resto de la columna se componía de mozos de caba-
líos, cocineros, mayordomos, ayudas de cámara, panaderos
(Mirсило era muy exigente con su pan), y todos los demás para-
sitos que atienden a las notabilidades cuando van de viaje. Nos
movíamos a la velocidad del carro de equipajes, que no era
extraordinaria.

Gorgo le preguntó a Andrómeda:

-Pon todos los cielos, ¿por qué tiene alguien, Agésilaidas
el que menos, que sugerir una visita oficial de esta clase? Es
decir, él no es de ese tipo de ambiciosos, ¿no?, e incluso si lo
fuera, la mayoría de la gente lo evitan el mayor tiempo posible
y luego intentan parecer alegres cuando el gran hombre empie-
za a lanzarles indirectas. -Se detuvo, al darse cuenta de la mira-
da aviesa con que tía Helena la fulminaba; había hablado con
discreción, si pero no con la suficiente discreción-. ¡Oh, lo sien-
to, señora Helena!

-Mi querida niña -dijo tía Helena, stí voz llena de diver-
sión burlona-, no has acabado con ninguna ilusión infantil mía,
~sabes?, el fenómeno que describes es familiar y, me temo que,
desde ini punto de vista, bastante entretenido.

Irana, cuyos tercios silencios los interrumpía, a intervalos
irregulares, pon indiscreciones tan ostentosas que nadie podía
creer de verdad que fueran un accidente (así, me imagino, fue
cómo Caraxo descubrió lo de su herencia), prorrumpió:

-Supongo que querrá un trabajo para uno de sus anti-
guos novios: aunque parece una manera cara de intentarlo.

Tía Helena levantó levemente las cejas al oírlo y opinó,
con mucha dulzura:

-Querida, debes de sentirte molesta por el calor: tiene
que ponerte de mal humor en tu estado.

El carro dio una sacudida particularmente violenta e Irana
se quedó de un blanco verdoso. Tía Helena la contempló con
flemático entusiasmo.

-Tu marido está fuera en otra de sus aventuras comer-
ciales, ~no es así? Claro que estás angustiada: es natural, espe-
cialmente con el primen hijo...

Irana se inclinó sobre el costado del carro y vomitó rui-
dosamente. Todas apartamos la mirada e intentamos no escu-
chan. Delante de nosotros, xi el camino que iba a parar a la cima
de la colina, blanco y; polvoriento a través de los bosques, con
matorrales quemados acá y' allá, y' una enorme losa ladeada
sobre un túmulo como una lápida de gigante. Había pinos a lo
largo del horizonte y a lo lejos, el camino descendía fácilmen-
te hacia Pirna y' el golfo. Un pequeño halcón se cernía, con

las alas extendidas y contra el azul del cielo.

Vi cómo Pitaco se inclinaba hacia delante y ponía su mano enguantada en el bridón de su caballo, como silo desennedana: al hacerlo, se rezagó un poco detrás de Minsilo. Estábamos pasando los primeros árboles, en un brillo fugaz de sombra y rayos de sol, a franjas. Un arrendajo chilló y entonces oí algo más, algo como una respiración aguda, sibilante, contada repentinamente. Minsilo se retorció con espasmos violentos y con los brazos abiertos, la capa morada nesbalándole del hombro derecho: en el instante en que se le caía, vila larga flecha cretense, de plumas negras, sobresaliendo debajo de su pecho izquierdo.

310 311

Mientras la columna llegaba a un alto escarpado y confuso, Pitaco estiró las riendas con la mano izquierda, sacó la espada e hizo girar con dureza a su caballo bayo castrado el camino hacia la derecha, la dirección de la que había venido la flecha. En ese mismo momento, Cécilas espoleó a su montura, como para proteger a Pitaco, los cascos de su caballo resonaron con estrépito sobre la maleza, llevaba una mano alzada; y entonces ese silbido agudo, mortal, volvió de nuevo y vi a mi esposo apretarse la garganta, la sangre saliendo a borbotones entre los dedos, y caer como había caído Minsilo.

-No, no, por favor, no -susurré como haría un niño cuando un juguete querido e irremplazable yace hecho añicos a sus pies.

Se confundieron los gritos de los oficiales de caballería, pero las palabras se empafiaron en mis oídos. La mitad de la tropa se diseminó por entre los árboles, a la caza inútil de un enemigo al que ni siquiera habían visto. Anqueros a caballo se movían alrededor de nuestro carro, chillándonos que nos agacháramos. Gorgo y tía Jante ya estaban tiradas en el suelo; Andrómeda se acurrucó con la cabeza entre las manos; tía Helena estaba sentada tranquilamente, el rostro inmóvil, con la mirada fija hacia el frente. Era imposible determinar, a partir de aquella máscara muerta, sin expresión, qué era -si es que había algo- lo que sentía.

Inana tampoco se había movido: todavía estaba tristemente encorvada sobre el varal, ahogándose en largos espasmos, indiferente al peligro, consciente sólo de sus intolerables náuseas. La visión desencadenó un hervidero de risas histéricas en mi interior. Entonces, al subir éstas para salir fuera, acuchillando mis sentidos semiparalizados, inesperadamente empecé a sentirme mal yo también. Me tambaleé hacia delante, hervían campanas en mi cabeza y cerré los ojos. Todo se volvió negro. Para cuando recobré el conocimiento, la columna estaba fuera de los árboles y en plena retirada hacia Mitilene.

Todo el mundo coincidió posteriormente en que Pitaco había dominado la situación con una prontitud y un valor ejemplares. La columna no sufrió más pérdidas, aunque luego se encontró una flecha sobresaliendo de un árbol, y otra profundamente incrustada en el costado de nuestro carro. Fue una lástima, decía la gente, que los asesinos se escaparan por los bosques, pero no había duda de quiénes eran, a pesar de su escapada. Como viuda de Cécilas, recibí mucha condolencia popular, que aumentó aún más cuando la cuestión de mi embarazo fue de dominio público.

Aquel mismo día, en el momento en que las noticias de la emboscada llegaron a Mitilene -o, según algunos informes, incluso antes-, se escuchó una nueva copla en 'arias tabernas del puerro, que empezaba:

Hora es de emborracharse, hora de desenfreno,
Vino y mujeres, que la muerte ha reclamado a Mirsilo.

Y de nuevo corría el rumor de que Alceo era el autor. Pero en menos de veinticuatro horas, Pitaco había convocado al Consejo en sesión de emergencia, y les había persuadido de que le concedieran poderes especiales para hacer frente a una rebelión armada. En ella se habló de Antiménidas y Alceo como los cabecillas.

Después salió de la cámara, llevando su armadura, y echó un breve discurso a la multitud nerviosa y agitada que se había reunido al tener noticias del debate. Todo estaba bajo control, les explicó. No había nada que temer. Se habían tomado medidas para evitar cualquier desorden o anarquía. La multitud le aplaudió repetidas veces. Fue sólo más adelante cuando la gente empezó a darse cuenta de la magnitud exacta de esos poderes especiales.

Pitaco había sido nombrado primer magistrado civil y comandante en jefe, con derecho a veto sobre el Consejo y la autoridad de rescindir cualquier veredicto judicial. Aunque su cargo especial se había creado para ocuparse de una emergencia concreta, no se le había puesto límite temporal; en todo menos en el nombre era el tirano de Mitilene, un gobernador tan absoluto como Periandro, con una comisión especial, ade-

312 313

más, para revisar las leyes y la constitución de la ciudad. Ahora, por fin, iban a tener su recompensa treinta años de meditada y firme determinación.

Tres días más tarde encontraron a Antiménidas, de noche, en las agrestes colinas al sur de Pirna. Podría haber escapado, se decía, de no ser por uno de los arqueros cretenses que había regresado de Babilonia con él, y que -en un intento desesperado por salvar su propio pellejo- disparó al cabecilla rebelde cuando corría a refugiarse en la arboleda. Así que Antiménidas murió al fin, caído en la ladera de una montaña, a la luz de la luna, con la flecha de un traidor entre los omóplatos, su honra y su honor desaprovechados, el sueño por el que había luchado aún sin cumplir.

Pitaco hizo que separaran la cabeza del arquero de sus hombros y que la empalaran sobre la puerta de la ciudad, como advertencia para aquellos que esperaban ganarse su favor traicionando a quienes habían jurado amistad o lealtad. Un gesto así era justamente lo que se necesitaba para restaurar la confianza popular: había habido inquietantes predicciones de purgas y detenciones masivas, debidas, probablemente, a alguien que se acordaba del comportamiento de Periandro cuando consiguió el poder supremo.

Pitaco también se hizo mucho más popular gracias al ingenioso modo en que se ocupó de Alceo. El poeta fue juzgado en un juicio público (los bancos nunca habían estado tan atestados), y el capitán de mercenarios con cara impávida prestó declaración sobre su arresto. El acusado, dijo, había estado en casa en la cama. El arresto tuvo lugar a altas horas de la noche el mismo día en que murió Mirsilo.

Pitaco, acariciándose la barba de una manera desafiante y olímpica, preguntó (lo que ya debía de saber muy bien) si el acusado estaba solo en aquel momento.

-No, señor -respondió el capitán, con su voz fuerte, monótona y militante. Había un jovencito y un soldado borracho dormido en el suelo.

-¿El jovencito también estaba en el suelo? -inquirió Pitaco.
-No, señor.

314

Entonces dónde estaba?

-En la cama con el acusado.

Se oy' enon algunas risas provenientes del público. Su tono parecía más compasivo que hostil.

.Qué dijo el acusado cuando supo que estaba arrestado? -interrogó Pitaco.

El capitán entonó, con el rostro más impasible que nunca:

-Dijo: «Sólo dame tiempo para encargarme de esta pequeña granadilla, tú, gran campesino». -Hubo una sonora risotada en el fondo de la sala del tribunal-. Señor -añadió el capitán, vagamente consciente de alguna deficiencia en su exposición.

La risa se nedobló.

Habiendo reducido hábilmente a Alceo a un lujurioso hazmerreír, Pitaco, como juez presidente, pronunció un breve discurso. El acusado, comenzó, no era un hombre de accion. Haber pendido el escudo una vez lo confirmaba, e incluso aquello, podría pensar alguien, fue un simple recurso literario tomado prestado de un poeta anterior. (Todo el mundo comprendió que se refería al vigoroso poeta soldado Anquiloclo, al que varios ancianos aún recordaban, y cuyo carácter representaba un contraste con el de Alceo.) Sus armas eran las palabras y una botella. Las canciones eran más atrevidas que su autor. El, Pitaco, creía en un castigo a la medida del criminal. El hermano del acusado había muerto, como había vivido, violentamente. El propio acusado se merecía un destino algo distinto. Como, solo, no tenía fuerza para dañar a la ciudad, sería liberado con una reprimenda -sin ejecución, sin renovación del destierro- y abandonado al desdén, la calumnia y el desprecio de sus conciudadanos. Hubo mucho más en la misma línea -el poder absoluto tendía a volver a Pitaco lamentablemente prolijo- pero esto fue lo más importante. Incluso en aquella época me pregunté qué se escondía detrás de todo aquello.

Tras el periodo de luto prescrito e incontables rumores escandalosos, tía Helena de hecho llevó a cabo lo que el ingenio de taberna había predicho: se caso con Pitaco. Sólo entonces, creo, se me hizo visible la verdadera trama de estos sucesos.

315

L

¿O también fue eso un espejismo? Al quitan la última capa de la cebolla, la verdad, ¿qué es lo que queda? Lágrimas artificiales; una ilusión emocional.

Pero debo cogen el hilo para entrar en el laberinto.

Creo, ahora, que la muerte de Mirsilo fue friamente planeada por Pitaco y tía Helena. Creo que nunca dejaron de ser amantes; y que tía Helena se casó con Minsilo por ambición, está claro, pero no exactamente por esa clase de ambición que suponía la gente. Ella quería, necesitaba, poden contar constantemente con su interés, sonsacarle todos sus secretos. Creo que la única falsa suposición que ella y Pitaco hicieron fue que Minsilo moriría razonablemente pronto por causas naturales; y es muy

probable que el propio Minsilo propagara este rumor a través de su médico personal, como protección contra un posible asesinato político. Peno de algún modo tía Helena descubrió la verdad; y desde aquel momento, estoy convencida de que la muerte de Mirsilo pasó a ser una consecuencia inevitable.

Creo que a los desterrados, a Antiménidas en particular, se les concedió una amnistía con la confianza expresa de que ellos mismos -por motivos muy diversos- harían lo que tía Helena y Pitaco deseaban. Tengo fuertes sospechas de que Pitaco tuvo al menos un encuentro secreto con Antiménidas, y de un modo u otro se las arregló para convencerle de que una vez depuesto Mirsilo, él, Pitaco, trabajaría para restaurar el antiguo régimen -de hecho, lo había estado haciendo secretamente desde su aparente desertión-. Esto suena a puro artificio; peno Pitaco era un hombre persuasivo, y los idealistas como Antiménidas tienden siempre, fatalmente, a creer lo que más desean.

Estoy convencida de que -para mayor seguridad- Pitaco sobornó a los mercenarios cretenses de Antiménidas. Incluso así, debió de pasarlo mal en el camino hacia Pirna, preguntándose si los cretenses, con un blanco fácil delante de ellos, no decidirían apostar por un beneficio aún mayor, si Antiménidas no lo había previsto todo antes. Tampoco me cabe ninguna duda de que se le había ofrecido al cretense que denrobó a Mirsilo, en privado y de antemano, una importante recompensa. Pitaco no sería el primer gobernador de Mitilene en ganarse la reputación de virtuoso por suprimir a un testigo inoportuno.

Una vez hasta me pregunté si Alceo no delataría a su hermano a las patrullas de Pitaco a cambio de una promesa de inmunidad; ahora lo dudo. De entre todos los participantes en aquel pequeño drama decisivo, él fue quien menos participó y por tanto, quizá, era el que tenía más que esconder. Antiménidas le conocía demasiado bien y me imagino que nunca le dio ninguna información real acerca de la conspiración que tramaba contra Minsilo. Entre los revolucionarios, el papel de Alceo fue el de un mero satirizador a sueldo: el veredicto del tribunal de Pitaco, en realidad, se acercaba humillantemente a la verdad.

Es fácil -demasiado fácil- reducir las acciones humanas a una ilusoria apariencia de simplicidad. Todos somos, en especial los poetas, incunables hacedores de modelos. Al releer lo que acabo de escribir, la propia arrogancia de mi juicio me deja asombrada. He pintado a Pitaco como un tirano ambicioso y nada más, como si hombre y función fueran cosas idénticas. Mi singular entrevista con Peniandro debería haberme enseñado algo, y' claro, como sabe todo colegial, una vez que Pitaco hubo alcanzado el poder supremo, procedió a desafiar toda máxima común conocida sobre «el típico tirano»', un ser mítico que aún no he conocido en carne y' hueso.

A pesar de la manera en que adquirió el poder, Pitaco no se dejó corromper por éste. Ni tampoco se volvió desmesuradamente ambicioso o cruel. No estaba atacado por sueños de grandeza. Lo peor que se podía decir de él era que, a su avanzada edad, se había convertido en el más horrible y' prosaico de los pelmazos, con un repertorio inacabable de perogrulladas propias de un Néstor para incautos.

También podía resultar desconcertante. Uno de sus aforismos preferidos era «Reconoce tu oportunidad». ¿Qué se podía responder a eso?, se preguntaban todos con dolor. Peno

nunca le impontó ridiculizarse a si mismo. Aprobó una ley que doblaba el castigo por delitos cometidos bajo la influencia de la bebida y, se decía, firmó el decreto en un estado de ebriedad tal que fue incapaz de leerlo.

Durante diez años gobennó Mitilene sabiamente y bien, con una tan firme devoción por la justicia que nadie podría haber previsto. Al final de aquella época, con las leyes y finanzas de la ciudad completamente revisadas, sorprendió a todos de nuevo al dimitir de su cango y entregan el gobierno a un Consejo elegido democráticamente. El resto de stí vida se lo pasó ocupado en fruslerías en la hacienda con que le obsequiaron, al netirarse, los agradecidos ciudadanos a los que en teoría había «tiranizado». Incluso fingieron gustarles los espantosos poemas didácticos que compuso en loor suyo, un severo esfuerzo para la benevolencia de cualquiera, sobre todo porque insistió en leerlos en voz alta.

Sin embargo no fue, creo yo, un hombre feliz. Aproximadamente un año antes de netirarse, su hijo Tinneo fue asesinado en Cime pon un herreno; el tipo entró con resolución en la barbería donde estaban afeitando a Tirneo y le abrió el cráneo con un hacha. El informe público del crimen sostenía que era un asesinato político, cometido pon alguien con la idea equivocada de que Pitaco tenía intención de fundar una dinastía familiar.

Peno nadie se lo creyó de vendad. Tinneo, al menos, estaba al nivel de las máximas trilladas; era el típico hijo del tirano -vanidoso, débil, hosco, lascivo- y la historia que llegó de Cime era, simplemente, que había estado haciendo el amor a la esposa del herrero. Pitaco debió de tener un profundo sentimiento de culpabilidad personal pon su hijo, porqté cuando recibió al herreno para decidir su castigo, murmunó algo como que el pendón presente era mejor que el arrepentimiento futuro, y puso al prisionero en libertad.

Tampoco -y esto nos volvió a coger por sorpresa- tuvo, a la langa, una relación feliz con tía Helena. Aunque ella había sido su amante durante tantos años, su actitud para con él se transformó totalmente después de su matrimonio. Le trataba con el tipo de desprecio frío y altanero que sólo un aristócrata

318

es capaz de adoptar. Criticó, intimidó y negañó a su manido hasta que su único refugio fue la botella de vino. Dejó claro que se había casado con una persona de rango inferior. Animaba a Alceo en privado para que compusiera groseras sátiras contra él, con alusiones vulgares a sus pies planos, su barriga, su desaliño, su aversión a lavarse, su tacañería doméstica (en años posteriores incluso escatimaba el aceite para la lámpara durante la cena), y su engreimiento y fanfarronería. Quizá ella tuviera algún buen motivo de queja; peno ¿qué fue lo que la convirtió en una fiera mezquina, chillona y resentida? ;Pobne Pitaco!, a su manera pagó canas sus ambiciones.

Así que el retrato se desdibuja y cambia, sus dimensiones varían, revela nuevas e insospechadas facetas. Aún no puedo estar segura de nada, la búsqueda en el laberinto me deja pendiente de un hilo noto. Así con Pitaco y tía Helena, como con los demás. ;Acaso Antiménidas uninió pon sus creencias, o -como dijo tina vez de mi padre- porque ya no tenía ningún deseo de vivir? ¿Fue Alceo un poeta entregado que se convirtió en la lastimosa ruina que es hoy al ponen la lealtad por enci-

ma de la conveniencia, o un afectado y vil hedonista que utilizó la derrota política como excusa por su dependencia del alcohol, un hombre sin principios ni autoestima, que se ha quedado pegado a dos emociones enteramente estériles: un airado resentimiento y el continuo deseo apremiante de gratificación sensual?

En una ocasión pensé que sabía las respuestas a tales preguntas, incluso que -de acuerdo con el precepto delfico- me conocía a mi misma. Ahora mis certezas se han disuelto en el aire: el vacío me embarga, todos los lugares familiares se han desvanecido, o han adoptado formas nuevas, perturbadoras, ambiguas.

Así que Alceo fue puesto en libertad por el hombre que una vez, hacía mucho tiempo, había sido su compañero de conspiración en momentos adversos, y se fue a casa con el joven Lico y un veterano crápula llamado Biquis, que había encontrado en Egipto, y el ilusorio consuelo de la copa de vino. En

319

k
general, sus conciudadanos le trataban con consideración más que suficiente, pero le dejaron solo. Aún seguía con sus largas caminatas por las colinas. Sus sátiras se volvieron cada vez más groseras y personales, atiborradas de invectivas obscenas. Nadie le hizo caso hasta después de que Pitaco abdicara, cuando fue advertido varias veces por su comportamiento molesto en tabernas públicas y de pronto decidió volver a sus viajes. Me escribió varias cantas largas y confusas desde el Peloponeso, llenas de mitología local, misteriosas leyendas recogidas en aldeas de montaña o solitarios puertos de pescadores.

«¿Oíste alguna vez que el Amor es hijo del Anco Iris y el Viento del Oeste?», proclama una carta desastrada, medio ilegible. (Debo tratarla con cuidado, o se desmenuzará en pequeños fragmentos. Alceo siempre detestó gastarse dinero en buen material de escritura, un rasgo poco habitual en un poeta. ¿O quizá esté justificando mi propia y natural prodigalidad?) «Una curiosa idea la que se han formado los callosos campesinos peloponesios, ¿no crees? En Beocia, por ciento, encontré dos nuevas historias acerca de tu querido Endimión. Allí no saben nada de su curioso descanso en la cueva de Latmos (¿qué clase de amante era la Luna?, me pregunto. ¿Tan fría como aparenta?), pero sostienen que Zeus le invitó a subir al Olimpo, donde rápidamente se insinuó a Hena, o ella a él -más probable lo último, creo yo, me extraña el número de aspirantes a seductor que ella colecciona para ser una diosa tan seria y madura- y como castigo fue arrojado al Hades, donde, no cabe duda, se encontró con bastantes compañeros del mismo penan.

"La otra historia es que Zeus le permitió elegir la hora de su propia muerte. ¿Cómo puede uno conciliar estas dos tradiciones? A menudo tengo una visión de Endimión en el Olimpo, lanzándole melancólicas miradas a Hena a través de las barras de su celda, y diciéndole a Zeus, cada dos o tres días, "Aún no, lo prometiste".»

La Esfinge del enigma: el bufón con un puñado de máscaras y una palabra hiriente a su debido tiempo.

Ahora han muerto muchos, mi mundo se resquebraja y

se tambalea como una vieja casa cuando la zarandean los primeros temblores de tierra. Pienso en mi tío Enrigio, arrancando raíces a medianoche en las colinas; en Fancias y en mi padre, hombres apacibles que murieron atravesados por la espada; en Cloe, ahora huesos blancos bajo la tierra ardiente de Sicilia; en Irana, su cuerpo joven tan cruelmente desgarrado por el parto; en Hermeas y el pequeño Timas, atormentados por la fiebre un ventoso otoño; en Pitaco y Peniandro, que sobrevivieron por su inteligencia y murieron en sus camas, venerados como sabios, alabados por todos los hombres; en Antiménidas, que vivió para el honor y murió tan vergonzosamente. Estos últimos meses he morado demasiado con fantasmas: es hora de salir de nuevo del Hades, de respirar el aire de los vivos.

Soy pequeña y esmerada en mis movimientos, de cintura esbelta, elegante como un gato, ligera como un pájaro, sigo siendo una bailarina. Me cubrió con su duro cuerpo masculino, mis senos eran flores ardientes. Yo era Afrodita, nacida de la espuma, inmortal, y él mi hijo, mi amante, joven como la primavera que regresa, Adonis yacía entre las lanzas del creciente trigo vende.

Debo marcharme, debo dejar este lugar de muerte, tan añorado y rancio por los viejos recuerdos. Debo seguir el trayecto del sol mientras sea capaz de ello. Hacia el oeste vuela el ave, elevada y blanca sobre las áridas montañas: hay, al fin y al cabo, una oportunidad de libertad.

Comencé a perder a Atis el día en que murió Cécilas. De alguna extraña manera, él fue el escudo de su inocencia; nuestra esfera de cristal, tan delicada y fugaz, permaneció inviolada sólo mientras él la vigiló discretamente. Cuando Atis se enteró de la noticia, estuvo inmóvil un momento, los ojos grises muy abiertos por la conmoción, las manos sobre el pecho. Estaba luchando, inocente y aterrada, para controlar una emoción que yo distinguía con demasiada claridad en su rostro: la alegría primitiva, casi inhumana, de una mujer celosa que ve a su rival -contra todo pronóstico o esperanza- destruido de repente.

La controló; durante el mes siguiente, intenté aparentar que nada había ocurrido, que mi imaginación me la estaba

320 321

jugando. Pero su amor se había vuelto más abiertamente sensual, los ojos grises estaban bañados y oscurecidos por la pasión. Ahora se regocijaba al poseerme. Yo era sólo suya: presentaría mi amor contra el mundo.

Pero durante todo el tiempo supe que también esto era una ilusión. Medio despierta aún me agarraba a nuestro sueño, aún buscaba (y encontraba porque buscaba) en Atis los indicios de inocencia que -como fuentes encantamientos- habían mantenido a los demonios a raya. Era inútil, inútil. El cristal se había quebrado y en mi propio cuerpo yacía la semilla, la verdad, que no dejaría nada de éste excepto un puñado de polvo brillante.

No obstante, incluso entonces me negué obstinadamente a admitir que Atis no fuera ni mucho menos la inocente amante de ensueño que mi mente había creado, no sólo humana, y mujer, sino también una criatura celosa, solitaria, cubierta por los rayos de mi adoración, e igualé mi fantasía a la suya, entretejiendo un mundo privado que sólo nosotras compartíamos, intolerantes ante todo intruso, absortas y absorbentes. Siempre estábamos juntas; nunca, excepto en ocasiones formales, con otros amigos. Y al recordarlo, me doy cuenta de lo poco que hablamos, incluso en nuestra soledad compartida. Las palabras eran peligrosas, podían destruir, revelan.

Luego, fue distinto.

Entonces, una cálida noche de verano, mientras las llamas de las velas titilaban suaves y estables, a través de los postigos abiertos el largo murmullo del mar, le conté a Atis que iba a tener un hijo de Cércilas. Pon un instante ni chistó, nada en absoluto. Estábamos tumbadas en la cama grande, un poco separadas, con camisas ligeras debido al calor: Atis tenía el mentón posado sobre sus manos -su postura preferida- y contemplaba la noche fuera, el cielo tenso, azul y negro, agujereado de estrellas, donde dioses y héroes descansaban, donde Orión y la Osa colgaban con esplendor, una señal de guía para los barcos que surcaban sus rutas solitarias en la oscuridad, para todos los viajeros perdidos por tierra o por mar. Su rostro estaba en la sombra: yo no podía saber lo que pensaba.

Pon fin habló:

322

-No cambia nada -peno su voz sonaba totalmente desolada-. No cambia nada -repetió, como para convencerse a sí misma. Podía notar cómo se alejaba de mí, herida, confundida y, un poco resentida: ¿cómo podía hacerle yo esto? Las llamas de las velas parpadeaban y deslumbraban: cuando me senté, un maneó vertiginoso giró mi cabeza como una peonza, las paredes se inclinaron hacia un lado. Apreté ambas manos contra la cama con fuerza, respirando profundamente. «No -me dije a mí misma-, no, ahora no, ahora tengo que ser fuerte, tengo que retenerla. De algún modo, a cualquier precio, tengo que retenerla..."

«Afrodita, gran Diosa. Atiende mi súplica. Atiende mi súplica, y seré tu servidora para siempre, hasta que la muerte libere mis miembros. Permite que ella me ame, permite que su amor sea imperecedero, ahora, siempre. Concédemelo, y juro que te honraré por encima de todos los dioses y diosas, mientras tenga aliento. Afrodita, gran diosa, Hija del Cielo, yo te lo suplico, dame una señal. Ahora, deprisa...

Y en el silencio de mi corazón, oí cómo la voz divina que estaba en todas partes y en ninguna decía: «Atiendo tu súplica. Ella te amará, ahora, siempre, según tu súplica. Según mi voluntad y mi decreto. Que la Luna sea la señal para ello". Entonces mi cabeza se despejó y levanté la vista, con aquellas palabras inesperadas resonando aún por los pasillos de mi mente. Atis no había cambiado de posición: yacía quieta, con las manos bajo la barbilla, mirando el cielo tachonado de estrellas. La oscuridad tenía un resplandor delicado, oculto: y mientras yo lo contemplaba, sobre el borde invisible de las colinas jonícas, esplendorosa, con un halo de gloria, surgió la luna, tan repentinamente que me pareció seguir su silencioso tránsito entre una respiración y la siguiente. Bajo aquella luz pálida, sobrenatural, las facciones de Atis se revelaron de pronto: una máscara de cera blanca, afligida, pensativa, con una lágrima reluciente e inmóvil en su mejilla.

Afrodita desató en mí una pasión ansiosa, violenta. Extendí los brazos. Atis se dio la vuelta y pareció que, por un momento, sacudía la cabeza, fue un gesto diminuto, indeciso,

323

controlado al instante. Entreabrió los labios, y vino acelerada cadencia de su pecho. Con una intensidad torpe y temblorosa, sus manos salieron a la luz y agarraron las mías.

Así, en aquella oscuridad plateada, poseí al fin a Atis: sus cadenas estrechas fueron mías, y sus turgentes pechos blancos,

y la gloria de su pelo suelto. Hicimos el amor con una fuerte violencia sensual de la que yo nunca, en mi largo sueño, la había creído capaz. Entonces, por fin, yacimos tranquilas y desnudas a la luz de la luna, y nos miramos una a la otra con nuevos ojos: dos mujeres adultas, sensuales, apasionadas, unidas ahora por cadenas más sutiles que las de la inocencia, por el deseo perturbador que es el codiciado regalo fatal de Afrodita a los mortales. «Según mi voluntad y mi decreto." Mucho más tarde, mientras me dejaba llevar por el sueño -ahora la luna estaba baja, las llamas de las velas se apagaban-, me pareció oír cómo la voz de la diosa susurraba: «Recuerda lo que has jurado»¹, y luego, casi imperceptible y a lo lejos, una carcajada aguda, clara, cruel, infantil.

xv

Uno de esos luminosos días de invierno, antes de fin de año, me senté con Ismene en sus aposentos privados de Tres Vientos, físicamente incómoda -estaba embarazada de más de cinco meses- y emocionalmente, por varias razones obvias, más bien intranquila. Ismene, al darse cuenta de mi estado de ánimo, me dio para hacer un bordado mientras charlábamos: era un pasatiempo que nunca me había gustado demasiado (sigue sin gustarme), pero por una vez, lo encontré entretenido. Además, me mantenía las manos ocupadas.

Ismene comentó alegremente:

-Bueno, ya has pasado lo peor, querida.

-Eso dicen. -Intenté esforzarme para no pensar en Inana.

Su hijo había nacido muerto dos meses antes como consecuencia de un parto horriblemente largo, y ella misma murió al cabo de una hora o así, por la mucha pérdida de sangre y por paro cardíaco-. Mi hermano quiere que vaya a vivir con él -le dije remarcando las sílabas-. No cree que deba estar sola en mi estado.

-Es natural. -Ismene era tan propensa a ver lo mejor de cada uno que a veces me daban ganas de pegarle-. Ambos habéis sufrido una cruel pérdida.

-¡Oh, por todos los cielos! Irana le importaba un comino a Canaxo, y tú lo sabes. Consiguió la herencia: eso era lo único que quería. Ahora está ocupado buscando a otra heredera. Probablemente para que le dé un heredero.

-¿Por qué te desagrada tanto tu hermano? -preguntó

Ismene.

324 325

1

-No estoy segura. -Me encogí de hombros-. Siempre le he encontrado ligeramente repulsivo, y parece enorgullecerse de cultivar sus cualidades naturales más repugnantes.

-Pero eso es muy poco amable, Safo, ¿no crees? -Los inocentes ojos azules de Ismene se impregnaron de una nublosa preocupación. ¿Cómo, me preguntaba, había logrado Agelaidas domesticar sus emociones de este modo estrambótico, más bien molesto? Era evidente que no estaba triste, ni ansiosa, ni bajo ningún tipo de tensión: en efecto, su rostro tan plácido, casi sin arrugas, era como el de un niño. Pero su pelo se había vuelto blanco entre primavera y otoño, y daba la impresión -aquí me resulta difícil explicar exactamente lo que quiero decir- que había renunciado al sexo deliberadamente. El resultado era una especie rara de inocencia infantil, de manera que había muchos temas que, de repente, era imposible dis-

cutir con ella.

-Lo siento. Supongo que soy poco amable. Pero no podría soportar la idea de volver a vivir en esa casa. Sobre todo ahora -conteste.

-Todos estamos bastante preocupados por ti, querida. Has estado muy irritable, muy extraña.

Agaché la cabeza sobre mi bordado y pensé: me pregunto qué sentiste tú cuando estabas embarazada. Nada, supongo. Excepto lo que la tradición te contó que podías sentir. ¿Acaso alguna vez te despertaste y te diste cuenta de que te había invadido una persona distinta, que habías perdido tu voluntad, que te habías convertido en una simple vaina, en un hoyo para las explosivas fuerzas naturales? Claro que no. Tampoco entenderías ni una palabra si te lo contara. ¿Pon qué estoy aquí? ¿Por qué estoy hablando precisamente contigo?

-Lo siento, Ismene -dije, y pensé que me pasaba una buena parte del tiempo disculpándome con gente estúpida por palabras o acciones que no necesitaban excusa alguna. Entonces, cambiando de tema, pregunté: ¿Cuándo se casarán Mica y Melanipo?

-A finales de primavera, pensamos. ¡Hay tanto que hacer en la hacienda...!

-Entonces, ¿vas a venderla de verdad? -No sé por qué, yo aún no podía aceptar la idea de algún cambio en Tres Vientos. Sentada en esta habitación que me es familiar, tan cargada de recuerdos, tan sosegada y tranquilizadora -la misma fragancia de hierbas, la misma vieja mesa pesada y bien encerada-, me sentí como si una de las piedras angulares de mi vida estuviera a punto de ser derribada.

-La casa no, claro. Ni tampoco los jardines, serán de Hípias cuando alcance la mayoría de edad. -Entonces Hípias tenía once años. Era un muchacho rubio, esbelto, de ojos grises, con un extraordinario parecido a Fanias y a Atis: me gustaba mucho.

-¿Qué pasará con el huerto? -pregunté.

-Bueno, hemos tenido una muy buena oferta. ¿sabes?

-Ismene se interrumpió, parpadeando con una ligera vergüenza. Un importante agricultor frutícola. Dudo que le conozcas -añadió.

-También yo.

-Y el capital sería tan..., quiero decir que lo necesitamos, y el huerto no nos servirá de mucho, pensamos vivir en Pinna después de que Hípias... -Su voz fue desvaneciéndose poco a poco. Tras una pausa, exclamó: ~Te encuentras bien?

-Sí. Sí, claro. -Parpadeé y apenas conseguí evitar decir: Lo siento.

-Lo entiendes, ¿verdad? Sé que el huerto tenía recuerdos sentimentales para tí.

Contemplé aquellos inocentes ojos azules, aquel rostro tenso y sencillo, y pensé -con la irritación y la culpabilidad dando vueltas en mi cerebro- que una inocencia, o ignorancia, de tal calibre debería considerarse como un delito criminal. ¿Cómo podía confiar yo en hablarle alguna vez, alguna vez, a Ismene acerca de Atis?

-Si -contesté-, lo entiendo.

-Has sido muy amable con Atis. Te estamos verdaderamente agradecidos. A veces siento -y se le notó un leve retintín como de risa nerviosa- que necesita más de lo que yo, su propia madre, le pueda ofrecer. Es una niña extraña. Nunca

326 327

he entendido... -Ismene volvió a interrumpirse; los procesos

de su pensamiento tendían a seguir este patrón aleatorio, trun-
cado, errante, que sin embargo, al final, solía llegar a ser una
especie de manifestación coherente. Esperé, con toda la pacien-
cia de la que fui capaz.

-¿Sí? -inquirí.

Ismene se pasó la mano por el pelo.

-Bueno, ahora es demasiado difícil para ti. No nos gus-
taria que tuvieras una molestia innecesaria. -La aparente irre-
levancia flotaba en el ambiente.

-No lo entiendo. -De hecho, ahora lo entendía todo
demasiado bien.

-Atis nos contó qué habías estado alterada -hizo un ges-
to vacilante con una mano-. Por favor, no creas que queremos
entrometernos, querida. Pero tenemos muy presente el bie-
nestar de Atis. No pudimos evitar observar que vosotras, bue-
no -de nuevo la ligera vacilación-, os habíais visto mucho menos
últimamente.

-Sí. -No hice ningún comentario.

-Ella comentó que pensaba que tú te hallabas bajo una
fuerte tensión. Fue muy comprensiva, Safo. -Ismene me miró
fijamente, con un indicio de reproche en sus ojos-. Tienes que
hacerte cargo del afecto que siente por ti, de lo mucho que ha
llegado a depender de tu amor, de tu apoyo y' ejemplo.

-Claro que lo comprendo -proclamé. Me preguntaba qué
le había contado Atis, y qué podía decirle yo ahora. ¿Echarle
la culpa a la inmortal Afrodita? «Ella te amará, ahora, siempre,
según tú súplica." Oh sí, eso era cierto, y más que cierto: su
devoción continuaba constante y su misa, su pasión crecía día
a día, se volvía más profunda, más violenta. Pero mi plegaria,
casualmente, no había hecho referencia a mis propios senti-
mientos: su constancia se había dado por sentada, y ahora la
diosa me estaba dando una dura y saludable lección.

La pura verdad era que, en este periodo, apenas podía
soportar tener a Atis cerca de mí. En parte porque mi propio
cuerpo hinchado me repelía hasta el punto de que me horro-
rizaba que ella lo tocara, que lo viera siquiera, y en parte por-
que (me sentí histérica) la encontraba pueril, egocéntrica e
insoportablemente exigente, empecé a tratar a la pobre niña
del modo más imperdonable. Yo era sucesivamente áspera, fría,
imperiosa e irritable. Pendía la paciencia con ella, rechazaba
sus constantes insinuaciones, desdeñaba sus pretensiones inte-
lectuales, daba sus muchas atenciones por sentado, y la ataca-
ba con furia siempre que me daba la más mínima oportunidad
para ello. A veces ella me aburría tanto que acababa por pre-
guntarme qué demonios había podido ver en ella. Finalmente,
después de una monumental pelea en que me puse histérica,
le dije que se fuera y que no volviera, que me dejara en paz.
Con una desgana, mezcla de tristeza y perplejidad, contestó:
«Si eso es de verdad lo que quieres...»', y se fue como una niña
derrotada, llorando, incapaz de comprender cómo el amor
podía sufrir una humillación así.

Ahora sé de sobras que fue el odio hacia mi misma lo que
me condujo a este comportamiento cruel, sin sentido, despre-
ciable. Atis era la viva encarnación de mi egocentrismo des-
trutivo: era yo misma con quien no podía soportar enfrentarme.
«Esta ceguera no dura», había dicho Alceo, y ahora, en el
momento elegido por ella, la diosa me había abierto los ojos.
Atis tenía razón en asustarse del conocimiento del futuro.
Recordé con amargura las palabras de Alceo al despedirse:
«La responsabilidad será sólo tuya' ». Mi súplica había btenido
su respuesta, y una vida humana había dado un giro sin vuelta

atrás. Ahora me quedaba con las consecuencias de esa realización.

-Creo que nos sacamos de quicio una a la otra. Fue toda culpa mía, no he sido yo misma durante los últimos meses -le confesé a Ismene.

-Claro. Eso es muy comprensible.

-Estoy segura de que todo volverá a la normalidad..., mas adelante.

-¿Puedo decinselo?

Sonreí.

-Naturalmente.

-¡Estoy tan contenta! Pensé... no sé... -Su mente caminó delicadamente por los senderos que conducían a algún oscu-

328 329

no bosque emocional, se asustó, y se apresunó de nuevo a la ilimitada llantina soleada-. Penó si es sólo que estás molesta y enferma y' quieres estar sola..., bueno. Eso está bien. Se lo diré.

--Cuándo iréis a Pinna? -pregunté.

-Oh, dentro de un par o tres de días. Espero que ella se lo esté pasando bien allí. Dicen que tñ cambio de aires puede hacer maravillas ,¿no es ciento?

Asen ti.

-Lo que más necesita es algún nuevo interés, <mo estás de acuerdo? Rostros jóvenes, amigos distintos -comentó Ismene.

-Una idea muy razonable.

-¿Sabes? -me perdonarás que te diga esto, ¿no es cierto?, querida. A veces pensé que había algo un poco, bueno, morboso en el grado de afecto que sentía pon ti. Quizá esta separación sea finalmente para bien, le ay' ude a adquirir, no sé, un sentido de la medida, ¿tú qué diríasr

Llegados a este punto, empecé a preguntarme con inquietud si Ismene era realmente la inocentona que aparentaba ser. Penó sólo respondí:

-Quizá; así lo espero. Esto me ayudaría a no sentirme tan mal. -Y eso no era más que la pura verdad.

Quitó un hilo suelto de su bordado, y dijo, sin levantar la vista:

-[fe acuerdas de mi prima de Lidia? Cneo que os presentaron aquí una vez.

-¿Polixena? -Tenía un vago recuerdo de una mujer alta, morena, imponente, casada con un comerciante de Sardes bien relacionado, cuyos anillos, indumentaria, barba y perfume habían sido demasiado exóticos para el gusto de Mítilene.

-Sí, así es. Bueno, pensé que a sus dos hijas les gustaría venir y quedarse pon algún tiempo. Atis necesita tanto tener amigas de su misma edad, y pon algún que otro motivo nunca se ha llevado muy bien con las otras chicas de aquí, no sé por qué. -La voz de Ismene volvió a apaganse poco a poco.

-Estoy' seguracontesté- de que has hecho lo mejor.

-Estoy de acuerdo -añadió Ismene plácidamente-.

Bueno: no debo netenente aquí de cháchara. Tienes que descansar tanto como te sea posible. -Dejó su bordado a un lado, y yo también. Nos miramos durante un rato.

Aún me estaba preguntando cuánto sabía, o se imaginaba, ella exactamente, al subir -envuelta en pieles y enguantada contra el viento invernal- al carruaje que me esperaba y alejarme traqueteando pon la avenida. Hasta el día de hoy sigo con mis dudas. Penó hay una cosa que si sé: al traen a Anactoria y a Cidro a Tres Vientos, Ismene, inconscientemente, hizo más que ninguna otra persona para convertir un amorfo grupo de amigas de ideas parecidas en lo que hoy se recuerda como la Casa de las Musas.

El retrato de Anactoria tiene una rosa roja en su cabello, como el primer día que nos conocimos. Mica captó todas sus características más fugaces: su sonrisa burlona y enigmática, la transparencia de la piel, las facciones, las manos singularmente alargadas que, en otra chica, también parecían poco elegantes, incluso feas, pero que en ella servían sobre todo para realzar una delicada belleza poco común. Era alta y lo parecía más por las trenzas de pelo negro que llevaba recogidas sobre su cabeza primorosamente tallada. Cidro, como contraste, era bajita, rolliza, nerviosa: una naturaleza generosa y extrovertida, cuyos entusiasmos y pasiones a veces parecían compensar la moderación tan perfecta de su hermana. Era curioso ver aquella tez de alabastro, luminosa -el único rasgo que ambas compartían- en un rostro tan disparatadamente inapropiado.

Mi hija Cleis nació con las primeras flores de primavera: afuera en las colinas, mientras yo daba a luz, se oía el tierno balido de los corderos, y bajo el alero -más pronto que otros años- un pan de golondrinas entre gorjeo y gorjeo se limpiaban las pítimas con el pico, viejas amigas a las que había llegado a conocer, hasta cierto punto, mejor que a muchos humanos. (Pero las golondrinas son criaturas misteriosas, y al mismo tiempo singularmente humanas, con sus absurdas peleas, su piar como quien pronuncia un discurso, su inexplicable mansedumbre y la extraordinaria habilidad que demuestran, de vez en cuan-

330 331

do, para penetrar en el estado de ánimo propio; incluso, lo pienso a menudo, en el pensamiento de una.)

Fue, contra todo pronóstico, un parto rápido, fácil y sorprendentemente indoloro. Cuando Pnaxinoa puso a la niña en mis brazos, esta milagrosa creación de la carne, esta antigua parte de mí más íntimo yo, sentí un crecimiento físico tan total y sobrecogedor como el experimentado durante el acto de la pasión, acompañada de una ternura que abarcaba el mundo, que trascendía la prisión de mi mente huidiza.

Esta era mi hija, mi amor, mi inmortalidad. Acaricé dulcemente los mechones mojados de pelo rubio, y sentí, bajo mis dedos, aquel centro blando y palpitante donde los huesos de pajarillo del cráneo aún no se habían soldado, donde bajo una membrana dilatada vacilaba tan precariamente la chispa vital. Cuando aquellos diminutos labios se cerraban, con un conocimiento instintivo, sobre mi pezón, cuando fluía la leche cálida, yo experimentaba un indescriptible tormento de placen: yo era todas las madres, era la vida misma, fértil, inagotable, la fuerza que mueve la espiga de trigo y la bestia en celo, las mareas lentas y el círculo estelar del verano, la canción del poeta, la danza de la creación.

Demasiados fantasmas, demasiados recuerdos dolorosos. Estoy sentada en esta casa de llantos, vacía, mientras las sombras se alargan y el miedo, como una bestia sin rostro, está al acecho tras una puerta cerrada.

Los dolores han vuelto a empezar. Ahora, sí, y ahora, y ahora otra vez, la presión de unas garras de gigantes. ¡Cleis, ah, Cleis!, te amaba más que a mi vida, mi hija adorada; no, no más que a la vida, porque era la vida, mi vida, mi propia juventud deshecha por la que luché con ciego frenesí, poniendo cualquier otra consideración a un lado, incluso tu amor. Quería desafiar al tiempo, probarme inmortal. Pero todo lo que veo ahora es tu minada cuando supiste lo que te había hecho: el

odio, el desprecio, la incredulidad. «¿Hijas?» >, susurraste, y de repente me sentí vieja, ajada, sucia, llena de una vergonzosa lujuria, sin dignidad, ridícula.

332

Pero quería casarse conmigo; suplicó, lloró, Cleis; ¿lloró a tus pies, Cleis?, ¿se agarró a tus rodillas? ¿Elogió tu cuerpo como elogió el mío?

Hijas era tuya; él te amaba, y yo le tomé como lo había hecho, años atrás, con su hermana: cuando estábamos juntos eran los ojos de Atis los que minaban dentro de los míos. Le hice mi esclavo, le empujé a las canteras de cal del deseo. Fui Circe, Medea, Calipso, una fuente hechicera, con una varita para romper los años.

¿Puedes perdonarme, Cleis?

¿Puedo perdonarme a mí misma?

Demasiado tarde, demasiado tarde, demasiado tarde.

Demasiados fantasmas, los pies veloces, la risa, los días y los años llenos de placer, los momentos de tranquilidad compartida en el jardín, los rayos de sol entre los árboles, una túnica amarillo azafrán, nueces tostadas para desayunar en otoño, un altar iluminado por la luna y el rostro extasiado, inolvidable, de alguna niña sin nombre que guía la danza; labios cálidos en la oscuridad, cabello perfumado con flores contra mi mejilla. Fantasmas, amantes, ahora todos desaparecidos: Gongila que era como una rosa salvaje; Hero de rápidos movimientos; Ginina amada de las Musas; Timas que murió tan joven; Etínica, la de los ojos dulces, adoradores; la morena Anactonia; la risueña Cidro. Todas desaparecidas más allá de lo que arrastra el mar, por los años de cal viva que señalan y erosionan, desaparecidas, todas desaparecidas, hojas frágiles volando a la deriva bajo los grandes castaños, el pañuelo agitado, el banco que se desliza y se aleja del muelle, plegarias para un buen atraque en viajes olvidados ya hace mucho, cartas que se desmenuzan, estropeadas por el tiempo, coronas marchitas.

Cuando el verano se convirtió en otoño -¿te acuerdas?- volví a ti, Atis, a tus brazos suaves que había rehuído durante tanto tiempo, a tu ansiosa ternura y a tu pasión. Ojalá esta noche pudiera ser dos veces más larga, rogábamos, ojalá nuestro amor pudiera resistir para siempre. Pero antes de fin de año

333

se había acabado de nuevo esta unión breve y angustiada, dejando tras ella amargura, desdicha, promesas rotas y quizás un corazón roto. ¿A quién echarle la culpa? ¿Por qué ocurrió de este modo?

¿Volví porque te amaba, Atis? ¿Fue por simple resentimiento, porque quedó mi orgullo herido, la necesidad de ser irresistible, tina diosa, Afrodita con disfraz mortal? «La de las trenzas violeta, sagrada, la que sonrío miel... Safo.» Otra vez es la voz de Alceo que regresa para burlarse de mí, palabras pronunciadas junto a un estanque en un jardín hundido, hace una eternidad. Las diosas -como sé, ahora, a mis expensas- no toleran a ninguna rival. Pero los susurros, las miradas de soslayo, la risa disimulada de las seguidoras de Andrómeda: Anactonia, Atis y Anactoria. Anactoria, Anactoria.

-¿La amas? -pregunté, aquella primera noche decisiva.

¿La amas?

Y Atis con tristeza, su pasión agotada, conociéndome qui-

zá mejor de lo que yo misma me conocía:

-Es a ti a quien amo, Safo. Siempre a ti.

«Mira -me pareció oír que decía la diosa como divertida- cuán escrupulosamente he mantenido mi palabra.' >

-No soy buena para ti -contesté-. Deberías quedarte con Anactonia. Yo sólo puedo darte infelicidad, querida.

Y ella habló:

-Si quienes que sea su amante, Safo, si eso te hará feliz, entonces lo seré. Pero sólo por ti.

-Y para satisfacer el deseo -añadí cruelmente.

-Si -manifestó ella-, para satisfacer el deseo: un deseo vacío, sin sentido, torturador. ¿Les has visto apagan la cal, Safo? ¿Conoces su desnudez, sus quemaduras, la muerte que consume los huesos con el agua y el fuego?

-Cállate, querida -susurré, temerosa de nepente, alejando esta horrible imagen-, no hables así, no sabes lo que estas diciendo. -Y la cogí de nuevo en mis brazos y sentí cómo ella respondía con una violencia que tenía algo de desesperación: era como si ella hubiera abandonado conscientemente cualquier esperanza de felicidad.

334

-Te amo -repetí una y otra vez-, te amo, te amo -como si la simple repetición, como un hechizo, pudiera exorcizar a todos los demonios de duda y terror en mi mente. Extraño, que fuera entonces cuando empezaron los años brillantes, los largos veranos de fama y felicidad.

~Qué fácil es olvidar las tormentas de verano!

Hubo más reconciliaciones, más peleas: nuestra relación parecía estancada para siempre en esta discutible pauta aburrida y deprimente. Nunca, creo, consideré seriamente la posibilidad de que se acabara, de que cambiara siquiera. Pero un día de otoño, hace cinco años, durante otro intercambio de insultos y amargas necnminaciones, Atis se interrumpió de pronto, puso la cabeza entre las manos y se quedó allí sentada, quieta y en silencio por un instante. Luego levantó los ojos, con el rostro tan inexpresivo como nunca se lo había visto, y anunció, con tranquila resolución:

-Te dejo, Safo.

Oi las palabras, pero mi mente se negó a aceptar su significado: ¿siempre había dado por sentado que me era fiel, mientras tanto yo me dedicaba durante muchos años a mis propias inconstancias?

~Quiénes decir que y' a no me amas? pregunté estúpidamente.

-Aún te amo -respondió-. Siempre te amaré. -Sacudí la cabeza. De nepente, sus ojos se empañaron de lágrimas.

-- Entonces por qué esto ahora? -Mi enfado se había evaporado, dejando tan sólo perplejidad.

-Porque no puedo soportarlo más. He llegado al límite de mi resistencia. Simplemente por eso. ¿Se te ocurrió pensar alguna vez que yo era humana, que tenía un tope? -explicó Atis de un modo apagado.

Sacudí la cabeza, ante una franqueza tan irreflexiva: era cierto, nunca había tratado a Atis como a un ser libre, personal, ella formaba parte del universo creado por mi misma, al ~Águil que yo -;amanga ironía!- formaba parte del suyo.

-No -dijo, con una sonrisa triste-, claro que no se te ocurrió, ~cómo se te podía haber ocurrido? -Entonces brotaron

335

L

las lágrimas y durante un momento lloró, en silencio, desesperada-. ¿Crees que quiero dejarte? -susurró, un instante después-. ¿Crees que ahora es fácil para mí? Dentro de dos meses, en menos de dos meses, cumpliré cuarenta años. Me miro al espejo y veo el futuro allí escrito: oscuridad, desperdicio, decadencia. Tú me has convertido en lo que soy. Sin ti... -Extendió las manos con un leve gesto angustiado-. Pero no tengo elección, amor mio. Esta es mi única oportunidad.

La contemplé como si la estuviera viendo por primera vez, sacudida por una nueva conciencia, desgarrada con compasión por las huellas de la edad que durante tanto tiempo yo, de algún modo, había logrado ignorar: el cambio casi imperceptible en la textura de la piel y el cabello, la agudeza de ingenio ofuscada, las arrugas más profundas alrededor de los ojos y la boca y el cuello. Pensé: aún soy la niña que corría por los campos de trigo verde en Ereso, nada debe cambiar para mí, el mundo está suspendido eternamente en aquel sueño resplandeciente, las sombras están quietas para siempre. Hasta que yo despierte. Hasta que ambas despertemos.

«Tú me has convertido en lo que soy.»

Nos miramos la una a la otra en silencio durante un rato. Entonces, oí que mi propia voz hablaba, con mucha dulzura:

-Entonces ve, mi amor. Ve libre, ve con mi bendición y mi amistad.

Sonrió a través de las lágrimas que aún le corrían.

-Lo dices en serio, ¿no es así? Lo dices de verdad. Gracias. Debo hacerlo. No quiero, yo, ¡oh, Safo!, no puedo encontrar palabras. -Agachó la cabeza y ahora sollozó abiertamente, sin reserva.

-Sólo te pido una cosa. No borres el pasado de tu mente. No ensucies nuestro amor con odio. Diga lo que diga, sea lo que sea lo que ha pasado, a pesar de la ira y la amargura, te amaba, Atis. Aún te amo -manifesté.

Levantó la vista, con angustia en sus ojos.

-Nuestro amor era bueno -continuó-, nunca olvidas eso. Era precioso y bello, realizaba la vida. Recuerda todo lo que hicimos juntas a lo largo de los años, todo lo que hablamos -y entonces,

de pronto, embargada por la nostalgia, empecé a acordarme de tal o cual incidente, momentos de risas, los recuerdos felices, guirnaldas trenzadas en los prados de primavera, expediciones, regresos al hogar, intimidades personales compartidas-. ¿Recuerdas cuando...?

-Pon favor, no me lo hagas más difícil -rogó ella poniendo fin y, llena de remordimiento, me quedé en silencio.

-¿Dónde irás? ¿Qué harás? -pregunté.

-No lo sé -respondió.

-Aún te queda Tres Vientos. Eso es un consuelo.

-¿Lo es? ¿Ahora? -La repentina amargura de su voz me desconcertó. Se recompuso con un esfuerzo consciente, visible, y añadió:- Más vale que te lo diga ahora. Te enterarás pronto, no lo dudo. Yo... me voy con Andrómeda.

El suelo pareció resbalar y tambalearse bajo mis pies: por un momento tuve el insensato pensamiento de que esto era el comienzo de un terremoto, de que ambas íbamos a morir -ironía suprema- en el mismísimo instante que habíamos ele-

gido para separarnos. Luego, mientras me calmaba, oí que Atis decía:

-Lo siento. Sé lo que debe de parecerse. Pon favor, por favor, intenta comprender...

-Si -contesté-, lo comprendo.

«Tú me convertiste en lo que soy.»

Era como si algo sólido, algo físico, se hubiera roto dentro de mí. Pensé sin sentido: «Andrómeda ha conseguido una buena ganga, una buena ganga, una buena ganga».

Atis anduvo hacia la puerta, con aquel paso suyo, rápido y elástico, se detuvo, se dio la vuelta, susurró:

-Adiós, mi amor.

Y desapareció.

Sentí cómo apreté mis puños, como una niña pequeña y desdichada; y fue la frase de una colegiala, casi cómica por lo inadecuado, la que tendría que soportar toda la carga de mi pesar.

-Honestamente -me confesé a mí misma-, honestamente, me gustaría estar muerta. -Así lo habría hecho Cleis,

337

L

ahora con dieciséis años, para saludan el final de otro amonio sin importancia.

No sé cuánto tiempo estuve allí sentada, insensible, idiotizada, antes de que el primer dolor me acuchillara repentinamente con una violencia tal que chillé en voz alta, y fui consciente, con horror y tormento, de la sangre caliente que manaba, como si no fuera a parar nunca, como si hiera mi vida la que yacía derramada sobre las losas de mármol.

Debí desmayarme, porque me desperté con el grito aterrado de mi hija, vi su cara inclinada sobre la mía, enmarcada en una cascada de cabello donado, vi el espanto, la instintiva repulsión física, la boca deformada en un rictus repugnante cuando volvió a gritar, y el grito se interrumpió, se convirtió en unos fuertes sollozos histéricos.

Susurré, sonriente:

-Está bien, querida. Está bien. -Creo que debía estar delirando un poco, porque de repente exclamé:- Oh, por favor, Cleis, para de hacer ese espantoso ruido, ¡aquí está fuera de lugar, querida! Nunca lo olvides, esta es la Casa de las Musas. -Entonces el rostro de Pnaxinoa también apareció allí, cabello negro contra rubio, y oí el sonido de voces y pies apresurados antes de que se me nublara la vista y me desmayara por segunda vez.

Me he decidido. Debo irme, ahora, deprisa, sola: dejan Mitilene, embarcarme para Corinto y desde allí una vez más hacia Sicilia. Es una empresa destinada al fracaso, pero no hay otra salida para mí. Suspiro por este cuerpo duro, pérfido: eso es todo lo que queda de la vida, el resto es polvo, desesperación, sueños interrumpidos.

xv'

Nada ha cambiado en Corinto para el ojo poco observador: los viejos siguen sentadosjugando a las damas y bebiendo bajo los

plátanos, aún se arrastran los bancos, negros y pesados, desde las grandes gradas de Peniandro al golfo. En estas calles abarrotadas y clamorosas, abajo en los muelles e incluso más lejos, en el palpitante corazón de la ciudad, donde trabajan armeros, alfareros y orfebres, aún se escuchan lenguas de todas las tierras, aún te cruzas en un estadio con un etíope y un nómada, un griego y un árabe, un mercader egipcio o un marinero fenicio de negra barba. Ahora Peniandro está muerto y su dinastía aparentemente inexpugnable ha sido derrocada; pero Corinto sigue siendo lo que fue, la ciudad de la ambición, el oportunismo y el anonimato, donde una manea de viajeros sin rostro, olvidados enseguida, sube y baja diariamente a través del istmo. Al menos agradezco el anonimato.

Escribo estas palabras en una oscura e incómoda posada del puerto, que sobre su puerta principal tiene este letrero: «HABITACIONES DISPONIBLES PARA MUJERES SIN ESCOLTA". Sé muy

bien lo que significa. En Corinto, sobre todo. Pero no tengo elección: no puedo permitirme el lujo de que me reconozcan. En cualquier caso, es sólo por dos noches, no más, y luego zarpo al alba a bordo de una rápida galera siciliana, en dirección a Siracusa, con correspondencia y paquetes del este. Sólo tenemos una panada prevista, en Lencas, fuera del golfo, para recoger agua dulce y provisiones. Estoy de suerte: puede que el tiempo empeore antes de finales de mes y éste será uno de los últimos viajes a Sicilia hasta la primavera próxima.

338 339

Quando me dirigí al capitán por primera vez, me miró con curiosidad. Reconoció mi acento y' quedó impresionado por mi porte: ¿por qué esta extraña señora bajita, de mediana edad, de las islas, estaba tan desesperadamente ansiosa por un pasaje a Sicilia? ¿Por qué viajaba sola, sin ni siquiera una criada para atenderla? Sus dudas se tradujeron en un precio que incluso a él mismo le pareció vergonzoso mencionar. Pero lo pagué sin discusión y en monedas de oro. Conociendo bien mi naturaleza derrochadora, sobre todo desde que me quedé viúda, tenía escondida una reserva secreta que ni siquiera Canaxo, con su nariz financiera, había sospechado de su existencia. Sólo Faón, sin saberlo, era capaz de hacer girar la llave en aquella cerradura oxidada.

Así que estoy' aquí sentada en Corinto y escribo, a la luz de la llama de una lámpara humeante, mal despabilada, mientras, fuera, en la taberna de al lado, se oyen borrachos cantando con voz estridente -una tripulación acaba de cobrar- y los gatos rondando y maullando con desenfreno entre los desperdicios. Las contraventanas están atrancadas, pero a través de ellas se filtra el olor a brea, a pescado podrido y a carne asada en carbón vegetal. Puedo oír el chillido de una mujer, las risas de los borrachos, el rasgueo de una lina, el golpeteo del agua chocar contra el muelle.

En el callejón se oyen unos pasos, un susurro, un tintineo de dinero, el crujido de las vigas de la escalera. Un momento más tarde, me doy' cuenta de que alguien está haciendo el amor con un ruido escandaloso encima mismo de mi cabeza. Objetiva, distante, escucho: ¡qué grotescos parecen al espectador los ritmos y las declaraciones de la pasión! Sin embargo, yo también estoy aquí por eso. Me descubro sonriendo al pensarlo.

Pronto los amantes invisibles --amantes?- alcanzan el climax: cae el silencio, luego los pasos se arrastran, lentos, vuelven a bajar por las escaleras. Una puerta se abre y se cierra. Las

botas resuenan sobre los guijarros. Una pausa, el sonido de una respiración fuerte. Entonces, bruscamente, un fuerte eructo, un chorro de vómito torrencial y' desgarrador, un gemido, una maldición entre dientes. Los pasos se alejan vacilantes en la noche.

La mujer del posadero acaba de abrir la puerta sin llamar: para ven si quiero algo, dice, pero en realidad para asegurarse de que, de algún modo, no haya hecho entrar a un hombre a sus espaldas, sin pagar por el privilegio. Es una mujer sucia, gorda y horrible, de unos cincuenta años, con una verruga en una mejilla y una mirada fría y lujuriosa. Contempla mi material de escritura con recelo. «¿Haciendo sus cuentas?» > me pregunta. Asiento por toda respuesta: una muy buena descripción de lo que estoy haciendo, creo. La envío a buscar otra lámpara mejor: se va de mala gana, todavía sin estar segura de si no habrá un hombre escondido debajo de la cama. Además, la intrigo: huéspedes así deben ser poco frecuentes en el puerto de Corinto.

Cuando cierra la puerta, se me ocurre que tenemos más o menos la misma edad: no obstante, ella espera claramente que yo tenga un amante. Un cumplido, o algo con el estilo: nadie se la podría imaginar a ella atrayendo la atención de un hombre. De repente me asalta un pensamiento desagradable. ¿Es que acaso me toma por una de esas matronas que pagan bien por conseguir los abrazos frívolos de algún joven arrogante, con cara de cuchillo? ¿Y podría ser, me pregunto, que ella tuviera razón? Hasta ahora siempre he despreciado y me he compadecido de tales mujeres, tristes ninfas mortales en las que la belleza se ha desvanecido, pero sin embargo el deseo sigue siendo fuerte: a pesar de todo, ¿no son ellas también víctimas del capricho cruel de Afrodita? ¿No estoy yo dispuesta, de fallar todo lo demás, a ofrecer lo que ellas ofrecen, a comprar la pasión que no soy capaz de controlar?

Pero Faón nunca aceptó dinero de mi parte, nunca, nunca, aunque los dioses saben lo pobre que era. Lo que hizo lo hizo por pasión y por deseo: lo sé, debo agarrarme cuanto antes a la certidumbre. ¿O acaso la diosa también le conmovió con su frío encanto? Una vez le pregunté, riendo, mientras yacíamos en la cueva de la montaña de Mitilene, cómo había con-

340 341

seguido el secreto de la juventud eterna. Era mayor de lo que aparentaba, más de treinta años, quizá aún mayor si una hacía caso de los chismorreos. A pesar de todo, su rostro era duro, moreno, terso, y el pelo castaño, espeso y ondulado:

Se agitó y' se sentó lejos de mí, con sus grandes manos apretadas alrededor de sus rodillas: la luz de la luna, inundando la cueva por completo, proyectaba un pálido resplandor sobre su pecho y sus hombros anchos y desnudos. Era imposible, al escuchar aquella voz suya, profunda y crispada, saber si hablaba en serio o estaba bromeando.

-Hay algo, querida, que también es una historia rara -empezó-. Así es como ocurrió. Un atardecer, una vieja inmunda stibó a bordo de mi banca en el puerto, un verdadero fardo de harapos negros, y' me preguntó si la podía llevar a la otra orilla, al continente. Bueno, yo no tenía mucho que hacer aquella noche, no había comercio y los bancos de peces no se movían; y además, había algo raro en la vieja; cada vez que me miraba con sus ojos negros y brillantes en aquel rostro de nuez, sentía un escalofrío que me recorría de arriba abajo, y, en resumen, le respondí que la llevaría a cambio de nada.

Yo estaba tumbada, quieta, escuchando. En el vacío de sus palabras se oía el dulce goteo de la fuente, y abajo, a lo lejos, un burro nebuloso de pronto en la oscuridad, una nota sostenida, anhelante, angustiada.

-Cuando desembarcamos, me dio las gracias, y' luego añadió que quería hacerme un regalo, y yo le contesté que no necesitaba ningún regalo, que debería guardárselo y' comprarse pan. El regalo era suyo para ofrecerlo a quien quisiera, me respondió, y yo debía aceptarlo, y el modo en que habló me erizó los pelos de la nuca, era la orden de una reina, o de una diosa. Entonces ella colocó una vasija de piedra en mi mano, una cosa pequeña, de bellas curvas, que encajaba en mi palma de manera que era un placer sentirla y' aguantarla, y me dijo«Me agradecerás esto' », y lo acaricié con la punta de los dedos y me pareció alabastro al tacto. Le dije: «¿Qué hay dentro?», suponiendo que sería miel, quizá, o aceite de gualteria para una contusión. A propósito, ahora era oscuro y no podía ver su cara con demasiada claridad bajo aquella capucha negra. Explicó: «Un ungüento que hará realidad el deseo de tu corazón, Faón, juventud y belleza, el amor de las mujeres»'. «¿Qué debo hacer?», pregunté, y ella precisó: «Untate los labios y el pecho y la virilidad, pronunciando el nombre de la mujer y esta plegaria secreta' », que me enseñó y me hizo jurar que nunca revelaría. «¿Quién eres?», le pregunté a continuación, y por primera vez sentí miedo al mirarla. «Has proclamado mi nombre muchas veces, Faón», dijo. «Me has honrado en la carne. Acepta mi regalo, agradécelo. Yempléalo con moderación. Cuando la vasija esté vacía, habrás llegado al final del camino que has elegido.»' Luego se fue, como un fantasma, pero vislumbré su rostro cuando se volvía hacia las sombras y juraría que era el rostro de una mujer bella y joven.

Me di cuenta de que yo estaba temblando intensamente, aunque era una noche cálida. Pregunté:

-- Es una historia verdadera?

-Pero bueno, ¿acaso te mentaría yo nunca, querida?

-Más a menudo de lo que quiero pensar -contesté con amargura.

-Esto ocurrió -afirmó-. Lo juro sobre la cabeza de mi padre.

-Tu padre ya tiene suficientes pesares -observé.

-Sí, pendió al mejor de nosotros, es cierto. Pelagon fue siempre el hijo obediente, un trabajador incansable, un hombre sereno para salir a pescar de noche, exacto. -Escupió en el suelo-. ~Y dónde está ahora mi buen hermano? Enterrado con los huesos secos, con un remo blanco pon la sal y una nasa sobre su tumba.

Estuvimos sentados en silencio durante un instante, separados, meditando con tristeza.

-Tu historia -mencioné al fin.

--Si? -Y su voz sonó repentinamente aburrida: conmigo, con él, con la vida.

~Cómo lo explicas? ¿Cuál es la verdad? -Mi voz era tensa, apremiante, inquieta.

¿Cómo puedo saberlo? ¿Acaso importa? -Se encogió de hombros.

342 343

~1

-¿No te importa?

-Me da igual -manifestó y estiró sus brazos fornidos y bostezó escandalosamente como un gato gigante-. Quizá friera la diosa, no lo sé. Sacrifico un cordero una vez al mes sólo para mayor seguridad. Quizá no fuera más que una vieja bruja chiflada, con un tarro de grasa de oca perfumada. Tu conjetura es tan buena como la mía. -Y soltó una sonora carcajada, rápido y complacido-. Parezo joven. Consigo las mujeres que quiero. Eso es lo que importa.

-Dime una cosa, ¿empleaste el ungüento conmigo? -inqueni, controlando mi voz hasta calmarla:

Hubo una breve pausa. Luego declaró:

-Ah, x'amos, dígame amor, ¿necesitaba ~'o hacer eso? Tú no eres de las tímidas, tienes pasión más que de sobras. Además, eso son tonterías de vieja, nunca te lo habría contado si hubiera sabido que te lo tomarías en serio.

-¿Lo empleaste?

-No, claro que no.

-Estás mintiendo -opiné-, sé que estás mintiendo -pero la verdad era peor: no lo sabía. Diga lo que diga ahora, nunca pude estar segura. En mí corazón quedaría para siempre un temor persistente de que esta pasión mía, con todo su frenesí, todo esto luego aparente, había sido engendrada mediante un frío truco afrodisíaco de la diosa, y era, como tantas otras cosas en mi vida, mera ilusión.

-Si no quieres creerme... -insinué y volvió a encogerse de hombros, a salvo, indiferente.

-Lo siento. Te creo.

-Eso está mejor. -Se le escapó su risa fácil, demasiado fácil.

Con un movimiento rápido x' desesperado, me abalancé sobre él.

-Ahora -susurré-. Pon favor. Tómame ahora. -Pero me soltó, jovialmente, como habría apartado a un perrito molesto.

-Otra vez no -aclaró-. Se está haciendo tarde. No tenemos tiempo.

Esa fue la última vez que nos encontramos en la cueva. El ya debía haber visto a Caraxo, ya debía haber aceptado par-

344

tin de Lesbos hacia Sicilia. Pero no dijo nada, a no ser que aquellas palabras finales fueran una especie de despedida.

Durante los dos meses que siguieron a mi hemorragia -hace cinco años, el día en que Atis me dejó- nadie estaba seguro de si viviría o no. Había perdido demasiada sangre, le explicó el médico de Cos a Mégana, me faltaban fuerzas para luchar contra mi enfermedad. Para mí supuso estar atrapada en una espantosa y larga pesadilla que se sucedía entre dormir y despertar, de la que no había salida posible, era un círculo vicioso. Los muertos y los vivos andaban juntos a través de los paisajes áridos y rocosos de mi mente. Entonces, un día, sin previo aviso, la pesadilla se hizo trizas y yo regresé -una viajera débil, esquelética- al mundo que conocía, mi piel como un viejo pergamino, mis manos miserables garras de ave de rapiña, sin embargo estaba viva, viva, conmovida hasta llorar por los rayos del sol, por todas las cosas vivas insignificantes, por el verdor de las hojas y los destellos del agua, por todo el milagroso espectáculo de la existencia. Me obligué a comer, soporté purgas y medicamentos. Lentamente, día tras día, la carne volvió a cubrir mis huesos, el pulso de mi sangre latió más fuerte, hasta que por fin, con un gran esfuerzo, me puse en pie, y di unos pasos tambaleantes, y supe que el peligro había desaparecido y que me

recuperaría.

También me desperté para caer en la cuenta de que -nunca antes lo había aceptado completamente- me había convertido en una leyenda viviente, de que el haber estado tan cerca de la muerte (como supe a partir de muchas cantas) podía afectar personalmente a gentes de lugares lejanos a las que no conocía, para las que yo sólo existía como las palabras que hablaban de mi pasión, y' quizá también la suya: una voz que abarcaba la noche de muchas lenguas, los mares profundos, la larga muerte del corazón.

En aquellos primeros días de mi convalecencia, pareció alcanzarse una amnistía tácita entre mis enemigos y yo. Tíve algunos visitantes insospechados mientras yacía en la litera, aún horriblemente débil, conmocionada por el recuerdo de esa

345

máscara de cena que había vislumbrado brevemente, en el espejo de mano que Phaxinoa -con un tacto y un celo desmañados- intentó apartar de mí. Vino Andrómeda, tan desgarrada y de aspecto travieso como siempre, con libros y vino de regalo: la recibí pacíficamente, hablamos de cosas triviales, y no mencionamos a Atis ni una sola vez. Vino Pitaco, desde su retiro, enfermo de gota, ofreciendo sabios consejos y' remedios de hierbas exóticas, muy' orgulloso de una misión diplomática no oficial en Lidia, de la que le habían pedido que se encargara.

-No pueden anegárselas sin mí, ¿sabes? -comentó-, incluso ahora. -Ynesolló, y se rió entre dientes, y me contó un sinfín de anécdotas, de manera que mientras estaba tumbada sobre mis cojines me pregunté: ¿Pon qué una vez tuve miedo de este hombre-

Y también muchos otros: tía Helena y' tío Dracón, que entonces -aunque él no lo sabía- estaba en la antesala de su última y fatal enfermedad; Mica y' Melanipo, elegantes, sin hijos, que llenaron mi cuarto de enferma con grandes ramos de rosas del Líbano y los últimos chismorreos de la alta sociedad; Telesipa, respetable, madura, su pelo, antaño rubio, ahora liso y con x' etas grises; Agenon, un soltero de mediana edad, que rápidamente empezaba a adquirir costumbres de viejo solitario; Lárico, su apariencia apolínea ahora marchita, como la rosa que cogió de mi mesilla de noche, sacudiendo los pétalos hacia el suelo, manchita por la vida regalada y' el ocio y las indulgencias de la heredera ateniense con quien se había casado. Pon último, Agesilaidas, Ismene y' Atis vinieron juntos desde Pirra, y desde Tres Vientos, Hipias, el hijo de Ismene, ahora con casi treinta años, con los ojos grises y oscuros de su hermana, el cabello cobrizo y la sonrisa deslumbrante. La habitación se inundó con los rayos de sol de tal modo que me pareció flotar en una mancha donada mientras observaba y' escuchaba.

Mientras hablábamos, Cleis y Meg entraron juntas, y' vi cómo Hipias volvía la cabeza y Cleis se detenía, esbelta, blanca y' elegante como un lirio, mientras sus minadas se cruzaban y se iluminaban en aquel repentino reconocimiento decisivo. Entonces solamente sentí la felicidad; los hilos del amor se extendían por mis sentidos de tal modo que el modelo del futuro danzaba ante mis ojos bajo un rayo de sol. Fue sólo después cuando se acumularon las nubes oscuras y el modelo fracasó.

Los últimos jueguistas se han marchado, la luna se hunde tras la montaña. Incluso los gatos están en silencio. Sobre mi cabeza, oigo un ronquido, el crujido de una cama cuando un cuerpo desconocido se debate en una pesadilla. A través de las hojas

de los postigos brilla con luz trémula una aurora falsa. Estoy sola aquí en Corinto, completamente sola, con una pluma, una lámpara y el pasado que llevo en mi cabeza -equipaje, pasaporte, lo que queráis- en el más completo anonimato, desatendida, una mujer de mediana edad que pasa por Corinto hacia su futuro impredecible, y que ahora está acurrucada sobre la mesa de un cuarto pobre con las paredes peladas de una casa de putas del puerto. Haciendo sus cuentas.

La primavera ha llegado antes de que esté totalmente repuesta. El cantar de los pájaros y las flores del manzano se burlan de mi lento declive hacia la melancolía, la sensación del tiempo perdido sin remedio, la entrada encantada ahora cerrada a mi paso para siempre. Cuando el médico de Cos me felicitó por mi extraordinario restablecimiento -la curación más entera, dijo, a la que jamás había asistido- también pronunció sin saberlo mi sentencia de muerte. Alegre, bondadoso, insensible, un hombre joven que trataba a la muerte con demasiada familiaridad y que, por tanto, quizá, se había curtido en su acercamiento a la vida, se sentó fuera conmigo, en el porche soleado, comiendo cerezas y tirando los huesos a mis pobres golondrinas que estaban anidando, y me dio consejos profesionales para el futuro.

-Debe ~econdan, señora Safo, que ya no es una chiquilla, sino una mujer de mediana edad. Ha sufrido una enfermedad extremadamente grave que -debo decírselo- podría haber sido mortal. En el futuro deberá hacer cientos de ajustes a su estilo de vida.

~¿AjustCS?

346 347

Me contempló con ojos penetrantes desde debajo de aquellas gruesas cejas negras.

-Sería muy imprudente por su parte volver a bailar -observó-. En realidad, la tensión, hablando en general, de sus actividades profesionales es algo que, médicamente hablando, debo desaprobarte por completo.

-Quiere decir que debería disolver la Casa de las Musas. Tosió.

-Teóricamente, sí.

-Es imposible. Es mi vida entera. ~No lo entiende?

-Claro, si se viera reducida a un pequeño círculo de amigas de nuevo... -Me miró para ver qué efecto estaba teniendo, luego prosiguió-. Pero estas alumnas e invitadas interminables...

Sactifí la cabeza con brusquedad.

-Está pidiendo lo imposible, lo siento.

-No quisiera parecer atrevido, pero creo que su actitud está dictada, al menos en parte, por consideraciones financieras -declaró.

Me sentí súbitamente insultada:

-Sí. Claro. No puedo permitirme el lujo de perder las cuotas. -Fue la confesión más humillante que jamás haya hecho en mi vida. Este médico brusco, bondadoso, de piel basta, era quizá la única persona que podía habérmelo sacado.

-Bueno, no habría ningún mal en que aceptara trabajos por encargo. Y siempre podría conseguir que su hermano hipotecara su parte de la herencia para ayudarla a salir de cualquier dificultad... al principio -comentó, de una manera alegre, prosaica.

-Parece que ha estado investigando mis asuntos muy a fondo.

-Evidentemente -respondió-. Quiero asegurarme de que se me va a pagar: es un instinto puramente egoísta. -Lanzó otro

hueso de cereza al techo de la columnata, tocó el nido de barro y ramas entrelazadas, y el ocupante chilló indignado.

-Respeto su consejo, pero dudo que lo tenga en cuenta

-le dije.

-Me lo esperaba. Pero no esté tan segura. Puede que haya otros factores en juego aparte de su voluntad.

-¿Qué quiere decir?

-Nunca hago pronósticos con demasiada anticipación.

No obstante, permítame darle un último consejo muy convencional: haga un viaje lo más pronto como se sienta con fuerzas para ello. Un cambio de aires y de ambiente es la mejor terapia que conozco para la depresión del convaleciente -dijo y se encogió de hombros.

-Puede que lo haga.

-Su hermano Canaxo sugirió un viaje a Samos. No sé si eso le resultaría atractivo.

-No tengo nada contra Samos -dijo midiendo las palabras.

-Alégrense -exclamó-. Todos tenemos que alegrarnos con los hermanos que nos dan, y el suyo, si acepta mi opinión personal no solicitada, es un tipo más agradable de lo que usted cree.

-Estoy segura de que tiene razón -dijo con gravedad-.

¿Prometió garantizar sus honores?

El médico hizo una pausa, con una cereza a medio camino de la boca, y me estudió con mirada profesional.

-Cneo -concluyó- que su recuperación está progresando más deprisa de lo que yo suponía.

Pero la Casa de las Musas, por mucho que me esforcé por mantenerla, estaba condenada a desaparecer. Mi enfermedad marcó el fin de una era, y todo el mundo, conscientemente o no, pareció reconocerlo. La belleza, en todos los sentidos, era fundamental para la vida que hacíamos allí juntas: éstos fueron los preciosos años de nuestra juventud, los días que estaban iluminados por la pasión, la creatividad, la esperanza, cuando el tiempo parecía no agotarse, los sentidos cometían excesos y el profundo pozo del bienestar físico no podía, pensábamos, secarse nunca. El fantasma que ahora andaba por esos pasillos había regresado demasiado tarde.

Durante una época, apoyada en mis leales Meg y mi hija Cleis, intenté desafiar a la vendad, hacer que volvieran los viejos tiempos. Fue inútil. Aquella riada de alumnas se convirtió en un arroyuelo y muy pronto el arroyuelo se secó por com-

348 349

pleto. Todo se había cubierto de sombras y el aire se volvió gélido: ya no era la maestra y amante ideal a cuyos pies venían a sentarse chiquillas que habían viajado a través de medio mundo para ello, sino una mujer cansada, impaciente, medio inválida, ya casi cincuentona.

A las recién llegadas se les advertía enseguida acerca de mis gritos, mis rabietas imprevisibles, mis ocasionales ataques de histeria en que me daba por llorar, mis crueldades y manías persecutorias. Lo peor de todo, nunca lo admití conscientemente, era la espantosa sensación de aburrimiento que empezé a sentir; las hermosas mariposas que antaño hubieran cautivado mi corazón, ahora me dejaban completamente indiferente, o sólo despertaban en mi irritación y repugnancia. Fue esto, más que ninguna otra cosa, lo que precipitó el final. Mucho antes de que la Casa de las Musas dejara de existir, yo la había destruido en mi corazón.

Financieramente estaba casi en bancarrota. Seguí el con-

sejo del médico y persuadí a Canaxo de que hipotecara mi parte de la herencia. Componía himnos epitalámicos y epitafios por encargo, pero mi don creativo, al igual que mi cuerpo, se había embotado con la enfermedad y lo que escribía ya no poseía aquella vitalidad, aquella gracia ni siquiera en la expresión de tópicos, que me convirtieron en una poetisa tan solicitada durante mi destierro siciliano.

Sin embargo, no lograba abandonar ninguna faceta de mi lujoso estilo de vida: si algo hacía, era gastar más, evitando desesperadamente la realidad, contrayendo más y más deudas por gastos que tenían pocas posibilidades de amortizarse. Empecé a obsesionarme con mi avanzada edad, a atormentarme con imágenes de muerte y decrepitud, cada vez más solitaria: ofendí y alejé amigo tras amigo, era como si intentara separarme de la vida, vivir como un espectro en el lugar donde una vez había conocido la felicidad.

A veces, como ahora, en momentos de clarividencia tras una larga noche de insomnio, soy capaz de enfrentarme a otro demonio que ronda inquieto por los corredores retorcidos y peligrosos de mi mente, una bestia que se instala en el centro del laberinto, un monstruo en cada pesadilla cuyo bramido resuena por mis sueños mientras busco el hilo a tientas en la oscuridad, el martilleo del corazón, mano izquierda, mano derecha, qué pasadizo seguir, qué obscenidad me acecha, el sudor frío, el miedo que gangrena el cráneo, la pregunta definitiva, brutal, desnuda...

«¿Acaso estoy, acaso podría estar, loca?»

Ahora, mientras estoy sola, mientras tengo un breve respiro, debo considerarlo con tranquilidad. Al fin y al cabo, es importante.

Finalmente seguí el consejo del médico e hice el viaje a Samos con Canaxo para mi convalecencia. Fue increíblemente aburrido, y mi hermano, notando que me hallaba en desventaja, se mostró condescendiente hasta tal punto que se hizo empalagoso e insufrible. Nos alojamos en casa de un comerciante llamado Yadmón, un hombre alto y delgado, con cara de salmote: la misma tez áspera, violácea, los mismos colmillos afilados y la misma barbilla hundida, los mismos ojos apagados y saltones. Él y Caraxo eran tal para cual.

Pero la visita tuvo consecuencias más extrañas de las que yo, es un decir, podría haberme imaginado. Fue aquí donde mi hermano se fijó por primera vez en una esclava impertinente, de cabello rubio, llamada Dorica, con la tez sonrosada que posteriormente le daría aquel sobrenombre más conocido por el que se la recuerda hoy. Preocupada por mis propios problemas, apenas reparé en ella -o en el efecto que surtía sobre Caraxo, que debió de ser arrollador-. Pero un año más tarde, un alcahuete de clase alta la compró y la consolidó como cortesana en Naucratis, el puerto comercial griego en el delta egipcio; y fue aquí donde mi hermano, habiendo desembarcado con éxito un cargamento de vino de Lesbos, volvió a encontrarla, y procedió -con aquella terrible imprudencia de la que sólo son capaces, muy raras veces, los precavidos por costumbre- a convertirla en su amante, a derrochar grandes sumas de dinero por ella, e incluso, si había que dan crédito a los rumores, a pedirla en matrimonio.

350 351

Después de mi enfermedad -regreso a ello una y otra vez- fui consciente de un cambio fundamental, pero sin embargo no lo reconocí en mi misma. Hasta cierto punto (¿cómo des-

cribir la sensación sin parecen caprichosa?) era como si caminara por el jardín de mi yo y allí me encontrara con una extraña que tuviera mi rostro, que me contemplara sin comprender, cuyas acciones fueran impredecibles y de vez en cuando atemoradoras. Antiménidas me contó en una ocasión que entre los persas se reconoce y se acepta esta dualidad. Para mí era, y sigue siendo, una especie de pesadilla, una usurpación. ¿Pero cómo es posible que una usurpación provenga del interior?

Al principio, durante los difíciles días de convalecencia, experimenté -como me lo había advertido el médico de Costados de desesperación, en los que la mente y el cuerpo por igual parecían yertos en un invierno prolongado e inútil, y mis nervios eran ramas secas garabateadas en un cielo de tormenta. Luego, lentamente, la desesperación dio paso a estallidos de ira, recelo histérico, convencida de que nada era lo que parecía, de que detrás de una amigable fachada social mis enemigos no declarados conspiraban para destruirme.

(¡Vaya!, creí que el médico daría un buen análisis hecho hasta aquí. Nos pasamos muchas horas discutiendo sobre el método clínico: ¿por qué no debería aplicarse a la mente el mismo que al cuerpo? Pero no debo olvidar la triple regla de oro. Describe los síntomas, diagnostica la enfermedad, prescribe el tratamiento. Lo más arduo de mi labor aún está por llegar.)

A medida que fui recuperando mis fuerzas físicas, empecé a tener una serie de vagos sueños sexuales increíblemente vivos, que en nada se parecían a lo experimentado antes. Durante el día, con una apatía que atribuía a mi enfermedad, trabajaba en proyectos para la Casa de las Musas. Pero por la noche venían los sueños: rostros de marineros, de mozos fornidos que vislumbraba en el muelle, de canas truculentas y barbudas, cuerpos vigorosos, ojos ardientes por la lujuria, manos que agarraban mi cuerpo y lo magullaban y lo profanaban; y con esa profanación sentía el placer, un placer secreto, violento, vergonzoso, como el que nunca había sentido.

Los sueños me horrorizaban, los anhelaba, vivía en un interminable y ardiente delirio de deseo. Una extraña copulaba con mi cuerpo y muy pronto ya no fue ninguna extraña. La línea divisoria entre sueño y realidad se hizo cada vez más confusa. Me descubrí inventándome excusas para pasar por el mercado, por el puerto, por delante de las tabernas, por cualquier sitio donde pudiera contemplar cuerpos masculinos de efebos, fuertes y ágiles como bestias: el girar de un torso reluciente, músculos que se juntaban y se deslizaban bajo la piel tostada por el sol. Durante muchos días viví en una continua fantasía de lascivia.

En algún lugar y de algún modo, esta presión que iba aumentando lentamente tenía que liberarse. Puede que fuera una coincidencia, puede que no, que aproximadamente por la misma época yo causara gran estupefacción -por no decir abierto escándalo- al poner en circulación pública una serie de sátiras en verso de lo más ofensivas y obscenas. Ridiculizaba las costumbres sexuales de Andrómeda, de Gongo y su grupo con tal impudicia que provocaba la risa en las tabernas, pero que preocupó terriblemente a mis amigos. Era, como dijeron todos, impropio de mí.

Me acuerdo de Meg lamentándose:

-Pero yo jamás te había oído palabras así antes en tu vida, y publicarlas abiertamente... sencillamente no te entiendo, Safo, es como si quisieras destruirte a ti misma y humillarnos a nosotros.

Y Alceo, ahora de vuelta de su vagar por Beocia, la mano un poco temblona, las venas ahora visibles alrededor de los ojos

y la nariz dijo:

-Felicidades, querida. Pon fin estás siendo tú misma. Más vale tarde que nunca. -Entonces, con la mirada impúdica, astuta y de reojo, propia de un borracho, prosiguió:- Peno estás loca, está claro, lo sabes ¿no? Loca de remate.

No obstante, el escándalo, curiosamente, no logró afectarme. Cuanto más indignante fuera mi comportamiento, mayor era mi indiferencia hacia la opinión pública. Permanecí, ahora me doy cuenta, increíblemente ciega al cúmulo de resentimiento que estaba despertando entre gentes de todas las da-

352 353

ses y todas las posturas políticas en Mitilene. Parecía decidida a hacer caso omiso de toda convención social que mantiene unida la estructura de nuestra comunidad. El hecho de que mi propia conducta personal no fuera mejor que la de mis víctimas no perturbaba a nadie; simplemente divertía. Pero mi reiterado comportamiento público -las sátiras, las discusiones de verdulera, una vez casi me involucré en una niña- se consideraba intolerable, más aún pon sen yo una conocida ciudadana, cuyos actos serían comentados en todos los mercados desde Mileto a Siracusa. (¿Se enteró él?, me pregunto.)

Esto me lleva de nuevo a mi hermano y a su famosa chi-fladura pon Dorica. Pues bien, como sabe todo el mundo, atacué a Canaxo, cuando me enteré de su aventura, en una serie de poemas que proporcionaron un cruel entretenimiento en la época, pero que se juzgaron -pon no decir otra palabra- faltos de gusto y reticentes. Lo cierto es que, de no haber sido por mí, Mitilene no habría sabido nada de Donica.

Siempre he sostenido, al ser criticada, que me incliné pon este proceder para preservar nuestro honor tÁmilian: el que Canaxo estuviera arruinándose ya era suficientemente malo, pero la perspectiva de que esta antigua esclava y prostituta negresana a Mitilene como su esposa era intolerable. El ridículo público era lo único que podía hacerle volver en sí de su pasión que social y financieramente era desastrosa. (No me cabe la menor duda de que ahora está disfrutando de nuestra irónica inversión de papeles.)

Pero incluso en aquella época, tuve serias dudas acerca de mi propio razonamiento. Es cierto que, tal y como resultó después, mi hermano no se casó con Donica -o Rosita, como la conocía entonces cada capitán de barco en el delta-, pero esto, sospecho, no tuvo nada que ver con sus actos o los míos. Parece evidente, visto retrospectivamente, que la propia Rosita se había cansado de él (¿quién se lo podía reprochar?) y aspiraba a algo mucho mejor que este mercader de vinos, isleño, feo y de mediana edad. Ajuzgar por su fama y riqueza actuales -no cualquier ramera puede mandar ofrendas a Delfos- parece que tomó una buena decisión.

Mfl~1~~

No. Mis propios motivos encajan, con demasiada facilidad, en ese otro modelo más asqueroso que he empezado a esbozar; un modelo en el que no existe la elección consciente, donde la libertad es una ilusión, y nuestros actos más deliberados (como creemos nosotros) son dictados pon una deidad caprichosa que, para su propio placer, nos hipnotiza mirándonos fijamente a los ojos. Mi hermano me desagradaba, cierto, y no tardé en aprovechar una oportunidad que me venía al pelo para humillarle. Esto, aunque el mérito no fuera mío, es al menos comprensible y deja intacta la voluntad. Pero cuando considero el modo en que me comporté a la luz de aquellos otros extraños episodios, siento cómo el yo se

disuelve, oigo la jactanciosa risa de la inmortal y taimada Afrodita al mover su peón en el tablero. Y ahora el juego está a punto de terminar.

Aquel día, como cualquier otro, me paseé lentamente por el puerto de Mitilene, una mujer bajita, delgada, que ya no estaba enferma, pero aún con las huellas de la enfermedad. El viejo apoyado sobre el noray me miró con curiosidad cuando pasé por delante -sin escolta, otro escándalo para que mis amigos aristócratas estuvieran entretenidos- con ojos tristes, indifentes, empañados por tantas guardias prolongadas, achicados de tanto minan los arrecifes a flor de agua a sotavento empujados por la tormenta, fijos en la Estrella Polar danzando sobre un mástil desnudo mientras los hombres renegaban o rezaban.

Cuando me abordó, fue con gran respeto y una dignidad natural que encontré conmovedores e impresionantes a la vez. Me pidió perdón por la impertinencia de dirigirse a una senona tan conocida, pero la aflicción venció a su modestia. Su hijo, su amado hijo, se había ahogado en el mar hacia diez días, y ahora su cuerpo había llegado a la playa y lo habían enterrado, todo lo que un muerto podía desear se había hecho para él sin escatimar nada, pero... Y aquí el viejo titubeó, chasqueando sus delgados dedos, sin estar seguro de cómo continuar. Sonnei, imaginándome su apuro, pero ¿por qué había venido a mí?

354

355

ses y todas las posturas políticas en Mitilene. Parecía decidida a hacer caso omiso de toda convención social que mantiene unida la estructura de nuestra comunidad. El hecho de que mi propia conducta personal no fuera mejor que la de mis víctimas no perturbaba a nadie; simplemente divertía. Pero mi reiterado comportamiento público -las sátiras, las discusiones de verdulera, una vez casi me involucré en una niña- se consideraba intolerable, más aún por ser yo una conocida ciudadana, cuyos actos serían comentados en todos los mercados desde Mileto a Siracusa. (¿Se enteró él?, me pregunto.)

Esto me lleva de nuevo a mi hermano y a su famosa chifladura por Dorica. Pues bien, como sabe todo el mundo, ataqué a Canaxo, cuando me enteré de su aventura, en una serie de poemas que proporcionaron un cruel entretenimiento en la época, pero que se juzgaron -pon no decir otra palabra- faltos de gusto y reticentes. Lo cierto es que, de no haber sido por mí, Mitilene no habría sabido nada de Dorica.

Siempre he sostenido, al ser criticada, que me incliné por este proceder para preservar nuestro honor familiar: el que Canaxo estuviera anruinándose va era suficientemente malo, pero la perspectiva de que esta antigua esclava y prostituta regresara a Mitilene como su esposa era intolerable. El ridículo público era lo único que podía hacerle volver en sí de su pasión que social y financieramente era desastrosa. (No me cabe la menor duda de que ahora está disfrutando de nuestra irónica inversión de papeles.)

Però incluso en aquella época, tuve serias dudas acerca de mi propio razonamiento. Es cierto que, tal y como resultó después, mi hermano no se casó con Donica -o Rosita, como la conocía entonces cada capitán de barco en el delta-, pero esto, sospecho, no tuvo nada que ver con sus actos o los míos. Parece evidente, visto retrospectivamente, que la propia Rosita se había cansado de él (¿quién se lo podía reprochar?) y aspiraba a algo mucho mejor que este mercader de vinos, isleño,

feo y de mediana edad. Ajuzgar por su fama y riqueza actuales -no cualquier ramera puede mandan ofrendas a Delfos- parece que tomó tina buena decisión.

No. Mis propios motivos encajan, con demasiada facilidad, en ese otro modelo más asqueroso que he empezado a esbozar; un modelo en el que no existe la elección consciente, donde la libertad es una ilusión, y nuestros actos más deliberados (como creemos nosotros) son dictados por una deidad caprichosa que, para su propio placer, nos hipnotiza mirándonos fijamente a los ojos. Mi hermano me desagradaba, cierto, y no tardé en aprovechar una oportunidad que me venia al pelo para humillarle. Esto, aunque el mérito no fuera mio, es al menos comprensible y deja intacta la voluntad. Pero cuando considero el modo en que me comporté a la luz de aquellos otros extraños episodios, siento cómo el yo se disuelve, oigo la jactanciosa risa de la inmortal y taimada Afrodita al mover su peón en el tablero. Y ahora el juego está a punto de terminar.

Aquel día, como cualquier otro, me paseé lentamente por el puerto de Mitilene, tina mujer bajita, delgada, que ya no estaba enferma, pero aún con las huellas de la enfermedad. El viejo apoyado sobre el noray me miró con curiosidad cuando pasé por delante -sin escolta, otro escándalo para que mis amigos aristócratas estuvieran entretenidos- con ojos tristes, indiferentes, empañados por tantas guardias prolongadas, achicados de tanto minan los arrecifes a flor de agua a sotavento empujados por la tormenta, fijos en la Estrella Polar danzando sobre un mástil desnudo mientras los hombres renegaban o rezaban.

Cuando me abondó, fue con gran respeto y una dignidad natural que encontré conmovedores e impresionantes a la vez. Me pidió perdón por la impertinencia de dirigirse a una sena tan conocida, pero la aflicción venció a su modestia. Su hijo, su amado hijo, se había ahogado en el mar hacia diez días, y ahora su cuerpo había llegado a la playa y lo habían enterrado, todo lo que un muerto podía desear se había hecho para él sin escatimar nada, pero... Y aquí el viejo titubeó, chasqueando sus delgados dedos, sin estar seguro de cómo continuar.

Sonnei, imaginándome su apuro, pero ¿por qué había venido a mí~

354 355

-Le gustaría que yo compusiera su epitafio -declaré, y él asintió con impaciencia, todavía preocupado, incapaz de creer que yo estuviera de acuerdo.

-Tengo dinero -respondió-, puedo pagarle lo apropiado en estos casos. Y los hijos de mis hijos y sus hijos después de ellos recordarán a Pelagon, en cuya tumba están grabadas las palabras de la más grande poetisa que jamás hayamos conocido. Es un honor estar de pie en su sombra, señora Safo.

-Es una sombra bastante corta -dije, riendo, más turbada de lo que quería admitir (no obstante, ¿se le hubiera ocurrido dirigirse a mí de no ser por el escándalo?)-. Muy bien: compondré el epitafio de su hijo.

-Debe venir a mi casa, señora Safo -manifestó-. Es una casa humilde, pero le daremos la bienvenida con lo mejor que tenemos, y mi esposa le hablará de nuestro hijo.

Así que fui con él por los callejones tortuosos, iluminados por el sol, bulliciosos con mujeres y niños, hasta llegar al pequeño puerto pasadas las murallas de la ciudad, y el viejo me condujo hacia abajo, por un tramo de escalones gastados y mugrientos, hasta una cabaña en la playa, recubierta con una

capa de cal azul, con un cobertizo destartado detrás, y redes rojas secándose al sol, y un pan de cabras blancas y negras atadas bajo una higuera seca.

Al agachamos en la entrada baja, una gallina pasó corriendo por delante de nosotros para salir fuera, cacareando de un modo estridente. Mis ojos, deslumbrados por el sol, tardaron un instante en acostumbrarse a la penumbra. Sentí el olor a pescado, a brea y a sudor masculino, una fetidez bien definida. Entonces mi vista se aclaró y vi al hombre que estaba sentado en una esquina, desnudo hasta la cintura, contando madera con un cuchillo, un reclamo, su pesado pelo castaño cayéndole sobre un ojo mientras trabajaba. Se dio la vuelta, y me dedicó una sonrisa indolente, de aprecio.

-Este es mi otro hijo -anunció el viejo-. Este es Faón. -Así nos conocimos: y a partir de aquel primer encuentro siguió todo lo demás.

356

j

¿Estoy persiguiendo a un fantasma hasta Sicilia, como Agamenón persiguió al fantasma de Helena hasta Troya? El deseo vehemente de autodestrucción; ser raptada por la Muerte, ¡qué extasis.

Cuando tomé a Hípías y le convertí en esclavo de mi cuento, ¿cuándo Faón me hizo andar con aquel fuego de la pasión que todo lo consume, ¿fui yo, o ellos, o Afrodita, quien practicó el hechizo? ¿ADónde reside la culpa?, ¿quién debe soportar su peso ante los dioses y los hombres? ¿Acaso aún me estoy engañando, aún estoy únicamente angustiada por librarme de la carga de mis hombros, sin importarme quién se verá obligado a llevarla en mi lugar? La pesadilla de la locura, este furor uterino, incluso la propia Afrodita, tan fría, tan caprichosa, ¿no son también simples simulacros?, ¿la última defensa de la mente ante la rendición a la vendad? ¿Cómo puedo saberlo? ¿Cómo puedo jamás estar segura?

Queda una manera.

Hacia el oeste de Corinto al alba, las bandadas como ctiñas negras de aves migratorias que vuelan al sur hacia Egipto y el sol, y el viento frío que sopla a ráfagas a través del golfo. El timonel husmea como un perno el tiempo que va a hacer, hay diminutas salpicaduras blancas en el agua: la proa del banco se hunde y avanza, el aparejo cruje. Aquí estoy yo, tina viajera extrana con un manto negro, apoyada en este práctico mamparo bajo la cubierta de popa, protegida del viento, escribiendo, escribiendo, garabateando mi presente y mi pasado, empleando el único arte que aún poseo, la destreza de las palabras por la que, a la larga, lo he sacrificado todo en mi vida. ¿Qué era vendad, el amante o el poema? Este amor perdura, que es fugaz. Ulises en carne y hueso debió de ser un capitán mercenario taimado y torpe: hizo falta Homero para darle la inmortalidad. Sin embargo, ahora suspiro por la carne, su cuerpo vigoroso, ¿dónde?, ¿dónde? ¿Repantigado en alguna taberna de Sinacusat? ¿Manejando cabos embreados entre otros de su oficio, entre hombres que viven junto a los barcos y el comercio portuario? O no, tengo que detener esto, cerrar las lustrosas puertas

de la imaginación, apagan la luz, que tanto puede cegar como cunar. Apolo, ten piedad.

Así que hemos llegado hasta aquí para arribar bajo los elevados acantilados blancos de Lencas, navegando hacia el norte fuera del golfo junto a las islas, pasada Cefalonia, con su alto respaldo de sierras, e Itaca, donde Ulises regresó al fin después de tantos años y quizá puso su agitada casa en orden. Estamos amarrados a un muelle cuadrado de piedra, mientras suben a bordo costales de víveres y tinajas de agua, y los amigos se saludan. El aire del amanecer sopla como una brisa fresca: esta es la última vez que atracamos en Grecia. Al Oeste de nosotros se halla el ancho mar jónico, bajo ese horizonte curvilíneo se elevan las montañas de Sicilia. Zarpamos a mediodía.

Parecía natural, de algún modo, que oyera su nombre: natural e inevitable. Miré y vi un corrillo de marineros en el muelle -nuestro timonel y otros que no reconocí, pero mi mente dio un salto y la sangre gritó «¿Está él ahí?» al ven el oscuro buque mercante flotando a lo lejos, con aquella bandera en el calcés que recordaba tan bien el emblema de jibia de Siracusa. «-¿Hay noticias?», preguntó uno, y otro, riendo, contestó: «¿Te acuerdas de Faón?». «Sí -susurré-, la sombra pasada por alto, una mujer de pie con su mantón, sola, en la mitad de su viaje, sí, me acuerdo de Faón.» Y la primera voz inquirió: «¿Quién es esta vez?». Todos se rieron, bebiendo vino mezclado con especias de la taberna, picheles de cobre brillando a la luz de la mañana, hombres entre hombres, mientras yo esperaba, esperaba. «Puedes imaginarte lo que sucedió -prosiguió el siracusano-. Era inevitable. Tarde o temprano.» El timonel se enjugó la boca. «Cuéntanoslo, entonces», propuso. «Conocéis a Aristipe», habló el siracusano. «¿La mujer de Glauco?», preguntó alguien, y otro le interrumpió: «¿Y quién no?», y la risa volvió a estallar, hasta que oí una voz que decía: «Ya no es tan joven como antes», y la respuesta del siracusano: «A Faón le gustaban maduras. Maduras y fáciles». «¿Le gustaban?» «Eso es, dejádmelo explicar a mi manera. Glauco regresó de su viaje diez días antes», algunas risas, no muchas, y la primera voz contando: «¿Y los pilló?». Pausa. «¡Oh, sí, los pilló!», contestó el siracusano. «No habrá más historias sobre Faón, así que disfrutad al máximo de esta historia.» Nuestro timonel cannaspeó, se bebió el vino, comentó, con falsa tranquilidad, él, que era un gran libertino a juzgar por su aspecto: «¿Un cuchillo en las costillas?». Y el siracusano, apunando hasta las heces, derramando la última gota de la suerte: «¿Qué si no? Pies restregados. Así que este es el fin de Faón. Se divirtió mientras pudo». El siracusano continuó: «Ahora bien, hay algo más: se lo encontraron encima y Glauco me lo vendió». Pausa, cuchicheos. «Alabastro, ¿eh? De una técnica exquisita. Parece un tarro de unguento.» Y el timonel: «¿Qué había dentro?». El siracusano se encogió de hombros. «Nada -declaró-. Estaba vacío.» Otra voz, fría, riéndose con disimulo: «Quizá Faón guardaba su suerte dentro». Se alejaron por el muelle adelante, contoneándose ligeramente como todo marinero en tierna, hombres de un elemento extraño.

Aquí en este promontorio, sobre Léucade y el mar, el aire de la mañana es fresco como la brisa. Al oeste aún está despejado, las aguas jónicas yacen en calma en el horizonte hacia la distante Sicilia, aunque, en el este, sobre las altas montañas de Acarnania,

se están amontonando nubarrones de tormenta. Cuando nos hicimos a la man, hace una hora, hace una vida, el sol naciente resplandecía oblicuamente a través de estos imponentes acantilados escarpados, tiñendo su blanco natural de un delicado rosa. Hay dos mil pies desde el borde hasta esa superficie oscura y ondulada, donde nuestro banco, como un minúsculo insecto negro, está anclado inmóvil junto al muelle de piedra. A poca distancia detrás de mí, blanco y sosegado, se alza un pequeño templo a Apolo. Algún devoto agradecido, leo en la inscripción -sí, Menexo el hijo de Cratilo-, quien, en señal de reconocimiento a los favores del dios, erigió el agradable banco de piedra donde ahora estoy sentada y escribo estas palabras.

Cuando el capitán me preguntó, con divertida perplejidad, por qué quería una muña, le respondí: «Tengo que hacer

358 359

una ofrenda a Apolo». No era lo que tenía intención de decirle, pero es cierto, y es el motivo por el que ahora estoy aquí. Mi mente está despejada, no hay dudas.

Tras aquella primera conmoción, al alcanzan el nadir de la desespenanza, escribí: «Somos los juguetes de Afrodita, empieza aquí y aquí acaba: nuestras pasiones se encienden o se apagan según su antojo, el yo no es nada, la voluntad no es nada, nuestros espléndidos gestos contienen el patetismo y la ironía inconscientes de un títere sacudido, que representa -como una panodía- nuestras ilusiones humanas. Nos reímos del muñeco tonto, con sus hilos demasiado visibles, y sus movimientos enérgicos y aparentemente tajantes: nos estamos viendo a nosotros mismos».

Yo, Safo de Mitilene, hija de Escamandrónimo, desmiento, irrevocablemente, las palabras que acabo de escribir. Lo que hago ahora, lo hago por elección y conocimiento propios. Mi voluntad es soberana, y pon todos los actos y decisiones de mi vida acepto, sin vacilar, la carga que impone esa libertad. Ningún dios, ni la misma Afrodita inmortal, puede actuar a través de mí si yo no consiento tal cosa.

Ahora que he dejado constancia de estas últimas palabras, sellaré todo lo que he escrito, el testamento de mi vida, y lo dejaré como ofrenda en el altar de Apolo. Que el dios y sus sacerdotes lo guarden bajo su protección. Entonces negnesaré, sola, a este peñasco expuesto al viento, mientras el sol brille aún, mientras los nubarrones que auspician la tormenta no hayan ensombrecido el cielo occidental, y terminaré mi viaje como es debido. Apolo, señor de la Luz, acepta mi homenaje; Poseidón, soberano de todos los mares y océanos, concédeme una apacible travesía.

FIN

SOBRE SAFO

Como La risa de Afrodita, aunque sea una novela, intenta recrear un famoso personaje histórico tan fielmente como nos lo permitan los datos a nuestra disposición; y como los datos están tan mutilados y son tan fragmentarios que ha sido necesaria mucha invención, mientras que, por otro lado, casi todas las afirmaciones requieren un trabajo de investigación histórica detectivesca; y como, por último, la figura de Safo no se ha separado de mitos curiosos y violentos prejuicios morales desde al menos la segunda mitad del siglo y a.C., por todas estas razo-

nes puede que sea conveniente dan al lector alguna idea de cuánta realidad y cuánta ficción contiene ini novela.

La cruda vendad es que sabemos menos de Safo como persona qtime de Shakespeare, otro gran coleccionista de partidarios románticos o chiflados, y pon razones muy parecidas. No ha perdurado ninguna biografía de Safo de la antigüedad, a no sen que incluyamos una lamentable entrada en un lexicón bizantino. Nuestra principal fuente primaria de la vida de Safo es, naturalmente, su poesía y la de su contemporáneo Alceo, o los pasajes mutilados que han sobrevivido en extractos de gramáticos y que se han rescatado en fragmentos de papiros: menos de una veintena parte del total estimado.

Lo he hecho tan bien como he podido para reconstruir la vida de Safo de acuerdo con los datos. Mi labor ha sido como la de un arqueólogo que recompone un ánfora a partir de cientos de fragmentos de los cuales faltan más de la mitad. Sólo cuando los datos históricos fallan, me he inventado sucesos o personajes. He sido cauteloso con los mitos modernos, aunque

361

espero haber tratado a los antiguos con respeto. Durante siglos, ha sido el pasatiempo preferido de los eruditos demostrar (para su propia satisfacción, si no para la de nadie más) que Safo no pudo ser una lesbiana en la acepción moderna del término; no pudo suicidarse; y no pudo, pon añadidura, haber tenido una aventura ya en su madurez con un barquero. Un celo mal entendido pon la vendad romántica ha conducido a cientos hombres a sostener argumentos muy curiosos en este campo: cuando todo lo demás fallaba, los hechos inoportunos o molestos eran eliminados como mitología mal aplicada.

La vida de Safo abarca uno de los períodos más fascinantes de toda la historia griega: las dos últimas décadas del siglo vn a.C. y las tres primeras del VI. Fue una época de transición: política, ética, cultural, con un ideal aristocrático en decadencia tercamente atrincherado frente al avance creciente del mercantilismo. He intentado tener presente este conflicto en mi novela.

Existe otra fuente de datos que podría considerarse, para bien o para mal, más beneficiosa para el novelista que para el historiador; y esta es la propia isla de Lesbos. De todas las islas del Egeo, ésta es quizá la que menos ha cambiado desde la antigüedad: por ejemplo, aún está muy poblada de bosques de pinos y castaños, además de los omnipresentes olivos y encinas. Cualquier residente de asiento que conozca a su Safo (y muchos griegos la conocen) descubrirá, una y otra vez, los ecos climáticos y topográficos de alguna imagen conmovedora en la poesía: una «luna de dedos sonrosados» después del ocaso no será una sorpresa para ningún isleño ni lo será el «viento impetuoso» que agita los nobles.

Metimna, Lesbos
PETER GREEN